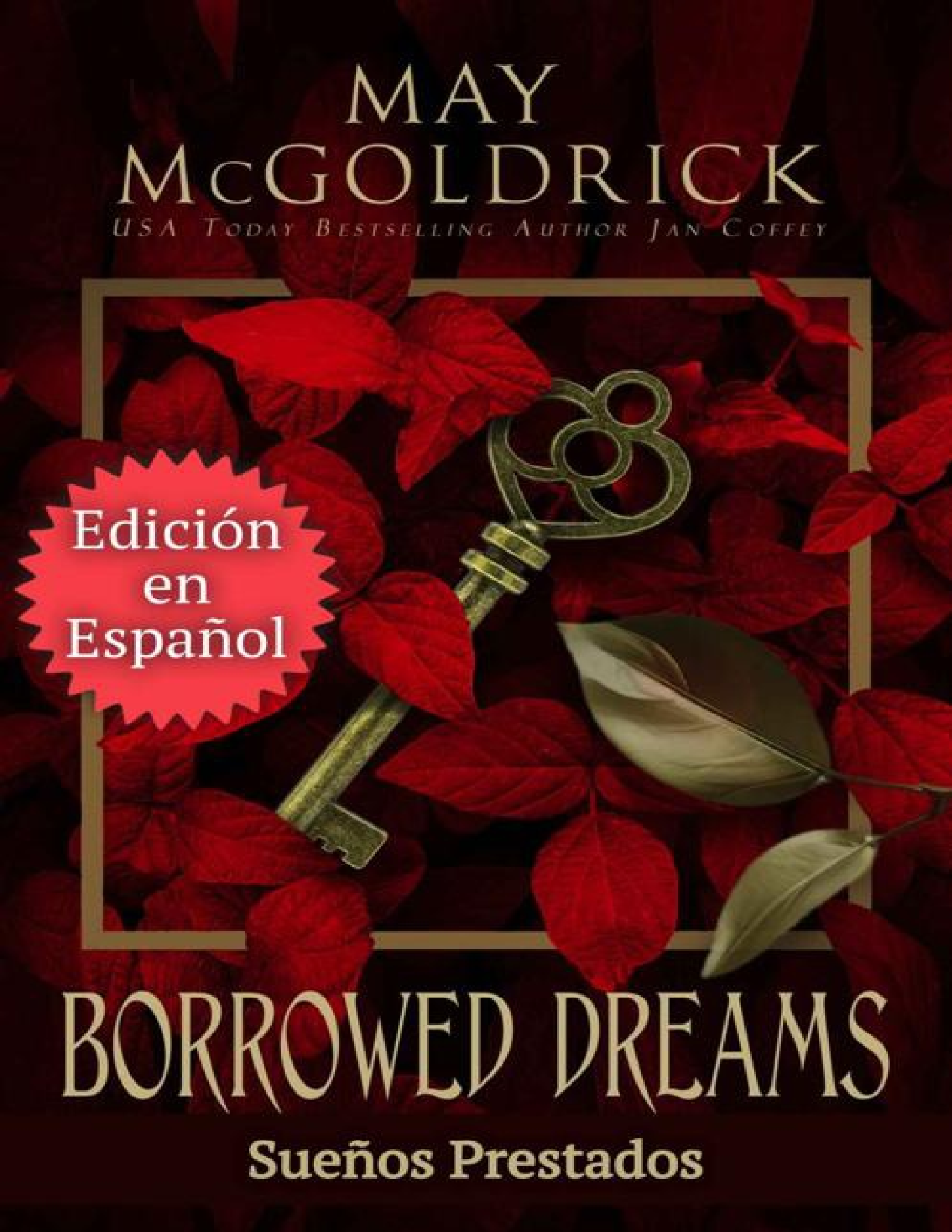
MAY McGOLDRICK

USA Today Bestselling Author Jan Coffey



BORROWED DREAMS

Sueños Prestados

Borrowed Dreams

Sueños Prestados

May McGoldrick

Book Duo Creative

Gracias por elegir *Sueños Prestados.* Si le ha gustado este libro, le rogamos que comparta sus buenas palabras dejando una reseña, o que se ponga en contacto con los autores.

Sueños Prestados (Borrowed Dreams) Copyright © 2011 por Nikoo K. y James A. McGoldrick

Traducción al español © 2024 por Nikoo y James A. McGoldrick

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma y por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido o por inventar, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por NAL, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc.

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Nota de edición
Nota del autor
Otras Obras de May McGoldrick
Sobre el autor

Para Judy Spagnola

Gracias por todo lo que hacéis.

Capítulo Uno

Londres
Enero de 1772

"¡VAMOS EN LA DIRECCIÓN EQUIVOCADA, SEÑORA!"

En lugar de girar hacia el oeste en el antiguo Temple Bar, el carruaje había girado hacia el este en Fleet Street, y el conductor estaba ahora azotando a su equipo a través del ajetreado tráfico que se adentraba en la City. El abogado levantó la cabeza de su bastón hacia el techo del carruaje para llamar la atención del conductor, pero el toque de la mano enguantada de Millicent en su manga le hizo detenerse.

"Está yendo a donde se le indicó, Sir Oliver. Tengo un asunto urgente que atender en los muelles".

"¿En los muelles? Pero... pero ya vamos algo justos de tiempo para su cita, milady".

"Esto no llevará mucho tiempo".

Se recostó en el asiento, algo aliviado. "Ya que tenemos un poco de tiempo entonces, tal vez podría hacerle algunas preguntas sobre la naturaleza secreta de esta reunión a la que hemos sido convocados esta mañana".

"Por favor, Sir Oliver", suplicó Millicent en voz baja. "¿Pueden sus preguntas esperar hasta después de mis asuntos en los muelles? Me temo que mi mente está bastante distraída en este momento".

Todas sus preguntas se marchitaron en la lengua del hombre mientras Lady Wentworth volvía el rostro hacia la ventana y la escena callejera que pasaba. Poco después, el carruaje pasó junto a la catedral de San Pablo y comenzó a descender por una zona áspera y maloliente en dirección al Támesis. Cuando cruzaron Fish Street, con sus cobertizos y almacenes abandonados, el abogado ya no pudo contenerse.

"¿Podría decirme al menos la naturaleza de este asunto en los muelles, milady?"

"Vamos a una subasta."

Oliver Birch miró por la ventana a la multitud de obreros, carteristas y prostitutas. "Milady, espero que tenga intención de quedarse en el carruaje y que me permita encargar a uno de los mozos de cuadra que le consiga lo que busca".

"Lo siento, señor, pero es esencial que me ocupe de esto yo mismo".

El abogado se agarró al lateral del carruaje cuando el conductor entró en el patio de un edificio en ruinas del muelle de Brooke. Al otro lado de la ventana, una extraña mezcla de caballeros bien vestidos y comerciantes y marineros harapientos asistían a una subasta que, por lo que parecía, ya estaba en marcha.

"Al menos deme los detalles de lo que pretende hacer aquí, Lady Wentworth." Birch bajó primero del carruaje. A pesar del viento cortante del Támesis, los olores del lugar -combinados con el hedor de la orilla del río- eran espantosos.

"Leí sobre la subasta en la *Gaceta* esta mañana. Están vendiendo la herencia de un médico fallecido llamado Dombey. El hombre arruinado regresó de Jamaica el mes pasado". Se subió la capucha de su capa de lana y aceptó su mano al salir. "Antes de que lo metieran en la prisión de deudores, sucumbió a la mala salud hace unos diez días".

Birch tuvo que apresurarse para seguir a Millicent mientras ésta se abría paso entre la multitud hasta la primera fila. "¿Y qué, si puedo preguntar, de la herencia del Dr. Dombey es de su interés?"

Ella no contestó, y el abogado descubrió que los ojos grises de su cliente buscaban ansiosamente entre los artículos personales que estaban colocados en una tarima improvisada. "Espero no llegar demasiado tarde".

El abogado no hizo más preguntas mientras la atención de Millicent se desviaba bruscamente hacia las anchas puertas que daban acceso al edificio. El alguacil estaba sacando a rastras a una mujer africana de aspecto frágil, envuelta en una manta hecha jirones y que sólo llevaba debajo una muda sucia. Colocaron un cajón en la plataforma y empujaron bruscamente a la anciana, con el cuello, las manos y los pies encadenados.

Birch cerró los ojos un momento para controlar su repugnancia ante esta prueba del comercio bárbaro y deshonroso que seguía maldiciendo a la nación... a pesar de los comentarios de lord Henley de que cualquier esclavo que pisara Inglaterra era libre.

"Miren, señores. Esta esclava era la criada personal del Dr. Dombey", gritó el subastador. "Es la única negra que el médico trajo consigo de Jamaica. Sí, claro, es una cosa de ron con su cara arrugada. Y tiene una edad que rivaliza con Matusalén. Pero, señores, dicen que es una reina africana muy valiosa, y brillante como el cristal, me dicen. Así que, aunque vale treinta libras, ¿qué os parece si empezamos la puja por... una libra?".

El grupo se ríe a carcajadas.

"Mirad, gentilhombres. ¿Qué tal diez chelines?", anunció el subastador por encima del estruendo de la multitud. "Tiene buenos dientes". Abrió bruscamente la boca de la mujer. Había costras de sangre en los labios agrietados. "¿Diez chelines? ¿Quién empieza la puja en diez chelines?"

"¿Para qué sirve?", gritó alguien.

"Cinco, gentilhombres. ¿Quién empezará a las cinco?"

"La mujer no es más que una esclava de desecho", respondió otro. "Si estuviéramos en Port Royal, la dejarían morir en el muelle".

Birch miró preocupada a Millicent y vio que tenía una expresión de dolor grabada en el rostro. Las lágrimas brillaban en los bordes de sus párpados.

"Este no es lugar para usted, milady", susurró en voz baja. "No es correcto que estés presenciando esto. Lo que sea que viniste a buscar ya debe haber desaparecido".

"El anuncio decía que era una buena chica africana". Un empleado de mediana edad, desde su lugar al borde del andén, lanzó una arrugada *Gaceta* a la anciana. "Es demasiado vieja para servir para..."

"Cinco libras", dijo Millicent.

Todas las miradas se volvieron hacia ella y el silencio se apoderó de la multitud. Incluso el subastador pareció quedarse sin palabras por un momento. Birch vio que los párpados arrugados de la mujer se abrían un poco y miraban fijamente a Millicent.

"Sí, su señoría. Su oferta es en fer- "

"Seis libras". Una segunda puja de alguien de entre la multitud hizo callar de nuevo al subastador. Todas las cabezas al unísono se volvieron hacia la parte trasera del patio de subastas.

"Siete", respondió Millicent.

"Ocho".

En el andén, el rostro del hombre estalló en una sonrisa cuando la multitud se separó, mostrando a un empleado elegantemente vestido que sostenía un periódico enrollado. "Vaya, veo que el empleado del Sr. Hyde está presente. Gracias por su oferta, Harry".

"Diez libras", dijo Millicent con gran vehemencia.

Birch echó un vistazo a los numerosos carruajes que había en el patio, preguntándose desde cuál de ellos estaría dando órdenes Jasper Hyde. Gran propietario de plantaciones en las Indias Occidentales y supuestamente buen amigo del difunto squire Wentworth, el inglés no había perdido tiempo en hacerse con todas las propiedades del squire en el Caribe tras su muerte en pago de las deudas que Wentworth le había contraído. Y por si fuera poco, desde su llegada a Inglaterra, el señor Hyde se había posicionado como la principal némesis de lady Wentworth, comprando el resto de letras de cambio y pagarés que el escudero había dejado atrás.

"Veinte".

Se oyó un fuerte grito de incredulidad y la multitud empezó a moverse incómoda.

"Treinta".

El abogado se volvió hacia Millicent. "Está jugando con usted, milady", dijo en voz baja. "No creo que sea prudente..."

"Cincuenta libras", dijo el dependiente sin el menor atisbo de emoción.

Un grupo de marineros cerca del borde del andén se volvió y se burló en voz alta del empleado por subir el precio.

"No puedo dejar que haga esto. El Dr. Dombey y esta mujer pasaron mucho tiempo en las plantaciones de Wentworth en Jamaica. Por las historias que he oído de Jonah y algunos de los otros en Melbury Hall, ella se convirtió en una persona de cierta importancia para ellos." Señaló con la cabeza al subastador. "Sesenta libras."

Birch observó cómo el empleado de Jasper Hyde parecía retorcerse un poco. El hombre se volvió y miró hacia la fila de carruajes. El periódico enrollado se elevó en el aire antes de que el llamante pudiera repetir la última oferta. "Setenta".

El estruendo de la multitud se hizo más pronunciado. Se oyeron agudos comentarios en el sentido de que debería dejar que la mujer se quedara con el esclavo. Un par de marineros se acercaron amenazadoramente al empleado, murmurando obscenidades burlonas**.**

"Todo esto es un juego enfermizo para el señor Hyde", susurró Millicent, apartándose de la plataforma. "Hay muchas historias de su brutalidad en las plantaciones. Las historias sobre lo que hizo después de tomar posesión de las tierras y los esclavos de mi marido son aún peores. No responde ante nadie y no respeta las pocas leyes que se respetan allí. Sin embargo, esta mujer ha sido testigo de todo. Le hará daño. Quizá la mate". Sus manos se crisparon. "Sir Oliver, le debo esto a mi pueblo después de todo el sufrimiento que causó Wentworth. No puedo en conciencia darle la espalda cuando puedo salvar a esta. No cuando les he fallado a todos los que Hyde se llevó".

"¿Eso es todo, su señoría?" preguntó el subastador. "¿Se rinde?"

"Ochenta", respondió ella, con voz temblorosa.

"No puede permitírselo, señora", dijo Birch con firmeza pero en voz baja. "Piense en los pagarés que Hyde aún conserva de su marido. Ha prorrogado la fecha de devolución una vez.

Pero todos vencerán el mes próximo, y usted será personalmente responsable, hasta el último de sus bienes. Y esto incluye Melbury Hall. No puedes echar más leña al fuego".

"Cien libras". El grito del empleado fue instantáneamente tragado por una ruidosa respuesta de la multitud. Birch observó al hombre dar unos pasos nerviosos hacia los carruajes mientras los mismos marineros enfurecidos se acercaban a él.

"¿Uno con diez, milady?", gritó desde la plataforma el subastador, sonriendo con entusiasmo.

"No puedes salvar a todos, Millicent", susurró Birch secamente. La primera vez que el conde y la condesa de Stanmore le pidieron que representara a lady Wentworth en sus asuntos legales, hacía un año, también le habían informado de la gran compasión de la mujer por los africanos que su difunto marido había tenido como esclavos. Pero sus expectativas no se habían acercado al fervor que había presenciado desde entonces.

"Lo sé, Sir Oliver."

"Por lo que sabemos, puede que ya posea a esta mujer. De la misma manera que ha estado adquiriendo todas las notas del difunto terrateniente, puede haber hecho lo mismo con Dombey. Esto puede ser sólo la manera de Jasper Hyde de agotar los últimos fondos disponibles."

Cuando sus palabras calaron hondo, los hombros de Millicent se hundieron. Secándose una lágrima, se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el carruaje. Sin embargo, a mitad de camino, se dio la vuelta y levantó una mano.

"Ciento diez".

La multitud prorrumpió en una ronda de exclamaciones. Poco a poco, la gente se fue separando hasta que Millicent quedó frente al empleado, de rostro pálido, al otro lado del barro y la suciedad del patio. El hombre, que ya había retrocedido hasta el borde de la multitud, sacudió la cabeza hacia el subastador y volvió a mirar a Millicent.

"Lady Wentworth puede tener su negro al precio de ciento diez libras."

El tono burlón del hombre, acompañado de su mueca de desprecio, hizo que los marineros perdieran lo último de su compostura, y dos salieron corriendo tras él. El empleado se dio la vuelta y salió corriendo del patio. Al verle correr, Birch sintió el impulso de ir tras él. El abogado no tenía ninguna duda de que aquella prueba había sido preparada. En un momento, los marineros regresaron con las manos vacías.

Le puso la mano suavemente en el brazo. "Independientemente de las acciones del Sr. Hyde, tenía que salvar la vida de esta mujer, Sir Oliver".

Millicent Gregory Wentworth no podía considerarse una gran belleza, ni su sentido del estilo podía calificarse de *"au courant"* para los estándares del *tono* londinense. Pero lo que le faltaba en esos aspectos -y en el falso orgullo tan de moda últimamente- lo compensaba con dignidad y humanidad. Y todo ello a pesar de toda una vida de opresión y mala suerte.

Birch asintió respetuosamente a su cliente. "¿Por qué no espera en el carruaje, milady? Estaré encantado de ocuparme de los detalles aquí".

Un pequeño escritorio se acercaba y se colocaba exactamente donde la esclava había estado un momento antes. Millicent observó cómo varios miembros de la multitud se acercaban para ver mejor el mueble. Estaban mucho más interesados en aquel objeto que en el ser humano que se subastaba ante él. Sólo la competencia de la puja había atraído su atención. Se volvió para ver cómo llevaban a la mujer por el patio, con Sir Oliver detrás.

Consternada por todo lo ocurrido, Millicent se abrió paso entre la multitud hasta el carruaje.

"La llevarán a mi despacho esta tarde", dijo Birch en cuanto hubo subido un rato más tarde. "Y, ya que no desea que la lleven a casa de su hermana, le buscaré un lugar para que se quede hasta que usted esté listo para partir hacia Melbury Hall".

"Gracias. Nos iremos mañana por la mañana", respondió Millicent.

"Tenga la seguridad, milady, de que todo se tratará con la máxima discreción".

"Sé que así será", dijo en voz baja, mirando por la pequeña ventanilla del carruaje hacia la puerta del cobertizo donde se habían llevado a la anciana. Millicent no podía evitar preocuparse por cuánto dolor más le infligirían aquellas horribles personas antes de que la entregaran al despacho del abogado aquella tarde.

Mientras cabalgaban en silencio por la ciudad, pensó en el dinero que acababa de gastar. Ciento diez libras equivalían al salario de siete meses de los veinte criados que empleaba en Melbury Hall, sin contar a los peones. Era cierto que la compra de la mujer negra afectaría profundamente a sus fondos, que disminuían rápidamente. Y ni siquiera estaba considerando el dinero que necesitaba para pagar a Jasper Hyde el mes siguiente. Millicent se frotó los dedos sobre un dolor sordo en la sien y trató de pensar sólo en lo bien que le vendría traer a esa mujer de vuelta a Hertfordshire.

"Lady Wentworth", dijo finalmente el abogado, rompiendo el silencio a medida que se acercaban a su destino, "no podemos aplazar más la discusión de su cita con la Condesa Viuda Aytoun. Sigo sin saber por qué vamos allí".

"Ya somos dos, Sir Oliver", contesto ella cansada. "Su nota convocándome -o mejor dicho, invitándome- a reunirme con ella llegó hace tres días a Melbury Hall, y su mozo de cuadra se quedó hasta que le envié una respuesta. Debía llegar a la casa del conde de Aytoun en Hannover Square hoy a las once de la mañana con mi abogado. No se dijo nada más".

"Esto suena muy brusco. ¿Conoce a la condesa?"

Millicent negó con la cabeza. "No lo conozco. Pero hace un año tampoco conocía al señor Jasper Hyde. Ni a la otra media docena de acreedores que se han empeñado en perseguirme desde todas partes desde la muerte de Wentworth." Se arrebujó más en la capa. "Una cosa que he aprendido este último año y medio es que no puedo esconderme de aquellos a quienes mi marido debía dinero. Tengo que enfrentarme a ellos, uno por uno, e intentar llegar a algún acuerdo razonable para devolvérselo."

"Sabes que admiro mucho tus esfuerzos, pero ambos sabemos que ya estás casi más allá del punto de recuperación". Hizo una pausa. "Tiene algunos amigos muy generosos, Lady Wentworth. Si me permitiera revelarles sólo una pizca de sus penurias..."

"No, señor", dijo bruscamente. "No me avergüenza ser pobre. Pero encuentro una gran deshonra en mendigar. Por favor, no quiero oír más".

"Como desee, milady".

Millicent asintió agradecida a su abogado. Sir Oliver ya la había servido bien, y confiaba en que cumpliría su petición.

"Para tranquilizarle un poco", continuó, "debería saber que la condesa viuda Aytoun tiene una posición social muy diferente a la del señor Hyde o la de su difunto marido. Es una mujer muy rica, pero se rumorea que es muy... bueno, muy cuidadosa con su dinero. Algunos dicen que es tan tacaña que sus propios sirvientes deben luchar para recibir sus salarios. En resumen, no la veo prestándole dinero al terrateniente Wentworth".

"Me alivia oír eso. Debería haber sabido que con tu atención al detalle no llegaríamos a esta reunión totalmente desprevenidos. ¿Qué más has averiguado sobre ella?"

"Algunas cosas, milady. El nombre de Lady Pennington es Beatrice. Es viuda desde hace más de cinco años. Es escocesa de nacimiento, con sangre de Highlanders en sus venas. Viene de una familia antigua, y además se casó bien".

"¿Tiene hijos?"

"Tres hijos. Todos hombres ahora. Lyon Pennington es el cuarto Conde de Aytoun. El segundo hijo, Pierce Pennington, aparentemente ha estado haciendo una fortuna en las colonias americanas a pesar del embargo. Y David Pennington, el menor, es oficial del ejército de Su Majestad. La propia condesa llevaba una vida muy tranquila hasta el escándalo que desgarró a su familia el pasado verano."

"¿Escándalo?"

Sir Oliver asintió. "En efecto, milady. Se trataba de una joven llamada Emma Douglas. Tengo entendido que los tres hermanos estaban encariñados con ella. Acabó casándose con el hermano mayor y se convirtió en la condesa de Aytoun hace dos años".

Aquello no sonaba escandaloso, pero Millicent no tuvo oportunidad de hacer mas preguntas cuando el carruaje se detuvo frente a una elegante mansion situada frente a Hanover Square. Un lacayo vestido con librea dorada les dio la bienvenida al abrir la puerta del carruaje. Otro criado les acompañó hasta la puerta principal, a través de la amplia escalinata de mármol.

En el vestíbulo de la mansión, otro sirviente les dio la bienvenida. Cuando Millicent se despojó de su capa, su mirada se fijó en la alcoba semicircular del fondo del vestíbulo y en las ornamentadas volutas y rosetones dorados que decoraban el alto techo estampado. En la zona de recepción, más allá de unas puertas abiertas, pudo ver muebles tapizados de nogal oscuro de Sheraton y Chippendale distribuidos con gusto por la sala, mientras hermosas alfombras cubrían los suelos pulidos y brillantes.

Un mayordomo alto y anciano se acercó y les informó de que la viuda estaba esperando.

"¿Cuál era la naturaleza del escándalo?", consiguió susurrar mientras seguían al mayordomo y a otro criado por las amplias escaleras circulares que conducían a un salón.

"Sólo rumores, milady", susurró Birch, "de que el conde asesinó a su esposa".

"Pero eso es..."

Se detuvo al abrirse la puerta del salón. Tratando de contener su asombro y curiosidad, Millicent entró cuando se le anunció.

Había cuatro personas en la acogedora y bien equipada habitación: la condesa viuda, un caballero pálido de pie junto a un escritorio que tenía un libro de contabilidad abierto y dos doncellas.

Lady Aytoun era una mujer mayor, obviamente enferma. Estaba sentada en un sofá con almohadas detrás y una manta en el regazo. Unos ojos azules estudiaban a los visitantes desde detrás de unas gafas.

Millicent hizo una pequeña reverencia. "Nuestras disculpas, milady, por el retraso".

"¿Ganaste la subasta?" La brusquedad de la viuda hizo que Millicent mirara sorprendida a Sir Oliver. Él parecía tan desconcertado como ella. "La mujer africana. ¿Ganaste la subasta?"

"Yo... lo hice", logró decir. "¿Pero cómo lo supiste?"

"¿Cuánto?"

Millicent se erizó ante la pregunta, pero al mismo tiempo no sintió vergüenza por lo que había hecho. "Ciento diez libras. Aunque debo decirle que no sé qué asunto es de..."

"Añádalo a la cuenta, Sir Richard". La viuda hizo un gesto con la mano al caballero que seguía de pie junto al escritorio. "Una causa digna."

Sir Oliver se adelantó. "Permítame decirle, milady..."

"Por favor, ahórrate la cháchara, jovencito. Venid y sentaos. Los dos."

El abogado de Millicent, a quien probablemente hacía décadas que no se dirigían a él como "joven", se quedó boquiabierto un momento. Luego, mientras él y Millicent hacían lo que se les ordenaba, la condesa despidió a los criados con un gesto de la mano.

"Muy bien. Os conozco a los dos, y vosotros me conocéis a mí. Ese saco de huesos de cara pastosa de ahí es mi abogado, Sir Richard Maitland". La anciana arqueó una ceja en dirección a su abogado, que se inclinó rígidamente y se sentó. "Y ahora, la razón por la que te invité aquí".

Millicent no podía ni imaginar lo que vendría a continuación.

"Personas que actúan en mi nombre me han estado informando sobre usted desde hace algún tiempo, Lady Wentworth. Ha superado mis expectativas". Lady Aytoun se quitó las gafas. "No hay razón para perder el tiempo. Está aquí porque tengo una propuesta de negocios".

"¿Una propuesta de negocios?" Murmuró Millicent.

"En efecto. Quiero que te cases con mi hijo, el Conde de Aytoun. Por una licencia especial. Hoy mismo".

Capítulo Dos

ANTE LA AMENAZA de otra vida en el infierno, Millicent se puso en pie. En un instante, la corrección y el decoro se esfumaron.

"Ha cometido un grave error, Lady Aytoun."

"No lo creo."

"Su sirviente debe haber entregado el mensaje a una dirección equivocada."

"Siéntese, Lady Wentworth."

"Me temo que no puedo". Miró en dirección a su abogado y lo encontró también de pie.

"Si es tan amable, Lady Wentworth. No hay razón para el pánico". El tono de la viuda era más suave. "Soy muy consciente de sus temores. He sido plenamente informada del sufrimiento que soportó durante su matrimonio. Pero lo que le propongo ahora no tiene ninguna similitud con la situación que se vio obligada a soportar bajo la brutal tiranía de su primer marido."

Millicent se quedó mirando a la anciana, intentando comprender cómo podía saber algo de aquello. La viuda hablaba de su vida como si fuera de dominio público, y una sensación de náusea se apoderó de su estómago. Le entraron ganas de salir corriendo. Lo único que deseaba era salir de la casa y regresar a Melbury Hall.

Para Millicent, el matrimonio significaba ser propiedad de un hombre. Había sentido las cadenas de ese "dichoso" estado durante cinco interminables años. No había protección para una mujer casada. El matrimonio era un estado de abuso mental y físico. Y punto. Los votos del matrimonio no eran más que una maldición urdida por los hombres para controlar a las mujeres. Y tras la muerte de Wentworth, había jurado no volver a dejarse subyugar a esa vida.

Millicent dio un paso hacia la puerta.

"Al menos permítame explicarle mi propósito para esta confusión". La viuda levantó una mano hacia ella. "Sé que al principio hablé precipitadamente. Creo que si eres tan amable de permitirme explicarte la desagradable situación en la que encuentro a mi familia, entonces entenderás mejor el motivo de la oferta."

"Cualquier explicación sobre la situación de su familia, milady, es completamente innecesaria. Si conoce algo de mi historia, también debería saber que mi repulsión a la noción misma de matrimonio no está relacionada con nada que pueda contarme de su propia familia. El tema me repugna, Lady Aytoun, y bajo ninguna circunstancia estoy dispuesto a..."

"Mi hijo es un lisiado, Lady Wentworth," interrumpió la viuda. "Tras un horrible accidente el verano pasado, se ha quedado sin movilidad en las piernas. No tiene fuerza en un brazo. Se ha sumido en un estado de melancolía del que no puede salir. Doy gracias a Dios por la lealtad y perseverancia de su criado personal y de media docena de personas más que atienden todas sus necesidades, porque sin ellos yo habría estado perdido. De hecho, sin ellos no habría tenido más

remedio que internarlo en un hospital para dementes. No me importa decirle que una situación así seguramente me habría matado".

El tono angustiado de las palabras de la anciana tiró de la fibra sensible de Millicent. "Le doy mi más sentido pésame, milady, pero no veo qué podría hacer".

Las manos de la viuda temblaban mientras enderezaban distraídamente la manta sobre su regazo. "A pesar de todas mis bravatas, Lady Wentworth, estoy bastante enferma. Para ser franca, me estoy muriendo. Y mis médicos, que se los lleve el diablo, están muy contentos de recordarme a diario que puede que no vea el próximo amanecer."

"De verdad, milady, yo..."

"No me malinterpretes. No doy un pecado por mí. He tenido una vida plena. Ahora mismo mi mayor preocupación es qué será de Lyon cuando yo ya no esté. Por eso te he pedido que vengas hoy".

"Pero... pero seguro que hay otras opciones. La familia. Los amigos. Otros conocidos que no sean completos extraños para ti. Lord Aytoun es un par del reino. Tiene tantos lugares a su disposición, tantos tratamientos".

"Por favor, Lady Wentworth. Por favor, siéntese. Se lo explicaré."

Millicent se volvió y encontró a Birch de pie, atenta, a un par de pasos, esperando su decisión de irse o quedarse. Volvió a mirar a la anciana condesa. La fachada de fortaleza que había encontrado en la viuda al entrar por primera vez había desaparecido por completo. Lo que Millicent veía ahora era simplemente otra mujer. Una mujer moribunda. Una madre que sólo intentaba asegurar el futuro bienestar de su hijo.

Vacilante, se sentó. La expresión de alivio en el rostro de la viuda fue inmediata.

"Gracias. Has preguntado por la familia. Bueno, los que quedan creen que si me pasara algo, habría que meter a Lyon en un manicomio". El temperamento brilló en los ojos azules de la anciana. "El Conde de Aytoun no está loco. No pertenece a Bedlam. No haré que lo aten y lo torturen, que lo desangren y lo purguen, que lo droguen con opio y lo exhiban para el resto de los *londinenses"*.

"Pero debe haber otros tratamientos para su enfermedad. Cada día parece haber una nueva cura para otra dolencia".

"He probado todos los métodos y he pagado mucho dinero, y no he visto ninguna mejora en él. La semana pasada apareció un anuncio en la *Gazette* de un tal señor Payne en el Angel and Crown, en el cementerio de St. Afirmaba que los enfermos de "pérdida de memoria u olvido" podían comprar, por dos chelines y seis peniques, un bote de "un electuario agradecido" que les permitiría "recordar las circunstancias más insignificantes de sus asuntos con asombro". Hice que Lyon lo probara, esperando provocar *alguna* respuesta en él. Nada. Hizo un gesto desdeñoso con la mano. "Estoy harta de los charlatanes y de los Merry-Andrews que apoyan con entusiasmo las afirmaciones de estos charlatanes. Estoy cansada de darle a mi hijo píldoras muy coloridas que no tienen nada de bueno. Verá, tiene las piernas y el brazo rotos, pero ahora están curados y, sin embargo, no puede moverlos. No puede caminar. Ni siquiera puede levantar el brazo derecho. Así que los supuestos médicos dicen que debe tener una enfermedad secreta. Los de la universidad sólo tienen una respuesta: Sangrarlo y sangrarlo de nuevo. Pero no surte efecto".

"Lo siento, milady..."

"Yo también", dijo la viuda, mirándola directamente. "Pero no tendré más de eso. Y no tendré ningún manicomio para mi hijo. Y definitivamente no tendré más de estos charlatanes con su té de estiércol, búhos guisados y gusanos aplastados. He terminado con todos ellos".

"Sé que hay muchos, muchos charlatanes por ahí. Pero también debe haber médicos

reputados".

"Sí, los hay. Pero los *reputados*, como usted los llama, tampoco saben qué hacer. Aparte de sangrar y purgar, su única sugerencia es mantenerlo sedado".

"¿Por qué? ¿Es violento?"

"Por supuesto que no", le aseguró la viuda. "Pero ha sido terriblemente infeliz en Baronsford, la sede de la familia Aytoun al sudeste de Edimburgo. Allí es donde ocurrió el accidente. De hecho, el pasado otoño llegó a insistir en transferir el control de todas sus propiedades heredadas a su hermano Pierce, mi segundo hijo. No es que su precipitada decisión hiciera ningún bien a nadie. Pierce no está en Inglaterra en este momento, y no tiene ningún interés en la fortuna familiar. Además, Lyon es el conde. Es a quien admiran nuestros dependientes y...". Se detuvo bruscamente y agitó una mano desdeñosa. "Pero Baronsford es el menor de mis problemas en este momento. La razón por la que he sacado el tema es para que sepas por qué necesito alejarlo de allí. Necesito encontrarle a mi hijo un lugar donde no le recuerden su pasado y lo que ha perdido".

Los nervios de Millicent habían vuelto a calmarse. Estaba lo bastante tranquila para darse cuenta de que nadie podía obligarla a nada. Las decisiones eran suyas; las consecuencias, también. "Sigo sin ver cómo su propuesta podría mejorar la vida del conde. No soy médico, y difícilmente soy capaz de..."

"Necesita salir de Escocia. Necesita un hogar con gente que cuide de él. Desde la muerte de su marido, no es ningún secreto que usted ha proporcionado un refugio seguro a la gente que Squire Wentworth esclavizó." La viuda hizo una pausa antes de continuar. "Pero debe saber que pretendo que este arreglo sea tan ventajoso para usted como lo es para mi hijo".

Sin esperar la respuesta de la joven, hizo un gesto a su abogado para que le entregara una gran hoja de papel forrada al estilo del libro mayor de los empleados de banca.

"Querida, este es un resumen de todos los préstamos y pagarés que Squire Wentworth te dejó. Nos costó mucho trabajo reunirlos. Puede ser que haya algunos que hayamos pasado por alto. Su abogado puede escanearlos en su tiempo libre y hacérnoslo saber. Y como usted sabe, hay una serie de personas que disfrutan revelando las dolorosas capas de su endeudamiento sólo para ver cómo se desenredan."

Millicent cogió el papel y echó un vistazo a la lista de deudas. Los totales al final de la lista eran enormes, pero Millicent no dejó traslucir su angustia. Hacía tiempo que sabía que se estaba ahogando. Poco importaba la profundidad del agua. El resultado final era el mismo. Le entregó el papel a Sir Oliver.

"¿Qué es exactamente lo que propone, Lady Aytoun?", preguntó con desgana.

"Un matrimonio sólo de nombre. Un acuerdo de negocios, puro y simple. Si aceptas los términos, el Conde de Aytoun vendrá a vivir contigo a Melbury Hall. Pero llegará con su propio criado y sirvientes. Tenemos un nuevo doctor que puede viajar desde Londres regularmente. Todo lo que necesitas hacer es conseguir espacio para estas personas. A cambio, mi abogado Maitland aquí presente hará que todas las deudas enumeradas en ese papel -y cualquier otra que nos sea desconocida- sean pagadas en su totalidad. Además, estos dos caballeros acordarán una generosa cantidad que se le pagará mensualmente para apoyar el mantenimiento de Melbury Hall. Será más que suficiente para que continúes con tus causas".

La cabeza de Millicent daba vueltas con todo lo que la viuda acababa de proponer. Había pasado noches interminables en vela, dando vueltas en la cama, preocupada por sus gastos. Los últimos seis meses habían sido especialmente difíciles. Lady Aytoun le ofrecía la oportunidad de liberarse de una vez por todas de las ataduras de las deudas de su marido. Pero la idea del precio

que tendría que pagar seguía apareciendo en su mente con una claridad aterradora. Casarse de nuevo.

"¿Qué pasará con nuestro acuerdo, milady, si el conde de Aytoun se recupera de esta aflicción?".

"Me temo que no hay esperanza. Ningún médico que lo haya visto recientemente cree..." La condesa hizo una pausa para acallar un temblor en su voz. "Ninguno de ellos cree que haya alguna posibilidad de que se recupere".

"Pero podría."

"Envidio tu optimismo".

"Quiero una disposición en el acuerdo que, en caso de su recuperación, el divorcio será de mutuo acuerdo".

La viuda miró a su abogado.

Sir Richard asintió secamente, levantándose de la silla. "Considerando la naturaleza del matrimonio y la salud actual del conde, sin duda podría arreglarse una anulación o un divorcio".

Sir Oliver estuvo de acuerdo. "Su estado mental actual hace que sea un caso discutible para la anulación."

Millicent no podía creer hasta qué punto la habían convencido. En su mente, estaba sopesando los beneficios frente a las pérdidas, y la balanza se estaba inclinando definitivamente.

"¿Algo más? ¿Alguna preocupación que te haya quedado?"

La pregunta de la viuda levantó la barbilla de Millicent. "Sí, milady. ¿Por qué yo? Soy una extraña para vos. ¿Por qué se decidió por mí?"

"No nos decidimos por usted sin considerarlo seriamente. Ante mis exigencias, mi abogado tenía ante sí un gran reto. Su búsqueda ha sido meticulosa. Pero debo decirle que su historia y su reputación de bondad, combinadas con todo lo que Sir Richard pudo reunir sobre su actual situación financiera, la convirtieron en la candidata perfecta." La mujer mayor asintió con aprobación. "Espero que no se ofenda por la cantidad de indagaciones que mi gente ha estado haciendo sobre sus asuntos pasados y presentes. Cuando concluyeron, había muy poco sobre usted que yo no supiera".

Millicent levantó una ceja curiosa. Durante toda su vida había llevado un estilo de vida muy privado. Dudaba de que hubiera mucho por ahí en lo que alguien pudiera indagar.

"Esto me sorprende, milady, y me gustaría escuchar una muestra de lo que su gente podría haber descubierto sobre mí".

"Si lo desea. Usted es Millicent Gregory Wentworth, veintinueve años de edad. Ha enviudado hace un año y medio. Su familia le concertó un matrimonio".

"Son hechos fáciles de obtener. No dicen nada de la persona".

"Es cierto. Pero mi encuentro de hoy con usted me ha tranquilizado al respecto. Con la excepción de una noche en su residencia de vez en cuando, como en el caso de este viaje a Londres, estás prácticamente alejado de tu familia. No es que te culpe. Tu familia se compone de dos hermanas mayores y un tío en el que no confías, ya que te entregó a Wentworth sin ninguna indagación sobre el carácter del hombre." La mano de la anciana alisó con fuerza la manta sobre su regazo. "Hay poca correspondencia entre tu familia. Durante tus cinco años de matrimonio, ni una sola vez confiaste a ninguno de ellos los malos tratos que recibías a manos de tu marido. Tienes muy pocos amigos íntimos, pero tu orgullo no te permite pedir ayuda, ni siquiera cuando estás desesperada. ¿Qué más? Sí, estás involucrada en la liberación de tus esclavos-".

"Los esclavos de mi difunto marido."

"En efecto. Sin embargo, en parte debido a tus esfuerzos por corregir esa situación, estás a

punto de ser aplastada bajo las cargas financieras resultantes." La mirada de la viuda recorrió el rostro de Millicent. "En un plano mucho más trivial, pareces contenta con tu aspecto poco adornado y tu evidente desinterés por el estilo. En realidad, nunca has sido un miembro activo del conjunto de moda de Londres y, desde que enviudaste, te has refugiado entre los muros de tu residencia campestre, Melbury Hall, en Hertfordshire."

"No me he perdido nada importante por quedarme en el campo, milady".

"Muy cierto. Y esta actitud es una de las cosas que encuentro más ventajosas. No te perderás las fiestas de la ciudad durante la Temporada ni le guardarás rencor a tu marido por no acompañarte a Londres, o a Bath, o a donde sea que la *tonada* esté desbocada en este momento. Además, eres una mujer brillante y dotada de una gran compasión. Por fin has descubierto el valor de la independencia, y ahora te esfuerzas por ejercer el poder que conlleva. Pero para lograrlo, te vendría muy bien la protección del nombre de un marido para alejar a los lobos de la puerta".

La batalla en el interior de Millicent se recrudeció. Necesitaba la protección del nombre de un marido para poder perseguir sus objetivos. Ya le había resultado casi imposible contratar y mantener a un mayordomo capaz para administrar Melbury Hall. Incluso al acudir a una subasta junto al Támesis, descubrió que la sociedad exigía la presencia de un supervisor varón, ya que obviamente un hombre tenía un nivel de inteligencia tan superior al de cualquier mujer.

Millicent hizo todo lo posible por controlar su temperamento y en su lugar pensó en la historia de su mejor amiga sobre los diez años que había pasado en Filadelfia. Bajo el nombre falso de señora Ford, Rebecca había utilizado el ardid de tener un marido para establecerse con un recién nacido en aquella ciudad.

"¿Qué piensa de la oferta, Lady Wentworth?"

Millicent se libró de su lucha y se encontró con la mirada directa de la viuda. "¿Por qué hoy? ¿Qué significa que este matrimonio se celebre hoy?".

"No te alejas de Melbury Hall más de un día o dos como mucho. Supongo que volverás allí mañana por la mañana".

"Lo soy."

"Cuando sumo eso a las predicciones de mis médicos sobre la escasez de atardeceres y amaneceres en mi futuro, no me atrevo a tentar al destino esperando. Hay demasiado en juego".

"¿Qué opina su señoría de este gran plan que has estado ideando?".

La viuda respiró hondo y soltó el aire antes de responder. "No sabía si sería capaz de convencerte, pero le expliqué a mi hijo que sería por tu necesidad de apoyo económico y no por caridad por lo que se concertaría el matrimonio. En cuanto lo oyó, se resignó. No se compadecerá de él. Sea lo que sea que le quiten a Lyon, siempre tendrá su orgullo".

Lyon Pennington, cuarto conde de Aytoun, permanecía inmóvil en el asiento frente a la ventana. Los músculos de su rostro enjuto estaban tensos bajo la barba oscura y sin recortar. Sus ojos estaban fijos en un punto invisible en algún lugar más allá del cristal, en medio del triste paisaje de Hanover Square.

Los dos ayuda de cámara del conde habían dispuesto para la boda un abrigo de brocado, un chaleco de seda, un corbatón negro, calzones, medias y zapatos con hebilla de plata. Ninguno de los dos se atrevió a acercarse a él y se quedaron de pie junto a la puerta, intercambiando miradas nerviosas.

"Ya está aquí", susurró una joven que entraba con una bandeja de té.

Se apresuró a dejar la bandeja en una mesa cercana al conde. Con una reverencia, retrocedió y volvió a donde estaban los hombres.

"La viuda cree", susurró a uno de ellos, "que el visitante buscará reunirse con su señoría antes de la ceremonia".

Otra sirvienta entró llevando una bandeja de pasteles. Tras ella, Gibbs, el hombre del conde, entró en la cámara.

"¿A qué estáis esperando?", gruñó a los criados. "Su señoría ya debería estar vestido".

Cuando Gibbs dio un paso hacia ellos, los dos hombres se movieron para cumplir sus órdenes. El hombre del conde era tan alto y tan ancho como los grandes robles del parque de los ciervos de Baronsford, y ambos habían sentido el peso de su disgusto en el pasado. Uno de los criados cogió los calzones de piel de ante de su amo. Miró con inquietud a su larguirucho compañero, que recogía la camisa de lord Aytoun. Ambos seguían dudando si acercarse al señor.

El que se llamaba John susurró cautelosamente a Gibbs: "Su señoría no estaba muy dispuesto a vestirse esta mañana".

Las dos sirvientas se apresuraron a escapar de la cámara.

"Sí, señor Gibbs", dijo el otro ayuda de cámara en voz baja. "Por Dios, señor, Lord Aytoun casi nos mata a los dos mientras tratábamos de vestirlo. No se calmó hasta que le dimos el tónico que le dejó el nuevo médico".

"¡Su señoría ya lo tenía esta mañana!" explotó Gibbs, bajando rápidamente la voz a un feroz susurro. "No hay que darle ninguna maldita vez que se te ocurra dársela".

"Sí, señor. Pero lo que tenía no era suficiente".

"Si tuviera tiempo ahora mismo para retorceros el cuello y patearos de aquí a..." Gibbs intentó serenarse. "Pero la falta de tiempo os va a salvar el maldito culo. La compañía ya está abajo, y él aún no se ha vestido".

"'T's only a minute or two that he's calmed 'imself."

Con el ceño fruncido, hizo un gesto a los dos hombres para que le siguieran mientras se dirigía a la silla del conde. "¿Señor?"

La mirada de Lyon no se apartaba de la ventana. No estaba ni dormido ni despierto. Gibbs cerró las persianas y volvió a ponerse delante del hombre sentado.

"Tenemos que prepararlo para la compañía, milord".

El rostro del conde estaba inexpresivo mientras miraba a los tres hombres que tenía delante.

"Lady Wentworth y su abogado han llegado, señor", dijo con calma el criado del conde, retirando la manta de las piernas inmóviles del hombre. "El obispo lleva una hora esperando en la biblioteca. Le esperan, milord".

Uno de los criados se agachó para desabrochar los botones de la bata de doble botonadura. Al percibir el ceño fruncido que le dirigía su enfermo amo, se detuvo y retrocedió un paso.

"Méteme en la cama", gruñó Lyon arrastrando las palabras.

"No puedo, milord. Su señoría insistió en que os tuviéramos preparados".

Sin pensar en las piernas que no se movían, que no le habían sostenido en meses, el conde de Aytoun se levantó de la silla. Antes de que las manos de sus asustados sirvientes pudieran alcanzarlo, cayó pesadamente al suelo.

"¡Maldita sea...!"

"...¡aterrizó en su brazo derecho!"

"Ayúdame a sacarlo de ahí." Gibbs estaba de rodillas junto al conde en un instante.

"Oí al médico decir que haría que un cirujano amputara si ese brazo se rompe otra vez".

Gibbs lanzó una mirada asesina a John por su comentario y le dio la vuelta al conde con

suavidad.

Lyon Pennington era tan corpulento como Gibbs. Sus meses de reclusión le habían restado algo de su robustez anterior, pero para moverlo seguían haciendo falta varios hombres. Más aún cuando no estaba de muy buen humor.

"Milord, si me permite recordarle..." Gibbs dobló y enderezó con cautela el brazo derecho del conde. El hueso no parecía estar roto de nuevo. "Su señoría prometió a la viuda que seguiría adelante con su plan".

"Devuélveme a la cama". La ira se entretejió con fuerza en las palabras que escaparon de sus labios. Su mano buena se cerró en un puño y golpeó una vez el suelo. "¡Ahora!"

"Su madre tuvo otro ataque anoche, milord. Tuvimos que llamar al médico". Gibbs se agazapó cerca, sabiendo que no debía maniobrar con el conde cuando su ira estaba a punto de estallar. Los ojos azules del hombre estaban agujereando la cabeza del criado. "Lo único que la ha sacado de su lecho de enferma esta mañana ha sido vuestra promesa de acatar su deseo. Si se entera de que habéis decidido tirarlo todo al pozo, podría ser la gota que colmara el vaso. Por favor, milord, su señoría se ha tomado muchas molestias para arreglar esto para usted. Estoy pensando que podríais darle un poco de paz durante los pocos días que le quedan en este mundo".

Gibbs no sabía si se trataba de la medicina sedante que los criados le habían administrado antes o de que el conde se había dado cuenta de que le quedaban pocas opciones. Fuera lo que fuese, el criado se sintió aliviado cuando Lyon Pennington no se resistió cuando volvieron a subirlo a la silla.

"¿Y qué hay de esta mujer, Gibbs?", murmuró. "¿Crees que esta nueva novia mía tendrá un momento de paz?"

Capítulo Tres

JASPER HYDE SACÓ su reloj de bolsillo del chaleco y lo miró. Eran casi las tres de la tarde, aunque tampoco había rastro de su maldito empleado ni de Platt**.**

El White's Club estaba abarrotado, como todos los días, y Hyde echó un vistazo a los demás caballeros. Empezaba a reconocer algunas de las caras de los jugadores y de los que simplemente se dedicaban a beber y a divertirse viendo a los que intentaban perder su fortuna. No parecía importar la hora del día; las mesas de cartas y dados estaban casi siempre llenas. Hyde sabía, sin embargo, que la multitud pronto empezaría a disminuir, ya que algunos se iban a las cenas y fiestas y a los muchos otros vicios que Londres ofrecía en abundancia.

Hyde se quedó mirando el cubilete de dados en la mano del conde de Winchelsea. Él mismo ya había perdido más de lo que le importaba, pero sabía que merecía la pena codearse con semejantes miembros de la *tonelada*. Y tampoco estaba de más perder dinero con ellos.

"Todas las apuestas abajo", dijo el croupier con voz aburrida.

Detrás del hombre, junto a la gran chimenea abierta, tocaban un arpista y un trompetista, y el director reprendía a un criado por su lentitud en la entrega de una botella de vino a una peligrosa mesa del rincón.

Lord Winchelsea hizo sonar los dados una vez más para ver si daban suerte y los hizo rodar sobre la mesa.

"Siete". Los hombres apiñados alrededor de la mesa respondieron con gemidos y gritos de victoria, dependiendo de sus apuestas, y Hyde observó a Winchelsea sonreír arrogantemente mientras le pasaban de nuevo los dados.

"*Esto* es lo que yo llamo una celebración", dijo Winchelsea al conde de Carlisle, de pie a su izquierda. El otro noble resopló en respuesta, y Winchelsea sonrió a Jasper Hyde. "¿Sigues apostando con mi antiguo amigo, Hyde?".

El dueño de la plantación miró la suma que disminuía rápidamente ante él. Hyde sabía que el joven conde había perdido fácilmente tres mil libras esta semana. La suerte de Winchelsea, sin embargo, había cambiado definitivamente hoy.

"Si no le importa, milord, creo que apostaré con usted".

"Inteligente movimiento, Hyde. Por cierto, he reservado una habitación privada en Clifton's Chophouse, cerca del Temple Bar, antes de que vayamos a Drury Lane. ¿Quieres cenar con nosotros?"

"Estaré encantado". Sumamente complacido por haber sido incluido, Hyde dobló su apuesta inicial sobre la mesa.

"Teniendo en cuenta tus buenas noticias de hoy, deberías invitar a todos a cenar", desafió lord Carlisle.

"Maldita sea, pero tienes razón en eso, Carlisle. Podéis venir todos". Winchelsea empezó a hacer sonar el cubilete de los dados en medio de las sonoras risas y llamadas de aprobación de los reunidos alrededor de la mesa.

"Si puedo atreverme a preguntar, milord, ¿cuál es la naturaleza de sus buenas noticias?".

Carlisle respondió a la pregunta de Hyde. "Se rumorea que el principal némesis de nuestro amigo se escapa al campo a primera hora de la mañana".

"¿Aytoun se va de Londres?", dijo alguien desde el otro lado de la sala.

"Llevado lejos de Londres, para ser más exactos", respondió Lord Carlisle.

"¿Por fin lo mandan a Bedlam?", preguntó la misma persona.

"A pesar de mi sincera recomendación, no". Winchelsea agitó la taza más salvajemente. "Pero de todos modos lo condenan a cadena perpetua. Hemos oído que se casa de nuevo esta tarde".

"Todas las apuestas abajo", entonó el crupier.

"¿Qué simplón le daría su hija?", preguntó otra persona. "¿No mató a su primera esposa?"

"Eso fue sólo un rumor sin fundamento", dijo Carlisle en defensa del noble ausente. "No hay nada de cierto en ello".

"No estoy de acuerdo con eso", argumentó Winchelsea, dejando el cubilete sobre la mesa. "Habiéndome enfrentado al brutal temperamento de ese hombre, lo encuentro perfectamente capaz de asesinar a su esposa".

"Te enfrentaste al temperamento 'brutal' de Aytoun porque estabas *tonteando* con su mujer", se burló Carlisle. "Y lo dices ahora porque ha sido el único hombre que te ha vencido en un duelo. Hace poco que has dejado de quejarte de la herida que te hizo en el hombro. Si le hubieras vencido, digo yo que no le estarías calumniando con tales acusaciones".

"*¿Me* estás acusando?" desafió Winchelsea acaloradamente.

"No... y tampoco me convencerás de que me enfrente a ti en el parque al amanecer, amigo mío". Carlisle devolvió el cubilete de dados al conde. "Yo digo que continuemos con nuestra celebración y dejemos que Aytoun y su nueva esposa se vayan al infierno".

Las voces se alzaron de acuerdo en torno a la mesa. Winchelsea, con el ceño fruncido, cogió de mala gana el cubilete y tiró los dados.

"Seis", declaró el crupier, devolviendo los dados.

Carlisle sonrió con suficiencia. "Espero que esto no signifique que tu suerte ha cambiado."

"Deseos de tu parte".

"Lo próximo será oír que tu sastre está en la puerta esperando que le pagues".

"Eres el mismísimo diablo, Carlisle, al desearme cosas tan horribles".

Sin prestar atención al toma y daca de los dos hombres, Hyde volvió a seguir de cerca la tirada de los dados a través de la mesa. *Siete.* La violenta maldición de Winchelsea fue leve comparada con lo que Hyde sintió en ese momento. Perder quinientas guineas en una sola tirada podía ser insignificante entre este grupo de gentry, pero para Hyde era otro eslabón de una cadena de mala suerte que se alargaba.

El dueño de la plantación contuvo la respiración cuando un dolor punzante le sacudió de repente el pecho y los hombros. Hyde esperó a que amainaran los espasmos. Sabía que pasarían y no quería llamar la atención sobre ellos. Sin previo aviso y cada vez con más frecuencia últimamente, los dolores agudos iban y venían, pero no sin antes agotar su vigor. Se apoyó en la mesa.

El cubilete de los dados pasó a Lord Carlisle, y una vez más las apuestas se pusieron sobre la mesa. Al volver la cabeza, Hyde se sintió aliviado al ver que su abogado aparecía por fin en la

puerta. Se disculpó en la mesa y cruzó la sala hasta donde Platt le esperaba. Sin decir una palabra, el abogado lo condujo escaleras abajo hasta donde el empleado, Harry, se retorcía justo dentro de la puerta principal.

Un criado le entregó a Hyde el bastón, el sombrero y los guantes, y le ayudó a ponerse el abrigo. Todo el tiempo, Hyde mantuvo la mirada fija en su criado. El dolor de su pecho había empezado a aliviarse un poco, pero el aire en su pecho escaseaba.

Hyde indicó a los dos recién llegados que le siguieran hasta una pequeña cámara situada junto a la entrada. Era evidente que no todo había salido como estaba previsto.

"¿Dónde está?"

Platt cerró la puerta de la cámara antes de dar la noticia. "Harry no pudo comprar a la esclava".

La rabia, como una fuerte ráfaga de viento, lo invadió de golpe. El empleado se encogió contra la pared cuando la punta del bastón de Hyde le golpeó con fuerza en el pecho. "Tenías tus instrucciones. Todo lo que tenías que hacer era seguir pujando por ella hasta ganarla".

"Lo hice, señor. Pero el precio siguió subiendo".

"Lady Wentworth se presentó en la subasta inesperadamente", ofreció Platt desde una distancia prudencial.

"No pude ganar a la mujer, señor, pero hice que su señoría pagara una fortuna por ella. Era una esclava despreciable".

La furia de Jasper Hyde se desbordó y golpeó con fuerza al hombre en un lado de la cabeza con el bastón. "*Tú* eres el desecho inútil. Debería echarte ahora mismo. ¿No has oído nada de lo que te he dicho antes? Tus instrucciones específicas eran pujar y ganar ese esclavo. ¿Qué te preocupa del precio?"

"Pero se fue por ciento diez libras, amo", soltó Harry, frotándose la cabeza con una mano y dispuesto a desviar el siguiente golpe con la otra. "Y la gente estaba en mi contra. Pensaron que estaba subiendo el precio a Lady Wentworth y se pusieron de su parte, señor. Busqué su carruaje, pero usted y el Sr. Platt no aparecían por ningún lado. Nunca pensé que querríais subir más de cincuenta libras. Pero me armé de valor y doblé, y..."

El bastón volvió a destellar, golpeando al empleado en la muñeca levantada y haciéndole aullar de dolor.

"Esto no resolverá nada", dijo Platt nervioso. "Hay otras formas de recuperar al esclavo".

Jasper Hyde respiraba con dificultad mientras se hundía en una silla cercana. Agarró el bastón con ambas manos e intentó combatir el dolor que volvía a invadirle.

"Es una suerte que Lady Wentworth fuera la ganadora de la esclava", ofreció Platt razonablemente. "Ella le debe una fortuna en pagarés. Y no tiene ningún crédito disponible. Ofertó cinco veces el valor de la esclava y puede que ni siquiera disponga de fondos suficientes para pagar la compra. Ya sea a través de los acreedores de Dombey o del abogado de Lady Wentworth, podría tener a la esclava en su poder para el fin de semana."

Hyde se lo pensó un momento, esperando a que se le pasara el dolor. Cuando se levantó, el empleado, Harry, se encogió contra la pared. El dueño de la plantación se volvió hacia Platt.

"Asegúrese de ello", instruyó Jasper Hyde a su abogado. "El tiempo apremia".

Los objetos yacían ante ella en el hogar de ladrillo de la pequeña chimenea. No eran más que unas pocas cosas que Ohenewaa había podido esconder en las mangas de su raída túnica. Unas cuantas piedras, la corteza desmenuzada de un árbol, algunas hojas secas, una pequeña bolsa con

algunos mechones de pelo. La anciana vertió unas gotas de agua en el hogar y colocó un pequeño trozo de pan como ofrenda junto a los amuletos. Tenía mucho por lo que dar gracias, y sabía que los espíritus la escuchaban mientras se arrodillaba junto al altar improvisado.

Alargando la mano hacia el hogar, Ohenewaa cogió un puñado de cenizas calientes y se las esparció por la cara, las manos y los brazos. El canto ancestral empezó a sonar en su pecho. Meciéndose de un lado a otro, agradeció al Ser Supremo, Onyame, su liberación de Jasper Hyde. Cantó su gratitud por haberle quitado de nuevo los grilletes de las manos, los pies y el cuello.

Lo que iba a ser de ella seguía siendo un misterio. La habían entregado en el despacho del abogado, Sir Oliver Birch, a primera hora de la tarde. El alto inglés tenía nombre de árbol, pensó. Quizá también tuviera alma.

El abogado la había visitado un poco más tarde y le había explicado que la señora del muelle ya había firmado los papeles que la liberaban. Una mujer libre, había dicho. Las palabras eran difíciles de comprender. Una mujer libre.

Pero el abogado también había dicho que esa misma mujer, Lady Wentworth, estaría encantada de que Ohenewaa la acompañara a su finca en Hertfordshire. El abogado le había explicado que había muchos esclavos liberados que vivían y trabajaban en Melbury Hall, y Lady Wentworth pensó que Ohenewaa podría conocer a algunos de ellos de sus años en Jamaica.

Ohenewaa recordaba muy bien el nombre de Wentworth. Recordaba claramente la celebración de la gente cuando la noticia de la muerte de Squire Wentworth llegó a las plantaciones de azúcar de Jamaica. Pero eso fue antes de que el puño de hierro de Jasper Hyde se cerrara en torno a sus gargantas.

Al oír que llamaban a la puerta, dejó de cantar. La puerta se abrió lentamente y apareció el rostro de una joven que miraba con incertidumbre. "¿Puedo pasar?"

Los ojos azules eran grandes y curiosos, observando los objetos de la chimenea. Se ablandaron y sus labios se afinaron cuando miró la raída camisa y la manta que cubría a Ohenewaa. Ninguna de las dos telas disimulaba mucho los feos moratones que tenía en el cuello o en las muñecas.

"Soy Violet", dijo la joven en voz baja, abriendo un poco la puerta. Ohenewaa pudo ver que la mujer llevaba una bandeja en los brazos, pero no entró inmediatamente. "Soy la criada personal de Lady Wentworth. Ella me envió aquí para atender sus necesidades hasta que estemos listos para partir hacia Melbury Hall mañana por la mañana. ¿Puedo pasar?"

Ohenewaa estudió el bonito vestido de la joven, sin duda heredado del guardarropa de su señora. La anciana asintió lentamente, pero no se levantó.

"Me dijeron que aquí quedaba algo de agua y pan, pero le traje algo de comida caliente. Mi señora dijo que, por muy bueno que sea, no deberíamos confiar demasiado en un viejo solterón como Sir Oliver". Colocó la bandeja que llevaba sobre la mesa, junto a la estrecha cama, y miró a su alrededor. Había una jarra de agua y un lavabo sobre una pequeña cómoda a los pies de la cama.

"Siento no haber pensado en traerte un vestido para cambiarte. Pero te dejaré mi capa, y estaremos en Melbury Hall mañana por la tarde. Una vez allí, Lady Wentworth-y la Sra. Page y Amina, por supuesto-se encargarán de que tengas todo lo que necesites."

La chica se frotó las manos por los brazos. "¿Te importaría si echo más leña al fuego? Hace mucho frío aquí".

A Ohenewaa le sorprendió que la sirvienta preguntara. La muchacha esperaba el permiso de un viejo esclavo.

"Haz lo que quieras".

Frotándose la piel irritada de las muñecas, Ohenewaa se levantó y fue a sentarse en el borde de la cama. La joven caminó con cautela -quizá incluso con respeto, pensó- alrededor de los objetos del hogar antes de arrodillarse y apilar más leña en la chimenea.

"Estabas rezando", dijo Violet. Unos suaves rizos dorados enmarcaban el pálido rostro de la mujer cuando miró a Ohenewaa por encima del hombro. "Admiro eso".

"Como cristiano, ¿eso no te molesta?"

"No. Lo admiro. Esto es un altar, ¿no? Sé que ves el altar como el umbral del cielo, como el 'rostro de Dios', más o menos".

"¿Cómo es que sabes tanto?"

"Tengo muchos amigos africanos en Melbury Hall, y tengo la oportunidad de pasar muchas horas con ellos, especialmente con las mujeres. Para algunas de ellas, sus creencias son mucho más fuertes que las mías, aunque no sean... bueno, estrictamente cristianas".

"¿Es así?"

"Me di cuenta, por un lado, de que creen que nunca están solos, a pesar de haber sido apartados de su parentela, como les ocurrió a ellos. Creen que los espíritus de sus antepasados están siempre con ellos".

"No te gusta estar solo".

"No. Para ser sincera, no lo sé". Violet sacudió la cabeza y se levantó. "Y me alegro de que vuelvas con nosotros. Vuelvo enseguida. Necesito encontrar un polvorín".

Ohenewaa vio al criado salir de la habitación y se quedó mirando la puerta abierta. Por primera vez en sus sesenta años de vida, era libre.

Sin embargo, ese conocimiento por sí solo no le proporcionaba mucha alegría. Sabía lo duro que era el mundo. Sabía la miseria que podía infligir. Podía ser libre, como dijo el abogado, pero no tenía adónde ir. Ni dinero para comprar el pan. Ni trabajo para ganar dinero. Seguía siendo una esclava en su sociedad.

Lo único que no le habían preguntado era si estaba dispuesta a ir con esa gente al campo. Supusieron que estaría agradecida por la oportunidad. Quizá debería estarlo. Ohenewaa se acercó al lavabo y se lavó la cara y las manos. Por fin era una mujer libre, pero el mundo seguía siendo el mismo.

Mientras Violet entraba de nuevo y se inclinaba hacia la tarea de encender el fuego, Ohenewaa consideró el gesto de Lady Wentworth. La mujer había enviado a su propia sirvienta para atender las necesidades de una esclava.

Tal vez ir a Melbury Hall sería un nuevo comienzo. O tal vez no. Para un esclavo, nada más que la muerte era una certeza.

Capítulo Cuatro

"Sé que esta noticia es bastante repentina, por lo que pido disculpas a nuestra gente por la carga adicional que les estoy imponiendo con todo lo que hay que hacer. Pero Lord Aytoun podría llegar en cualquier momento, y realmente necesito la ayuda de todos para prepararnos."

Millicent estaba junto al fuego de la biblioteca, calentándose mientras se dirigía al mayordomo y al ama de llaves. El viaje desde Londres había sido húmedo y frío. Pero la incomodidad fisica del viaje no habia sido nada comparada con la agitacion de su mente. Hacer que una sencilla casa de campo como Melbury Hall estuviera lo bastante presentable para recibir a un conde era un reto que Millicent no confiaba en afrontar. Durante su breve estancia en compañía de la viuda, había oído hablar mucho de Baronsford, el castillo de Aytoun. Incluso había visto un cuadro en una de las paredes. Y, habiendo visto la magnificencia de su casa en Londres, sólo podía imaginar lo grandiosa que era la casa de su nuevo marido en los Borders de Escocia. La mente de Millicent se tambaleaba por sus sentimientos de incapacidad.

"Pero de verdad, milady". La protesta del mayordomo cortó sus pensamientos. "¿Hacer todo esto hoy? Lo que pide es absolutamente imposible. Ya es media tarde. No hay tiempo suficiente para..."

"Señor Draper", interrumpió Millicent, que ya conocía bien la naturaleza quejumbrosa de aquel hombre y no tenía paciencia. "Tendremos *menos* tiempo si nos entretenemos aquí discutiendo sobre lo que se puede o no se puede hacer. Ahora, tenga la amabilidad de transmitir mis instrucciones a los mozos de cuadra sobre el espacio necesario para el carruaje -o carruajes- y los caballos de su señoría. Luego, transmita la noticia a Jonás con mis instrucciones para el resto de los sirvientes sobre la urgencia de la situación. La Sra. Page y yo debemos ocuparnos de la necesidad inmediata de alojamiento".

La punta de la fina nariz del mayordomo se elevó unos centímetros en el aire antes de volverse hacia la puerta. Millicent esperaba que el hombre fuera lo bastante inteligente como para darse cuenta de que también era necesario un cambio inmediato en su actitud antes de que le presentaran a lord Aytoun. Vio que Draper se detenía junto a la puerta.

"¿Y la mujer africana? Se niega a hablar. Ni siquiera su propia gente ha sido capaz de convencerla de que dé más de un paso hacia las cocinas. La mujer tampoco quiere soltar ese horrible trapo que lleva envuelto. ¿Desea que la dejen donde está, bloqueando una de las puertas de la cocina?".

Millicent se reprochó en silencio no haber visto que la mujer se situaba inmediatamente. Violet había mencionado que la noche anterior había rechazado la comida e incluso había declinado la oferta de ponerse una capa sobre sus harapos.

"Debe ser tratada como una invitada en esta casa, Sr. Draper, pero yo misma iré a atender sus

necesidades en cuanto termine aquí con la Sra. Page".

"Antes de que desarraigue y ofenda a todos los de la casa, milady", comentó bruscamente el mayordomo, "debería saber que no queda espacio en el tercer piso. Con tantos peones de campo que antes se alojaban en la Arboleda abarrotando ahora las dependencias del personal doméstico, no hay sitio libre para ella. Por lo tanto, te recomiendo una vez más que reconsideres tu decisión de no utilizar las chozas de la Arboleda. Cualquiera de esos lugares sería un castillo comparado con donde ella ha estado".

A lo largo de un recodo del río, un poco más allá de la cañada, se encontraba el grupo de cabañas decrépitas donde Wentworth solía alojar a muchos de los africanos que había tenido como esclavos en Melbury Hall. Se llamaba la Arboleda. Tras su muerte, uno de los primeros proyectos de Millicent había sido trasladar a la gente de aquella zona oscura y lúgubre de las tierras de la mansión.

"Ya le dije que la cuidaré yo mismo, Sr. Draper. Ya puede irse".

Ninguna de las dos mujeres habló hasta que el mayordomo abandonó el salón.

"Siempre puede alojarla en una de las habitaciones del Sr. Draper, milady. Siempre se queja de que las dos habitaciones que ocupa ahora son insatisfactorias comparadas con las que estaba acostumbrado con su anterior empleador."

"¿Crees que cedería de buen grado su salón a nuestro nuevo invitado?".

Había picardía bailando en los ojos del ama de llaves. "Creo que dimitiría ante la mera sugerencia de tal cosa, milady."

Millicent negó con la cabeza. "Me temo que no puedo permitir que eso ocurra ahora, señora Page. Aunque el señor Draper mantiene el récord de personas que han ocupado el cargo de mayordomo desde la muerte de mi marido... de mi anterior marido, éste no sería un buen momento para perderlo. Encontrar y mantener un mayordomo que crea en lo que intentamos hacer aquí es una tarea desalentadora, parece".

"El problema no es con usted, milady, sino con estos hombres ignorantes que piensan que porque usted no tiene marido que le dé órdenes, ellos deberían encargarse del trabajo".

"Tal vez. Pero la verdad es que no puedo prescindir de ti". Tocó a la mujer apreciativamente en el brazo. Las preocupaciones anteriores de Millicent volvieron a aparecer en sus pensamientos. "En cuanto a las habitaciones, ¿qué tan difícil sería preparar los viejos aposentos de Squire Wentworth para el conde?"

"Las habitaciones se han mantenido limpias. Hice airear la ropa de cama mientras estabas en Londres, y con sábanas y ropa de cama limpias, estarán listas. Puedo subir y empezar ahora mismo".

"Debería haber arreglado algunos muebles nuevos allí antes de ahora."

"Hace tiempo que no entra ahí, milady. Pero están bien como están".

"Hay que tener preparado un fuego para encenderlo si su señoría llega hoy", dijo resignada. "También debemos tener preparada la pequeña habitación de invitados de enfrente para el médico del conde. No estoy muy segura de si viajará con su señoría ni de cuánto tiempo se quedará, pero quiero estar preparada. También, la otra habitación junto a las escaleras de los sirvientes. Espero que sea adecuada para el criado del conde".

"Debería, milady. Creo que podrá oír las llamadas de su amo desde allí. En cuanto al resto, sé que algunos de los peones del campo han acondicionado el desván de la lechería para sus propios aposentos. Podrían mudarse allí en cualquier momento. Entonces, si es necesario, puedo trasladar a dos de las chicas con Vi y eso hará espacio para..."

El ama de llaves continuó con su planificación, pero la mente de Millicent estaba ocupada

con el problema al que se enfrentaba desde hacía algún tiempo. Después de sacar a todo el mundo de la Arboleda, había alojado a todos los que había podido en las pocas casitas vacías de las granjas periféricas, y al resto en las dependencias de los criados en la casa. Pero todo eso había sido temporal y muy difícil durante los agitados días de la cosecha. Con sus limitados fondos, ni siquiera había podido pensar en nuevas construcciones o renovaciones. Pero ahora, con su matrimonio, se le presentaban muchas posibilidades interesantes. Tal vez desbrozar más tierras a lo largo del río y construir cabañas decentes para los trabajadores del campo. Tal vez drenar las tierras bajas pantanosas y levantar un muro de piedra para contener el río durante la primavera. Hizo una pausa, preguntándose si el conde de Aytoun consideraría la posibilidad de quedarse en aquella abarrotada mansión rural el tiempo suficiente para que ella pusiera en marcha alguno de esos proyectos.

"¿Cuántos sirvientes acompañarán a su señoría, milady?"

"Media docena, creo. Tal vez más".

"¿Y qué debo indicar al personal de cocina en cuanto a los gustos del conde?".

"No estoy muy seguro. Es escocés. ¿Qué comen los escoceses?"

"Estoy seguro de que no lo sé, milady. ¿Dónde crees que tomará sus comidas?"

Millicent negó con la cabeza. "Está confinado a una silla o a una cama. Tendremos que esperar a que esté aquí para tomar esas decisiones".

"¿Y qué hay del mobiliario de esta habitación? ¿Cree que el conde pasará aquí las mañanas?".

Millicent echó un vistazo a las viejas pero cómodas sillas de la biblioteca y se dio cuenta de que no estaba segura de cómo pasaría sus días su nuevo marido. Había muchas cosas que no sabía de él. Nunca había pensado que Melbury Hall fuera pequeña hasta ahora. El dormitorio de Millicent estaría en la misma planta que el suyo. Ella también estaría a su alcance si él la llamaba. No podría ignorar su presencia.

Las dudas sobre lo que había hecho empezaron a atormentarla. "Me temo que podría encontrar este lugar completamente inadecuado".

"Se está preocupando por demasiadas cosas ahora mismo, creo, milady. Esta es una buena casa, y usted es una perfecta anfitriona. No tiene sentido preocuparse por lo que él pueda pensar o hacer. El buen Dios está seguro de que todo funcionará correctamente".

Las consoladoras palabras de la señora Page hicieron que Millicent asintiera resignada. Las dos se encaminaron hacia la puerta.

Bajo el techo abovedado del vestíbulo de entrada, cuatro criados permanecían junto a la puerta principal abierta, evidentemente agitados. Al ver a Millicent, el portero corrió hacia ella. "En el patio, milady. Un carruaje, dos carretas y media docena de sirvientes cabalgando detrás. Está aquí. Su criado me ha dicho que os diga que ha llegado el conde de Aytoun".

"Corra, Sra. Page. Haz que un par de los tuyos preparen las habitaciones. Además, busque al Sr. Draper. Necesito que ustedes dos y todos los demás en el patio saluden a su señoría".

Millicent recibió una rápida inclinación de cabeza antes de que el ama de llaves saliera corriendo, y se apresuró a pasar la amplia escalera en dirección a la puerta principal. Sin embargo, antes de llegar a ella, una voz de pánico procedente de detrás la hizo detenerse de repente. Millicent se giró hacia la joven criada que corría hacia ella.

"¿Qué pasa, Violet?"

"¡Está muerta, milady! ¡Ohenewaa! Ella acaba de caer donde estaba de pie en la cocina. Creo que no respira".

Sin vacilar, Millicent dirigió sus pasos hacia la cocina. Hizo un gesto con la mano al portero.

"Dígale a la gente de su señoría que lo recibiré en un mo..."

"Señora", gritó un mozo de cuadra al entrar por una puerta que daba a los jardines. "Se están matando, seguro".

"¿Quién está matando a quién?"

"Sr. Draper y Jonah, señora. Algo que dijo el mayordomo. Vi al viejo Moses dirigiéndose hacia allí. Sabes que no hay quien lo detenga si cree que alguien está lastimando a Jonás".

"¡Oh, no!" Millicent levantó el dobladillo de sus faldas y corrió hacia la puerta. "Ve al patio y ayuda con el séquito del Conde de Aytoun".

Mientras salía, rezó en voz baja para que la anciana siguiera viva y para que el conde no se ofendiera por su tardanza en saludarle. Pero, sobre todo, rezó para que Moses no hiciera nada que pudiera causar un daño irreparable a sí mismo o a alguien más. Otra vez no.

La bruma del amanecer flotaba entre los árboles sombríos, el rocío goteaba de las hojas verde oscuro. La pistola, plateada y nacarada, no parecía sino una prolongación de la mano de Lyon. Miró brevemente en dirección a los dos hombres que se encontraban a lo lejos, cuyas imágenes estaban borrosas por la niebla que los envolvía.

Una voz sombría gritó, el sonido resonó y luego se apagó. Lyon escuchó el borboteo lejano del río, el grito despierto de un pájaro asustado. Aspiró el olor húmedo y terroso del parque como si fuera la última vez que tuviera el privilegio de respirar.

Cuando su enemigo levantó la pistola y apuntó al cielo gris acero, Lyon hizo lo mismo. *¿Cuántos hombres deben morir?* pensó. Observó al petimetre junto al árbol extender la mano. Un pañuelo colgaba de sus dedos color de lirio... y luego cayó al suelo.

Antes de que Lyon pudiera apretar el gatillo, la niebla se disipó en torno al rostro fantasmal de su oponente.

Pierce estaba frente a él. David, su hermano menor, era su segundo. Y entonces sonó el disparo.

Lyon se despertó sobresaltado, con la cara empapada de sudor.

Sólo otro sueño, se dijo a sí mismo. *Sólo otra pesadilla*. Luchó por liberarse. Llevaba durmiendo una eternidad. Le habían vuelto a dar una de esas malditas bebidas antes de ponerse en camino esta mañana.

Se dio cuenta de que el carruaje no se movía. Miró alrededor del reducido espacio y descubrió que su criado Gibbs tampoco estaba allí.

Habían corrido la cortina de la ventanilla más alejada del vagón. Miró hacia fuera y sólo pudo ver muros de ladrillo y una alta verja de hierro. No podía superar la confusión que nublaba su mente. No podía pensar con claridad. Entonces, aunque luchó por contenerlo, el pánico empezó a corroerle.

Bedlam. Le habían dicho que le llevaban a casa de la mujer en el campo, pero habían mentido. Estaba en Bedlam.

La ira barrió su pánico tan rápido como una tormenta de las Highlands barre el sol. *Una maldita traición más.* Se quitó la manta del regazo con la mano buena. No sería prisionero en una institución. No estaba loco.

Lyon se apartó a empujones del asiento, lejos de las imágenes de las altas puertas de hierro. Pero incluso cuando intentaba escapar, su cuerpo se desplomó bajo él en un montón de huesos y carne retorcidos. Atascado dolorosamente entre los asientos del vagón, miró hacia fuera a través de una pequeña abertura entre las cortinas que cubrían la ventana opuesta. Sólo veía las altas

chimeneas de una casa.

En aquel momento, a Lyon le daba igual adónde le hubieran llevado. Era un lisiado solitario, menos de medio hombre. Su verdadera vida había terminado y quería liberarse. Si le dieran una pistola, pondría fin rápidamente a su maldita existencia.

"Puede retirarse, Sr. Draper."

La voz de Millicent resonó contra los muros del jardín que bordeaban el sendero que descendía por la colina hacia la Arboleda. Había oído la estridente voz del mayordomo nada más salir de la casa, proclamando tanto su incompetencia como su naturaleza corrupta al traer bajo su techo como esposo al infame "Señor del Escándalo" escocés. Jonás se había adelantado para defenderla, y ahora la violencia era claramente inminente.

"Estás despedido. Despedidos". Se alejó unos pasos de los dos hombres. La mirada despectiva del mayordomo no se movió del rostro enfadado de Jonás. No parecía estar escuchando. "¡Ahora! Debéis coger vuestras cosas y abandonar Melbury Hall inmediatamente."

"Este asunto no tiene nada que ver con usted, milady", dijo, todavía mirando a Jonás. "Esto es entre este esclavo insolente y yo".

"No hay esclavos en Melbury Hall, Sr. Draper. Usted es el insolente aquí. He oído lo que acaba de decir. Jonás, como mi sirviente, tiene todo el derecho a defenderme de las cosas irrespetuosas que dijiste de mí".

Millicent miró al viejo Moses y dio gracias al Señor por haber permanecido de espectador hasta entonces. Bajo su pelo gris moteado, el rostro del hombre mostraba las cicatrices de innumerables palizas propinadas por esclavistas y por propietarios como Wentworth. Millicent sabía, sin embargo, que a pesar de su tamaño y del aspecto feroz que nacía de sus rasgos mutilados, Moses era una de las almas más bondadosas que existían... siempre que nadie intentara hacer daño a Jonás. Se volvió hacia Draper.

"Ahora te lo repito, regresa a la casa y empaca tus pertenencias en este instante".

"No hasta que termine con él". El mayordomo dio un paso hacia Jonás.

Millicent se puso rápidamente en el camino de Moses cuando el gran hombre negro se acercó al mayordomo. Le puso una mano en el brazo y le negó con la cabeza.

Lanzó una mirada hacia la casa, esperando que viniera algún criado. Temía que Jonás no se defendiera. Después de tantos años de ser golpeado y maltratado como esclavo, no podía esperarse que hiciera valer sus derechos como hombre libre. Brillante y competente como era, Jonás seguía luchando con su nuevo trabajo de alguacil. El liberto era muy capaz, pero le faltaba confianza.

En efecto, alguien bajaba por el sendero, aunque Millicent tardó un momento en darse cuenta de que se trataba de Gibbs, el criado personal del conde, a quien había conocido por breves instantes ayer, después del servicio nupcial en Londres.

"La señora le dijo que hiciera la maleta, Sr. Draper", ordenó Jonah.

"Te enseñaré a abrir tu fea boca a tus superiores."

Millicent se giró a tiempo para ver cómo empujaban a Jonah hacia atrás fuera del camino.

"Detente. En este instante", le gritó al mayordomo mientras sus manos se aferraban desesperadamente al brazo de Moses para impedir que avanzara. Si Draper golpeaba a Jonás, Moses mataría al hombre. De eso estaba segura Millicent. No sabía si podría retenerlo mucho más tiempo. "Le ordeno que abandone estas instalaciones".

Cuando el mayordomo levantó el puño, Millicent se sobresaltó al ver que Gibbs pasaba a

zancadas junto a ella, agarraba la parte trasera del abrigo del atacante y lo tiraba al suelo sin más esfuerzo que el que se emplearía en arrancar una manzana podrida de un árbol.

"¿Le cuesta un poco seguir las indicaciones de la señora, señor?". Puso su zapato de hebilla plateada en la nuca de Draper y empujó con fuerza la cara del hombre contra el suelo helado.

El criado del conde era un escocés alto, con el pecho de tonel y el pelo negro y espeso atado al cuello. Además de sus amenazadores ojos oscuros y sus pobladas cejas, era imposible no fijarse en el tamaño de los enormes puños de Gibbs. Se dio cuenta de que no era un hombre con el que se pudiera jugar. Obviamente, Draper también pensaba lo mismo. Fue asombroso ver cómo se le quitaba la pelea al mayordomo tan rápidamente.

"Oí a su señoría decirte que te fueras, maldito hinchado."

"Estaba a punto de hacerlo. Lo estoy, señor. Tan pronto como me libere".

Sin disminuir la presión de su bota, Gibbs asintió cortésmente a Millicent. "Si su señoría desea salir de este frío, estos hombres de aquí pueden ayudarme a deshacerme de este perro maleducado en el camino a St. Albans".

"Creo que Jonah y Moses estarán encantados de ayudarle, Sr. Gibbs". Volvió su atención al hombre en el suelo. "Sus cosas serán enviadas a la Posada del Cisne Negro en Knebworth Village."

La mirada de Draper, bajo el zapato del escocés, no era la de un hombre feliz.

Millicent miró hacia la casa. "¿Han traído a su señoría, Sr. Gibbs?"

"No, milady. Lord Aytoun estaba durmiendo, así que lo dejé en el carruaje. Pensé que preferiríais saludarlo vos misma antes de trasladarlo".

"Por supuesto", susurró, consciente de la importancia de ese protocolo. Pero las noticias de Vi sobre el colapso de Ohenewaa en la cocina la atormentaban. Gibbs debió de notar su mirada en dirección a la casa.

"Si es tan amable, milady. Al pasar por el vestíbulo del servicio, su ama de llaves me pidió que le hablara de la mujer africana de la cocina. La mujer está bien y ha vuelto".

"Gracias". Millicent estaba realmente agradecida por la intervención de Gibbs, y Jonah también parecía mucho más tranquilo. Lo vio agarrar a Draper por el cuello y ponerlo bruscamente en pie cuando el escocés le quitó la bota. "Creo que rodearé la casa hasta el patio y saludaré a su señoría".

Hasta que no dobló la esquina de la mansión no sintió que el viento frío penetraba en su vestido. Empezó a temblar. Por primera vez desde su salida, Millicent se dio cuenta de que no llevaba capa ni chal.

A una respetuosa distancia del carruaje, varios de sus sirvientes se alinearon para saludarla. Al pasar junto a ellos, vio que la señora Page salía corriendo por la puerta principal y, con una reverencia a Millicent, ocupaba su lugar junto al personal reunido.

También los criados del conde esperaban junto a sus caballos y carros en el patio. Consciente de las docenas de ojos que la observaban a ambos lados, Millicent se esforzó por disimular su nerviosismo y se acercó al carruaje con paso seguro.

Desde fuera, no podía ver con claridad a través de las cortinas, pero no parecía haber nadie sentado en el carruaje. A su señal, el lacayo abrió la puerta.

Estaba retorcido, indefenso, encajado entre los asientos en la posición más incómoda. Vio que los ojos de su nuevo marido se abrían cuando la luz de detrás de ella se coló en el interior del carruaje. Millicent se apresuró a pasar por encima de sus botas desparramadas y subió, cerrando la puerta tras de sí. No tuvo que decir nada. Sabía que no era la forma en que él desearía ser presentado a su nuevo hogar.

"Lo siento mucho, milord. Se ha caído del asiento". Intentando torpemente encontrar un punto de apoyo sólido en el estrecho espacio, trató de doblarle las rodillas y enderezarle las botas. "Los caminos que suben desde Londres no están en las mejores condiciones, y no hay nada peor que soportar un viaje tan largo a un lugar extraño y..."

Millicent sabía que estaba parloteando, pero su vergüenza por no haberle saludado inmediatamente se vio agravada por la agudeza de la mirada del conde. Se agachó en el estrecho espacio entre los asientos y buscó su brazo derecho. Estaba doblado hacia atrás.

"Si fueras tan amable de poner tu otro brazo alrededor de mi cuello, tal vez podría levantarte un poco y podríamos liberar este brazo".

El conde no respondió, y ella miró su rostro barbudo. Su expresión era intimidante, pero decidió que la tensión que veía en sus ojos azules debía de deberse en parte al dolor. Esto la hizo estar aún más decidida.

"Por favor, milord. Si pudiera..."

"Gibbs. Atrápalo".

Millicent se sintió aliviada al recibir alguna respuesta. "Está viniendo, pero..."

"Trae a Gibbs", dijo más alto.

"No tengo intención de llevarte dentro yo solo. Sólo pensé que sería más cómodo para ti estar sentada en el asiento, en vez de donde estás".

Se detuvo, sintiéndose como una mentirosa por no decir toda la verdad. Por un momento, recordó vívidamente un momento en que ella misma se había sentado en el interior del carruaje, maltratada por Wentworth, desesperada por ocultar su rostro de las miradas indiscretas al otro lado de la puerta. Ocultar la verdad siempre había sido la forma que había tenido Millicent de evitar la vergüenza del horrible trato de su marido. Pero el estado del conde de Aytoun no se parecía en nada al suyo.

"Lo siento, milord. Estaba actuando sin pensar".

Se echó hacia atrás y se sentó en el borde del asiento. "Su mayordomo tuvo la amabilidad de involucrarse en un problema que tuve con uno de mis trabajadores. No tardará en volver".

"*¡Gibbs*!"

El grito del hombre en el reducido espacio del carruaje fue sobrecogedor. Una visión de Squire Wentworth con las venas abultadas en el cuello, con las manos aferradas a su cara, pasó por la mente de Millicent. Rápidamente enterró la aterradora imagen en los recovecos de su mente. Con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, Millicent sofocó el impulso de abrir la puerta de un salto. A través de la pequeña ventana, pudo ver las miradas curiosas de los criados en el patio.

"Ya le dije que volvería pronto, milord", dijo ella, manteniendo un tono razonable.

"*¡Gibbs*!"

La furia impotente de su grito levantó a Millicent del borde del asiento. Volvió a agacharse a su lado.

"Dime cómo puedo ayudarte. Es tu brazo, ¿no?" Esta vez no se molestó en pedir su cooperación. En lugar de eso, le rodeó la cintura con un brazo y trató desesperadamente de moverlo lo suficiente para liberar el brazo. No tenía fuerzas para moverlo. Y el conde no hacía nada para ayudarla. No obstante, siguió intentándolo.

Cuando Gibbs abrió de un tirón la puerta del carruaje un minuto después, el pelo de Millicent ya se había escapado del apretado moño que llevaba sobre la cabeza, su vestido estaba arrugado y retorcido, y su cuerpo estaba enredado en el suelo con el del conde de Aytoun. Sin aliento y con la cara enrojecida, miró al criado, que se detuvo a mirarla con una ceja levantada.

"Perdóneme, milady, no sabía que planeabais empezar vuestra luna de miel tan pronto."

Capítulo Cinco

"NO TIENEN médico que viaje con ellos", avisó Millicent al ama de llaves unos minutos después, cuando se dirigían a la cocina. "Pero el señor Gibbs me ha informado de que un tal doctor Parker vendrá una vez cada quince días desde Londres y pasará la noche con nosotros. Así que por el momento, me gustaría poner a Ohenewaa en la cámara que ha preparado para el doctor."

En honor a la Sra. Page, ni siquiera pestañeó ante la sugerencia de alojar a la mujer en una de las habitaciones de invitados.

"Necesita un baño, milady, y algo de ropa. Violet me ha dicho que en el viaje desde Londres, la mujer apenas habló una palabra. Una de las muchachas pudo darle un poco de caldo con una cuchara cuando estaba a punto de volver en sí, pero en cuanto se enteró, la pobre volvió a su sitio junto a la puerta de la cocina. Lo curioso, sin embargo, es que tan pronto como se corrió la voz de que ella estaba aquí, he tenido más manos de campo asomando sus cabezas en esa cocina para verla. Pero ella sigue mirando la pared. Si no le importa que le pregunte, señora, ¿quién es?".

"Creo que se la considera alguien muy especial. No conozco toda su historia, pero sé que perteneció a un médico llamado Dombey, que viajó en muchos barcos negreros y vivió en Jamaica entre sus viajes. Antes incluso de ir a Londres, había oído numerosas historias sobre el valor de esta mujer. Incluso como esclava del doctor Dombey, era muy conocida por las muchas formas en que ayudaba a la gente de las plantaciones de azúcar de allí, la de mi difunto marido incluida".

En la cocina, el ama de llaves se fue a organizar a su personal. Millicent se sintió aliviada al ver que Amina ya estaba allí y hablaba tranquilamente con la anciana. Casada con Jonah el verano anterior, la joven se estaba convirtiendo rápidamente en la mano derecha de la señora Page para llevar la casa de Melbury Hall.

"Todos le estamos agradecidos, milady, por traerla aquí", dijo Amina en voz baja, uniéndose a su ama en medio de la cocina.

"Parece hambrienta y cansada". Millicent observó el alto y delgado cuerpo de Ohenewaa balancearse cerca de la puerta. "¿Por qué se niega a entrar?"

"Su orgullo. No saber lo que se espera de ella aquí".

Con una inclinación de cabeza hacia Amina, Millicent se dirigió hacia la anciana. Los ojos oscuros de Ohenewaa permanecían fijos en la pared frente a ella. Su rostro estaba surcado por la edad y la decepción.

"Nos alegramos de que estés aquí, Ohenewaa", dijo Millicent en voz baja. "No hace falta que te quedes en la puerta. ¿Quieres entrar, por favor?"

"Me dijeron que soy una mujer libre".

"Lo eres".

"Entonces no deseo entrar en la casa de un esclavista". La mirada de la anciana se desvió hacia el rostro de Millicent y luego de nuevo a la pared.

"No tengo esclavos, Ohenewaa. No creo en la posesión ni en el abuso de personas inocentes. Todos los trabajadores que ves hoy en Melbury Hall, independientemente del color de su piel o de dónde hayan nacido o procedan, están aquí por voluntad propia."

"He visto cómo Wentworth trataba a sus trabajadores en Jamaica."

Millicent pudo oír el filo de diamante de la voz de la mujer dibujarse con firmeza sobre el cristal.

"Era mi marido. Yo no", respondió Millicent apasionadamente. "Y lo estoy intentando, Ohenewaa. Desde la muerte del terrateniente, estoy haciendo todo lo posible por reparar algunas de las injusticias cometidas con la gente. Perdí esas plantaciones en Jamaica antes de que se pudiera hacer nada. Pero aquí lo estoy intentando".

La mirada de la mujer negra volvió a apartarse de la pared y se posó en el rostro de Millicent. "¿Qué deseas de mí? ¿Qué tengo que hacer para ganarme el sustento?".

Millicent hizo una pausa para responder. La mirada oscura y penetrante seguía observando su alma.

"Sería mentira si dijera que no tienes que hacer nada. Necesitamos ayuda de todo tipo. La verdad es que aún no sé qué puedes hacer aquí". Esta vez fue ella la que fijó su mirada en las grietas que recorrían en todas direcciones la pared. "Ayer vine a la subasta porque reconocí el nombre del doctor Dombey en el anuncio del periódico. Vine porque no había actuado con eficacia cuando Jasper Hyde se apoderó de las plantaciones de Wentworth. Hubo tantas vidas que no salvé. Los pensamientos sobre si hubiera sido una persona más fuerte, si hubiera actuado con más rapidez, siguen atormentándome. Me pregunto si, de haber viajado allí yo mismo, podría haber conservado las plantaciones".

Se volvió hacia la anciana. "Al liberarte, supongo que espero disminuir mi culpa. Y al traerte aquí, esperaba recordar a mi pueblo -y a mí misma- que se debe aspirar a una fuerza y un valor como los tuyos".

"Soy un sanador. Nada más".

"En Jamaica, eras la única persona en la que sabían que podían confiar. Eso lo era todo para ellos". Millicent se dio cuenta de que no pocos ayudantes de cocina y criados habían hecho una pausa en su trabajo. Muchas miradas estaban puestas en ellos, curiosos por saber el resultado. Templó la voz. "Al menos por ahora, hasta que tengas la oportunidad de un empleo, ¿te gustaría quedarte en Melbury Hall como mi invitada?"

"Si cruzo este umbral, no será para tranquilizar tu conciencia, sino para calmar mi hambre".

Millicent sonrió. "Lo respeto. Ambos tenemos un motivo. No entran en conflicto. Y ése es un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar".

Ohenewaa miró por la habitación el grupo de caras esperanzadas antes de cruzar la puerta y entrar en la casa.

El aire era gélido, el suelo helado. La noche era oscura y el bosque amenazador. Violet, sin embargo, apenas pensó en los posibles peligros. Llevaba más de un mes pasando por este parque de ciervos al menos dos veces por semana, de camino hacia él. Levantando el dobladillo de las enaguas acolchadas que le había regalado su ama el mes pasado, pasó por encima de una rama caída. La propia Violet había bordado el largo delantal que llevaba sobre las enaguas. Y el tafetán plisado que llevaba al cuello era un regalo que ella misma se había comprado cuando ella

y su ama habían estado en Londres. Quería estar guapa para Ned.

Ned Cranch, alto y ancho, con músculos duros como rocas, era un albañil que había llegado en otoño a la aldea de Knebworth para construir el nuevo granero. Se habían conocido a la salida de la iglesia un domingo por la mañana. Y después de aquello, cada vez que Vi había ido al pueblo, el apuesto gigante de ojos verdes había estado allí, inclinando su sombrero o haciendo algún dulce comentario sobre lo bien que estaba o olía.

La señora Page había sido testigo de las zalamerías de Ned un par de veces y le había echado una bronca a Vi para que tuviera cuidado, por supuesto. Pero Violet ya tenía dieciocho años y sabía perfectamente lo que hacía.

Se estaba buscando un marido.

Vi salió del bosque y corrió hasta el borde del prado que hay sobre el pueblo. No estaba allí, y Vi miró con preocupación las luces de las ventanas de las casitas de abajo. Pero antes de que pudiera preocuparse por mucho tiempo, unos poderosos brazos la rodearon por detrás y ahogó un grito ahogado cuando Ned la abrazó.

Le besó los labios antes de que ella pudiera susurrar un saludo. Sus atenciones ya se estaban convirtiendo en una obsesión para ella, y Vi hundió los dedos en su espeso y ondulado pelo rubio y se abrió a él para que pudiera profundizar el beso como él le había enseñado. Por fin apartó la boca, pero sus manos siguieron apretándola contra él.

"Te he echado tanto de menos, Ned", susurró mientras le besaba la musculosa columna de la garganta.

"Sí, muchacha, conozco esa sensación". Levantó la barbilla en la dirección por la que ella había venido. "Y con todo lo que ha pasado en Melbury Hall, no sabía si te escaparías."

Ella le miró sorprendida. "¿Ya te has enterado?"

"Algunos. Ya sabes cómo habla la gente de pueblo". Su boca se acercó a su cuello, y ella se estremeció cuando sus dientes mordisquearon y sus labios rozaron su piel. "He estado esperando esto desde la última vez que te vi."

"Eres el diablo, Ned Cranch." Ella suspiró.

"¿Quién te lo ha dicho?", dijo riendo. "Pero dime, Vi, ¿es cierto que tu señora se ha buscado un nuevo marido?"

"Tan segura como que estoy aquí de pie", consiguió decir Violet, casi ronroneando de placer mientras él le amasaba el pecho a través del vestido. Las caricias de Ned se habían vuelto más y más íntimas con cada encuentro. Al principio, sólo habían sido besos. Sin embargo, en las dos últimas semanas, Ned había empezado a tocarla en lugares que hacían que Violet se estremeciera de excitación. Pero las caricias no habían sido más que eso. Vi sabía que -a pesar de las palabras de advertencia de la señora Page que zumbaban en su cabeza- no podía pasar mucho si mantenían sus placeres en esto.

"Y dicen que también se trajo una nueva esclava". La mano de Ned bajó por su estómago.

"Una anciana". Vi cerró los ojos y se inclinó hacia él cuando su mano llegó a la unión de sus muslos. "Se llama Ohenewaa, y ya está liberada".

"Puedes contármelo todo más tarde". Sus labios la besaron vertiginosamente. De repente se apartó y le rodeó la muñeca con la mano. "Ven conmigo.

"¿Adónde vamos?"

Sus ojos bailaron con picardía cuando la miró. "De vuelta a mi habitación en el Cisne Negro. Entraremos por la puerta trasera, muchacha. Nadie te verá".

Violet dudó. Lo que él seguramente tenía en mente era lo único que ella esperaba evitar, al menos hasta que él le pidiera que se casara con él.

"¿Qué hay de malo en quedarse aquí?"

Ned la rodeó con los brazos y le puso las manos en las nalgas mientras la besaba. Ella podía sentir su tamaño mientras él se frotaba con fuerza contra ella. "Lo que quiero hacerte, mi amor, significa quitarte cada puntada de tu bonita ropa y luego besar cada centímetro de tu piel. Podemos hacerlo aquí, si quieres, pero creo que hará un poco de frío".

Su cuerpo ardía, pero su cerebro seguía funcionando.

"Ned, creo que no deberíamos". Vi se arrepintió en el momento en que expresó su objeción, pues una mirada de dolor apareció en sus ojos. "Sabes que nunca... bueno, nunca he hecho esto antes. Es que estoy nerviosa. Asustada, para ser sincera".

"Nada que temer. Pero no tengo prisa, muchacha. Nos quedaremos aquí, si quieres". Sonrió y la condujo hasta un árbol caído en la linde del bosque.

"¿No te importa, Ned?", dijo ella mientras él la subía a su regazo. "¿En serio?"

"No, mi sueño. Y sé cómo distraerte de tus preocupaciones". Acarició sus muslos, deslizando su mano lentamente hacia arriba hasta que ella respiró bruscamente. "Sí, sólo piensa en Melbury Hall y cuéntame lo que quieras sobre ello. Y yo te besaré el cuello, este bonito lugar aquí debajo de la oreja, y podrás seguir hablando. ¿Qué te parece?"

"¿Estás segura?" Ella jadeó mientras él frotaba con más fuerza. "¿Estás segura de que no te excita?"

"¿Dejar? No, muchacha". Levantó la cabeza. "De hecho, no iba a decir esto ahora, pero tal vez sea lo mejor".

"¿Qué pasa?"

"Te quiero, Vi."

"¿En serio?"

"Sí", dijo, volviendo su atención a su cuello. "Pero dime qué pasa en el Salón".

Capítulo Seis

A MILLICENT le pareció bastante incómodo retirarse por la noche sin haber vuelto a ver o hablar con el conde de Aytoun. Su hombre, Gibbs, y dos de los criados habían llevado a su señor a sus aposentos después de la terrible experiencia del patio. A petición suya, habían hecho subir la cena. Los sirvientes del conde parecían bastante competentes en atender todas sus necesidades.

Sin quejas. Ni peticiones. Todo había estado en un silencio sepulcral desde la cena. Pero mientras dejaba a la señora Page en la sala de servicio, Millicent no podía deshacerse de la molesta sensación de que limitarse a dar a lord Aytoun una suite de habitaciones no era en absoluto lo que la condesa viuda había querido cuando le pidió a Millicent que se casara con su hijo. Había dicho claramente que quería a alguien compasivo.

Sin embargo, para acercarse a su nuevo marido, Millicent tuvo que aplastar la semilla de la ansiedad que llevaba dentro. En las pocas horas que había pasado en Londres después de casarse con él, había oído una serie de informes sombríos sobre Lyon Pennington. El hombre tenía un temperamento notorio. Se había batido en duelo al menos cuatro veces durante la primavera anterior a su accidente. También había rumores de otros. Y existía la creencia general de que había matado a su esposa.

Wentworth había matado a su primera esposa. Y en más de una ocasión había estado a punto de acabar también con la vida de Millicent. Se encogió al recordar la primera vez. En su mente, aún podía verlo cogiendo su fusta y acercándose a ella. Ella se había quedado de pie, incrédula ante lo que estaba ocurriendo. Llevaban casados menos de un mes. Era un milagro que hubiera sobrevivido a él, a su matrimonio.

Aún temblando, Millicent recordó el primer encuentro con el conde, un hombre silencioso de cabello oscuro y barba sin recortar que cubría un rostro pálido. Su mirada azul había sido inquieta, pero no hostil. Incluso hoy, cuando ella había intentado ayudarle en el carruaje y él se había enfadado, el miedo a él nunca había entrado en su mente. Simpatía y preocupación tal vez, pero no miedo.

Una situación diferente, se dijo a sí misma. *Un hombre muy diferente*.

Millicent subió la amplia escalera desde el vestíbulo de entrada y avanzó por el pasillo más allá de su propia alcoba. Se detuvo ante la puerta de la habitación de Ohenewaa. La anciana se había recluido en su habitación esta noche. Al menos, Millicent se sentía mejor al saber que Amina había entrado un par de veces, dirigiendo a los sirvientes que habían traído una bañera y agua para lavarse, y más tarde comida y varias mudas de ropa para la mujer.

Había tantas cosas tirando de la mente de Millicent. Cosas como cómo hacer que la anciana se sintiera segura en Melbury Hall. Y cómo iba a anunciar el puesto de mayordomo para reemplazar al Sr. Draper. Y en qué debería gastar sus nuevos ingresos. Se dijo a sí misma que

necesitaba sentarse y decidir qué debía hacer primero.

Demasiado cansada para ordenar sus pensamientos, se volvió hacia el despacho del conde y levantó la mano para llamar.

Hizo una pausa, recordando la miseria que había soportado cuando Wentworth estaba en posesión de estas habitaciones. A veces le entraban sudores fríos sólo de acercarse tanto a la puerta. Una vez más, hizo retroceder los temores y llamó suavemente.

Gibbs abrió la puerta y una ceja se arqueó con sorpresa. "Lady Aytoun."

Millicent se le quedó mirando un momento. Nadie la había llamado así antes, y aún no se había acostumbrado al nombre. Lady Aytoun. Consiguió, al menos, no mirar detrás de ella en busca de la mujer misteriosa.

"¿Está durmiendo el conde, Sr. Gibbs?"

"Sí, milady". Dio un paso atrás, abriendo más la puerta.

Millicent pudo ver parte de la cama y al hombre que dormía en ella. No entró en la habitación. "¿Cenó algo?"

"Me temo que su señoría no tenía apetito después de tantas horas de camino hoy. Pero probó un poco de la sopa, gracias".

"¿Alguien se queda con él todo el tiempo?"

"Lo intentamos, milady, al menos cuando está despierto".

Ella hizo un gesto de aprobación, recordando lo indefenso que había parecido hoy, encajonado entre los asientos del carruaje.

"¿Qué le gusta hacer al conde, Sr. Gibbs?" Fue una pregunta inesperada, se dio cuenta, ya que el criado parecía perplejo sobre cómo responder. "Lo que quería decir era, ¿cómo prefiere pasar sus días ahora?"

"Bueno, pasa la mayor parte del tiempo en la cama o en su silla".

"No, lo que quiero saber es si le gusta leer, ¿o alguien le lee? ¿Tiene algún periódico favorito que yo deba entregarle? ¿Le gusta jugar a las cartas?"

"No, milady, nada de eso. A su señoría le gusta mirar fuera, y eso es todo, siento decirlo".

Una punzada de compasión pellizcó a Millicent. ¿Qué clase de vida era ésa para alguien? pensó. Prometió en silencio establecer una rutina mejor para su marido. Echó una última mirada al hombre que dormía en la cama. Tenía un aspecto apacible, desde luego no era el infierno que tenía fama de ser. "¿Son satisfactorios sus arreglos para dormir, Sr. Gibbs?"

"Sí, son mucho mejores de lo que esperaba, milady. Se lo agradezco amablemente".

"Muy bien. Buenas noches, entonces". Se volvió hacia sus habitaciones.

"Lady Aytoun." Gibbs entró en el pasillo tras ella. "Ya que voy a estar aquí, si se le ocurre algo en Melbury Hall en lo que pueda ayudarla, dígalo, porque estoy dispuesto. No creo que a su señoría le importe".

Millicent sabía por la condesa viuda que el escocés llevaba años con lord Aytoun.

"Me viste despedir al Sr. Draper hoy. Quizá puedas ayudarme a encontrarle un sustituto".

"Sí, milady. Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar, estoy aquí para servir."

Millicent asintió agradecida y se dio la vuelta. Sin embargo, mientras caminaba de regreso a su dormitorio, no pensó en el alivio de contar con ayuda adicional, sino en el hombre que había encontrado atrapado indefenso entre los asientos de un carruaje, y vio en su mente la mirada de derrota en sus ojos.

"¿Por qué demonios aceptas un pago de ella?" Jasper Hyde siseó al otro hombre. "Sabes muy

bien que una vez que consiguió el esclavo, todo cambió".

"Mis disculpas, señor, pero..."

"Tú y tus malditas disculpas podéis iros al infierno". Golpeó la mesa con el puño. "Malditos abogados".

El Sr. Platt, un hombre pequeño, cruzó las manos sobre su escritorio. "Estaba claro, señor Hyde, que nuestros planes se habían frustrado. No encontré forma de rechazar el pago en efectivo. La cantidad cubría todas las deudas pendientes de Lady Wentworth con usted. Su abogado ni siquiera trató de sacarle los intereses de este mes. Toda la cantidad que te debía, hasta el último centavo, estaba incluida en la suma del acuerdo".

El agudo dolor que le atravesaba el pecho hizo que Jasper Hyde se abstuviera de volver a golpear el escritorio. Su mano se aferró a un punto justo debajo del corazón, donde sintió que una daga ardía y se retorcía en su interior. Nunca hubo hematomas. Ningún síntoma visible. Los pocos médicos con los que había hablado de su dolencia le habían dicho, con muchas palabras, que no le pasaba nada. El corazón parecía fuerte, decían. Él sabía que no era así. Como siempre, el dolor apareció bruscamente y luego fue remitiendo poco a poco.

"¿Se encuentra mal, Sr. Hyde?"

"¿Te ofreciste a tomar...?" Poco a poco iba recuperando el aliento. "¿Tomar a la mujer negra como parte del acuerdo?"

"Lo hice. Pero Sir Oliver no lo consideraría".

"Entonces no tenías que coger el dinero".

"Todo se hizo legalmente, usted entiende. No podía rechazar el pago".

"¿Y desde cuándo te ciñes a las legalidades, Platt?". Hyde puso las manos sobre el escritorio y miró amenazadoramente al abogado. "Parece que le cuesta entenderme. Me ha dicho que no tiene ningún crédito disponible. Que no podría pagar a la mujer".

"Sr. Hyde, no tenía forma de saber que se casaría con el Conde de Aytoun ese mismo día".

Hyde maldijo su maldita suerte. Ayer, al oír todos los rumores sobre el conde caído, no había imaginado ni una sola vez que el bastardo tullido arruinaría sus planes.

"*No* vamos a dejar que nadie nos detenga. ¿Me entiendes?"

El puño de Hyde volvió a caer con fuerza sobre el escritorio, esparciendo un montón de papeles y haciendo que el abogado diera un respingo mientras la vela se tambaleaba en su soporte. Platt trató de enderezar los documentos que tenía delante.

"Lo que está hecho no lo podemos deshacer..."

Con un movimiento de su mano, Hyde limpió el escritorio del abogado de todos los papeles, esparciéndolos por la habitación. "Quiero al viejo esclavo, Platt. *Ahora mismo"*.

El sudor perlaba la frente del abogado y corría por su sien. Hyde sabía que Platt no quería enfrentarse a su furia. Quedaron muchas palabras sin decir entre ellos, pero la insinuación era clara. Hyde estaba seguro de que la bruja negra lo había maldecido. Los dolores en su pecho. El cambio en su suerte. No necesitaba más pruebas que estas.

"En quince días más o menos, señor, aún podemos tener éxito en hacer otra oferta por el esclavo".

"Tú mismo dijiste que ella no necesita el maldito dinero. Además, nunca me venderá a la mujer".

"Tal vez puedas presentarte bajo una luz diferente. Tal vez puedas decirle que has visto el error en tus caminos. Que desea emplear a la mujer para ayudar con la salud de los esclavos en Jamaica. Ella tuvo el beneficio de ayudar al Dr. Dombey, tengo entendido."

"¡Eres un tonto!" explotó Jasper. "No hay ninguna posibilidad en el mundo de que ella caiga

en semejante artimaña. Se daría cuenta en un momento".

"Simplemente sugiero, señor, que el dinero no es el único método que tenemos para persuadirla. Es sólo una mujer y por lo tanto débil. Además ahora tiene un marido lisiado añadido a su carga".

"Y sin deudas con las que aplastarla".

"Cierto, y puede que su dinero no se acabe en un futuro próximo, así que necesitaremos una nueva arma para usar contra ella".

"¿Qué?"

Los huesudos dedos de Platt formaron un campanario. "Tenemos que seguir vigilándola de cerca".

"Tenemos que encontrar la manera de quitarle los dedos de encima a la vieja". Hyde se enderezó, recordando la última reunión que había tenido con el Dr. Dombey. Con lo que era prácticamente su último aliento, el viejo tonto había hablado de honor, de cómo no vendería Ohenewaa a alguien como él por cualquier precio. Temiendo que Dombey hiciera algo tan estúpido como liberar a la mujer antes de morir, Hyde se había limitado a ayudar al buen doctor hacia su recompensa eterna**.**

Pero su maldita suerte también había estado en su contra aquel día, ya que el esclavo no estaba allí. Sin embargo, un alguacil, que representaba a varios acreedores de Dombey, estaba fuera, así como otras personas que atendían al moribundo. Hyde sabía que no había forma de ponerle las manos encima. Incluso tenía una buena idea de que ella estaba en algún lugar cercano, esperando a que él se fuera.

"Quizá podamos razonar con la dama a través del abogado del conde".

Hyde descartó el comentario de Platt con un gesto de la mano cuando se le presentó una idea brillante. "El médico. Averigua por mí el nombre del médico que atiende a Aytoun mientras está en Melbury Hall. Quiero que concliertes una cita con él".

Violet no se dio cuenta de que sus botas estaban mojadas. No prestó atención a las enaguas acolchadas ni al delantal blanco, manchado de barro y empapado también. Ni siquiera se dio cuenta de que temblaba violentamente. Sin embargo, mientras huía por el sendero que atravesaba el bosque junto a la arboleda, las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. Todavía estaba oscuro cuando salió del bosque y subió rápidamente por la loma hacia la parte trasera de la casa.

Vi no tenía quejas de Ned. No la había obligado a volver a la posada. Cuando empezó a llover, se fue de buena gana, riendo como una tonta todo el camino. Una vez allí, tampoco la había apresurado. Se había tomado su tiempo, burlándose de ella, besándola y diciéndole cosas tan dulces. Y, como una libertina, había gritado de éxtasis mientras él le hacía todas esas cosas perversas.

Sin embargo, cuando lo dejó y salió a la noche, la vergüenza la invadió como una lluvia helada. Cada vez se horrorizaba más mientras corría a casa, pensando en cómo se había limitado a abrirse de piernas. Lo peor de todo era que él había hecho lo que quería con ella sin comprometerse.

Mientras se acercaba a los jardines, recordó. Él había dicho que era su hombre. Había dicho que ella era su verdadero amor. Había dicho...

Se detuvo y se apoyó en el muro del jardín, cubriéndose la cara con las manos. Él nunca había dicho que se casaría con ella.

"Oh, Dios", dijo en un gemido. ¿Y si ahora estaba embarazada?

Su madre, viuda desde hacía mucho tiempo, no era una puta. Siempre había sido pobre, pero siempre habían vivido decentemente en St. Albans. Y su abuela siempre había estado muy orgullosa de ella. Años atrás, su abuela había hablado casi con descaro a Lady Wentworth sobre cómo debía tratarse a Vi antes de permitirle servir como criada de la señora.

Vi se apuñaló las lágrimas, recordando cómo su abuela siempre se refería a ella como su propia cosa inocente. ¿Dónde había ido a parar aquella inocencia? Antes de que muriera el escudero, Violet había estado dispuesta a suicidarse antes que dejar que la tocara. Recordó cómo se había escondido en una de las cabañas de esclavos de la Arboleda para que él no la encontrara. Estaba aterrorizada, pero había sobrevivido. Había conservado su virginidad. Y ahora había renunciado a ella como una vulgar zorra.

Tenía que hablar con Ned. Tenía que asegurarse de que entendía qué clase de chica era. ¿Pero tal vez era demasiado tarde? Un sollozo se le atascó en la garganta.

La casa se alzaba en la lúgubre luz del amanecer. Violet se apartó del muro y corrió hacia ella. Al llegar a la puerta abierta del jardín, una figura alta y oscura apareció de repente delante de ella y chocó con un hombre, que la agarró de los brazos para evitar que se cayera.

Jadeó y miró al rostro lleno de cicatrices. "¡Moisés!"

Las manos del hombre volvieron a sus costados.

"¿Qué haces aquí fuera a estas horas de la mañana?", le preguntó amablemente. Sabía que Moisés hacía de vigilante por la noche, pero nunca había vuelto tan tarde y no esperaba encontrárselo.

"¿Vi herido?"

El tono ronco no pudo disimular su preocupación, haciéndola sentir doblemente culpable. Ella le negó con la cabeza. "No, Moisés. No estoy herida".

"¿Por qué llora Vi?"

"No es nada, Moisés. Sólo estaba un poco triste. Pero ahora estoy mejor. De verdad". Le tocó el brazo antes de rodearle y dirigirse rápidamente colina arriba. Cuando llegó a la puerta de la casa, se volvió y miró a Moses. Aunque no podía verle la cara, él seguía de pie donde ella lo había dejado, vigilándola hasta que ella hubiera entrado sana y salva.

Capítulo Siete

CON LAS COLINAS de Chiltern alzándose a sus espaldas, Solgrave se asentaba sobre una cresta que dominaba un largo y estrecho lago que se extendía a lo largo de un hermoso valle. Con su hermoso parque de ciervos y sus bien cuidadas granjas, la casa de campo del conde y la condesa de Stanmore era realmente un lugar hermoso, muy superior a cualquiera de sus casas solariegas vecinas. Pero la grandeza de la mansión no disminuía el valor de sus vecinas. Solgrave les confería un estatus mayor por el mero hecho de tener la suerte de estar situada en la misma vecindad. Este valor añadido había sido motivo suficiente para que Squire Wentworth comprara Melbury Hall.

Por supuesto, pensó Millicent, eso fue antes de que Wentworth se casara con ella para mejorar su estatus social. Qué irónico que, en pocos años, Rebecca Neville regresara de las colonias americanas, se casara con lord Stanmore y proporcionara a Millicent una aliada que la ayudara a luchar por su libertad.

A pesar de los diferentes caminos que habían tomado, lo cierto era que el destino había vuelto a unir a las dos amigas del colegio después de casi una década separadas. Y Millicent estaría eternamente agradecida a Rebecca y a Stanmore por haberla ayudado a volver a ponerse en pie y a conseguir conservar Melbury Hall tras la muerte del terrateniente.

La señora Trent, el ama de llaves de Solgrave, se mostró tan amable como siempre cuando condujo a Millicent a la biblioteca. Dentro, la joven apenas había conseguido quitarse el sombrero y los guantes antes de que su amiga entrara corriendo a su encuentro.

"Iba a ir a Melbury Hall a verte yo mismo esta tarde."

Millicent devolvió el abrazo a Rebecca. "No podía arriesgarme a no verte durante el poco tiempo que estuvieras aquí. He oído que sólo te quedas una noche".

"Vamos de camino a visitar a mi suegra en Escocia. Dependiendo de las condiciones del viaje, sólo deberíamos estar fuera un mes, pero hemos tenido que parar aquí." Rebecca dio un paso atrás, manteniendo a Millicent a distancia y estudiando detenidamente a su amiga. "Stanmore y yo no podíamos creer tus noticias. *Os* habéis vuelto a *casar"*.

"Es verdad".

"Para el Conde de Aytoun."

Millicent asintió.

"Pero no le conocías de antes, ¿verdad?".

"No, no lo hice."

Al ver el desconcierto de su amiga, Millicent se sentó con ella en el sofá y le habló de la carta de la viuda. Sin entrar en los detalles exactos de su acuerdo financiero, le explicó todo lo demás.

Rebecca escuchó en silencio y luego eligió cuidadosamente sus palabras. "¿Sabía algo del

hombre? ¿Sobre su reputación?"

"Sí. Sir Oliver me advirtió, y he oído mucho desde entonces. Pero considero que mucho de ello son simples rumores y chismes".

"Entonces sabrá que algunos le han acusado abiertamente de empujar a su mujer por los acantilados de Baronsford".

"Creo que ella resbaló y se cayó, igual que él, que intentaba bajar a ayudarla. Ella murió, pero su destino ha sido casi igual de malo. Parece estar lisiado, probablemente de por vida". Millicent negó con la cabeza. "Hablé largo y tendido con la viuda sobre ese accidente y sobre las otras acusaciones. Lord Aytoun es un hombre muy diferente ahora de lo que pudo haber sido hace un año. Está bastante sometido en todos los sentidos".

Las manos de Rebecca aferraron con fuerza las de Millicent. "Sabes que no soy nadie para meterme en la vida de nadie, pero llevas casada con él sólo una semana y ya veo la tensión en tu cara. Pareces cansada".

Intentó sonreír. "Yo soy el culpable de eso. No él".

"¿Y eso por qué?"

Millicent se levantó del sofá y se acercó al ventanal con vistas al lago. Era la misma pregunta que se había hecho a sí misma.

"Cuando acepté casarme con él, me convencí a mí misma de que simplemente estaba ofreciendo a su familia un lugar donde cuidarían de Lord Aytoun". Se volvió para mirar a su amiga. "Tú me conoces, Rebecca. No me hago ilusiones sobre el amor. Fueron aplastadas hace mucho tiempo. Pero al mismo tiempo conozco la importancia de tener un marido. Este matrimonio con el conde de Aytoun me presentaba la situación más ideal que jamás hubiera podido esperar. Con esta unión, habría ganado un marido sin el miedo que conlleva tener uno. Estoy casada sin tener que ser esposa".

"Las cosas no van como habías planeado".

"No. Yo... me doy cuenta de que siento lástima por él. No puede usar las piernas ni el brazo. Pasa la mayor parte del día en un estupor silencioso. Es tan miserable como cualquier mendigo en una calle de Londres. Sin embargo, puedo ver el dolor en sus ojos. No quiere este tipo de existencia".

"¿No hay forma de ayudarle? Tal vez diferentes médicos. O encontrando formas de desafiar su mente, al menos. Hay muchas maneras de mejorar su calidad de vida".

Rebecca lo sabría. Durante diez años había vivido sola en las colonias y criado al hijo del conde, James. El niño tenía una mano deforme y era parcialmente sordo.

"Pero... pero me temo que me he casado demasiado por encima de mi posición", soltó Millicent. "Estoy segura de que él ve lo deficiente que soy, y lo que le falta a Melbury Hall".

"Incluso sin conocerle, dudo que eso sea cierto. Sé que nunca se da el crédito que se merece". La voz de Rebecca resonó con la pasión de su creencia. "Tú misma has dicho que se pasa el día atontado. Así que no tienes forma de saber lo que piensa o siente. En cuanto a mejorar su condición de vida, creo que deberías ser tú misma. Haz lo que te dicte tu corazón y ayúdale en la medida en que él te lo permita. Y no hay razón para preocuparse por lo que ocurra más allá de eso. El futuro es tan misterioso como el hombre con el que te has casado. Pero eso es cierto para todos nosotros. Ninguno de nosotros puede saber lo que nos espera más adelante".

Muy cierto, admitió Millicent. Se estaba preocupando por siempre, cuando mañana era el reto al que tenía que enfrentarse.

A través de la niebla y la oscuridad, sólo podía vislumbrar a Emma. Se sujetaba la falda con una mano y corría como una cierva, zigzagueando entre los pinos achaparrados.

La lluvia arrastrada por el viento le daba en la cara, en los ojos. Lyon se limpió la humedad, intentando verla. Le pesaban las piernas, como si corriera por arena profunda. Los árboles y las zarzas le desgarraban la cara y la ropa, pero no podía dejarla marchar. Miró hacia Baronsford, cuyos muros se alzaban sombríos en el gris de la tormenta.

Al girarse, Lyon la vio de nuevo, con sus cabellos dorados volando tras ella mientras desaparecía en la niebla junto a los acantilados. La lluvia le escocía en la cara, y resbaló y tropezó en el sendero.

La sorprendente revelación de Pierce seguía nublando su mente. Las hostiles acusaciones de su hermano seguían apuñalando su sentido del honor. Pero, ¿cómo podía defenderse de algo que ignoraba? Emma tenía las respuestas. Tenía que volver con él y enfrentarse a la verdad.

A Lyon le ardía el pecho mientras recuperaba el equilibrio y se impulsaba para correr con más fuerza.

El eco del grito de Emma llenó las colinas.

La ruptura entre los árboles fue rápida, y el camino estaba resbaladizo donde giraba en el acantilado. Lyon no podía ver el otro lado del río. Todo era sombrío y gris. El sendero a lo largo del acantilado estaba vacío, excepto por las ondulantes nieblas.

Y entonces la vio, allí en el fondo. Su cabello dorado se extendía a su alrededor sobre las rocas. Sus ojos le miraban fijamente, sin ver.

Lyon se despertó sobresaltado y contempló la insondable oscuridad que le rodeaba. Estaba muerto. Había resbalado y caído por aquellos mismos acantilados.

Una sombra se movió sobre él. Unas manos frías presionaron la piel enfebrecida de su rostro. Miró fijamente el rostro preocupado de su nueva esposa. Si estaba muerto, estaba claro que no se había ganado el cielo.

En el mejor de los casos, esto sólo era el purgatorio.

Millicent se quedó mirando por la ventana de la sala matinal la nueva y reluciente carroza que el médico había traído de Londres. A la cabeza de la hermosa pareja de caballos, un mozo de cuadra y el criado del médico hablaban y zapateaban en el frío.

Aunque llevaban allí una hora, cuando Millicent había enviado bebidas calientes y les había pedido que entraran a comer algo, se habían negado. El Dr. Parker les habia dicho que esperaran con el carruaje, ya que se quedarian solo unos momentos antes de partir hoy hacia la finca de lord Eglinton, cerca de Chiswell Green.

Siguió paseando por la habitación. El Dr. Parker se había mostrado brusco y desdeñoso cuando ella lo saludó a su llegada, y el médico y su ayudante habían subido directamente a los aposentos de lord Aytoun. Aparte de pedir que le subieran algo de comida, el medico habia declinado con un gesto de la mano su oferta de pasar la noche en Melbury Hall. Sus otros pacientes, "demasiado encumbrados en los círculos sociales londinenses como para nombrarlos", le necesitaban. Debía regresar a la ciudad inmediatamente.

El comentario del médico no le sentó nada bien a Millicent, que volvió a recordar su propia posición social. Nunca habría estado en compañía de lord Aytoun de no ser por su accidente. Pero a pesar del desaire, Millicent se alegró bastante de que el médico hubiera hecho el viaje, pues tenía docenas de preguntas sobre el estado del conde, y cada día eran más apremiantes.

El Dr. Parker no la hizo esperar mucho más. Mientras el ayudante del hombre se dirigía

directamente al carruaje, Gibbs acompañó al doctor a la sala matinal. Millicent le hizo un gesto para que se sentara, pero el hombre ignoró su invitación y echó un vistazo a un reloj que llevaba en una reluciente cadena de oro.

"Todo va bien, milady", dijo el médico con voz ligeramente apresurada. "No hace falta ninguna medicina nueva, pero he ordenado al criado de lord Aytoun que aumente la frecuencia de la dosis que comenzamos en Londres. Así que ahora, si me disculpa, Lady Aytoun, seguiré mi camino". Se volvió hacia la puerta. "No sé cuándo volveré a Melbury Hall, pero tal vez ahora que el conde está bajo un cuidado tan capaz, podría enviar a mi muy capaz ayudante cada quince días más o menos, y la mantendré informada sobre el estado de su señoría".

"Tengo algunas preguntas, Dr. Parker, que esperaba que pudiera responderme". Dio un paso hacia él, con la voz ligeramente temblorosa por la emoción. "Se refieren a la salud general del conde".

El médico hizo una pausa y se volvió hacia ella. Sus pobladas cejas se fruncieron en un apretado ceño.

"No creo que necesite preocuparse, milady. Lord Aytoun está a mi cuidado ahora, y me encargaré de que su señoría reciba los cuidados que necesite".

"No dudo de sus habilidades en lo más mínimo, señor. Estoy seguro de que la viuda sólo habría recurrido a sus servicios si tuviera la mayor confianza en usted".

"Como habré mencionado antes", empezó, inflándose con aire pomposo, "mis clientes son sólo los miembros más selectos de la *tonelada* londinense".

"Estoy seguro de que es cierto, y que un médico de su talla viaje hasta Hertfordshire es muy de agradecer".

Millicent vio cómo su actitud se estabilizaba en una de benigna condescendencia.

"Por supuesto", dijo lentamente, sonriendo como si acabara de aprender algo profundo sobre ella. "Su preocupación por su nuevo marido es comprensible, si no admirable. Y me aseguraré de transmitir tu preocupación a su señoría, la condesa viuda".

"Eso no es necesario, se lo aseguro. Pero con respecto al tratamiento del conde..."

Levantó una mano regordeta para detenerla. "Comprenderá, milady, que nunca me he ocupado de las heridas externas de su señoría".

"Lo comprendo. Pero..."

"Me han informado de que un cirujano escocés de Edimburgo, llamado Wilkins o Wallace o algo parecido, fijó los huesos tras la desafortunada caída de su señoría por el acantilado. Ahora bien, si la negligencia de ese hombre ha provocado que lord Aytoun siga teniendo dificultades para usar las piernas y el brazo derecho, no puedo decirlo de un modo u otro. Pero después de semejante caída, tendería a culpar al golpe que recibió".

"Mi pregunta tiene que ver con el tratamiento de mi marido *ahora"*.

El médico la miró como si fuera una niña empeñada en poner a prueba su paciencia.

"Como le he dicho, Dr. Parker, le agradezco que haya venido a Melbury Hall. Simplemente quiero saber su opinión sobre el estado de mi marido y cuáles son sus planes de tratamiento. ¿Qué ha hecho hoy, por ejemplo?"

"Muy bien, Lady Aytoun", dijo brevemente el médico. "Si insiste en conocer todos los detalles, he comprobado el pulso de su señoría y le he tomado una muestra de orina. El estado de lord Aytoun no ha cambiado desde hace diez días, cuando le vi por última vez".

"Efectivamente, ha dado exactamente en el clavo, señor", respondió ella. "Desde la segunda noche de su estancia en Melbury Hall, he estado sentada con él durante varias horas cada noche".

"¿Ah, sí, milady?", dijo, enarcando las cejas con sorpresa.

"Lo he hecho. Y lo que he descubierto es que por la noche su señoría está intranquilo. No duerme profundamente, por lo que puedo decir, y cuando está despierto no es completamente consciente de lo que le rodea." Los dedos de Millicent se retorcieron. "Al principio pensé que quizá mi percepción estaba sesgada por la hora de mi visita, así que pregunté a su hombre, Gibbs, cuál era el mejor momento para venir. Pero me dijeron que durante el día Lord Aytoun es particularmente inapropiado para la compañía".

"No sé qué quiere decir con esos comentarios, Lady Aytoun", dijo Parker a la defensiva. Volvió a mirar su reloj.

"Gibbs ha confirmado que el sueño de su señoría es agitado. Además, cuando está despierto, Lord Aytoun está mucho más agitado que en el pasado. Además, me han informado de que no quiere comer. No bebe. Cualquier alimento que toma es forzado. Simplemente no puedo dejar de pensar que algo grave puede estar mal, y que su condición está empeorando ".

El Dr. Parker la miró con desaprobación. "A lord Aytoun se le está administrando una medicina muy potente, milady. Para ser exactos, se le está administrando una tintura de opio, el tratamiento preferido para alguien en su estado. Es decir, el tratamiento preferido para alguien en su estado mental y a quien la familia insiste en cuidar en casa. El opio funciona para calmarlo, para controlar la melancolía y evitar la necesidad de asegurarlo o encerrarlo".

"¿Por qué debería estar encerrado?"

"Para evitar que su señoría se lastime en los momentos más negros".

"Pero parece que se está volviendo menos..."

"Ahora con respecto a esa medicina, puedo asegurarle que ha sido probada y ha demostrado ser altamente efectiva. Antes de salir de Londres, aumenté su dosis varias gotas al día, y creo que está respondiendo bien a mi tratamiento."

"Con toda deferencia a sus conocimientos y experiencia, Dr. Parker, veo que no-"

"Señora", dijo el médico, levantando de nuevo la mano. "Debe confiar en esos conocimientos médicos y en su experiencia. La vida de su señoría es mucho más placentera que la de muchos que padecen la misma melancolía. Y estoy ministrando a su aflicción con el tratamiento más efectivo conocido por la medicina."

"Estoy seguro de que tiene los mejores intereses de Lord Aytoun en el corazón, señor, pero..."

"Ahora puedes hacer tu parte preocupándote de su dieta. Debe hacer que su gente tenga mucho cuidado de mantener el estómago del paciente asentado, proporcionándole comidas ligeras, y... bueno, he indicado a su criado la importancia de una función digestiva regular. Y mientras tanto, continuaré aconsejándole sobre el estado de su mente. Ahora debo darle los buenos días, Lady Aytoun. Me he demorado aquí demasiado tiempo. Demasiado tiempo."

Lyon cerró la boca y volvió la cara cuando John, su ayuda de cámara, intentó darle una cucharada de sopa.

"'Od's truth, m'lord, you might help me here. Estás perdiendo mucho peso, y el Dr. Parker dice que tenemos que forzarte a comer más".

El hombre siguió hablando, pero Lyon le ignoró. Se estaba acostumbrando tanto a los retortijones en el estómago que se le hacían casi tolerables. Sin embargo, las intensas náuseas que sentía desde primera hora de la mañana, antes de que llegara el pomposo médico, eran algo nuevo. ¿O fue ayer por la mañana? Los días empezaban a confundirse en su mente. Lyon intentó concentrarse en qué día era, pero pronto desistió. ¿Qué importaba?

El maldito doctor. No era más que otro charlatán con manos de lirio y barriga que prácticamente tintineaba con monedas cuando caminaba.

Lyon fulminó a John con la mirada y volvió el rostro ante la comida que le ofrecía.

Mientras Parker le examinaba, Lyon no había dicho nada al hombre. No había mencionado los espasmos de fuerza que de vez en cuando recorrían los músculos de su brazo derecho, haciendo que sus dedos se curvaran y enderezaran. No había mencionado el dolor de sus articulaciones ni había preguntado por qué a veces era capaz de doblar la rodilla y otras veces no. No tenía ningún deseo de prolongar la estancia del cabrón. Odiaba a los médicos y sus pinchazos. Aborrecía su actitud omnisciente.

Aunque, admitía en su fuero interno, estaba cansado de preguntarse cuál de ellos convencería finalmente a su familia para que lo enviaran a Bedlam. No es que fuera necesaria mucha persuasión una vez que la viuda falleciera. Lyon sintió bilis en la garganta y sudor frío en la frente.

La cuchara volvió a rozarle los labios. Apartó la cabeza irritado y trató de concentrarse en la tumbona que podía ver a través de la ventana. Mientras miraba, apareció el médico gordo y entró en el carruaje.

"Sólo pedimos un poco de ayuda, milord".

Lyon reconoció la voz de Gibbs. El hombre había vuelto... por fin.

"A la cama". Cerró los ojos, deseando el olvido que tan a menudo le rodeaba estos días.

"Sí, pero no antes de que os metamos algo de comida".

La cuchara estaba de nuevo en sus labios, y Lyon apartó el molesto objeto de un manotazo con la mano izquierda. "Devuélveme a la cama. Ahora mismo".

La habitación estaba demasiado caliente. Sintió que le daban la vuelta a la silla. Intentó concentrarse en la cara de John, que seguía empujándole una cuchara. Más allá del aparcacoches, Gibbs se acercaba con un vaso de cristal. La medicina. Había alguien más detrás de él. Long Will, sin duda.

"Dale esto sólo después de que su señoría haya comido algo", ordenó Gibbs, colocando la taza en una mesa cerca de él. "Volveré enseguida, así que tened cuidado con lo que digo".

Lyon observó cómo Gibbs cruzaba la sala y salía por la puerta. Quería gritarle al hombre que se llevara a este par de imbéciles con él. Pero el sabor amargo seguía en su boca, y podía sentir que temblaba incontrolablemente.

"Lo haremos rápido, por favor, su señoría. Coma sólo un poco de esto, mi señor, y lo tendremos de vuelta en su cama en poco tiempo."

Esta vez, Lyon le arrebató el cuenco de las manos, haciéndolo caer al suelo.

"Maldita sea", dijo Will desde detrás de él, dándose cuenta de su error tan pronto como las palabras habían salido de su boca. "Pidiendo perdón a su señoría, señor."

"La medicina", consiguió decir. El olvido. Esto era lo único que le quedaba. Opio y brandy. Laudano. Empezó a empujarse de la silla con su único brazo bueno. "La medicina".

No sabía cuál de los criados le había llevado el vaso a los labios, pero su sabor consiguió hacer retroceder la amarga bilis. Sin embargo, en cuanto el líquido llegó a su estómago, sintió un fuerte retortijón. Lyon sintió que luchaba contra el deseo involuntario de tener arcadas. Pero mientras intentaba respirar, uno de los dos imbéciles le metía pan en la boca mientras el otro le sujetaba los hombros contra el respaldo de la silla. Estiró la mano desesperadamente para apartar la comida.

"*No* le fuerces", dijo bruscamente una mujer.

A través de una bruma de enfermedad y frustración, Lyon la observó cruzar la cámara desde

la puerta abierta.

"Su señoría no ha probado bocado en todo el día, milady", explicó John con el pan en la mano.

"Ya le dimos la medicina, Lady Aytoun", explicó el otro. "Pero el mismo Dr. Parker nos dijo que lo mezcláramos con la comida de 'slordship".

Intentó enfocar su rostro, pero todo estaba borroso. Sus dedos estaban fríos cuando le tocaron la cara y la frente.

"Llévate la comida", ordenó. "Y trae ese lavabo rápidamente. Dámelo".

Las tripas volvieron a retorcérsele dolorosamente y la bilis le subió a la boca. Lyon sintió que ella le rodeaba el hombro con el brazo y lo inclinaba hacia delante en el preciso instante en que todo su interior vomitaba.

Fue simpatía y no repulsión lo que invadió a Millicent cuando el áspero olor de su enfermedad los rodeó. Lo rodeó con el brazo e intentó darle algo de su propia fuerza. Su mano izquierda agarraba desesperadamente la jofaina que tenía sobre el regazo. Chorros de sudor le caían por la frente y se mezclaban con su barba oscura y enmarañada. Le vio cerrar los ojos y deseó poder aliviar su sufrimiento de algún modo.

"Trae una toalla y un cuenco de agua limpia", ordenó al bajito mozo.

Los anchos hombros de Aytoun temblaban mientras seguía teniendo arcadas espasmódicas.

"¡Tú! Dame otra palangana", le dijo al que se llamaba Will.

Mientras sustituía la palangana que Lyon tenía sobre el regazo por otra limpia, Gibbs entró en la habitación.

"¡Och! Por el..." El criado estaba a su lado en un instante. "Perdóneme, milady. Hace un minuto, cuando me fui, su señoría no estaba en tales apuros".

"Apóyele los hombros así, señor Gibbs", le indicó Millicent. Cogió la toalla y el agua limpia de John. Volvió a arrodillarse junto al cuerpo encorvado y tembloroso del conde y empezó a limpiarle la cara y las comisuras de los labios con la toalla. El conde seguía vomitando, aunque sólo le quedaba bilis en el estómago.

"Este no es realmente el lugar para usted, Lady Aytoun", dijo Gibbs. "Podemos estar haciendo todo esto si queréis..."

"Yo me quedo". No levantó la vista, pero volvió a mojar la toalla en el agua y limpió la cara de su marido. "¿Esto sucede a menudo, Sr. Gibbs?"

"No, milady. El laird ha estado enfermo del estómago dos o tres veces en los últimos meses, pero nunca así".

"¿Qué ha comido hoy?" Millicent vio que Gibbs miraba a John y siguió su mirada. El hombre respondió con un movimiento de cabeza. "¿Y anoche?"

"Un bocadito. Si eso, milady".

"¿Y la medicina?"

"Su señoría tomó una buena dosis anoche", le dijo Gibbs. "Pero hoy todavía nada".

Will carraspeó incómodo y John habló de mala gana.

"Perdón. Le dimos más esta mañana, pero sólo porque la señoría nos obligó", admitió en voz baja. "Y un poco más ahora mismo. Sólo una probadita, sin embargo, y no un minuto antes de que su señoría entrara".

Millicent contuvo el impulso de regañar a los hombres por su descuido. El pobre hombre podría haber sido envenenado. Pero sabía que la culpa no era de ellos, sino de ella. Se había

casado libremente con aquel hombre. Había firmado papeles, había estado junto a su silla ante un obispo. Había aceptado la generosidad de su familia al pagar sus deudas y había jurado cuidar de él. Pero aparte de proporcionarle unas habitaciones, no había hecho nada de lo que había prometido.

Aytoun parecía estar mejorando ligeramente. El temblor disminuía. Le sacó los dedos de la palangana con cuidado y le limpió la boca y la cara con la toalla mientras Gibbs lo recostaba en la silla. Tenía los ojos cerrados. Tenía la cara pálida.

"¿Sería tan amable, Sr. Gibbs, de meter a su señoría en la cama?"

Se apartó mientras los tres hombres seguían hábilmente sus indicaciones. Esperó a que él se acomodara antes de volverse hacia ellos.

"Le estoy muy agradecido por los cuidados que le ha dispensado a su señoría. A partir de ahora, sin embargo, me gustaría estar al tanto de todo lo que se le da, y usted me lo dirá *antes de* que se haga." Miró directamente a los hombres. "Si su señoría no se encuentra bien, se me informará. Si no tiene apetito y se pierde una comida, me lo diréis. Haré un cambio en mi propia rutina a partir de este momento. Pienso pasar aquí mucho más tiempo que antes. No obstante, si Lord Aytoun está enfermo y yo no estoy aquí, quiero que me encuentres. Es mi deseo expreso que interrumpan lo que sea que esté haciendo. ¿Está claro, caballeros?"

Los dos criados intercambian una mirada y asienten.

"Gracias. ¿Sería tan amable de limpiar estas cosas?"

Con una reverencia, recogieron rápidamente los platos sucios y las palanganas y salieron de la habitación.

"No sabe lo que está preguntando, milady". El comentario en voz baja de Gibbs llamó la atención de Millicent. "No sin razón su señoría ha pasado por tantos cirujanos y médicos desde el accidente. El dolor es incesante, mamá, y los requerimientos de su cuidado constantes".

Millicent recordó la firme sujeción del escocés sobre los hombros de Aytoun, la preocupación que mostraba por su amo. Miró al conde. Tenía los ojos cerrados. Parecía dormido. Se apartó de la cama mientras el mayordomo cerraba las cortinas.

"No estoy siendo crítico con usted de ninguna manera, Sr. Gibbs. Entiendo lo que ha hecho. Entiendo las presiones que debe haber enfrentado cuidándolo todos estos meses. Sólo confía en usted. Cuando necesita algo, sólo pregunta por usted. Esto supondría una gran presión para cualquiera, por muy dedicado que sea".

"No escuchará ninguna queja de mí, milady."

"Estoy segura de ello". Lo último que Millicent quería hacer era herir los sentimientos de este hombre y disminuir el cuidado que Aytoun ya estaba recibiendo. "Sólo deseo ser de ayuda. Tal vez pueda aliviar su carga un poco, y hacer algo bueno, también. Esto es lo que creo que la viuda tenía en mente para mí. Tal vez es lo que ella haría si estuviera en mi posición y con buena salud".

Se encogió de hombros. "Buena salud o no, milady, creo que la viuda habría echado a correr al doctor Parker, con el rabo entre las piernas, si lo hubiera visto hoy aquí. Tendrá que disculpar mi forma de hablar, porque me crié en las Tierras Altas, donde hablamos claro".

"Gracias, Sr. Gibbs. Le agradezco su franqueza". Aytoun se removió, murmurando en sueños, y ella lo miró a través de la cámara. "¿Por qué dice que su señoría se habría disgustado?"

"El buen doctor estaba más interesado en su comida que en su paciente. Apenas miró al señor, y cuando lo hizo, el pícaro tuvo incluso el descaro de quejarse de que su señoría no estaba más que medio despierto." Arrebató el vaso de la mesa, diciendo con rabia: "Y luego nos ordena que le demos más de este veneno".

"La solución a esto es bastante simple. Enviaré una carta a Londres diciéndole que ya no necesitamos sus servicios. Estaba claro para mí que él no tenía ningún interés en venir aquí de todos modos ".

Gibbs la miró con una ceja poblada. "¿Harías eso, para estar seguro?"

"Así será. Pero debemos encontrar a otro de inmediato. Alguien mejor".

"Ninguno de ellos es bueno, milady". Envió una mirada pensativa en dirección al conde dormido. "La mayoría de ellos os presionarán para que le hagáis sangrar hasta que entre en razón o muera. Los otros os dirán que lo purguéis hasta que no tenga fuerzas para luchar. Y esos son los buenos, milady. El resto son charlatanes y sólo buscan el dinero".

"Supongo que incluirías al Dr. Parker entre los últimos".

Gibbs negó con la cabeza. "No tengo intención de decidir tal cosa. Pero puedo decirle que no tendría ningún problema en formar una línea de su tipo de aquí a Bath. Todo lo que quiere es hacer una cosa: mantener a su señoría sedado desde ahora hasta el día del juicio final y enviar su factura a los banqueros de la familia una vez al mes."

"Has estado con su señoría desde antes del accidente. ¿Crees que se habría conformado con vivir así?".

"Ni por un minuto", dijo apasionadamente el mayordomo. "Sé que si pudiera hacerlo, habría acabado con su vida mucho antes. Creo que su negativa a comer es parte de ello. Es lo único que puede controlar. Si le dejáramos, su señoría se moriría de hambre tan seguro como que estamos aquí".

"No podemos permitir que eso ocurra".

La mirada de Millicent se desvió hacia la puerta. Los criados la habían dejado abierta al salir. En el pasillo vio a Ohenewaa, de pie, en silencio, mirando fijamente el cuerpo dormido del conde. La anciana había mantenido las distancias durante toda la semana y Millicent no la había presionado. Simplemente le había hecho saber que era bienvenida.

La mirada de Ohenewaa se desvió de la cama y se posó en el rostro de Millicent. Un instante después, como una aparición, desapareció de la puerta.

"Y tampoco dejaremos que se pase la vida en estado de estupor", susurró Millicent al criado. "Tiene que haber otras formas de tratar esta enfermedad. Sólo tenemos que encontrar la medicina y el médico adecuados".

En lugar de bajar, se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta. El sufrimiento de una persona no era nada nuevo para Ohenewaa. Durante más años de los que podía contar, el dolor y la muerte habían sido todo lo que la rodeaba. A bordo de los barcos negreros, en los campos abrasados por el sol de las islas azucareras, entre las paredes de las chozas infestadas de ratas, había visto lo indecible; había experimentado lo inimaginable.

Ohenewaa sabía que había sido el destino quien la había vendido a Dombey, un médico de habilidades mediocres y el más profundo odio hacia sí mismo. Había pasado más de cuarenta años con él, hasta su muerte. En ese tiempo siempre había estado a su lado, ayudándole en las islas y también en los barcos negreros. Había aprendido la medicina del inglés, lo que había de ella. Pero en aquellos largos y horribles viajes desde África, había visto los rituales de *okomfo* y *dunseni* y el *Bonsam komfo* y había llevado muy dentro de ella las costumbres de los sacerdotes Ashanti, y del curandero, y del médico brujo.

Ohenewaa había reunido estos conocimientos y los había guardado a buen recaudo, como el oro más preciado, y con ellos había intentado una y otra vez ayudar a su pueblo.

Su gente. Los blancos no confiaban en sus métodos, y ella los dejaba estar. Cuando Dombey enfermó, aunque sabía que ella tenía dones, mandó a buscar a los suyos. Ohenewaa no sabía si podría haberle ayudado. Las curas estaban en manos de la diosa. Pero él no la quería, así que ella lo había dejado en paz. ¿Por qué torcer sus caminos? ¿Por qué tocar el hielo?

Pero con esta mujer, Millicent, podía sentir cómo se derretía el hielo de su interior. Desde su llegada, Ohenewaa había pasado muchas noches visitando a las familias negras de Melbury Hall. Las historias que contaban del terrateniente Wentworth eran espeluznantes. El trato brutal que daba a la gente era muy parecido al que ella había presenciado en las plantaciones de Jamaica. Sus alguaciles habían sido obviamente los mismos brutos que trajo de allí. Sin embargo, mientras le contaban todo esto, todos los relatos de las personas estaban llenos de elogios para la señora. Aunque habían sufrido terriblemente bajo la crueldad de Wentworth, también lo había hecho ella, y a menudo por su abierto apoyo a ellos.

Ohenewaa había visto a muchas mujeres blancas de la posición de Millicent durante su estancia en las islas. Tanto si se trataba de la esposa del dueño de una plantación como de una amante mimada, allí las mujeres sólo veían a los esclavos cuando daban una orden o se reunían para divertirse viendo cómo azotaban a un negro, a menudo a manos de otros negros que habían vendido su alma para servir de capataces. En Jamaica, en un lugar llamado Worthy Plantation, había visto cómo desnudaban y azotaban a un esclavo mientras un grupo de mujeres blancas permanecía de pie con sus hijos, mirando abiertamente los genitales del hombre mientras éste gritaba de dolor. Y no fue la única vez. En las islas había visto más de lo que nunca quiso ver.

Ohenewaa se dirigió a la mesa en la que ya había reunido cuencos y botellas de semillas, hierbas y líquidos. Jonah le había traído algunos ingredientes de su último viaje a St. Las mujeres negras de Melbury Hall que habían traído semillas de Jamaica, o las habían recogido durante los meses de primavera y verano pasados, le dieron otras hierbas. Y aunque era invierno, Ohenewaa también había encontrado otras cosas útiles en la cocina y en los bosques y campos que rodeaban Melbury Hall.

Su colección crecía.

Esta noche, en lugar de trabajar con las hierbas, Ohenewaa se acercó al hogar y se agachó ante él. Esparció algunas hojas de una cesta cercana sobre las brasas y cogió cuatro piedras.

Llamaron suavemente a su puerta.

Ohenewaa arrojó las piedras al suelo ante ella y llamó a Lady Aytoun para que entrara.

Sorprendida por el aspecto de la habitación, Millicent se olvidó de preguntar cómo había sabido Ohenewaa que era ella quien llamaba a la puerta. La sencilla habitación de invitados de Melbury Hall había cambiado mucho. Ahora era un lugar antiguo y misterioso. Todo había cambiado. En las mesas y en el suelo había jarras de distintos tamaños. Hierbas secas colgaban sobre el hogar. Las cortinas cerradas oscurecían la sala, que sólo estaba iluminada por el fuego. El aire desprendía aromas fascinantes y exóticos. Pero Millicent no vio nada amenazador ni aterrador. De hecho, la habitación tenía una atmósfera tranquila y serena.

Sorprendida por el cambio, Millicent se centró en el motivo de su visita. Ya habría tiempo de satisfacer su curiosidad por la mujer y sus costumbres.

"Estoy a punto de desafiar los métodos tradicionales ingleses de tratamiento médico. Me preguntaba si podría darme alguna idea".

Ohenewaa seguía mirando las piedras extendidas ante ella. Millicent se acercó en silencio al hogar.

"El Dr. Parker cree que lo único que se puede hacer por Lord Aytoun es mantenerlo sedado con opio. Mi preocupación es que la droga no está haciendo nada por él. De hecho, me pregunto si le está haciendo más mal que bien". Se sentó en el borde de una silla. "Usted trabajó con el Dr. Dombey durante mucho tiempo. Si redujera el medicamento, si lo eliminara por completo, ¿le haría mucho daño? ¿Podría morir por mi intromisión?".

Ohenewaa recogió una hoja medio quemada del hogar y la agitó sobre las piedrecitas. "Se está ahogando en un mar de niebla. No lo has visto tal como es". Los ojos oscuros levantaron la vista y se encontraron con los de Millicent. "*¿Estás* preparada para verle y tratar con él como una persona completa? ¿Tienes el valor de liberar su mente?".

Millicent recordaba los rumores, las acusaciones y los escándalos. Le había dicho a su amiga Rebecca que el conde de Aytoun ya no era el hombre que había sido. Por supuesto, el Aytoun que ella había visto era un hombre continuamente sedado por las drogas. ¿Estaba preparada para enfrentarse a un hombre cambiado? Pensó en la criatura rota y doblada sobre el lavabo.

"Sí."

Ohenewaa estudió las piedras durante largo rato y luego pareció sonreír para sus adentros. "Puedes llevarte el láudano", dijo, recogiendo las piedras. "Y no, no lo matará. Tus instintos son correctos. Cura primero la mente".

"¿Pero qué pasa con el dolor? ¿Hay algo más que deba darle en su lugar? No quiero que sufra innecesariamente".

"Debemos esperar y ver".

Millicent volvió a mirar la habitación, percibiendo el aroma, las botellas, el baile de las sombras sobre el humo de la chimenea. Había una presencia en la habitación, un poder que no podía explicar. Volvió a centrar su atención en la anciana. "Creo que sus conocimientos no se limitan a la medicina inglesa. ¿Hay algo que me recomendaría hacer para ayudar a mejorar las otras dolencias de su señoría?"

"Espera a dar el primer paso. Este será monumental. Volveremos a hablar después".

De mala gana, Millicent se puso en pie. Tenía muchas otras preguntas, pero comprendía la preocupación de Ohenewaa. No se podía hacer nada por el conde hasta que hubiera recuperado la plena capacidad de su mente. "Gracias."

Ohenewaa asintió levemente con la cabeza; su mirada volvía a estar fija en el fuego. Millicent echó un último vistazo a la habitación y se dirigió a la puerta. Justo fuera, en el vestíbulo, se sorprendió al ver que dos de las mujeres africanas la esperaban.

Millicent se hizo a un lado y los vio entrar. Uno llevaba un cuenco y una jarra de agua, otro un paño de lino doblado. Los antiguos esclavos de Melbury Hall respetaban a Ohenewaa. La trataban como a una reina o sacerdotisa. Y Millicent entendía por qué. Ella también había sentido el poder de la anciana.

Capítulo Ocho

EL HECHO de no tener un mayordomo que se ocupara de los asuntos de Melbury Hall estaba pasando factura al tiempo de Millicent. Jonás era una ayuda maravillosa, pero con la temporada de siembra acercándose, había que tomar muchas decisiones que les afectarían a todos. Millicent sabía que debía acelerar el proceso de búsqueda de un mayordomo con la experiencia adecuada. Sir Oliver Birch ya se había puesto en contacto con posibles candidatos, pero Londres estaba demasiado lejos de las granjas de Hertfordshire.

Sentada en el pequeño estudio que utilizaba para sus asuntos inmobiliarios, Millicent miró la vela del canalón mientras terminaba de escribir su carta al reverendo Trimble, de Knebworth Village. Él sabía mucho de lo que ocurría en la campiña circundante, y ella esperaba que pudiera ofrecerle alguna ayuda o algún consejo.

Millicent levantó la vista cuando vio entrar a Violet.

"¿Puedo ayudarla a prepararse para ir a la cama, milady?"

"Estoy demasiado inquieta para subir todavía". Selló la carta en su mano. "Pero, ¿por qué no subes tú? Pareces cansada, Violet. Probablemente no has dormido mucho desde que trasladamos a esas dos chicas a tu habitación. Lo siento.

"No, milady. Nos hemos instalado bien. Disfruto teniéndolos conmigo".

Era muy propio de la joven no quejarse. Por encima del hombro de Violet, la mirada de Millicent se dirigió a la puerta al ver aparecer a uno de los ayuda de cámara de su marido, con una vela encendida.

"¿Qué pasa, John?"

"Le ruego me disculpe, milady", dijo. "Sé que no hace ni una hora que dejasteis a vuestra señoría, pero ahora está despierto y cruzado como un gallo con una sola pata. Ahora, antes de que le demos nada, dijisteis que queríais que os lo dijéramos, y estamos haciendo lo que dijisteis, mamá. Así que vengo corriendo".

"Gracias". Millicent se levantó inmediatamente del escritorio. "¿Por qué no te vas a la cama, Violet?"

El joven criado hizo una reverencia y se marchó. Millicent siguió al hombre hacia las escaleras. "¿Dónde están el Sr. Gibbs y Will?"

"Will bajó a la cocina por un poco de sopa, en caso de que 'slordship permitiera un pequeño bocado, y el Sr. Gibbs está arriba en la habitación con 'slordship".

Esta tarde, tras dejar a Ohenewaa, Millicent había vuelto a la habitación de Aytoun y le había visto dormir. Mientras estaba allí, había reflexionado sobre las dolencias físicas que le aquejaban. Se había roto el brazo y las dos piernas hacía más de seis meses, y ella no tenía ni idea de por qué seguía sin poder usarlos. Gibbs dijo que uno de los médicos lo había achacado a

la caída, refiriéndose a ello como una forma de "parálisis". La viuda había comentado la melancolía del conde, pero no la había relacionado con sus lesiones, sólo con el accidente. Teniendo en cuenta que Aytoun había perdido a su esposa y su independencia de movimientos en la misma horrible caída, Millicent podía comprender perfectamente el pensamiento de su suegra.

Mientras se acercaba a la alcoba de su marido, Millicent pensó en la melancolía. Era una dolencia con la que ella misma había luchado durante uno de los momentos más bajos de su matrimonio con Wentworth. Había perdido un hijo en la primera parte de su embarazo a causa de la violenta ira del terrateniente. Golpeada físicamente y sintiéndose totalmente derrotada, Millicent había estado más que dispuesta a refugiarse en el olvido de la enfermedad durante el resto de su vida. Pero en aquella etapa de sus vidas, Wentworth no había estado dispuesto a internarla en Bedlam. Todavía la necesitaba para su ascenso social. Sólo cuando su amiga Rebecca había llegado a la finca vecina con lord Stanmore había empezado a luchar contra el trastorno.

En la puerta del conde oyó voces alzadas y levantó una mano para llamar. Ninguno de los hombres se detuvo ni la miró cuando entraron Millicent y el ayuda de cámara.

"Harás lo que te ordeno, pedazo de estiércol, o puedes llevar tu miserable carcasa fuera de mi vista. ¿Me oyes, miserable, desleal, cara de perro...?"

Millicent se detuvo justo delante de la puerta, con John justo detrás. Se quedó mirando la vehemencia de su marido. El número de palabras que había pronunciado superaba el total de las que había pronunciado en casi quince días.

"Maldígame como quiera, milord, pero no recibirá ni una gota de este veneno hasta que su esposa dé su bendición". Gibbs se situó entre la cama y la mesa que contenía la medicina.

"Maldito asqueroso sin carácter", le espetó el conde. "Recibes órdenes mías, no de esa asquerosa zorra. ¿Me oyes?"

Gibbs se giró y la vio. Sacudió la cabeza con disgusto mientras su amo seguía maldiciendo a unos y a otros con igual vigor. Se alejó de la cama y se reunió con Millicent junto a la puerta. "No se tome a pecho nada de lo que dice, milady. Creedme, no es su señoría quien habla. Creo que es mejor que lo dejéis con nosotros por esta noche. No parece ser compañía ni para hombres ni para animales".

Se quedó donde estaba, negándose a ser intimidada de nuevo en su propia casa. "¿Por qué está tan enfadado, Sr. Gibbs?"

"Quiere la medicina. Es terco como una cabra, mamá. Dice que no tomará comida, sólo el láudano".

"¿Tiene algún dolor físico?"

"No lo creo, milady", respondió Gibbs en voz baja. "Esos huesos hace tiempo que están curados. Nunca se quejó de dolor mientras se estaban curando".

Millicent dirigió una aguda mirada a la cama cuando el furibundo maníaco se refirió a ella como un trozo de queso rancio y comido por los ratones.

"Su señoría quiere la medicina", repitió el criado, "porque sabe que le calmará la mente. Le hace dormir, si es que queréis llamarlo así -aunque sea penoso-, pero al menos descansa."

El conde se quedó callado y Millicent se dio cuenta de que estaba intentando recuperar el aliento. Por un momento, la genuina preocupación eclipsó su deseo de dar una lección de modales a su nuevo marido. "¿Es esto lo peor que le has visto?"

¿"Físicamente"? No, milady. Pero en cuanto a esa lengua de víbora que tiene, arremete tan rápido como para matar a una compañía de mercenarios holandeses".

Y como para darle la razón a Gibbs, Aytoun soltó otra retahíla de obscenidades.

"¿Qué crees que pasaría si nos abstuviéramos de darle más opio?"

Gibbs estaba asombrado. "Estoy seguro de que no lo sabría, milady. No soy médico. Pero puedo decirle que su señoría no dormía después de la caída. Sin embargo, antes de empezar a tomar el láudano, se sentía miserable como un sabueso hambriento, y siempre se aseguraba de que toda pobre criatura a su alrededor se sintiera miserable también."

Millicent estudió rápidamente la habitación. Su marido estaba recostado en la cama. Las cortinas de las ventanas estaban bien cerradas, resistiendo el frío de la noche invernal. El brandy y la botella de opio estaban sobre la mesa. Cuando volvió la vista hacia Aytoun, Will entró detrás de ella, murmurando una disculpa y guiando a una criada que llevaba un plato de sopa y pan en una bandeja.

Millicent se dijo a sí misma que podía manejar esto.

"Ninguno de ustedes tiene por qué sufrir la ira de su señoría esta noche". Hizo un gesto al criado para que dejara la bandeja sobre la mesa. "Quiero que os vayáis a dormir. Me gustaría pasar la noche en compañía de mi marido".

Después de un año y medio, Mary Page aún se consideraba nueva en el lugar y en el trabajo. Viuda de joven cuando su marido murió en un accidente de carruaje en Londres, había trabajado durante casi diez años como criada, dedicando largas y agotadoras horas de trabajo y recibiendo un trato mínimamente respetuoso. Entonces había visto el anuncio de Lady Wentworth buscando un ama de llaves.

Mary había quedado impresionada con Sir Oliver, y aún más con la señora desde que la conoció. Y estaba eternamente agradecida por el puesto y la oportunidad que le habían brindado al venir a Hertfordshire. Y ser nueva en el trabajo ya no molestaba al ama de llaves, pues la ayuda era muy buena. Los esclavos liberados trabajaban tan bien o mejor que los trabajadores ingleses nativos, y Amina, la esposa de Jonás, se había convertido en una buena amiga para ella, además de una compañera de confianza.

De hecho, a Mary Page le encantaba su posición, y pronto se dio cuenta de que también le encantaba Melbury Hall. La incorporación del conde de Aytoun y su gente tampoco supuso ninguna dificultad. De hecho, pensó que tanto la señora como la familia se habían adaptado con bastante facilidad.

Sentada junto al fuego de la sala de servicio, con su labor de aguja sobre el regazo, enarcó una ceja cuando dos de los criados personales de lord Aytoun llegaron caminando desde la alcoba del señor. Cuando el alto Highlander apareció unos minutos más tarde con una expresión preocupada en los ojos, Mary luchó contra el revoloteo que sentía en el estómago cada vez que lo veía. Sin embargo, sintió que algo iba mal.

"Buenas noches, Sr. Gibbs. ¿Usted y sus muchachos están de vacaciones esta noche?"

"Sí. Aunque no es de nuestro agrado, debo decir, Sra. Page. Su señora insiste en pasar la noche a solas con su señoría. La muchacha no sabe en lo que se está metiendo".

"¿Es así?"

"Sí, mamá". Con el ceño fruncido, el Highlander se sentó a su lado.

Mary le habló en voz baja. "No crea que pretendo faltarle al respeto, señor, pues siento un gran afecto por la señora, pero es la segunda vez que se casa. Yo diría que sabe moverse".

Las oscuras cejas del escocés se alzaron sorprendidas. "¿Sabe *lo que* hace, Sra. Page, si se puede saber?"

Mary sintió que un rubor subía a sus mejillas. "Sólo bromeaba para tranquilizarle, Sr. Gibbs".

"Och, bien. Estoy encantado de saber que le importa lo suficiente como para hacer algo así, Sra. Page. Creo que en el transcurso de esta última noche ni siquiera habéis considerado oportuno devolver el saludo matutino a un solitario montañés."

"Estoy seguro de que le he tratado con la debida cortesía, señor".

"Ah, civismo". Suspiró dramáticamente. "¿A eso hemos llegado?"

Mary sintió que se calentaba. A pesar de su tamaño y de su actitud feroz con muchos de los que le rodeaban, el Sr. Gibbs le parecía bastante atractivo. Mary sonrió al recordar el comentario de Vi a un grupo de sirvientas risueñas cuando discutían el aspecto de los recién llegados. *Bastante guapo,* había dicho, *si consideras atractivos a los monos peludos.*

"Pero ahora sonreís". Su mirada oscura se detuvo en su rostro. "Ahora, ¿a qué debo contribuir esta visión del cielo?"

"Seguramente, no lo sé. Debe haber sido algo que comí en la cena", respondió ella con ligereza. "Pero sobre su amo. A pesar de todo lo que haya oído sobre las circunstancias de su señoría durante su primer matrimonio, Lady Aytoun ha trabajado duro para convertirse en una persona muy capaz. Su señoría estará perfectamente bien a su cuidado".

"Para ser honesto, estaba más preocupado por ella. Dudo que la muchacha se haya enfrentado a alguien con un temperamento tan sucio como el que posee esta noche".

"Por todo lo que he oído, señor, ha sobrevivido a un marido que era la encarnación del diablo. Creo que puede estar tranquilo". Mary le palmeó la mano con confianza. "Ella puede con él, Sr. Gibbs. Ella puede con él".

El calor de su furia le abrasaba el interior del cráneo. Podía sentir cómo se hinchaba en oleadas incontroladas, quemándole la piel de la cara, del cuello. Su pecho era un nudo de ira, y si pudiera rodearle la garganta con su única mano buena, iría silbando a la horca.

Pero no había muchas posibilidades de tener tanta suerte, pensó Lyon mientras seguía mirando la puerta cerrada. La testaruda mujer se movía mucho más allá de su alcance: deslizaba una silla por aquí, enderezaba una mesa por allá, deambulaba por la habitación como si nada. La maldita mujer se limitaba a seguir adelante y a fingir que no era responsable en lo más mínimo de haber puesto en contra de su amo a aquellos perros que él consideraba leales sirvientes. Como el ganado a la hora de comer, los débiles cobardes se alinearon obedientemente y salieron de la habitación cuando ella se lo ordenó.

Finalmente explotó. "Trae a Gibbs".

"¿Buscabas algo?", preguntó con una voz asquerosamente querubínica.

Quería vomitar de nuevo. "Sí. Dije, trae a *Gibbs.*"

"Lo siento mucho, milord, pero el Sr. Gibbs acaba de irse. Y no volverá hasta dentro de un rato". Se acercó a los pies de su cama, con una sonrisa dibujada en el rostro, comportándose como si no le molestaran en absoluto sus ladridos. "Pero estoy aquí por si necesitas algo".

Había sido consciente de su presencia desde el momento en que llegó. Extraño, pensó, que incluso en medio de la neblina y la ira, se estuviera dando cuenta de ella. Y qué curioso que ni siquiera los horribles nombres que le dedicaba parecían tener efecto alguno en la mujer. Al convertirse en su esposa, había prometido cuidar de él, pero Lyon sabía que muchas mujeres en su posición podrían estar pensando ahora mismo en cómo librarse de un equipaje tan asqueroso como él debía parecerle. Rezó para que ella estuviera pensando exactamente lo mismo. El veneno acabaría con todo.

"Dame un trago".

Ella se alejó de la mesa de las medicinas. Le molestó verla servirse un vaso de lo que supuso que era agua. Lyon esperó a que volviera con el vaso en la mano.

"¿Puede arreglárselas solo, milord, o necesita ayuda para beberlo?".

Tan cerca no parecía tan segura de sí misma. Cuando Lyon alargó la mano, vio el temblor de la suya. Ahora podía agarrarla por la garganta.

Casi en contra de su voluntad, se encontró con que sus dedos se cerraban en torno al vaso. Sin embargo, en cuanto lo soltó, lo dejó caer.

El vaso cayó sobre la cama, derramando el líquido transparente antes de caer al suelo. No se rompió y él lo vio rodar.

"Lo siento. Creía que lo tenías tú", dijo ella, cogiendo inmediatamente una toalla y empezando a empapar la humedad de las mantas.

"Tráeme mi bebida. No tomaré más de lo que sea que haya sido eso".

Sus ojos se clavaron en los de él. Se entrecerraron al darse cuenta de que no había sido un accidente. Retrocedió rápidamente y recogió el vaso del suelo.

Lyon esperó, sólo vagamente satisfecho por la pequeña victoria. La debilidad había vuelto y las náuseas también. Pero sólo podía permanecer callado durante un tiempo. Esperaba que ella hiciera lo que él le ordenara.

Su humor se agrió aún más que antes cuando ella se sentó en una silla al otro lado de la habitación. "Desgraciada vil e inhumana. ¿Desafías las órdenes del médico de darme la med... medicina?". La lucha por formar palabras con fluidez aumentó la ansiedad de Lyon. Necesitaba la medicina ya. "Si tu p-plan es matarme, hazlo, por el demonio. Pero no me tortures. Escucha, maldita sea. La necesito *ahora*".

Su súplica debió de calar en su espeso cráneo, porque la vio ponerse en pie de nuevo.

"Te daré eso sólo si comes algo primero".

"No tengo ganas de comer", espetó.

"Tienes que intentarlo, de todos modos". Empezó a sentarse de nuevo.

"Eres una bruja odiosa y marchita", dijo con voz ronca. "Ahora sé con certeza que morí en el fondo de esa caída, porque esto es el infierno. *Tú* eres mi castigo eterno".

"Dime lo que quieras, pero que sepas que recibirás la medicina sólo después de que te demos algo de comer".

"No. Lo tendré antes". Lyon deseó haberla estrangulado cuando tuvo la oportunidad. "Me lo darás ahora".

"No antes de comer", respondió ella sin más miramientos. "Ese error se cometió hoy al mediodía. Y anoche. Y Dios sabe cuántas veces antes. Nadie puede recordar la última vez que comiste".

"No eres una mujer. No tienes calor en ti". Volvió la cara. "Maldito seas. Puedes ver que no puedo moverme. No tengo apetito. La medicina, sin embargo, la necesito".

Ella fue a colocarse junto a la bandeja de comida, y él la observó. "Piensa en esto también como medicina".

Lyon maldijo ferozmente al mundo, incluyendo en su aluvión verbal a Gibbs y Millicent y su maldita suerte de estar atrapado con un villano tan despiadado e insensible. Cuando se echó hacia atrás para recuperar el aliento, ella se acercó con la bandeja de comida. Consideró la posibilidad de volcarla, agarrar la bandeja, escalarla a través de la cámara y enviarla corriendo por su alegre camino. Pero ya estaba agotado. Su cuerpo había empezado a temblar y tenía el estómago lleno de retortijones y náuseas. Sólo quería el coñac con opio. Sólo quería olvidar.

"Me gustaría que te alimentaras."

Volvió su mirada asesina hacia ella. Estaba sentada en el borde de la cama, con los dedos aún agarrando con fuerza la bandeja.

"Tienes una buena mano. Tú aliméntate y yo prepararé tu medicina". Colocó la bandeja sobre su regazo. "Pero te lo advierto. Si derramas esta comida intencionadamente, tendré que ir a la cocina a por más. Así que ten en cuenta cuánto te retrasará esto recibir tu preciada medicina... si es que es eso".

Siguió mirándola, asegurándose de que viera el alcance de su hostilidad. La maldita mujer, sin embargo, siguió como si nada. Quitó la tapa de un cuenco de caldo. Le puso una cuchara cerca de la mano izquierda y le extendió una servilleta sobre el pecho. Luego se apartó, con aire triunfante y mirándole expectante. Él movió la mano sobre la cuchara y ella se volvió hacia la mesa que sostenía la bandeja con las botellas de brandy y opio.

Si ella quería que esto fuera una batalla de voluntades, pensó Lyon, entonces él podría ser fácilmente el vencedor. Empezó a contar la tintura de opio, gota a gota, en un vaso pequeño. La vio añadir el brandy.

"He hecho mi parte". Levantó el vaso hacia él. "Ahora déjame verte hacer tu parte".

Esperó un largo rato, pero el deseo de tomar láudano pudo más que su orgullo. Levantó el cuenco de caldo con crudeza, se lo llevó a los labios y -casi contra su voluntad- bebió un sorbo.

Fue la sonrisa de aprobación que se dibujó en su rostro lo que le mató. Sin mediar palabra, arrojó el cuenco lejos de él, empapándose y empapando las mantas con el caldo. El cuenco se rompió en una docena de pedazos en el suelo.

No levantó la voz ni se quejó. Ni siquiera parecía sobresaltada, aunque la sonrisa había desaparecido de sus labios.

En su lugar, con calma, colocó el vaso en la bandeja y lo volcó deliberadamente.

"Oh, qué torpe soy. He derramado su medicación". Recogiéndolo, miró el vaso de cerca. "Y parece que sólo quedan un par de gotitas. Espero que esto sea suficiente para esta noche".

Debería haberla matado. La próxima vez que tuviera la oportunidad, juró, lo haría.

"Así que, zorra. Dime qué hay de nuevo en Melbury Hall."

"Lady Aytoun pasa mucho tiempo cuidando de su nuevo marido. Pero aparte de eso, nada de qué hablar". Violet se estiró tranquilamente sobre el cuerpo desnudo de Ned. Sus dedos jugaban con la espesa mata de pelo rubio de su pecho. "Albans este sábado para comprar lana y otras cosas. Albans este sábado para comprar lana y otras cosas. Mientras estoy allí, puede que tenga la oportunidad de ver a mi madre y a mi abuela. ¿Vendrás conmigo?"

"No, muchacha. Soy un hombre demasiado ocupado para andar por el país detrás de ti".

"Entonces quizás pueda escaparme algún domingo cuando estés libre. Estoy ansioso por que conozcas a mi familia".

"¿Para qué?" preguntó Ned brevemente. "¿Estás tan ansioso por decirles que te has conseguido un buen amante?"

"No. Sólo pensé que ya que nos hemos hecho tan amigos", dijo, ruborizándose, "sólo pensé que, ahora que eres mi hombre...".

"¿Qué es esto?" Ned rodó sobre ella. Sonrió con esa sonrisa diabólica que la hizo estremecerse por dentro. Podía sentir que su enorme miembro estaba duro de nuevo. "¿Tu hombre? Y aquí sólo has venido a mi cama dos veces".

"Sí, es verdad, pero ahora que has dicho que me quieres..."

"Por supuesto, muchacha. Pero no es algo bueno, mi pequeña Violet, hacerme esperar más de una semana antes de venir a verme".

Le abrió las piernas con la rodilla y la penetró hasta el fondo. Aún estaba dolorida por la brusquedad con la que la había tratado esta noche, pero se mordió el labio y no se quejó. En lugar de eso, lo rodeó con fuerza y esperó que esta vez fuera más despacio.

"Un hombre necesita una buena razón antes de conocer a su familia, zorra."

"¿Más razones que ésta?", preguntó en voz baja.

"Sí. Mucho, mucho más", dijo él, empezando a deslizarse dentro de ella. "Pero eres inteligente. Estás aprendiendo todo el tiempo".

Una hora más tarde, Violet se sintió algo mareada mientras corría de vuelta a Melbury Hall. Él se lo había vuelto a hacer, y ella se lo había permitido. Esa no era la verdad. Había ido a su cama por voluntad propia, sólo para marcharse descontenta por la forma en que la trataba. Y lo que era peor -y apenas quería admitirlo, ni siquiera a sí misma-, ya estaba empezando a dudar de sus palabras. Él le había dicho que la quería, pero no estaba interesado en conocer a su familia. Le dijo lo guapa que era, pero al instante le preguntó por Melbury Hall. ¿Por qué le importaba ese lugar? Ni siquiera trabajaba allí ni conocía a nadie más que a ella.

Violet se sintió aliviada de no haberle hablado mucho del lugar. No es que hubiera mucho que decir en estos días que fuera un secreto. Pero había cosas que nadie podía saber. Secretos sobre el día en que Squire Wentworth había muerto.

Violeta vio a Moisés llevando un farol en el extremo de un poste con su perro al lado cuando salió del bosque por el camino curvo. El vigilante levantó una mano y la saludó mientras el perro se giraba y movía la cola. Dos iguales, pensó Violet. Tan mansos como corderos. Volvió sus pasos hacia él.

"Tu ropa no está sucia. No estás triste".

"No, no estoy triste". Sonrió, inclinándose y acariciando al perro en la cabeza.

"No hay luna ahora, Violeta. Las noches son oscuras. ¿Quieres a alguien con quien caminar de noche?"

Sacudió la cabeza y sonrió al hombre. "Estoy bien, Moisés. Gracias, pero tienes un trabajo importante aquí. Tú y tu perro tenéis que mantener a salvo Melbury Hall".

Asintió lentamente, luego miró hacia los establos. "He hecho una cesta para ti".

"¿Lo hiciste?"

Le devolvió la mirada. "Puedo ir a buscarlo, si esperas. He empapado juncos que tenía del verano pasado y he utilizado una correa de cuero como asa. Tal vez puedas envolverlo con alguna de tus bonitas cintas y usarlo cuando vayas al pueblo, Violet. ¿Esperas a que lo tenga?"

Ella le asintió, sintiéndose mejor. "Esperaré aquí. Incluso sostendré la linterna hasta que vuelvas".

Violet respiró profundamente el aire de la noche mientras observaba al anciano alejarse hacia los establos con su perro pisándole los talones. Nunca revelaría los secretos de Melbury Hall. Sobre todo, pensó, nadie debía saber nunca que Moses había sido quien realmente había matado a Squire Wentworth.

Capítulo Nueve

SE SENTÍA más como un soldado abandonando un campo de batalla que como una mujer dejando la habitación de su marido enfermo. Cuando Gibbs llegó poco después del amanecer, Millicent le hizo un gesto para que la siguiera al pasillo.

"Por favor, ayuda a su señoría a bañarse y cambiarse una vez despierto", dijo con voz cansada. "Ofrécele el desayuno, pero no le des ninguna medicina hasta que me traigas. Haré que le envíen sidra dulce y agua por si quiere beber algo. No le des licor". Miró más allá de la puerta parcialmente cerrada. "Hay que cambiar la ropa de cama. Y también hay que limpiar algunos derrames en la alfombra. Hablaré con la Sra. Page sobre eso. Y puede que haya algunos trozos de vajilla rota debajo y alrededor de la cama".

"Parece que ha tenido una buena noche, milady."

"Sí, Sr. Gibbs. Vaya noche. ¿Ha comido algo esta mañana?"

"Sí, mamá. Gracias por preguntar".

"Muy bien", dijo, dándose la vuelta para irse.

"Espero que no estés ya desanimada, mamá".

Las palabras en voz baja del hombre alto hicieron que Millicent se detuviera. Se volvió hacia él. "No, señor Gibbs. Le estaba pidiendo mucho por una noche. Me merecía lo que recibí".

"Nadie se merece ese problema". Miró por encima del hombro. "Pero quiero que sepáis que su señoría no *siempre* fue así".

"No lo creo". Hablaba con sinceridad, aunque había habido momentos anoche en los que podría haberlo dudado seriamente. "¿Has estado con él mucho tiempo?"

"Lo he hecho, milady. Y por eso no he perdido la esperanza como los demás. Su señoría ha tenido mala suerte estos últimos años. Pero tal y como yo lo veo, con él aquí en Melbury Hall y con usted cuidando de él, su suerte podría estar cambiando de nuevo... y para mejor".

Millicent asintió, apreciando la confianza del hombre. "Por favor, llámeme si me necesita, Sr. Gibbs".

"Sí, milady".

Mientras se alejaba, sus piernas se tambaleaban ligeramente, pero Millicent no le prestó atención. Pensó en su propia suerte. Tal vez la suya también cambiaría ahora, con lord Aytoun como esposo. Pero primero tenía que aprender a manejar su temperamento.

Después de caminar un kilómetro y medio, llegó a su habitación. Dentro, observó la cama, que parecía una nube celestial. Sin quitarse la ropa, se tumbó en ella.

La noche anterior había sido realmente una prueba para su fortaleza. Fuera cual fuera la ayuda que la viuda le había ofrecido por casarse con su hijo, había habido momentos en los que Millicent había deseado haber pedido el doble o el triple. Lyon Pennington era absolutamente la

persona más arrogante, difícil y testaruda con la que se había cruzado en su vida. Y no tener el uso de sus piernas o su brazo no obstaculizaba su virulento comportamiento en lo más mínimo. En más de una ocasión durante la noche, ella había deseado que él hubiera perdido el uso de su lengua venenosa en el camino también. Pero entonces recordó lo que Gibbs había dicho en el pasillo. No siempre había sido así. Tal vez había esperanza.

Millicent se echó las sábanas encima y cerró los ojos, deseando descansar unas horas. Lyon se había dormido por primera vez momentos antes de que ella saliera de la habitación. Estaba segura de que él tenía que estar aún más agotado que ella.

Cuando llamaron a la puerta, Millicent tardó unos instantes en darse cuenta de dónde estaba y despertarse. Miró el reloj de la chimenea y se dio cuenta de que sólo llevaba media hora durmiendo. La voz de Will era vacilante, pero su mensaje era claro: el señor Gibbs quería que su señoría supiera que estaba completamente despierto y de tan mal humor como era posible.

Y quería su medicina ya.

Ohenewaa se sentó tranquilamente en un banco de la esquina de la cocina, escuchando la preocupada conversación entre las dos criadas. Una era Violet, la criada personal de Millicent, y la otra una joven sirvienta negra llamada Bess. Las dos eran más o menos de la misma edad, apenas más que niñas. Estaban sentadas una al lado de la otra en el banco, cerca del fuego. Ella no se movía: sus ojos eran meras rendijas y sus manos descansaban sobre las faldas de muselina azul que Amina le había regalado. Sabía que si alguien la miraba, pensaría que era una anciana que dormía plácidamente.

"Dicen que es como un loco, que maldice y grita cuando está despierto, y que se inquieta y tiene fiebre cuando duerme". La voz de la mujer negra bajó. "Pero sigue manteniendo su postura de no darle nada de la medicina. Más terca imposible".

"En mi opinión, no es terquedad, sino sentido común", respondió Violet. Lo vi igual que tú el primer día que lo trajeron a la casa. No sabía quién era ni dónde estaba. Esta mañana, cuando le subí una bandeja con comida, su señoría estaba tan mezquino como un perro hambriento, pero no le costó reconocer a nadie."

"He tenido suerte de que no me llamaran a mí también, pero he oído decir a la señora Page que el ama no tiene muy buen aspecto".

"Eso es cierto", convino Violet. "La señora está empezando a tener peor aspecto que el propio lord Aytoun. ¿Y quién podría culparla? Lleva ya casi dos noches y días junto a su cama sin separarse ni un momento".

Las dos mujeres siguieron hablando, pero Ohenewaa se puso en pie y se alejó. La casa ya estaba acostumbrada a su tranquila presencia, a sus silenciosas idas y venidas, y estas dos apenas le dedicaron una segunda mirada cuando se levantó para marcharse. En la sala de servicio encontró a Amina.

"Ven a mi habitación a mediodía. Tendré un té preparado para el hombre enfadado de arriba".

"No está tomando té, Ohenewaa. No está tomando ningún alimento. Si no fuera porque el ama le obliga a beber agua sacada directamente del manantial, no sé cómo podría haber sobrevivido tanto tiempo".

"Muy bien. Entonces lo mezclaremos con su agua potable. Tiene muy poco sabor".

"Es bueno que hayas decidido ayudarla". Amina asintió agradecida. "¿Cuánto debo decirle a la señora que le dé?"

"Tomará lo que necesite el primer día. Después, observaremos cómo se comporta y cada día le daremos menos. En una semana o dos, ya no lo necesitará".

La duda nubló los rasgos de Amina. "¿Qué pasa si otra persona o la señora por error se beben algo ella misma?".

La anciana casi sonrió. "Tendrá un par de horas de tranquilo descanso".

"Su señoría desconfía mucho de la medicina, incluso de la inglesa".

Ohenewaa asintió tranquilizadora. "Comprendo su desconfianza. Ella aceptará esto de mí. Puede que incluso lo esté esperando".

El borde de la cama de plumas se hundió bajo su peso. Millicent utilizó una pequeña toalla para secar las gotas de sudor de la frente de Lyon. Se había dormido sobre la una, pero aquí no había pasado ni una hora y estaba atrapado en algún tipo de pesadilla.

Ella apartó la toalla mientras él movía la cabeza de un lado a otro sobre la almohada. Las palabras que murmuraba en sueños eran un galimatías. Más gotas de sudor resbalaban por su cara y desaparecían en su oscura barba. Pronunció algo en voz alta que parecía un grito de advertencia.

Millicent le puso una mano en el cuello para comprobar si tenía fiebre. Cuando ella empezó a retroceder, él levantó la mano izquierda y le aprisionó el brazo contra el pecho.

Estaba sentada en el borde de la cama, inmóvil, pensando en las batallas que aquel hombre libraba constantemente, incluso mientras dormía. Apoyó los dedos en el pecho de él y sintió el latido de su corazón.

"No." Su mano se aferró con fuerza, apretando su brazo dolorosamente. "*¡No*! ¡No puedes!"

"Es sólo un sueño, milord". Se inclinó sobre él, acariciándole la cara con la mano libre, apartándole los mechones de pelo mojado de la frente y hablándole tranquilizadoramente.

"Nunca..."

"Despierta, Lyon. Estás teniendo un sueño".

"¡Emma... no... no!"

Millicent apartó la mano como si le quemara. *Emma*. En su rostro, las lágrimas se mezclaban con el sudor. Se apartó de la cama y encontró a Will de pie en la puerta.

"Quédate con su señoría", susurró al ayuda de cámara. "Por favor, ven a buscarme cuando despierte".

Al salir del dormitorio y bajar las escaleras, Millicent trató de apartar de su mente el nombre de Emma. La mujer había sido la esposa de Aytoun, tal vez la persona más importante de su vida. No podía permitir que ese nombre se convirtiera en una pesadilla para ella.

En su lugar, Millicent pensó en la medicina de Ohenewaa. La bebida había funcionado. En menos de una hora después de dársela, su marido dormía, aunque inquieto. Tenía que vigilarlo de cerca, asegurarse de su estado de ánimo cuando estuviera despierto.

Abajo, un criado se apresuró a acercarse a ella, llevando una carta. Acababa de llegar un mensajero con una carta de Jasper Hyde. Millicent sintió que todos los nervios de su cuerpo se tensaban al romper el sello. De nuevo se trataba de Ohenewaa.

"Por favor, dile a Ohenewaa que venga a verme a la biblioteca", le dijo al criado.

Sentada junto a una ventana de la biblioteca, Millicent volvió a leer su contenido. Le enfurecía que Hyde no se rindiera. No había más embargos, ni pagarés, nada que le diera algún control sobre ella, pero él seguía insistiendo. No entendía la obsesión de aquel hombre por apoderarse de la anciana.

Cuando Ohenewaa entró unos minutos después, Millicent decidió no dejar que sus propios sentimientos afectaran a la decisión de la sanadora.

"El Sr. Jasper Hyde me ha escrito, solicitando una reunión con usted. Afirma que escribe sin intenciones deshonrosas. Preferiría un lugar en Londres, pero si eso no es satisfactorio, incluso consideraría venir a Hertfordshire."

Cuando Millicent dejó la carta sobre su escritorio, Ohenewaa la miró con desprecio.

"Es una petición muy poco habitual", continuó Millicent. "Mi primera reacción fue responder con un abrupto no. Pero luego me di cuenta de que no es del todo decisión mía, ya que la correspondencia le concierne a usted". El rostro cansado y los ojos grises de la joven se turbaron al levantar la vista. "Pero antes de que me dé su respuesta, también quiero que sepa que el abogado del señor Hyde se ha puesto en contacto con sir Oliver Birch media docena de veces en los últimos quince días. Cada vez sus ofertas y discusiones han tenido algo que ver con usted".

Aunque Millicent no lo dijo, la pregunta no formulada flotaba en la habitación: *¿Por qué te quiere a ti?*

Ohenewaa se acercó a la ventana y contempló el lúgubre día y las grises y jorobadas colinas de Chiltern. Había estado en uno de los barcos negreros con Dombey cuando estalló la rebelión en Jamaica en 1760. Había sido sangrienta; eso lo sabía. Los esclavos de varias plantaciones, hartos de la brutalidad de los amos y engañados por algunos ancianos haciéndoles creer que ciertos hechizos podían hacerlos invulnerables, se habían sublevado y matado a cualquiera que se interpusiera en su camino.

La revuelta había sido sofocada rápida y brutalmente, y ella había visto las sangrientas secuelas. Los años de crueldad que siguieron, alimentados por el miedo a nuevos levantamientos, se habían vuelto aún más represivos. Wentworth y Jasper Hyde y su padre y otros como ellos tenían entonces rienda suelta, y en sus manos el látigo se blandía con más saña que nunca. Durante más de diez años el látigo siguió cayendo sin piedad.

"Jasper Hyde me quiere porque he visto los frutos de su trabajo. Vi sus maneras cuando se hizo cargo de las plantaciones de Wentworth. Vi su tranquilo desdén por el sufrimiento de los seres humanos. Vi las cicatrices que crecían como las ramas de los árboles en las espaldas de hombres y mujeres inocentes a causa del látigo y el bastón. Vi la violación de los que no podían defenderse".

Las gotas de lluvia empezaron a golpear con fuerza contra la ventana, extendiéndose por el frío cristal y ensombreciendo la vista de las colinas.

"Yo también estoy marcado. Yo también he sentido el aguijón del látigo. Y ahora soy como la vieja madre de antaño, sospechosa de brujería. Jasper Hyde me quemaría viva si pudiera. Me quiere porque cree que lo maldije por lo que ha hecho. Cree en castigar el cuerpo para quebrar el espíritu. Y cree que yo estoy castigando su cuerpo para lograr el mismo fin".

Ohenewaa se volvió hacia la habitación. El rostro de Millicent mostraba el dolor que sentía por el sufrimiento de todos aquellos trabajadores esclavizados.

"Hyde dice que sus intenciones no son deshonrosas. Es cierto, porque cree que no hay nada deshonroso en quemar a una bruja con leña seca mientras su propia gente mira. Cree que no hay deshonor en la venganza. Pero antes de verme morir, quiere que deshaga la maldición que lo atormenta y lo libere de sus pecados. Pero eso no puedo hacerlo".

Jasper Hyde sabía que el médico no podía hacer nada para ayudarle. Pero no por eso había pedido a Parker que viniera a verle. Sabía que la única cura para su enfermedad residía en lo que

pudieran lograr juntos.

"Tiene una palpitación del corazón inusualmente fuerte, Sr. Hyde, aunque no veo que le pase nada físicamente". El médico indicó a su ayudante que recogiera los instrumentos y saliera de la habitación. "No obstante, es fundamental que empiece a tomar algunas precauciones necesarias. Siempre existe la posibilidad de que una determinada enfermedad se encuentre en sus primeras fases, e intentaremos estar preparados para cuando aflore. Así que antes de mi próxima visita, me gustaría que evitara todas las fuentes de excitación innecesaria. Las comidas deben tomarse a intervalos regulares, y deben ser muy ligeras. Nada de ejercicio violento, y deberíamos empezar una serie de sangrías regulares".

Hyde esperó a que el criado del médico saliera de la habitación antes de interrumpir a Parker. "Le agradezco que haya podido verme con tan poca antelación. Cuando supe que era usted el médico elegido por el conde de Aytoun, supe que era el hombre adecuado para mí".

"Ya veo. ¿Es usted amigo de su señoría?"

"No exactamente. Sólo una gran decepción al verle en las garras de una mujer tan oportunista".

Las pobladas cejas del hombre se alzaron. "¿Entonces conoce a la nueva condesa?"

"Es algo poco delicado hablar de ello, pero fui su acreedor hasta el matrimonio de la dama con su señoría".

Parker mostró interés. "Estaba profundamente en deuda con usted, señor... si no le importa que le pregunte".

"Su primer marido me debía mucho, y ella me debía más. Me habría visto obligado a tomar posesión de Melbury Hall en un par de meses si ella no se hubiera casado. Como todas las mujeres, es víctima de su propio mal juicio y es bastante frívola en sus gastos. Lo siento de veras por lord Aytoun, al encontrarse en una situación tan desagradable".

El médico se quitó las gafas de la nariz y las dobló. "Bueno, tal vez no lo sepa, pero el desgraciado tenía pocas opciones".

"¿Cuándo, Dr. Parker, volverá a visitar a su señoría?".

"Yo... bueno..." Se aclaró la garganta. "Puede que no vuelva. Encuentro que Melbury Hall está demasiado lejos de Londres, y tengo muchos clientes que demandan mi tiempo aquí."

"Ella no te despidió, ¿verdad?" preguntó Hyde, fingiendo gran sorpresa y preocupación. Al menos sus informadores de Hertfordshire le habían proporcionado un dato útil.

"Lady Aytoun envió una carta indicando que podría ser más fácil para todos los implicados si buscaba un médico más local para su señoría".

Jasper Hyde se puso en pie. "No puede creerlo, señor. Todo esto forma parte de su plan. Primero compra a la bruja negra que mató al Dr. Dombey y se lleva a la bruja a Melbury Hall. Luego, se casa con esa fortuna y se lleva a Lord Aytoun al campo, lejos de todos los que conoce. Ahora descubro que te ha despedido".

"Bueno, yo no lo llamaría 'despedido' exactamente, Sr. Hyde".

"¡Qué conveniente! Qué manera tan fácil de matar a otro marido".

"¿Matar a su marido?" dijo Parker, repentinamente alarmado cuando las palabras empezaron a calar. "¿Qué bruja? ¿Quién es ese Dombey? Debe aclarar este asunto, señor".

"Efectivamente, Dr. Parker. Creo que tiene razón. Siéntese, por favor, y le contaré mis temores. Creo, señor, que usted puede ser el único hombre que puede detener todo este asunto."

"I...?"

"Primero siéntate, y te diré lo que sé sobre la falta de carácter de Lady Aytoun. Luego debes prometerme que rechazarás su petición de renunciar a la comisión que la familia de Lord Aytoun

te otorgó. Debe salvar a su señoría del veneno mortal de esta viuda negra. Estoy seguro, señor, de que su familia estará totalmente agradecida".

"Sí, sí". El hombre se apresuró a tomar asiento. "¿Pero qué fue lo que dijiste sobre una bruja?"

Capítulo Diez

LAS CORTINAS se habían dejado abiertas y una suave luz azul impregnaba la habitación de una sensación de serenidad. Un ligero manto de nieve cubría el campo y la luna brillaba a través de las nubes.

Lyon tenía la mente despejada por primera vez en días. No había náuseas, ni dolor de cabeza, ni confusión. Apartó la mirada del paisaje rústico y contempló la figura dormida de la mujer responsable de la reciente mejora de su estado de ánimo. Millicent estaba acurrucada en el incómodo sillón cerca de los pies de la cama. Era la octava noche que pasaba aquí y la primera vez que la veía dormirse. El agotamiento se había apoderado finalmente de él, pero no antes de que ella hubiera conseguido obligarle a despejar su mente del láudano.

Pero la sobriedad también era una maldición.

Lyon se miró el brazo derecho inerte sobre las mantas y sintió un dolor vacío en su interior. Nunca caminaría, nunca montaría a caballo. Jamás se sentaría en una silla a menos que alguien le sostuviera. Nunca se acostaría con una mujer. En su mente vio a Emma con su pelo rubio y alborotado esparcido por la almohada, sus ojos azules sonriéndole, sus brazos tirando del peso de él sobre su cuerpo dispuesto. Era tan joven cuando se casó con ella. Pero había sido un tonto al pensar que él era el centro de su mundo.

Pierce había tenido razón en todo desde el principio. Había advertido a Lyon sobre los verdaderos intereses de Emma. Baronsford era lo que ella codiciaba, no el hombre que lo poseía, le había dicho su hermano. Sin embargo, por arrogancia, Lyon no le había creído.

Por supuesto, Lyon siempre había sabido que Emma había estado más unida a su hermano menor, David. Desde que eran niños, los dos habían jugado en los acantilados de Baronsford, y la visión de ellos juntos estaba grabada en su mente, y en la de todos. David y Emma habían sido inseparables a lo largo de los años. Y sin embargo, cuando Lyon se había hecho cargo de Baronsford, Emma había acudido a él.

Egoísta, vanidoso, ciego... podía pensar en cientos de nombres para sus acciones. Pero en el fondo, Lyon había actuado como un tonto, y su familia había quedado destrozada por ello. Sólo podía culparse a sí mismo.

Lyon se echó el brazo bueno sobre la cara y deseó poder liberarse de la visión que se le había clavado permanentemente en la mente. Las rocas húmedas. El cuerpo roto de Emma en la base del acantilado, mirándole fijamente. Ella había pagado el precio de sus errores, como él lo estaba pagando ahora.

La ira volvió a correr por sus venas y deseó de nuevo el olvido. Forzando los ojos, Lyon contempló el sencillo vestido de Millicent, su rostro pálido y su pelo recogido. Era todo lo que él siempre había imaginado que era la sencillez. Ella murmuró algo en sueños y se despertó

sobresaltada. Lo miró fijamente, con ojos soñolientos.

"¿Quieres algo?"

"Quiero la medicina esta noche".

"No", susurró en voz baja. Intentó devolverle la mirada, pero al cabo de unos instantes empezó a cabecear de nuevo.

Lyon deseó poder usar el pie lo suficiente como para inclinar la silla hacia atrás. Pensó en gritarle una obscenidad y asegurarse de que se quedaba despierta. Pero apretó más las piernas en la silla y trató de ponerse cómoda.

Y Lyon se contentó con mirarla. Su mujer.

Sir Richard Maitland se sentó en un sillón frente a su cliente, la condesa viuda Aytoun. "Fue una sabia decisión no reunirse con el Dr. Parker usted misma, milady".

La anciana cerró el libro que tenía sobre las rodillas y le miró por encima de las gafas. "¿Tan malo fue?"

El abogado asintió. "El doctor Parker acusa a su nueva nuera de hereje. Cree que está poniendo deliberadamente en peligro la salud y el bienestar del conde al no seguir una sola indicación que él le dio hace quince días. Insiste en que Lord Aytoun está en grave peligro y que debe sacar a su hijo inmediatamente de Melbury Hall. Y aunque le será muy difícil arreglárselas, el Dr. Parker me asegura que está dispuesto a dedicar el tiempo que sea necesario para que el conde vuelva a estar como antes en el tratamiento de su señoría."

"¡Qué generoso de su parte! ¿Mencionó una tarifa por este servicio?"

"Por supuesto". Maitland echó un vistazo a sus notas. "Se cotizó la exorbitante cantidad habitual".

La viuda cogió la carta de Millicent de la mesa que tenía a su lado. La leyó una vez más. "¿Y dijo el Dr. Parker alguna palabra acerca de haber recibido una carta de mi nuera, dando por terminados sus servicios en Melbury Hall?".

"Debió de olvidársele, milady, porque no me dio la información. En cuanto se lo mencioné, se excusó diciendo que estaba fuera de Londres y que no había recibido el aviso hasta el día en que tenía previsto regresar a Hertfordshire. Pensó que la situación requería su regreso a Melbury Hall".

"¿Se fue de todos modos?"

"Sí. Y el caballero fue bastante elocuente sobre lo que encontró. Se sintió obligado a informar que el estado del conde ha empeorado tan gravemente que si no se hace nada al respecto inmediatamente, la vida de su señoría está seguramente en peligro."

"¿Y cómo es eso?", preguntó irónica. "¿Está Lyon más delgado? ¿Sufre dolores atroces? ¿Se ha roto algún hueso más?"

"Afortunadamente, tiene usted en su mano, estoy bastante seguro, un informe más preciso sobre la salud de lord Aytoun que cualquier cosa que el doctor Parker haya podido relatar. De hecho, el mensajero que llevó la carta de Lady Aytoun me dijo él mismo que su señoría está aparentemente mejorando cada día."

"Entonces, ¿de qué demonios está hablando este charlatán?"

"Su preocupación ahora es el temperamento de su señoría". Maitland emitió una pequeña tos para ocultar su risita. "Al ser llevado a la cámara de Lord Aytoun en Melbury Hall, el médico recibió un plato lleno de pasteles, directo a la cara".

"¿Por Lyon?"

Sir Richard asintió cortésmente.

"¿Eran para el Dr. Parker?"

"Difícil de decir, milady, aunque el resultado es un buen moratón en su bien acolchado pómulo".

"¡Qué horror! Pero, ¿por qué es difícil de decir?"

"Bueno, aparentemente su hijo y su nueva nuera son dados a batallas diarias que tienen todos los elementos del asedio de Edimburgo. Y me alegra informar que ella es mucho... bueno, más dura de lo que imaginábamos".

La viuda se recostó en el sofá y sonrió. "Son noticias muy alentadoras, Maitland. ¿Y echaste al Dr. Parker de casa?"

"Desde luego que sí, milady".

"Excelente. Decididamente excelente".

Con Gibbs detrás de ella cargado de libros rechazados, Millicent entró en la biblioteca y saludó a una mesa.

"Por favor, déjelos ahí, señor Gibbs", dijo ella, escudriñando los estantes y sacando varios volúmenes.

"Sabe que su señoría está jugando con usted, milady", dijo respetuosamente el criado. "Da igual que traigáis cien volúmenes más. Seguro que encuentra algo malo en todos ellos. Con la mente despejada, lord Aytoun es demasiado capaz de jugar al diablo".

"De hecho, está haciendo un excelente trabajo en ello. Pero no voy a rendirme".

"Sí, milady".

Guardando las nuevas selecciones bajo los brazos, Millicent salió de la biblioteca. Era su tercer viaje. En todas las ocasiones, el villano había criticado sus elecciones. Estaba decidida a encontrar un libro esta mañana que le interesara a él, pero que también fuera de su agrado. Tenía que haber *algo* en lo que pudieran estar de acuerdo.

En el pasillo y en las escaleras, los criados se apartaban de su camino. Sin embargo, sospechaba que nadie se alejaba demasiado del alcance de sus oídos. No era difícil darse cuenta de que sus desacuerdos con Lyon se estaban convirtiendo rápidamente en una fuente de entretenimiento para la casa.

Cuando Millicent regresó a los aposentos de su marido, los criados ya habían sentado al conde en su silla junto a la ventana.

"Aquí estoy", anunció con aire triunfal, dejando caer los libros sobre la mesa junto a su propia silla. "Es imposible que encuentres algo malo en ellos".

Su desafío fue respondido con un destello desafiante de los ojos azules del hombre. Millicent ignoró el extraño revoloteo de excitación en su interior y se sentó en su silla, alcanzando el primer volumen. "*Rasselas* del Dr. Johnson".

"Será mejor que quemes ese maldito libro, porque me niego a escuchar a nadie leyéndolo".

"¿Por qué?" Millicent consiguió mantener la calma.

"El hombre insultó a todo el pueblo escocés en su diccionario, equiparándonos a todos con caballos".

"¿Con caballos?"

"En efecto. Mira su definición de 'avena' alguna vez".

Miró el libro que tenía en la mano, sin estar muy segura de la veracidad de la afirmación. Finalmente, dejó el volumen a un lado y cogió el siguiente.

"Bueno, aquí hay uno escrito por un escocés. *Fingal de Ossian, un antiguo poema épico*. Muy emocionante, me han dicho".

"Escrito por James Macpherson. Es escocés, pero el hombre es un fraude. Inventó todo el libro con viejos poemas gaélicos. No hay ni una pizca de verdad de que sea de ningún Ossian. ¿Qué más tienes ahí?"

Con el ceño fruncido hacia Aytoun, Millicent apartó también este volumen. Cogió el siguiente. "*Tristram Shandy* de Laurence Sterne."

"Nunca. Te desafío a que encuentres una página que no esté manchada con filas de estrellas y rayas y diagramas dibujados a mano y cualquier otra tontería que el autor pueda inventar. Totalmente ininteligible. ¿Llamas a eso una historia? Una trama errante -si es que puedes encontrarla- y la mayor parte de la historia está en la cabeza en forma de bloque del personaje. Dame láudano o lee ese libro. El efecto es el mismo".

"Muy bien", respondió brevemente, dejando también este libro a un lado. "Pero le digo ahora mismo, milord, que no hay nada que pueda encontrar mal en el siguiente libro. *Nada*".

Levantó una ceja, esperando.

"*Imitaciones de Horacio* del Sr. Pope".

"Debes estar bromeando".

"¿Qué quieres decir?"

"El hombre era un enano virulento y malicioso".

"¿Perdón?"

"Me niego a escuchar nada escrito por un hombre de su talante".

"¿Y es la estatura del hombre o su temperamento lo que..." Miró a través de la habitación y luego se puso de pie. "Oh, no importa. Ni siquiera quiero saberlo. Sólo dime, ¿intentamos leer para ampliar nuestras mentes? ¿O debemos rebajarnos con preocupaciones insignificantes sobre los autores que no tienen nada que ver con lo que está escrito entre las tapas?".

"No entiendo por qué te enfadas por algo tan trivial como encontrar un libro legible", dijo con calma. "Todo lo que tienes que hacer es preguntarme qué es lo que me gustaría leer esta mañana".

"¿Cómo podría haberlo olvidado? Oh, por favor, ¿qué le gustaría leer, milord?"

"No sé nada de tu colección".

"Aparte de las docenas de libros que ya he subido aquí".

"Aparte de esos. ¿Qué más tienes?"

Volvió a sentarse en la silla. Estaban exactamente igual que hace dos horas. Ella nombraría los libros, y él encontraría algún defecto en cada uno de ellos.

Millicent sabía que tenía que encontrar una forma de ocupar la mente de aquel hombre antes de que la volviera tan loca que fuera *ella* la que necesitara láudano. Cogió *Rasselas* y empezó a leer. Si Aytoun era representativo del pueblo escocés, entonces empezaba a ver algún mérito en la definición del Dr. Johnson. Pero se preguntó si el hombre no habría querido decir "mulas" en su diccionario.

Capítulo Once

COMO SIEMPRE, la rutina matutina se alargó interminablemente. Lyon murmuró sus habituales maldiciones a sus dos criados mientras le ayudaban a lavarse y vestirse. A John, el bribón con forma de tortuga y mandíbula batiente, y a su compañero, Will, el espantapájaros, se les había trabado un poco la lengua cuando los arengó por presentarse en sus aposentos con ropa "de campo" en lugar de su librea habitual. Los pobres diablos apenas habían podido pronunciar una explicación sobre las decisiones que había tomado la señora acerca de la vestimenta de las casas combinadas. Y Lyon se aseguró de refunfuñar incesantemente a Gibbs por el desayuno del que se negó a comer más que un bocado.

Pero reservaba lo peor de su temperamento para Millicent, sabiendo muy bien que ella entraria en su habitacion a eso de las diez. Ya cansada por haberse levantado temprano para ocuparse de los urgentes asuntos de la finca, sin duda estaría bastante irritable tras una noche casi en vela. Sabía que ella también estaría dispuesta a propinarle un puñetazo verbal tan duro como él estuviera dispuesto a afligirla.

Mientras las camareras retiraban por fin los platos que tenía delante, Lyon pensó en su mujer. No podía entenderlo del todo, pero aquellos momentos en los que ella estaba aquí discutiendo con él y reprendiéndole por sus continuas transgresiones eran los únicos del día en los que se sentía realmente vivo.

Por supuesto, esos eran también los momentos más frustrantes, porque ella nunca hacía lo que él le decía o incluso le pedía que hiciera. Ella insistía en leer en voz alta a pesar de las objeciones de él a su selección de libros, ignorándole y sólo leyendo más alto. Incluso le había sugerido que saliera de vez en cuando de aquellas habitaciones. Él, por supuesto, se había opuesto enérgicamente, negándose en redondo y diciéndole que, como lisiado residente, no deseaba que lo pasearan por una casa llena de rústicos boquiabiertos.

Tres días antes, sin tener en cuenta sus deseos, había sobornado a sus propios sirvientes para que lo llevaran a su salón. Naturalmente, había hecho tanto ruido y causado tantos daños que ella había ordenado que lo trajeran de vuelta menos de media hora después. Lyon había ganado la batalla aquel día, pero estaba convencido de que ella volvería a atacarla en cualquier momento. Había que estar alerta, sin duda.

Pasaron las diez, pero hoy no había ni rastro de ella. Lyon sintió que aumentaba su irritación. Media hora más tarde, cuando Millicent seguía sin aparecer, empezó a descargar su ira en otras direcciones. Una joven sirvienta que entraba a atender la chimenea huyó con los ojos llorosos después de que él le lanzara sólo el más leve de los insultos. Tanto John como Will trataron de andar de puntillas por las habitaciones mientras se ocupaban de su ropa, pero cuando volcó una bandeja a su lado y luego les arrojó una edición encuadernada del *North Briton*, la tortuga John

salió corriendo, sólo para aparecer un par de minutos después con Gibbs a remolque.

"¿Puedo traer algo de la armería para su señoría?", preguntó secamente el Highlander.

"En efecto. Tráeme mis pistolas de duelo. Me gustaría usar a estos dos idiotas para practicar tiro al blanco".

"Disculpe, milord, pero quizá sería más fácil si me preguntara dónde está".

Lyon resopló y le miró como si fuera el tonto del pueblo.

"Muy bien, señor", continuó Gibbs cuando Lyon no dijo nada. "Ya que insiste en que se lo cuente, Lady Aytoun ha ido a Knebworth a visitar al reverendo y a la señora Trimble. El señor Trimble es el rector de la iglesia de allí. Son muy amigos de su esposa. Su señoría ha estado retrasando esta visita durante dos semanas, debido a sus necesidades. Pero hoy, que hace buen tiempo para ser un día de invierno, ha decidido montar a caballo y venir".

Lyon miró el día soleado que había fuera de la ventana. Claro que estaría cansada de estar atrapada aquí con él día tras día.

"Cuando vuelva, le diré a Lady Aytoun que suspirabais por ella", ofreció Gibbs con expresión inocente.

Lyon fulminó con la mirada a su hombre. "Y tendré tu cabeza en una bandeja para la cena".

"Tendrá que levantarse antes de hacer algo así, milord".

"Debería haber dejado que te ahorcaran esos borrachos de Edimburgo con cara de perro de la ostrería de St. James Close, Gibbs".

"Sí, milord, pero eso sigue sin ponerme la cabeza en bandeja".

"La verdad es que todo lo que tengo que hacer es decirle a mi esposa que me aseguraría de encontrar mi apetito si tan sólo colgara tu feo cráneo en un poste sobre mi chimenea". La barba oscura ocultaba el rastro de una sonrisa. "Dile eso, y no tengo ninguna duda de que ella haría los arreglos necesarios".

La cojera de la señora Trimble, debida a un antiguo accidente de carruaje, parecía más pronunciada este invierno. Pero, para alegría de Millicent, el ingenio vivaz y el buen humor de la anciana no se habían visto afectados por la vieja lesión. Las dos mujeres se sentaron juntas en el salón, tomando té y esperando a que el rector regresara del pueblo. Al llegar, le dijeron a Millicent que lo esperaban en breve.

"Están pasando cosas en el pueblo, milady", dijo la amable mujer. "El reverendo Trimble dio un paseo para hablar con los canteros que están construyendo el granero. Esperaba emplear a uno de ellos en sus horas libres para trabajar en dos de las chimeneas de la rectoría que están agrietadas y tiran mal. Pero me alegro mucho de que hayan podido venir esta mañana. A pesar de mi rodilla maltrecha, estábamos listos para pasar a visitar Melbury Hall a principios de esta semana. Sin embargo, después de hablar con la Sra. Page el domingo pasado, decidimos que tal vez no estuvieras preparada para compañía todavía. Mencionó que la salud de Lord Aytoun sigue preocupándote. ¿Ha mostrado ya su señoría alguna mejoría?"

"Así es. Gracias". Millicent se dijo a sí misma que no estaba tergiversando exactamente la situación. La salud de Lyon había mejorado en los últimos días.

"No envidiamos tu posición, querida, al enfrentarte a lo que debe haber sido una decisión muy difícil de tomar. Nada de envidia". La señora Trimble tomó la mano de Millicent entre las suyas y bajó la voz confidencialmente. "Que Dios la bendiga por asumir semejante responsabilidad. Estoy segura de que cuidar de alguien tan lisiado es una verdadera prueba. Las dos piernas y un brazo, según he oído".

Millicent asintió.

"¿Y un caso severo de melancolía, también?"

Esta vez negó enérgicamente con la cabeza. Ahora que había pasado dos semanas constantemente en su compañía, Millicent estaba segura de que el temperamento actual de Lyon no era lo suficientemente severo como para ser considerado melancolía.

"Fuera lo que fuera lo que padecía mi marido cuando llegó a Melbury Hall, creo que su estado se agravaba por los medicamentos que le administraban".

"¿Así que cambiaste su tratamiento?"

"Lo hice, y creo que se siente mucho más él mismo en este momento." Ruidoso. Detestable. Ocasionalmente extraño. Despierto prácticamente todo el día. Y a Millicent le gustaba mucho más así.

"Pareces bastante cansada, querida. Si puedo atreverme a preguntar, ¿cómo te va con este nuevo arreglo?"

"Me va bastante bien", responde Millicent con sinceridad. "Los cambios han requerido algunos ajustes por parte de todos, sobre todo debido al aumento del tamaño de la casa. Pero la escasez de espacio vital ha sido mi mayor problema desde el principio".

La señora Trimble sirvió a Millicent un poco más de té. "Y sentí mucho oír que, en medio de todo esto, tuvo que dejar marchar a su mayordomo".

"Eso era inevitable. El Sr. Draper y yo no nos llevábamos bien desde el principio, y cada día que pasaba las cosas parecían empeorar."

"¿Pero encontrar un sustituto ha sido difícil?".

Millicent asintió y tomó un sorbo de su té antes de volver a dejar la taza sobre la mesa. "He entrevistado a tres personas hasta ahora, pero ninguna parecía ser la persona adecuada para Melbury Hall".

"Y la primavera llegará muy pronto". Sacudió la cabeza. "Así que gran parte de las responsabilidades diarias del mayordomo recaen sobre tus hombros".

"En efecto, hay mucho que hacer".

"Y planeabas mejorar las casitas de la finca, así como construir más. ¿Cómo es posible que estés aguantando, querida?"

"Afortunadamente, todavía no se ha caído nada a pedazos". Millicent sonrió. "El criado personal de lord Aytoun, un escocés muy capaz que lleva años con su señoría, ha estado ocupándose de las responsabilidades que dejó vacantes el señor Draper durante las últimas semanas. Egoístamente, supongo, espero que considere asumir el trabajo de mayordomo permanentemente. Por supuesto, todavía tengo que convencer a Lord Aytoun de ello".

Millicent pensó que el mero hecho de formular la pregunta debería valer al menos para media docena de platos volcados. A Lyon le gustaba mucho hacer eso.

"Tu descripción de todo es mucho más agradable que los rumores que flotaban inicialmente por el pueblo". La señora Trimble apretó cariñosamente la mano de Millicent. "Me alegro mucho por usted. Espero que pronto tengamos la oportunidad de conocer a su señoría".

"Bueno, tal vez una vez que el tiempo mejore, lo persuadiré para que venga al pueblo conmigo". Ella tendría que hacer esta persuasión el mismo día que le preguntó su opinión de Gibbs convertirse en el nuevo mayordomo. Y tal vez el mismo día que le pidió que dejara de destruir los muebles de la casa. Y el mismo día que le pidió que hablara en lugar de gritar. Tal vez ese sería el día para pedirle que se afeitara esa horrible barba, también.

Millicent miró el bonito reloj que había sobre la chimenea. Se acercaba el mediodía y empezó a preocuparse. Esperaba sinceramente que Lyon hubiera desayunado algo. Se

preguntaba cuál habría sido su reacción esta mañana cuando ella no había acudido a su habitación, o si se habría dado cuenta de su ausencia. Si no había desayunado nada, quería estar allí para animarle a que lo hiciera. Bueno, animarle o intimidarle.

"No puedo imaginar qué detiene al reverendo Trimble". La esposa del rector, siguiendo la dirección de la mirada de su visitante, se puso rígidamente en pie y se acercó a la ventana. Era una mujer alta, y Millicent pudo verla mirando hacia el pueblo, más allá del jardín.

"¿Me considerarías terriblemente descortés si restringiera nuestra visita de hoy?". preguntó Millicent. "Sé que parece una tontería, pero de repente me encuentro preocupada por mi marido. No le he dejado solo durante tantas horas, y aún se está recuperando".

"Lo entiendo perfectamente", respondió la señora Trimble, volviéndose hacia ella con una sonrisa. "Siento mucho que el reverendo Trimble no le haya visto. Los albañiles del granero deben de ser tipos interesantes".

Millicent se levantó. "Estoy segura de que sí. De hecho, esperaba pedirle ayuda para contratar a uno de esos mismos hombres para las reformas de Melbury Hall. Aparte de las nuevas cabañas, también esperaba construir un muro de piedra para evitar que el río se desborde en el Grove cada primavera. Tengo bastante trabajo que hacer en la Mansión".

"Sé que estaría encantado de ayudar con eso, querida. Tal vez podría hacerle pasar por Melbury Hall en algún momento de esta semana. Quizás mientras esté allí, podría conocer a su señoría".

"Eso estaría muy bien", dijo Millicent en voz baja, preguntándose ya qué tipo de soborno podría utilizar con Lyon para que se comportara durante los pocos minutos que el reverendo Trimble estaría en su compañía.

La puerta de la alcoba del conde estaba abierta. Unos minutos antes, Ohenewaa había visto a uno de los criados maldiciendo y refunfuñando al pasar junto a ella con una bandeja. Dio un paso hacia la puerta y miró dentro.

El hombre estaba solo, apoyado en una silla cerca de la ventana. Le sorprendió ver que tenía un periódico en el regazo. Su atención parecía estar dividida entre el periódico y la vista al otro lado de la ventana.

"En vez de esconderte en las sombras, ¿por qué no entras?"

No volvió la cabeza y la pilló desprevenida. Ohenewaa se planteó ignorar el comentario y seguir por el pasillo. En lugar de eso, entró en la habitación. Había una marcada diferencia entre lo que veía ahora en la habitación y lo que recordaba haber visto su primera noche aquí. No había frascos de medicación. No había olor a enfermedad. Ni sensación de tristeza. Inspeccionó el cuadro, las alfombras y las mesas, y luego miró al hombre, estudiándolo como a cualquier otro mueble.

"¿Por qué vagas por los pasillos como un fantasma? Puedes andar. Puedes hablar. ¿Por qué no haces más ruido?" Sus preguntas fueron bruscas, y esta vez sus ojos se centraron en ella desde el otro lado de la habitación.

"Haces suficiente ruido para los dos. Pero desde que empezamos a hacer preguntas...". Ella señaló el papel abierto en su regazo. "¿Por qué no se lo confiesas? Parece perfectamente capaz de entretenerse".

"Quizás disfruto de su compañía".

"Tal vez necesites a alguien a quien atormentar".

"Yo no le pido que venga. Ella aceptó el acuerdo. Lo que hace, lo hace por voluntad propia".

"No le has dicho que has mejorado. Podrías decirle que no es necesario que se preocupe por ti cada minuto del día".

"Te preocupas por ella", dijo, mirando incrédulo.

"No es cierto". Ohenewaa siguió su expresión durante un largo momento antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta.

"Vuelve otra vez. Disfruté de nuestra larga visita".

En lugar de bajar, Ohenewaa se dirigió a su alcoba y se quedó mirando sus hierbas y frascos.

Ya había ayudado una vez al conde y a su esposa. Pero la excusa que se dio a sí misma entonces fue que estaba cansada de oírles gritar y romper cosas a todas horas del día y de la noche. Su participación, se dijo a sí misma, había sido tanto por su propio bien como por el de ellos. Pero lo que planeaba a continuación era mucho más complicado.

De hecho, antes de hoy no estaba segura de que fuera prudente pasar por todo el proceso de decocción para extraer los aceites para la mezcla concreta que quería. El ungüento que tenía en mente serviría para varias cosas. Pensando en él ahora, Ohenewaa se dijo a sí misma que era una curandera. Además, desde el primer día había estado buscando una forma de agradecer a Millicent lo que había hecho por ella.

La pregunta de *si* merecía el esfuerzo que Ohenewaa iba a realizar había quedado respondida hoy. Ella había visto que llevaba un espíritu dentro y, lo supiera él o no, estaba ayudando a su joven esposa a curarse.

Y esa era una razón suficiente, pensó Ohenewaa. Ella le ayudaría.

El viaje y el vigorizante aire invernal tuvieron un efecto notable en ella. Parecía mucho más relajada -casi alegre- y no le molestaron en absoluto las quejas con las que él empezó en cuanto ella entró en la habitación.

"Ni un enjambre de moscas del estiércol se posaría en este pan. Y esta sopa debe de ser el resultado de algún sarnoso que levantó la pata y orinó en la olla. ¿Estáis tú y tus malditos cocineros intentando envenenarme?"

"Con imágenes así corriendo desenfrenadas por vuestra mente, milord, no os culpo por no querer comerla. De hecho, seguro que detestáis la comida por el simple hecho de estar cansado de ella. Debo tener una charla con el cocinero. Usted está más allá de la necesidad de estos caldos acuosos y pan seco. No hay razón para que no te sirvan lo que comemos los demás".

Cuando ella le quitó la bandeja sin tocar del regazo, las blasfemias que se disponía a soltar se marchitaron en su lengua. Durante los segundos en que Millicent se había inclinado hacia él, había sentido el aroma del aire fresco en su pelo. Admiró el roce del sol en sus mejillas. La vio depositar la bandeja en una mesa junto a la puerta. *Maldita sea,* pensó, recuperando la compostura.

"No quiero comer nada de lo que me traigas aquí", ladró brevemente.

"Estoy perfectamente de acuerdo".

"Por el diablo, creo que es la primera vez".

"Te aseguro que es sólo el primero de muchos acuerdos que tendremos".

Frunció el ceño y miró con desconfianza su brillante rostro. "¿Qué es todo esto?"

"No deberían servirle la comida en esta habitación. El entorno es demasiado restringido. El aire está demasiado viciado. También creo que un temperamento malhumorado tiende a permanecer en un lugar. Y debo decir que con tu temperamento, esta cámara ya apesta a ello".

"Bueno, no dejes de lado tu propio temperamento, ya que estás hablando de eso".

"Muy bien, milord. Nuestros temperamentos".

"Y no me llames *milord*", refunfuñó. "No consentiré que mi mujer me llame así. Me llamarás Lyon cuando estemos solos, y Aytoun cuando no".

"Como desee". Millicent cruzó las manos ante ella y le dedicó una brillante sonrisa. "Pero a partir de esta noche, tú y yo comeremos en el comedor".

Lyon le habría dicho que estaba chiflada si no se hubiera quedado momentáneamente prendado de su sonrisa. Era condenadamente cautivadora, con aquellos suaves hoyuelos en las mejillas y la picardía bailando en sus ojos grises.

"Ya está". Dio una palmada y tocó el timbre del servicio.

"Al diablo que sí", logró decir finalmente. "No soy una marioneta de madera para que me arrastren arriba y abajo por esas malditas escaleras tres veces al día mientras los pícaros con cabeza de jarra se quedan parados y me ridiculizan".

"Ciertamente no lo eres, m'lo... Lyon. Ninguna marioneta que haya visto podría hablar y maldecir con tanto fervor o frecuencia". Se acercó a él. "Pero a pesar de tus muchos defectos, te prometo que -aparte de dos de tus propios hombres que me ayudarán a moverte- nadie se quedará mirando".

"*No* será así". Habló con más fuerza.

"Claro que sí". Ella igualó su tono.

"Me conformo con quedarme aquí".

"Antes, te contentabas con permanecer inconsciente y pasar hambre. Ahora te conformas con hacer el papel de oso enfadado y enseñarme constantemente los dientes".

"Acércate, mi querida esposa", amenazó Lyon en voz baja, "y te enseñaré lo afilados que tengo los dientes".

Un suave rubor se extendió uniformemente por sus mejillas, pero en lugar de retroceder, le puso la mano en el hombro y se inclinó hacia él hasta quedar frente a frente.

"A pesar de la barba enmarañada y el pelo despeinado que consiguen darte cierto aspecto de loco, no creo que desde esta distancia tengas un aspecto muy aterrador. Tal vez si te afeitara la cara..."

Su brazo izquierdo salió disparado y la agarró por el brazo, haciéndola caer sobre su regazo. Ella soltó un grito de sorpresa y cayó contra él.

"Nadie me toca la barba".

Parecía no saber qué decir. Así de cerca podía ver que sus ojos grises tenían motas plateadas en el fondo. Su piel parecía tan suave. La mirada de Lyon se posó en sus labios y, sin pensarlo dos veces, descubrió que su boca había capturado la de ella en un áspero beso.

Ella no se apartó, sino que se inclinó hacia él y se agarró a sus hombros. La sangre latía con fuerza en el cuerpo de Lyon. Sus labios eran suaves y dóciles. Él acercó su boca a la de ella y estaba a punto de profundizar el beso cuando, de repente, ella se levantó de la silla. Estaba muy sonrojada y se tapaba la boca con la mano mientras retrocedía hasta el otro extremo de la habitación.

Lyon intentó calmar su respiración agitada mientras observaba su rostro sonrojado. Se tocó la frente, se acomodó mechones sueltos de cabello detrás de una oreja. Con dedos temblorosos intentó alisarse el vestido. Él siguió el movimiento de sus manos y se dijo que era su mujer. Después de tres semanas en constante compañía, era de esperar. Sin embargo, lo que había sucedido entre ellos era totalmente inexplicable. Lo que él sentía era muy confuso. Finalmente, ella se volvió hacia él con una sonrisa cortés dibujada en el rostro. Pero él pudo ver a través de la máscara. Estaba visiblemente conmocionada.

"No podemos vivir el resto de nuestras vidas en esta habitación, milord."

Sin embargo, sus pensamientos no coincidían con los de ella. Todavía quería quedarse solo aquí, con una pequeña excepción... Millicent. Por sorprendente que fuera, la quería aquí con él.

"Creo", continuó, "que sería bueno para ambos salir de esta cámara".

A nosotros en vez de *a ti*. La ira empezó a calar en los huesos de Lyon. Cada vez que se abría la puerta esta mañana, esperaba verla. Y ahora estaba jugando con él. Se obligó a apartar la mirada de sus labios, maldiciéndose por esta capa adicional de dependencia de otro.

"Nadie te pidió que pasaras tanto tiempo en esta habitación. Yo estaba contento sin ti. *Yo* vivo aquí. Tú *no"*.

"Te equivocas". Una vez más su fuego regresó. "Soy tu mujer. Donde tú estés, *Lyon*, estaré yo. Donde tú comas, yo comeré. Donde tú..."

Acortó las palabras, pero Lyon sabía lo que iba a decir: *Donde duermes*...

"Haz lo que quieras, y que el diablo te lleve", ladró irritado. "No me interesa seguir discutiendo esto. No te necesito. Estoy cansado de ver tu cara. Y me aburre tu incesante cháchara. Fuera".

Lyon volvió la cabeza sin esperar su respuesta. Su única escapatoria era mirar por la ventana hacia el patio y los campos. En silencio, trató de convencerse de que ella se merecía su lengua afilada. ¿Y qué si eran marido y mujer? Besarla había sido un impulso, un error. Sólo quería que ella le dejara en paz.

No se oyó nada durante mucho tiempo. No se había movido, pero tampoco había dicho nada. Lyon se preguntó si por fin se daría por vencida.

"En realidad, hay otra razón por la que deseo sacarte de esta habitación". Millicent había recuperado el tono práctico en su voz. No estaba dispuesta a dejarlo solo.

"¿Lo hay, señora?" No la miró.

"Por lo que Gibbs me contó, antes de tu accidente tenías un interés activo en muchos de los asuntos de negocios de la familia Aytoun. Dijo que nunca sentiste que estuviera por debajo de ti supervisar la gestión de tu finca en las Fronteras y tus tierras en las Tierras Altas. Usted sirvió como un recurso muy valioso para muchos de sus compañeros menos capaces. Eres educado y obviamente bastante astuto cuando se trata de conseguir lo que quieres. Y estás aquí".

"Tus habilidades para adular necesitan trabajo. La astucia no es una cualidad noble".

Lyon volvió la cabeza y la vio pasar una mano nerviosa por delante del vestido para alisar una arruga invisible. Él sabía lo que estaba haciendo. Su nueva estrategia era transparente.

"Me gustaría presentarte a Melbury Hall."

"No."

"No se trata de una petición social, sino de... bueno, de negocios. Ha habido algunos asuntos relacionados con la finca en los que he necesitado orientación. Apreciaría mucho si ocasionalmente pudiera pedirte consejo sobre estos asuntos."

"Ya tienes los ingresos. Contrata a un abogado mejor".

"Ya tengo uno excelente, gracias", respondió ella, continuando tenazmente. "Pero usted sabe que la ley considera a las mujeres débiles, en el mejor de los casos. También sabes que, como mi marido, eres totalmente responsable de las acciones de tu mujer".

Resopló.

"Por lo tanto", continuó, "te doy la oportunidad de participar. Pero, de nuevo, teniendo en cuenta tu reputación de tirano en la casa, quizá deba replantearme mi sugerencia. Después de todo, sólo un tonto querría que te entrometieras en cosas de las que muy posiblemente no sabes nada. No sería la primera vez que la gente se equivoca al percibir las habilidades de un hombre.

O Gibbs puede simplemente haber estado hablando por lealtad ciega. Por otro lado, puede que haya deducido más de lo que pretendía sobre sus habilidades. No importa. No sé en qué estaba pensando".

"Yo tampoco. Su fastidiosa insistencia casi me corta la respiración, señora. Casi".

Lyon dejó que el peso de su mirada recorriera todo su cuerpo. A pesar del rostro sombrío que trataba de enmascarar los sentimientos de la mujer, a pesar del corte sencillo de su vestido azul oscuro, a pesar de la sencillez con que se recogía el pelo en la cabeza, supo en ese instante que estar confinado en una habitación con Millicent estaba teniendo un efecto inquietante en él.

"Si salir de esta habitación significa que ya no me atormentarás con tu constante cháchara sin sentido, entonces lo haré... y con gusto".

Capítulo Doce

PREPARAR una cena para la familia real no habría perturbado tanto a Millicent como planificar esta comida para su marido. Quería que todo fuera perfecto: la comida, el vino, el comedor. Había interrogado a Gibbs sin cesar sobre los gustos de Lyon con respecto al menú, y se había asegurado de que el cocinero y la Sra. Page conocieran todos los detalles. Ahora, poco antes de ir a la habitación de su marido para supervisar a Will y John en la cena, Millicent se sentía abrumada por otro motivo de incertidumbre. ¿Qué podía ponerse que fuera apropiado? Por supuesto, quería vestir de forma presentable, pero también sabía que lo que eligiera para esta ocasión podría transmitir un mensaje específico al conde.

No había tenido tiempo esta tarde para pensar en lo que había sucedido antes, pero seguía conmocionada por su beso y por su propia respuesta a él. Evitar el contacto íntimo con cualquier hombre se había convertido simplemente en la forma de ser de Millicent después del abuso físico que había sufrido bajo el cruel puño de Wentworth. Ésta había sido una de las razones por las que le había parecido tan inobjetable casarse con Aytoun. Debido a sus incapacidades físicas, no habría forma posible de que se le impusieran tales exigencias. Su insistencia en una cláusula que permitiera la anulación había estado motivada por ese mismo problema. Por supuesto, se dijo a sí misma mientras miraba por el espejo, un beso no tendría por qué cambiar su opinión al respecto.

Millicent obligó a los pensamientos a cambiar y asentarse en su mente mientras su criada Violet se apresuraba por la habitación colocando enaguas y medias y otras piezas de ropa. Fue un beso y nada más. Millicent juró en silencio no volver a pensar en ello y asintió ante el vestido azul bordado que Vi le tendía.

"Si está segura de que no llevará la peluca, milady, puedo ponerle unas cintas a juego en el pelo".

"No tenemos tiempo para eso, Vi". Millicent se quitó el vestido y se puso las enaguas. En un momento, se estaba poniendo el vestido azul con la ayuda de Vi. "No puedo arriesgarme a que el conde cambie de opinión sobre dejar sus aposentos. Le dije a las siete en punto, y tengo que estar allí a tiempo".

"Al menos permítame atarle una cinta al cuello, milady. El escote cuadrado de este vestido parece demasiado sencillo sin joyas".

Se miró en el espejo el escote y estuvo de acuerdo. Violet tenía buen ojo para los colores, para lo que quedaba bien y lo que no. Millicent había pensado muchas veces que el talento de la joven se desperdiciaba aquí, pero Vi parecía contenta.

"Lástima que ya no tengas el zafiro que te regaló el escudero cuando te casaste. La piedra azul siempre quedaba bien con este vestido".

"Me gusta mucho más este sencillo lazo".

Millicent no se arrepentía de haber vendido sus joyas tras la muerte de Wentworth. Independientemente de que fueran regalos de él o heredadas de su propia familia, no les daba ningún uso. Todas habían sido vendidas para cuidar de su pueblo.

"Gracias, Vi. Creo que estoy lista".

"Espera. Tienes que cambiarte de zapatos". Violet cogió un par de zapatillas a juego del armario. "Quizá no sea el momento, milady, pero me preguntaba si le importaría que pasara dos días fuera al final de esta semana".

"¿Visitando a tu familia en St. Albans?"

"Sí, milady".

Violet se agachó ante Millicent cuando ésta se calzó las zapatillas. Le pareció que la joven parecía más delgada.

"No veo ningún problema en ello en absoluto. Pero, ¿te encuentras mal?"

"No, milady. Estoy bastante bien".

"Creo que has estado trabajando demasiado, Vi. De hecho, si hablas con la señora Page sobre ello, tal vez pueda arreglar que uno de los mozos te deje mientras hace recados para la casa y te recoja de nuevo en otro viaje de vuelta."

"No se preocupe por nada de eso, milady. Yo me ocuparé de los preparativos". Se puso en pie. "Son casi las siete, creo."

Millicent miró el reloj de la chimenea cuando empezó a sonar.

"En efecto, lo es", dijo, y se apresuró hacia la puerta.

Por mucho que lo intentara, Lyon no encontraba nada que objetar a la velada. La luz de una docena de velas proyectaba un suave resplandor sobre la habitación. Un pequeño fuego crepitaba en el hogar. La comida estaba exquisitamente preparada y el vino era excelente. Dejó que su mirada recorriera con aprecio a la mujer sentada a su lado. La compañía era encantadora.

En lugar de ocupar la silla del otro extremo de la mesa, Millicent había optado por sentarse a su lado. Después de que se llevaran la comida, había despedido a los criados, incluido Gibbs, y los dos se sentaron juntos. Lyon se dio cuenta de que estaba de buen humor. No sólo había cumplido su promesa, permitiendo que sus hombres lo llevaran escaleras abajo, sino que también había consumido pequeñas porciones de pescado y venado.

Observó sus elegantes movimientos mientras servía más vino en su copa de cristal. Se alegró de que no se hubiera retirado al salón y le hubiera dejado beber solo.

"Francamente, me sorprende que confíes en mí para esto". Lyon inclinó la cabeza hacia el vaso.

"¿Te refieres a beber el vino o a romper la copa?". preguntó Millicent con ligereza.

"El vino. Tengo entendido que su difunto marido tenía algunas dificultades en ese sentido".

Se le formó una pequeña arruga en la frente. Se acercó para alisarla con la punta de los dedos, y Lyon notó el enrojecimiento de sus orejas y el rubor que se había colado en sus mejillas. "Tuvo muchas dificultades".

"Siento oír que tu vida no era ideal".

"Gracias. Pero estás lleno de sorpresas. Temía que hubieras pasado todo el tiempo perfeccionando tus burlas".

"Me gusta cambiar de ritmo de vez en cuando". Sintió que no le gustaba el tema, pero decidió insistir de todos modos. "¿Y cuáles eran sus otros defectos?"

Observó la delicada columna de su cuello mientras ella bebía un sorbo de su propio vino. Las

suaves curvas y la piel de marfil por encima del escote del vestido brillaban a la luz de las velas, y por un instante se preguntó si su sabor sería tan dulce como su aspecto. Se obligó a alejar sus pensamientos.

"¿Los defectos de tu marido?"

"Me temo que no lo considero un tema de conversación para la cena", contestó tan alegremente como pudo. "Y debo decirte que no tiene sentido escuchar chismes domésticos aquí en Melbury Hall. A excepción de unos pocos de confianza, el resto de estas personas son bastante nuevos en sus puestos."

"¿Y eso por qué?"

"Supongo que es la progresión natural de la vida en un hogar como éste".

"¿Lo es? ¿Y qué es esa progresión?" Lyon la miró fijamente, esperando una respuesta. No tenía sentido retroceder ahora. Ella había utilizado el negocio de la finca como señuelo. Por lo tanto, tenía todo el derecho a saber qué había llevado a Melbury Hall y a Millicent hasta ese punto.

"No me gustaría repetir lo que ya sabes. Así que por qué no..."

"Empieza por el principio".

"¿Comienzo de qué?"

"Estás siendo evasiva". Le agarró la muñeca cuando empezó a levantarse. "Siéntate, Millicent. Querías que viniera. Me pediste ayuda. Estoy aquí, pero necesito conocer tu situación. *Nuestra* situación".

"Muy bien". Volvió a sentarse. "Mientras podamos mantener mi vida personal y mi primer matrimonio fuera de la discusión, no tengo inconveniente en contarte lo que está pasando en Melbury Hall".

Su asentimiento era una mentira, y él lo sabía. ¿Omitir su vida personal? No era probable. La persona que llevaba dentro era lo que más le interesaba. La verdad tras la persistente tristeza de aquellos ojos grises era un misterio que empezaba a atormentarle. Su madre y Maitland no le habían dicho casi nada antes de aceptar el matrimonio. La viuda buscaba a alguien que se ocupara de él. Millicent, viuda, tenía necesidades económicas. Eso era todo lo que le interesaba saber en aquel momento. Pero la situación estaba cambiando ahora. Mejoraba día a día y quería saberlo todo sobre ella. Para conseguirlo, Lyon sabía que tendría que hacer acopio de paciencia, sin duda la menos ejercitada de sus virtudes.

Tomó otro sorbo de vino. "Tal vez haya notado que un gran número de hombres y mujeres negros viven y trabajan en Melbury Hall".

"Esclavos liberados".

Ella asintió. "Durante los cinco años que estuve casada con Squire Wentworth, esta gente fue traída de sus plantaciones en Jamaica para trabajar la tierra aquí. La mayoría de ellos..." Sacudió la cabeza. "No, todos ellos fueron severamente maltratados por una veintena de brutales alguaciles que también fueron traídos de las islas para supervisarlos".

Lyon la observó atentamente mientras apartaba el vaso. La luz de las velas bailaba en sus ojos grises, ahora brillantes. Conocía a muchos hombres que habían hecho o salvado su fortuna invirtiendo en plantaciones de azúcar en las Indias Occidentales. A pesar de las historias sobre las bárbaras condiciones de aquellos lugares, muchos excusaban la práctica diciendo que los esclavos que se transportaban a las islas eran todos criminales y cautivos de guerra. Sin embargo, Lyon sabía que las excusas eran falsas, pues él mismo había visto niños pequeños en los barcos amarrados en el muelle Long Quay de Bristol.

"Los liberaste".

"Tras la muerte del escudero, intenté devolver una pequeña parte de lo que se le había quitado a esta gente. Aunque despedí a los criados que eran leales a mi último marido, me pareció justo sustituirlos por los esclavos liberados. Como resultado, la casa ha seguido funcionando, pero las granjas se han resentido". Se frotó la sien distraídamente. "No deseo aburrirle con detalles de lo que era entonces y lo que es ahora. Lo que realmente necesito es consejo sobre cómo equilibrar las necesidades tanto de Melbury Hall como de sus granjas."

"¿Se quedaron todas las personas que liberaste?"

"La mayoría".

"¿Y les pagas el sueldo a todos?"

"Por supuesto. Hacen el mismo trabajo que los demás. Deberían ganar el mismo salario".

"No estoy siendo crítico". Igualó el tono de su voz. "Te casaste conmigo porque te acercabas a la ruina financiera. ¿Fue Melbury Hall la causa de ello?"

Millicent hizo una pausa para responder, y él se dio cuenta de que estaba pensando cuánto revelar. "No. Tenía otras deudas que me habían pasado. Grandes sumas que superaban mis ingresos anuales".

"Deudas contraídas por su marido."

"Así es. Pero, al haberme convertido en el destinatario de su gentil generosidad, puedo decir que esas deudas ya están pagadas, e incluso me queda dinero suficiente para hacer algunas reformas que necesito desesperadamente."

"¿Renovaciones en esta casa?"

"No, a las casas de campo adyacentes. Pero ése es un proyecto con un gasto único y no el tema que más me preocupa. Al revisar los libros de años anteriores, me doy cuenta de que Melbury Hall nunca ha sido capaz de sostenerse financieramente. Durante los años en que Wentworth vivió, parece que utilizó los beneficios de sus plantaciones en Jamaica para mantener este lugar."

"Esas cosas no son raras, dependiendo de la cantidad de tierra y la calidad de las granjas de aquí. ¿Todavía dispone de esos fondos?"

"No. Perdí esas tierras a manos de uno de los amigos de Wentworth. Un hombre con el que mi marido estaba profundamente en deuda. Pero aunque siguiera siendo dueña de esas plantaciones, nunca me lo plantearía", respondió apasionadamente. "Nunca podría haber sacado ningún beneficio de ellas. Antes de saber que había perdido las propiedades jamaicanas, mis planes eran liberar también allí a los africanos."

Lyon notó que el color de su rostro volvía a subir. Podía ver la pasión de sus creencias en el brillo de sus ojos. Parecía increíblemente viva. Casi hermosa.

"Además, no estoy dispuesto a hacer recaer sobre ti la carga de este lugar. Estoy decidido, sin embargo, a no buscar ninguna solución que signifique despedir a nadie más o recortar salarios para que las cosas funcionen aquí."

El alto grado de inteligencia y compasión de la mujer era una mezcla poco frecuente con la que Lyon no se había topado muy a menudo. La estudió con nuevo interés. Otra información que había obtenido desde su llegada era que Millicent tenía casi treinta años y que no había tenido hijos en su primer matrimonio.

"Le tienes cariño a tu gran casa", dijo. "Te respeto por querer mantenerla unida. También te admiro por todo lo que intentas hacer".

El rastro de una sonrisa en sus labios le envolvió como una brisa cálida.

"Gibbs me dice que Melbury Hall ha sido maldecida recientemente con una línea de administradores incompetentes. Eso por sí solo podría haber sido la razón de la mala gestión de

sus tierras y cultivos. Con mayordomos capaces a cargo, no tendrías ningún problema".

"Mi mente descansaría más fácilmente si de algún modo pudiera estar seguro de ello, pero durante demasiado tiempo me he sentido enterrado bajo una montaña de deudas. Ahora, gracias a ti, siento que por fin tengo la oportunidad de respirar aire fresco. Pero no puedo dejar el futuro al azar. No permitiré que las cosas sigan como hasta ahora".

"Entiendo. Estaré encantado de repasar los libros de cuentas y revisar los libros de cosechas. También me gustaría ver un mapa de sus tierras, si tiene uno".

"Lo tengo. Está en la biblioteca".

"Entonces, por lo que valgan, compartiré mis pensamientos contigo".

"¿Lo harás?" Le puso la mano en el brazo. "Estoy muy impresionada con este cambio en ti. La verdad es que al ocuparme de las áreas financieras de la administración de una finca, a menudo me he sentido a la deriva en un barco sin timón. ¿Te importaría mucho que mirara por encima de tu hombro y te hiciera las cientos de preguntas que tengo?".

"Docenas podría ser capaz de soportar. ¿Pero cientos?"

La risa de Millicent bailaba a su alrededor y le levantaba el ánimo. Lyon no sabía si era el efecto del vino o ella. Era la primera vez en meses, se dio cuenta, que pasaba un par de horas pensando en otra persona, en lugar de ahogarse en su propia miseria. Miró la mano de ella, que seguía sobre la suya.

"Me conformaré con el tiempo que puedas darme, Lyon."

Su silla se acercó a la de él. El contacto de su rodilla con la pierna de él era cálido. Ella se inclinó hacia delante y recogió la servilleta que se le había caído al suelo. Él admiró las suaves curvas de sus pechos, que se desparramaban suavemente por el escote del vestido. Ella dobló el paño y volvió a colocarlo sobre su regazo, debajo de su mano derecha. La imagen de ella apretada contra su pecho aquella tarde volvió a su mente. Su mirada se dirigió a los labios de ella.

"Espero que no sea mucho pedir por una noche", continuó ella, obviamente ajena a la dirección de sus pensamientos. "El señor Gibbs ha sido de gran ayuda para mí, ayudándome con muchos de los asuntos diarios. ¿Se opondría si le pidiera que asumiera algunas de las responsabilidades del mayordomo? Sé que ni siquiera consideraría el trabajo a menos que tuviera su bendición".

Ella siguió hablando, pero Lyon no la escuchaba. Con un sobresalto, se dio cuenta de que se le estaba poniendo dura por segunda vez en un día. Durante más de seis meses se había considerado menos que un hombre. Sin sentimientos, sin deseo, sin pensar en volver a acostarse con una mujer. Pero después de todo este tiempo, cuando sintió el cuerpo de Millicent apretado contra el suyo aquella tarde, cuando le devoró la boca con la suya, sintió el deseo agitarse. Había dejado de lado la sensación como si fuera su imaginación. Pero, ¡que volviera a suceder ahora! Acababa de verla hablar y las sensaciones habían vuelto.

En lugar de excitación, la vergüenza lo empapó en un sudor frío. El hecho de que su cuerpo respondiera físicamente al de ella no le proporcionaba ningún alivio. Seguía sin estar completo. No podía olvidar lo poco que quedaba de él en cuerpo y alma. Se sintió aliviado de que ella no fuera consciente de esos cambios.

"Estoy listo para que me lleven arriba".

Su tono cortante hizo que Millicent le mirara alarmada. "¿Qué ocurre?"

"Estoy cansado. Listo para retirarme. Deseo que me lleven arriba. Ahora."

"No debería haber sacado todo eso sobre el Sr. Gibbs. Sé lo mucho que confías en él, y no tengo intención de reducir los cuidados..."

"Me importa un bledo lo que le pidas que haga. Me conformaría con no volver a ver su fea cara". Irritado, apartó de un empujón el plato que tenía delante sobre la mesa. El vaso que tenía al lado cayó contra el plato y el tallo se partió. Antes de que pudiera detenerlo, un trozo cayó de la mesa al regazo de Lyon. Ella estuvo a su lado en un momento.

"¡Oh, Señor! Eso te cortó. Lo siento mucho. Estás sangrando".

Lyon ya estaba mirando las gotas de sangre que se formaban en su mano derecha. No era nada, pero siguió mirando.

Sus músculos habían reaccionado por sí solos. Sin intentar moverlos conscientemente, su mano y sus dedos se habían movido. Pero maldita sea si ahora podía volver a moverlos.

"Llama a John y a Will y que me suban", gruñó. "Si quieres que vuelva a salir de esa habitación, tendrás que hacerlo *ahora"*.

Millicent revoloteaba en el fondo mientras los dos ayuda de cámara trabajaban diligentemente a la luz de una única vela, preparando a su señor para la cama. Todo en esta noche había sido especial hasta que ocurrió algo. No podía entender qué había provocado el repentino cambio de humor de Lyon, y su inquietud no disminuía al considerar el tenso muro que se había levantado entre ellos. Sabía que no tenía nada que ver con su pregunta sobre si Gibbs sería el próximo mayordomo. Lyon ni siquiera parecía estar escuchando lo que ella decía.

John salió primero de la habitación con una reverencia y Will le siguió poco después, cerrando la puerta tras de sí. Aquello se había convertido en la rutina nocturna. Los asistentes se marchaban y Millicent pasaba la noche dormitando en una silla o paseando por la habitación o mirando por la ventana. Aún no quería que dejaran solo a Lyon. Entonces, al amanecer, Gibbs solía entrar para ocupar su lugar.

"No quiero que te quedes".

Millicent se encogió ante la aspereza de su tono. Haciendo a un lado sus sentimientos, se recordó a sí misma que, a pesar de las agradables horas que habían pasado juntos esta noche, él aún se estaba recuperando de su enfermedad. Y ya había aprendido a esperar las bruscas alteraciones de su humor.

"Bueno, yo no voy a ninguna parte."

"Haz lo que te dé la gana". Cerró los ojos, dejándola fuera.

Millicent se dio cuenta de que le molestaba más su indiferencia que su rechazo. Haciendo acopio de valor, se acercó a él. Estaba tapado con las sábanas, el brazo izquierdo encima y el derecho bajo la manta. Pensó en el corte de la mano, pero decidió no molestarle para comprobarlo.

Se quedó mirando la barba oscura y las largas pestañas que se recostaban sobre sus hermosas mejillas. El recuerdo de su beso de esta tarde volvió a su mente y un inesperado calor recorrió su cuerpo. Miró fijamente los duros labios de él y, sin pensarlo, alisó las sábanas. Mientras lo hacía, Millicent se preguntó si él volvería a besarla.

Agobiada por sus pensamientos, se echó hacia atrás y miró alrededor de la sombría habitación. Durante las últimas noches había pasado muchas noches en vela, pero aparte de llevar una discusión cuando él empezaba una o responder a sus burlas, realmente no la había necesitado.

Estaba cansada y él no la quería aquí, pero Millicent no podía pensar en ningún lugar de Melbury Hall en el que prefiriera estar más que aquí, en esta habitación. Se sentó en su silla a los pies de la cama y contempló su pálido rostro, preguntándose cómo habría sido antes.

Todos en la sala de servicio se apresuraban, obviamente preocupados por Moses, que estaba de pie en la puerta trasera, retorciéndose las manos. Una criada negra se apresuró a subir los escalones de un piso superior después de que la señora Page le susurrara una orden. Cogiendo del brazo al hombre corpulento, el ama de llaves lo condujo a un banco junto al fuego. Allí, una de las cocineras le entregó una taza de bebida humeante, que ella apretó contra las enormes manos del hombre mientras seguía hablándole en voz baja y tranquilizadora.

Gibbs había entrado en medio de todo aquello, pero en lugar de entrometerse se apartó y observó la escena que se desarrollaba ante él. Moses decía algo con voz quebrada, y a Gibbs le pareció que había lágrimas en los ojos del anciano. Alguien apareció con una manta que la señora Page le echó sobre los hombros. Sin dejar de hablarle tranquilamente, le pasó una mano reconfortante por la espalda.

La casa de Melbury Hall era aproximadamente mitad negra, mitad blanca, pero lo que más había impresionado a Gibbs desde su llegada era el sentimiento familiar que reinaba. Claramente el deseo de Lady Aytoun de tratar a todos con justicia, independientemente del color de la piel, era una manera adoptada por la gente que ella empleaba. Como escocés, sabía que no era una práctica común.

El mismo sirviente que había sido enviado escaleras arriba regresó, seguido por la anciana Ohenewaa. Pasaron unas palabras entre Moisés y la mujer. Casi inmediatamente Moisés se levantó, se despojó de la manta y ambos salieron por la puerta trasera.

Gibbs volvió a mirar a la asistenta. Mientras ella se afanaba en sus quehaceres, Gibbs no podía dejar de admirar la eficiencia con la que había conseguido que todo volviera a la normalidad en tan sólo unos instantes. Sin embargo, tuvo que admitir que la competencia de la señora Page no era lo único que le fascinaba de ella. Invitadora desde una distancia prudencial, pero algo reservada cuando se acercaba, Mary Page le había ido atrayendo poco a poco. Lo más interesante era el hecho de que a Gibbs ni siquiera le molestaba sentir el gancho que ella le había clavado.

"¿Qué le preocupaba a Moses?" Gibbs logró preguntar, una vez que estuvo a su alcance.

Mary levantó los ojos verdes y sonrió con ternura. "Uno de los perros del establo al que se ha aficionado se ha enganchado una pata en el cepo de un cazador furtivo esta noche. Algunos de los mozos piensan que el pobre animal debería ser sacrificado, pero Moses quería que Ohenewaa viera primero al perro herido".

"¿Así que esto es lo que Ohenewaa significa para ellos? ¿Es una curandera de algún tipo?"

Mary asintió. "Sí, pero también se la considera una anciana y una mujer sabia. Amina me dijo que Ohenewaa forma una especie de puente para ellos hacia una parte de su pasado".

"¿Te refieres a África?"

"Eso creo, Sr. Gibbs."

El Highlander siguió a la señora Page mientras salía del vestíbulo.

"Desde el primer día, no he visto mucho de este Moisés. Pero por lo que puedo decir, el hombre parece estar bien cuidado".

"Se lo merece". La misma mirada de ternura brilló en su rostro. "A pesar de su cuerpo lleno de cicatrices y su mente débil, Moisés es la persona más amable que he conocido en mi vida. He oído historias de todo lo que soportó regularmente durante la época del escudero. No se puede culpar al hombre si es un poco lento cuando se trata de cualquier pensamiento complicado. Creo que yo habría perdido la cabeza por completo hace mucho tiempo si estuviera en su lugar. Pero Moisés es devoto del ama y de quienes han sido amables con él a lo largo de los años".

Gibbs esperó cuando el ama de llaves se detuvo al pie de la escalera para intercambiar unas palabras con Amina, que acababa de entrar en el vestíbulo. Cuando terminaron y la joven se marchó hacia las cocinas, Gibbs dirigió a Mary su mirada más seria.

"Y si le confesara mi absoluta devoción, Sra. Page, ¿me trataría con el mismo afecto con el que trataba a Moses hace unos minutos?".

Un rubor apareció en las hermosas mejillas de la mujer. "¿Una taza de sidra caliente y una manta alrededor de sus fríos hombros, Sr. Gibbs?"

"Una mano acariciadora en mi espalda y palabras suaves susurradas en mi oído".

Mary Page le dedicó una tímida sonrisa. "¿Y por qué, señor, alguien con su aspecto y modales querría algo así de una vieja viuda como yo?".

"¿Vieja, mamá? Creo que no". La cogió de la mano y tiró de ella hacia la sombra de los escalones. "Pero sabe que me estoy volviendo un poco tonto intentando ganarme su afecto, Sra. Page."

"No sé a qué te refieres".

"¿Ahora no?" Gibbs bajó la cabeza hasta mirarla a los ojos. "El domingo pasado no quisisteis venir conmigo desde Knebworth Village. Esta semana has rechazado dos veces mi oferta de pasear por los jardines al atardecer. No encontraste el..."

"Será un honor tomar el té con usted mañana por la tarde".

"¿Té, dijiste?"

"Té", repitió con una sonrisa.

Se inclinó y le dio un beso en el dorso de la mano.

"Té. Bueno, estaré apurado, mamá, pero creo que me harás el caballero todavía".

"No esperaría menos del próximo mayordomo de Melbury Hall". Ella retiró su mano y revoloteó junto a él. "Usted sería perfecto para el puesto, Sr. Gibbs, y espero que lo esté considerando."

Violeta corrió para seguir el ritmo de las zancadas más largas de Amina. "¿Cómo se lo está tomando Moses?"

"Está muy alterado, Vi, y eso no ayuda nada", replicó Amina. "Jonás quiere que Ohenewaa le cure la pata al perro, pero para eso Moisés tiene que mantener al animal tranquilo. No queremos que la criatura muerda a nadie. Pero con Moisés gimiendo y actuando más herido que el perro...". La joven sacudió la cabeza.

En el interior de los establos, un farol ardía en uno de los establos y se había reunido al menos una docena de personas. Violeta, seguida de Amina, se abrió paso entre ellas para encontrar a Moisés agachado sobre un montón de paja junto a su perro. La pata del animal estaba hecha un desastre, y Violeta pudo ver lo que parecía hueso sobresaliendo de la carne ensangrentada.

"Deberían quitarle la pierna", dijo un mozo a su izquierda.

"No lo conseguirá", comentó otra persona. "Sería mejor degollarla y acabar con el sufrimiento de la pobre bestia".

Violet se estremeció y miró a Ohenewaa, que estaba extendiendo tiras de lino y algunas ramas rotas entre varios frascos de ungüento a uno o dos metros de Moses y el perro. La anciana dijo algo en voz baja a Jonás, y el alguacil se inclinó sobre Moisés y le susurró.

Incluso desde el otro lado del camino, Violet pudo ver que el cuerpo de Moses temblaba y que las lágrimas le corrían por la cara cuando retrocedió y dejó que Jonah ocupara su lugar junto

al perro mientras Ohenewaa se acercaba.

Cuando la curandera tocó la cabeza del animal, Moses hizo un gesto de dolor. Cuando le tocó la pata, el quejido del hombre coincidió con el del perro. El sufrimiento del anciano desgarró el corazón de Violet, que se abrió paso entre la gente y se acercó a él.

"Moisés". Tiró de su brazo cuando llegó hasta él. Unos ojos llenos de angustia se volvieron hacia ella. "¿Quieres venir y sentarte fuera conmigo? No puedo ver esto. Me rompe el corazón". Cuando dudó, ella le cogió del brazo. "Por favor, Moisés. Te necesito".

Los pies del anciano se deslizaban por la paja cuando salieron de los establos. Violeta lo condujo fuera de las puertas abiertas y se sentó en un muro de piedra, tirando de él hacia abajo junto a ella.

"Llevé la cesta que me hiciste al pueblo esta mañana", dijo ella, intentando apartar su mente de lo que ocurría en su interior. "¿Me enseñarás alguna vez cómo conseguiste entrelazar todas esas piezas? Ha sido el mejor regalo".

"¿Crees que puede curar a mi perro, Vi?"

"Sí, Moisés. Creo que puede curarla".

"M'lady me la dio. Es mía".

"Lo sé.

"Nunca tuve nada propio, Vi."

"Lo sé, Moisés". Violet miró a la cara del antiguo esclavo. No le importaba lo horrible que pareciera. Era tan amable y gentil. Se agarró con fuerza a su brazo y apoyó la mejilla en su hombro.

"Siempre tendrás al menos un amigo, Moisés, mientras yo viva".

"Yo también lo sé, Vi. Amigos".

Violet asintió, forzando el nudo en la garganta. "Háblame de tu perro, Moisés".

Era más de medianoche cuando Millicent vio la sombría figura de Ohenewaa caminando desde los establos. Un par de horas antes, cuando había ido a su dormitorio a quitarse la bata, Millicent había oído hablar a Violet del perro herido de Moses.

Millicent había estado tan ocupada con Lyon que no había pasado mucho tiempo con la anciana. Apenas había tenido ocasión de agradecer a Ohenewaa el té que, según ella, había ayudado a Lyon a superar las primeras noches sin láudano.

Pensó en el día en que habían hablado de la carta de Jasper Hyde. Millicent había escuchado todo lo que Ohenewaa decía. Ella ya había oído tales horrores. Y había visto la misma ignorancia supersticiosa en otros que bien podría llevar a un hombre como Hyde a responsabilizar a Ohenewaa de su sufrimiento.

La negativa de Millicent al dueño de la plantación había sido clara y directa. Ohenewaa no tenía ningún deseo de reunirse con él, y ella tampoco.

La anciana no era una bruja, de eso Millicent estaba segura. El hecho de que obviamente tuviera conocimientos sobre hierbas y medicinas no la convertía en malvada. Pensaran lo que pensaran los demás, Millicent sentía en lo más profundo de su ser que podía confiar en Ohenewaa. Lo había sentido desde el primer día que la anciana entró en Melbury Hall.

Por eso Millicent tenía que volver a verla esta noche. Necesitaba su consejo.

Apartándose de la ventana, observó por un momento a Lyon que respiraba cómodamente mientras dormía. Había acertado al decir que no la necesitaba. Ya no tenía pesadillas. Nada de permanecer despierto sólo para ser difícil.

Millicent se acercó a la puerta y la abrió en silencio. El pasillo estaba sumido en la oscuridad y Millicent salió de la alcoba, cerrando parcialmente la puerta tras de sí. Casi de inmediato vio aparecer a Ohenewaa al final de la escalera. Los ojos oscuros de la anciana brillaban como los de un gato cuando se fijaron en ella.

"¿Cómo está Moses?" preguntó Millicent en voz baja cuando la mujer se acercó.

"Estaba preocupado por el animal, pero está mejor".

"¿Vivió el perro?"

"Tiene una pierna rota, pero a Moisés le enseñaron a curarla".

"Somos afortunados de tenerte aquí. Gracias".

Con una inclinación de cabeza, Ohenewaa pasó junto a ella.

"¿Consideraría, en algún momento, examinar a mi marido?". Millicent hizo una pausa cuando la mujer mayor se volvió para mirarla. "Por lo que sé, ninguno de los médicos ingleses ha visto esperanza alguna en que mejore, ni en mente ni en cuerpo. Pero ya les hemos demostrado que estaban medio equivocados. Está despierto, consciente, inteligente".

"Y ruidoso".

"Eso también". Millicent sonrió. "Por eso no puedo evitar creer que podría haber algo más -en sus piernas y brazo- que podrían estar pasando por alto. Entonces, ¿lo consideraría? Cuando sea el momento adecuado, por supuesto, y cuando pueda convencerle de ello".

La anciana la estudió durante un rato y luego asintió lentamente. "Cuando llegue el momento".

Capítulo Trece

MILLICENT SE QUEDÓ ATÓNITA.

Ninguna otra palabra podría describir sus sentimientos ante la impecable perfección de modales con que Lyon saludó y conversó con el reverendo Trimble, a pesar de lo prolongado de la visita.

Acomodándose en una silla de la biblioteca como si pensara pasar allí el resto del invierno, el ministro abordó un tema de discusión tras otro. Como un par de viejos amigos de la universidad, ambos se las arreglaron para enzarzarse en discusiones ocasionalmente acaloradas sobre todo tipo de temas, desde las luchas políticas y sociales en Irlanda, pasando por el cambiante rostro de la industria bajo las influencias visionarias y explotadoras (frase del reverendo Trimble) de gente como Josiah Wedgwood, hasta la reciente afirmación de Hugh Williamson de que los cometas estaban positivamente habitados. Después de haber cubierto los rumores sobre la roturación de tierras en las Tierras Altas escocesas, pasaron fácilmente a las últimas noticias sobre los crecientes disturbios en las colonias americanas. En un lugar llamado las Carolinas, según oyó decir al reverendo Trimble, se habían necesitado recientemente tropas británicas para reprimir una rebelión abierta. Y las cosas no parecían mejorar.

Durante todo ese tiempo, Millicent había permanecido atenta al estado de ánimo de Lyon. Estaba preparada para intervenir en cualquier momento en que su marido decidiera repentinamente que había llegado el momento de librarse de la visita. No quería que su viejo amigo se sintiera ofendido.

A pesar de su habitual carácter locuaz, Millicent mantenía un gran afecto por el ministro. El señor Trimble había sido un gran aliado para ella y para los trabajadores de Melbury Hall durante mucho tiempo, incluso mientras Squire Wentworth mantenía el látigo sobre todos ellos. Había sido gracias al reverendo Trimble y al señor Cunningham, el maestro de escuela del pueblo, que se había establecido en la finca una rutina de tutoría para los esclavos. Gracias a su perseverancia y a su intervención vigilante, no se habían perdido más vidas a causa de la brutalidad de los alguaciles del terrateniente.

Sr. Cunningham.

A Millicent se le hundió la barbilla. Un nudo del tamaño de un puño se formó en su pecho al recordar por milésima vez cómo el joven profesor había perdido la vida mientras intentaba protegerla. Ella le había pedido que acudiera a Melbury Hall en las primeras horas del amanecer para ayudar a llevarse a la asustada Violet. Pero Squire Wentworth había pensado que el hombre se llevaba a Millicent con él. Había matado al Sr. Cunningham esa mañana. Y después de todo este tiempo, aún no podía liberarse de la culpa.

Parpadeó para contener las súbitas lágrimas e intentó no pensar en el afecto del joven, en

cómo había sido su amigo, su salvación durante aquellos horribles años. Durante sus últimos días había llegado a pensar que estaba enamorado de ella. Pero Millicent había desalentado sus declaraciones. Había temido por su propia vida, pero nunca imaginó que Cunningham sería la víctima.

Cuando Millicent miró al otro lado de la habitación, encontró la mirada de Lyon fija en su rostro. La conversación entre los dos hombres parecía haberse vuelto unilateral. Se dio cuenta de que estaban hablando de la construcción de un edificio o, mejor dicho, de lo que hablaba el reverendo Trimble. Ella no había entendido lo que él acababa de proponer y se hizo un silencio incómodo en la sala.

"¿Le parece bien, Lady Aytoun?", preguntó el clérigo.

Millicent no tenía ni idea de *lo que* era satisfactorio. Envió a Lyon una súplica silenciosa.

"¿Alguien ha comprobado las referencias de este cantero?", preguntó el conde sin dejar de mirarla.

"Creo que sí, milord", respondió el ministro. "Si no, no le habrían contratado para trabajar en el granero, y su trabajo parece totalmente satisfactorio".

"Y con las obras del granero a punto de terminar, dijiste que está dispuesto a empezar a trabajar aquí dos días a la semana".

"Así es".

"¿Y después de que termine en el pueblo, puede trabajar un horario completo aquí?"

"Eso es lo que dice, milord".

"¿Qué te parece contratarlo entonces, Millicent? Has estado ansiosa por empezar con tus proyectos".

Hizo un gesto de agradecimiento a su marido y luego se volvió hacia el reverendo Trimble. "Sería maravilloso. Gracias por ocuparse de esto".

"Un placer, milady. Bueno, supongo que debo irme a casa, aunque debo decir que he disfrutado mucho mi visita."

El clérigo se levantó de mala gana y se despidió del conde. Millicent lo acompañó fuera de la habitación.

"Una vez más, milady", comenzó tan pronto como se dirigían por el pasillo hacia el vestíbulo principal, "debo felicitarla por esta unión. Lord Aytoun no está a la altura de su reputación. Estoy deseando que la señora Trimble lo conozca. ¡Qué hombre tan inteligente! Tan bien hablado y con unas opiniones tan maravillosamente progresistas. Muy edificante, ciertamente".

"Es un hombre sorprendente".

"Y tengo entendido que Lord y Lady Stanmore regresan a Solgrave en quince días. Será una ocasión muy feliz tener a sus dos familias aquí. Muy feliz, de hecho".

"Por favor, envíe recuerdos a la señora Trimble", dijo Millicent antes de que el clérigo pudiera empezar con otro tema. Un criado le ayudó a ponerse el abrigo y le entregó los guantes y el sombrero. "Por cierto, ¿cómo se llama este cantero?".

"Ned Cranch". Está ansioso por empezar en este segundo trabajo. Me dijo confidencialmente que le vendría bien el trabajo y el sueldo extra".

"¿Podría?"

El reverendo Trimble asintió. "Me he enterado de lo de sus dos pequeñuelos y su mujer en Coventry. Dice que espera su tercer hijo para cualquier día de estos. El hombre tiene bocas que alimentar".

"Dile que tendremos trabajo listo para él tan pronto como la próxima semana, si está libre".

"Estoy seguro de que estará aquí".

El vicario de Wakefield, de Goldsmith, el libro que el reverendo Trimble había traído para Lyon, yacía en el borde de la mesa ante él. Sin embargo, al cogerlo, el pesado volumen resbaló entre los dedos de Lyon y le golpeó la pierna. Su pie izquierdo se sacudió sobre la alfombra y el volumen cayó al suelo. Lyon bajó la mirada, incrédulo.

Las sensaciones que subían y bajaban por su pierna eran reales. Su pierna se había movido. Intentó mover el pie de nuevo, pero no pudo repetir el movimiento. Entonces, tan rápido como habían llegado, las sensaciones desaparecieron. Por mucho que se concentrara, no era capaz de mover el pie ni un centímetro.

"Gracias por su cortés trato al Reverendo Trimble."

Cuando Millicent volvió a entrar en la habitación, la suave voz desvió la atención de Lyon de sus piernas. Sin embargo, su sonrisa se atenuó un poco al ver su rostro. Se limitó a asentir secamente y bajó la vista hacia el libro que tenía a los pies.

"Mientras te observaba con él, empecé a dudar de que fueras el mismo hombre con el que me casé. Así que me convertí inmediatamente en una alumna durante el resto de su visita, haciendo todo lo posible por observar las técnicas que el buen reverendo empleaba para mantenerte en un estado tan agradable." Se agachó junto a la silla de Lyon y cogió el libro. "¿Desea leer esto?"

"No."

Ante su cortante respuesta, Millicent le puso una mano en el brazo. Siguió arrodillada junto a su silla. "¿Ocurre algo?"

"No."

Tras un momento de atento escrutinio que él trató de ignorar, ella se puso en pie. "Voy a buscar al reverendo Trimble antes de que se vaya. Voy a pedirle que se quede a cenar con nosotros". Se dirigió a la puerta. "Debe haber algo que me falta en..."

"¡Millicent!"

La llamada de Lyon le dio la vuelta.

"No pasa nada. Sin embargo, quiero que me leas este libro".

Violet jadeó cuando Ned la empujó con fuerza, inmovilizándola contra la pared. Sus ojos brillaban de ira. Intentó interponer una mano entre su antebrazo y su garganta, pero él empujó con más fuerza.

"Lo siento", gritó. "Lo siento mucho. Pero oí que ibas a St. Albans y pensé que querrías que te siguiera hasta aquí. Ned, planeamos venir juntos para que pudieras reunirte con mi..."

"Lo planeaste", le gritó en la cara. "Yo no lo planeé. Y por el amor de Dios, mujer, debería darte una paliza por colarte en esta taberna y esconderte en mi habitación".

"Sólo intentaba hacerte feliz, Ned", susurró entre lágrimas. "Siempre nos escapamos a tu pequeña habitación en el pueblo. Pensé que aquí... bueno, tengo dos días enteros libres y..."

"Aquí podría silbar y traer a unos cuantos chicos de la taberna para que nos hagas de puta a todos". Le quitó el brazo del cuello y le agarró la barbilla con la mano. "O tal vez te ate en ese colchón de ahí, con una mordaza en la boca, y haga lo que quiera contigo de cien maneras diferentes sin tener que escuchar nunca tus lloriqueos".

La joven habló entre sollozos. "Me estás asustando, Ned Cranch. Sabes que no deberías decir esas cosas. Sabes que no soy una puta. Sólo vine porque pensé que te alegraría tenerme aquí". Recogió la parte delantera de su capa con fuerza a su alrededor. "Me voy. Siento haberte disgustado así. Fui una tonta al pensar que lo decías en serio. Ahora sé que sólo las dijiste para

encontrar tu camino bajo mis faldas".

"Cuida tu maldita lengua o yo..."

Cuando Ned levantó un puño amenazador, Violet se encogió contra la pared. Se sintió aliviada cuando él no la golpeó y, en cambio, dejó caer la mano hacia el costado.

"Lárgate de aquí, descarado, antes de que cambie de opinión y decida darte una dura lección".

No había duda de sus palabras. La ira que vio en sus ojos le hizo reflexionar. Era como si la odiara. Violet se alejó, rodeándole y corriendo hacia la puerta. Afuera, en el oscuro y maloliente pasillo de la posada, dejó caer las lágrimas.

Qué tonta había sido, pensó, tratando de reponerse. Había creído todo lo que él le había dicho. Le había creído cuando le había dicho que la quería. Detrás de ella, una mujer soltó una carcajada borracha y salaz, y Violet se volvió alarmada. A la turbia luz de una ventana con postigos, al fondo del pasillo, pudo ver a la mujer inclinada sobre sí misma, mientras un comerciante con los calzones por las rodillas la sujetaba por las caderas y se abalanzaba sobre ella.

Violet sintió que el estómago se le subía a la garganta. Ella no era diferente, pensó. Las lágrimas brotaron más deprisa. Se había convertido en una puta. Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y salió corriendo por el pasillo.

En el rellano de la escalera, chocó con un hombre pequeño que subía. Unos guantes de seda la sostuvieron. Se quedó mirando las brillantes botas del hombre.

"Perdóneme, señor", susurró.

Un guante le agarró la barbilla y se la levantó. Violet se estremeció al mirar los ojos fríamente divertidos que la observaban. No había forma de escapar de él.

"¿No eres una preciosidad? Y qué moza tan afortunada", exclamó mirando hacia la puerta de Ned. "Ven conmigo, muchacha. Será sólo un minuto".

Por impulso, Violet apartó la cara y retrocedió un paso. Él continuó sujetándole el brazo. "El albañil acaba de atraparme, señor. ¿Quizás le importaría llevarme a otro lugar?"

Su diversión se transformó en una leve expresión de desagrado. "Muy bien. Espera aquí, entonces".

Se sintió aliviada cuando él la soltó y continuó por el oscuro pasillo. Cuando el hombre llamó a la puerta de Ned, Vi se dio la vuelta y huyó escaleras abajo. Al bajar las escaleras, pudo oír el saludo de Ned.

"Entre, Sr. Platt. Llega temprano."

Capítulo Catorce

DOS CRIADAS ya estaban fregando la cera y la ceniza de la mesa. Otra fregaba el suelo. El ama de llaves tenía todas las ventanas abiertas y expulsaba el humo con el delantal. Gibbs tenía a los dos criados en un rincón y les atizaba como un fiscal en un juicio por asesinato.

"Déjalos, Gibbs. La maldita vela cayó sobre la mesa; eso es todo. Estáis armando demasiado jaleo por nada". Lyon fulminó con la mirada a la mujer sin sonrisa que le estaba metiendo la tijera por la manga de la chaqueta y la camisa. "¿Te das cuenta de que acabas de cometer un delito capital al cortarme el abrigo? Y ha estropeado uno en perfecto estado".

"Uno perfectamente carbonizado. Y puedes permitirte otro", susurró Millicent distraídamente, agachándose a su lado. Le quitó la manga del abrigo y le apoyó el brazo en el reposabrazos de la silla.

Lyon inclinó la cabeza hacia atrás y contempló incrédulo la conmoción a su alrededor. Había estado repasando los libros de la finca en la biblioteca cuando, sin darse cuenta, había golpeado el candelabro que había sobre la mesa, volcándolo y prendiendo fuego a los papeles que había sobre ella. Millicent había salido de la habitación sólo unos segundos antes, pero Will había estado aquí y había apartado la silla de Lyon de la mesa antes de apagar el pequeño incendio. De lo que no se había dado cuenta inmediatamente era de que la manga de su amo también estaba ardiendo.

Lyon se estremeció al sentir un dolor agudo en el brazo. Miró la manga quemada. La tela parecía estar pegada a su carne. Inmediatamente dejó de intentar tirar de ella.

"Sra. Page, que alguien me traiga a Ohenewaa. Sr. Gibbs, quiero que lleven a su señoría a su habitación. Hace demasiado frío aquí". Millicent volvió sus ojos grises hacia Lyon. "Ha movido el brazo".

No era una pregunta, sino una afirmación.

"No, te equivocas".

Ella le dirigió una mirada que él no pudo comprender y, a continuación, los criados levantaron la silla. Cualquier preocupación que Lyon tuviera hace una semana por ser paseado por la casa con todo el mundo alrededor se había esfumado. Todos los criados del lugar corrían de un lado a otro, pero nadie parecía tener un momento para quedarse mirando. Millicent permaneció a su lado durante todo el trayecto.

En su alcoba, Ohenewaa ya esperaba junto a la ventana.

"No lo hice intencionadamente", le ladró a la mujer negra.

Los párpados arrugados estaban apenas abiertos. La mirada oscura le decía que no estaba convencida.

"¿Os conocéis?" preguntó Millicent, haciendo un gesto a John y Will para que lo acercaran a

la cama.

"Somos viejos conocidos."

Lyon empezó a sospechar cuando Millicent y Ohenewaa empezaron a cuchichear juntas. Cuando su mujer se dirigió a la puerta y la anciana se acercó a ver cómo estaba su brazo, expresó su queja de inmediato.

"¿Adónde vas? Maldita sea. No tendrás intención de dejarme a solas con ella ahora, ¿verdad? ¡Millicent!"

Millicent ocultó su sonrisa antes de lanzarle una mirada exasperada por encima del hombro. "No voy a ninguna parte". Se detuvo ante la puerta y susurró algunas indicaciones a un criado que revoloteaba fuera.

Ohenewaa hizo un gesto a John y Will para que se alejaran de la cama. La anciana se acercó a él y empezó a examinarle la quemadura del brazo. Tras mirarla unos instantes, cogió unas tijeras afiladas de la mesa y cortó la mayor parte de la tela que la rodeaba. Mientras tanto, el criado que Millicent había enviado regresó con un gran cuenco de líquido blanco.

"No voy a beber esto", refunfuñó cuando Millicent se lo acercó a la cama. "Sea lo que sea".

"Es sólo leche".

"De todos modos, no lo tendré".

"Como desee".

Millicent se sentó en el borde de la cama y, siguiendo la tranquila indicación de Ohenewaa, colocó el brazo de Lyon sobre el cuenco. Con una toalla pequeña, vertió el líquido sobre el brazo una y otra vez.

"¡Maldita sea!", gruñó, agarrando la cama con la mano buena.

Tras unos minutos de tratamiento, el dolor empezó a remitir. Ohenewaa le indicó que pusiera la toalla empapada sobre la herida. Tras el segundo o tercer empapado, vio que la tela de la manga se había aflojado. Con cuidado, las dos mujeres despegaron la tela, dejando al descubierto las feas ampollas y la carne en carne viva.

Unos minutos después, Gibbs entró en la habitación para ver cómo estaba. Millicent le aseguró que todo iría bien y despidió al Highlander y a los criados.

Con la quemadura limpia, Lyon pensó que la prueba había terminado, pero Ohenewaa tenía otras ideas. Con ligeros toques, empezó a examinarle el brazo derecho y la mano en los lugares que no estaban quemados. Palpó y movió cada dedo, siguiendo la línea de cada hueso a través de la mano hasta la muñeca. Palpó suavemente los huesos y los músculos hasta el codo, con especial cuidado alrededor de la quemadura, y luego subió más allá del codo hasta que el material del abrigo y la camisa se lo impidieron.

"Quítale la chaqueta y la camisa".

"Y una mierda".

"Volveré en unos minutos".

Cuando Ohenewaa salió de la habitación, Millicent cogió las tijeras y Lyon se volvió bruscamente hacia ella. "¿Qué está haciendo esta mujer?"

"Ohenewaa va a examinarte, como haría cualquier médico".

"¿Por qué?" Cogió la mano de Millicent.

"Porque conoce la medicina tan bien o mejor que los médicos que has estado viendo. Y porque yo se lo pedí", dijo en voz baja. "No te hará daño, Lyon. No me moveré de tu lado. Por favor, deja que te atienda".

No podía rechazarla. "Muy bien, entonces. Pero no más cortes. Ayúdame a quitarme esto". Con su ayuda, se quitó el abrigo. "No creerás que porque curó a un perro la semana pasada puede

curarme a mí también".

"A ella *le gustaba* ese perro, y tú claramente no crees que le gustes".

"La vieja bruja me lo dijo ella misma".

"No es el momento de ser tan desagradable", susurró Millicent. "Por favor, Lyon. Creo que ella sabe cosas que esos médicos tan educados con los que has estado tratando no han visto."

"¿Y qué crees que sabe?"

"Quizá pueda aprovechar los sentimientos y sensaciones que han ido y venido. Las que tú ignoras o intentas ocultar". Ella se encontró con su mirada cuando él la miró sorprendido. "Lo he visto. La semana pasada, cuando el cristal te cortó, tu mano se movió. Hace tres días, cuando John te ayudaba a salir de la cama, creo que tenías el pie torcido y creo que te lo enderezaste tú mismo. Y anoche tuviste una pesadilla y vi cómo se movían los músculos de tu pierna".

Parecía que lo que hacía su cuerpo no tenía ni pies ni cabeza. Lyon no tenía control sobre lo que era capaz de mover y cuándo. Pero no quería decirle nada de esto a Millicent. No quería darle falsas esperanzas. En lugar de eso, admiró los rizos sueltos que habían escapado de sus estrechos límites y ahora enmarcaban su rostro. Parecía tan suave. Así le había despertado anoche de su pesadilla, y Lyon recordó cuánto había deseado atraer su boca y besarla.

Ahora quería hacer lo mismo.

"Los movimientos fueron involuntarios. No significan nada".

Ohenewaa regresó con botellas de distintos líquidos que colocó sobre la mesa.

Millicent se inclinó hacia él, tentándole con su cercanía. "Me gustaría aprovechar cualquier oportunidad, por pequeña que sea. Mucha gente aquí cree en ella, Lyon. No digo que pueda curarte por completo, pero seríamos tontos si no le diéramos la oportunidad de ayudar tanto como pueda".

"Haz lo que quieras". Le soltó la mano. "Pero creo que estás perdiendo el tiempo."

Bajo su larga melena oscura, su cuello era fuerte y poderoso. Sus hombros eran anchos y su pecho musculoso. Sin embargo, Lyon era delgado, y sus costillas asomaban a través de la piel, reflejando las semanas de negarse a comer y alimentarse.

Millicent tenía la garganta seca cuando terminó de quitarle la camisa. Llevaban casados casi un mes. Había pasado las noches junto a su cama. Había estado presente en sus cambios de ropa e incluso en los baños de esponja que le daban sus criados. Pero ninguno de esos momentos había sido tan íntimo como quitársela ella misma.

Ohenewaa volvió junto a su cama con un frasco de ungüento y unos paños limpios. "Extiende esto suavemente sobre la quemadura de su brazo y luego envuélvelo sin apretar con esto".

Se llevó el tarro a la nariz. "Me huele familiar".

"Es una decocción de la corteza del olmo. Secará el pus que pronto se formará y ayudará al proceso de curación".

Millicent agradeció tener algo que hacer y se puso manos a la obra mientras el sanador empezaba a examinar el cuerpo de Lyon.

"Estás demasiado tenso. Relájate", le dijo Ohenewaa en voz baja. La palma de la mano de la mujer estaba presionada contra la piel de su pecho, moviéndose en lentos círculos. "Deja que tu cuerpo me hable".

"Me acusaste de hablar demasiado", replicó Lyon, apartando momentáneamente la mirada del techo.

"Cierra los ojos. Deje que su mente flote lejos de aquí a un momento de paz en su vida. Entonces tu cuerpo me dirá dónde hay dolor".

Millicent se sorprendió cuando él no protestó ni discutió. Le vio cerrar los ojos y entregarse a las caricias de la anciana. Volvió a su tarea de vendarle la herida. Cuando terminó, Ohenewaa le indicó que permaneciera junto a la cama.

Era relajante observarla. Siguiendo los movimientos de las manos arrugadas sobre su pecho y sus hombros y brazos, Millicent sintió también el efecto calmante de ellas sobre ella. Al cabo de un rato, Ohenewaa hizo una pausa.

"Ahora necesito revisar sus piernas. Debes quitarle los zapatos, las medias y los calzones".

El calor se apoderó de la cara de Millicent. "Iré a buscar a uno de los criados". Se levantó rápidamente.

"No". Los ojos de Lyon se abrieron ligeramente. "No quiero que circulen nuevos rumores en esta casa. Puedes arreglártelas".

Respiró hondo. Se había excitado con sólo quitarle la camisa. ¡Ahora los calzones!

Ohenewaa volvió a su mesa de medicinas. De repente, la habitación estaba demasiado caliente. Lyon estaba tumbado sobre la ropa de cama. Millicent cogió una manta doblada del fondo de la cama y se la extendió por el medio. Para colmo, él la observaba a cada paso.

"En caso de que estés considerando usar esas tijeras", dijo en voz baja, "puedes quitarte esa idea de la cabeza. Mis medias y calzones no se fían de ellas... y lo mismo vale para cualquier parte de mi cuerpo que puedas encontrarte".

"¿Por qué no cierras los ojos y dejas que tu cuerpo me hable?", preguntó en voz baja, tratando de inyectar algo de humor.

Se acercó a los pies de la cama, le quitó los zapatos y las medias. Sin pensarlo, pasó las manos por una pantorrilla. La falta de ejercicio había encogido los músculos. Sus dedos subieron hasta las hebillas de debajo de la rodilla de los calzones. Las manos de Millicent temblaron cuando empezó a desabrocharlos. La piel que tocaba estaba muy caliente.

"Sigue así, y verás muy pronto que mi cuerpo sí tiene algo que decirte. Eso no te preocupa, ¿verdad?"

Se estaba burlando de ella, tomándole el pelo. Pero su voz empezaba a sonar un poco tensa. Armándose de valor, Millicent contuvo la respiración y se colocó junto a la manta que le cubría el medio. El latido de su sangre resonaba en sus oídos. Agradeció la penumbra de la cámara, pues notaba que le ardían la cara y los oídos. Su mirada permaneció fija en la tela de la manta, y sus manos rozaron el vientre de él cuando metió la mano bajo el cobertor.

"Trae a Gibbs".

Cuando él se lo indicó, ella saltó de la cama y corrió hacia la puerta.

"Las noticias de los Borders son bastante inquietantes, milady. El Conde de Dumfries ha comenzado a desalojar las granjas del oeste, elevando las rentas de los campesinos a niveles exorbitantes. Al momento de escribir esta carta, parece que unos doscientos arrendatarios se han refugiado en Baronsford desde Michaelmas. Mi hombre dice que le han dicho que quizá quinientos más fueron a Glasgow con la esperanza de trasladarse a las colonias americanas." Sir Richard dejó la carta que había recibido de los Borders. "Habría que decírselo al conde".

"No", afirmó obstinadamente la viuda. "No está preparado para esto".

"Como desee, milady, pero su prolongada ausencia no hace sino añadir más carne al guiso de rumores que bullen entre los arrendatarios. Muchos temen que, con la lesión del conde y el

matrimonio con una inglesa -junto con el hecho de que cedió las tierras a Pierce-, las granjas de Baronsford sean las próximas en desaparecer. Ya se habla de que nunca volverá".

La viuda cerró el libro sobre su regazo con un chasquido y fulminó con la mirada a su antiguo abogado. "Bajo los cuidados de Millicent, Lyon está mejorando mucho. Comunicarle una noticia así ahora sólo añadiría tensión y obstaculizaría cualquier progreso futuro".

"¿Crees que ella no le acompañaría a Baronsford si él decidiera hacer el viaje?".

"No lo creo, Sir Richard. Estoy seguro de ello. Y no creo que se logre nada de valor si se fuera ahora mismo, para Lyon *o* para la gente de Baronsford. Encuentra otra forma de tranquilizar a los inquilinos. Transmite las noticias del progreso del conde. Escribe a Walter y haz que baje las rentas. Mueve todas las ovejas de las granjas, si eso los calma. Lo que sea que haya que hacer, aleja sus mentes de semejante tontería. Diles que estoy dando mis últimos suspiros, y que deberían empezar a llorar por mí".

"Eso no lo harán, milady. Los inquilinos de Baronsford desconfían más de tus tácticas que tus hijos. Todos creen que usted sobrevivirá a toda la familia. Pero sobre el conde, te das cuenta de que podemos retrasar la transmisión de esta noticia sólo por un tiempo. Si está mejorando, tiene derecho a saberlo. Y conociendo a su hijo, querrá volver a Baronsford antes de la temporada de siembra. ¿Cómo no decirle lo que encontrará allí?"

"Estás hablando del hombre que una vez fue. Tú y yo sabemos que Baronsford ya no es su responsabilidad. Todavía podría simplemente decirnos que notifiquemos a su hermano Pierce de todos estos problemas. ¿Has olvidado su enfado la última vez que dejó Baronsford? Quería no volver jamás".

"No lo he olvidado, milady. Pero era el dolor del momento el que hablaba. Firmar esos papeles fue un acto de frustración y nada más. Los inquilinos, Pierce, usted y yo sabemos que él es quien puede salvar Baronsford. Todos queremos recordarle como el hombre que una vez fue, y creo que volverá a ser ese hombre con el tiempo."

"Yo también quiero creerlo", respondió la viuda en voz baja. "Pero tenemos que darle tiempo. No podemos empujarle a hacer cosas para las que no está preparado. Parece que está progresando, pero no quiero que se retrase ni un día".

Capítulo Quince

LYON TIRÓ la servilleta sobre la bandeja, ocultando lo que no había comido de su desayuno. "¿Qué tortura has ideado para mí hoy?".

"Algo muy doloroso".

Notó las ojeras cuando Millicent se inclinó sobre él para recoger la bandeja. Empezaba a estar cada día más pálida y apagada. "Excelente. ¿Cuándo empezamos?"

"No seas impaciente. Pronto". Le pasó la bandeja a John para que la sacara. "Unas horas de sueño ininterrumpido parece que te han sentado bien".

"Has vuelto a pasar la noche aquí en esta habitación, ¿no?"

"Lo hice."

"¿Por qué? Te dije que no necesito un vigilante, especialmente cuando estoy inconsciente por la magia oscura que la bruja está usando para someterme. Debería pedirle que hiciera lo mismo contigo". Le cogió la muñeca cuando ella se inclinó para recoger una taza y un plato que habían dejado sobre la mesa junto a su silla. Ella le miró sorprendida. "No tienes muy buen aspecto".

"Gracias. Pero mi salud está bien".

"Estás pálido".

"Nací con este aspecto y no hay mucho que pueda hacer para cambiarlo".

"Lo que quería decir es que pareces cansada". Ella intentó liberarse, pero él la sujetó con más fuerza. "No podemos permitir que enfermes".

"¿Por qué?"

"Porque entonces me quedaría sin nadie a quien atormentar".

Gibbs se aclaró la garganta en la puerta.

"No lo pienses ni lo digas", gruñó Lyon a su criado. Soltó la mano de su esposa. Mientras Gibbs se dirigía sin decir palabra al hogar y empezaba a atizar el fuego, Millicent se dedicó a ordenar rápidamente la habitación. Lyon la observó atentamente. También había adelgazado. Hasta el vestido le colgaba.

"La tortura programada para hoy es exponerte al espantoso aire libre. Sol, aire de invierno". Sacó una manta de lana de un arcón en el rincón. "Hemos seleccionado un lugar deliciosamente protegido dentro de los muros de los jardines y..."

"No voy a salir, ni voy a bajar hoy".

Se giró hacia él, con las manos en las caderas. "¿Por qué? Sé que eres demasiado terco para admitirlo, pero has estado disfrutando..."

"Porque te estás poniendo enfermo".

"No lo soy".

"Lo harás si no duermes unas buenas horas tú también, y en una cama de verdad". No le dio

oportunidad de protestar. "Te diré lo que haré. Si me prometes que te retirarás a tu habitación en este instante y te acomodarás en tu cama durante unas horas, seguiré cualquier maldita rutina que hayas conseguido planear para mí."

"Son sólo las diez y media de una mañana muy bonita. Prometo irme a la cama esta noche".

"No." Sacudió la cabeza. "Te irás ahora".

"Hay otras cosas de las que tengo que ocuparme hoy. El nuevo cantero será..."

"Gibbs".

"¿Sí, milord?"

"Dile al hombre que le pagaremos su jornal y que se vaya hasta mañana". Lyon se volvió hacia ella. "Cualquier otra cosa puede esperar o ser manejada por otros".

Se quedó un momento mirándole. Debía de estar realmente cansada, pensó él, porque no se le ocurrió ningún argumento. En ese instante, sus carencias físicas volvieron a apuñalarle. Lo que daría por poder acompañar a Millicent a su dormitorio ahora mismo, por poder cuidarla un poco como ella había cuidado de él.

A Violet se le subió el corazón a la garganta al ver a Ned hablando con el señor Gibbs junto a la puerta de la sala de los criados.

Llevaba el sombrero en una mano. Había intentado peinarse el pelo rubio y atárselo al cuello. Su abrigo de lana estaba abierto y bajo él se veía su ancho pecho. Vio que dos de las sirvientas soltaban risitas y le lanzaban miradas coquetas al pasar junto a él en dirección a la cocina. A pesar de sí misma, Vi sintió que se le salían las garras.

Mientras el escocés seguía hablando, los ojos de Ned recorrieron la habitación y se detuvieron al verla. Vi contuvo la respiración, esperando su reacción. Había llorado desconsoladamente el sábado pasado cuando volvía de St. Albans. Se había prometido a sí misma que no iría sola a Knebworth Village mientras él siguiera trabajando allí. No quería verle ni quedarse a solas con él ni un minuto. Había aprendido una fea lección, y sabía que era afortunada por tener un trabajo respetable y una cama donde dormir después de un error tan grande. Pero ahora, con aquella sonrisa atrayente asomando por las comisuras de sus labios, con aquellos ojos que sólo la veían a ella, Violeta casi olvidó su nombre, por no hablar de las promesas que se había hecho a sí misma.

El señor Gibbs miró por encima del hombro, siguiendo la dirección de la mirada de Ned, y Violet se apresuró a avanzar por la sala. Nadie había hecho ningún anuncio, pero todos en Melbury Hall sabían que el Highlander iba a ser el próximo mayordomo. Y esto convenía a casi todos, incluida Vi. El señor Gibbs era estricto, pero tenía sentido del humor. También era obviamente dulce con la señora Page, un sentimiento que el ama de llaves parecía compartir. Eso en sí mismo era una buena señal de que iba a quedarse.

Millicent se revolvió en la cama y contempló la penumbra que la rodeaba. Durante unos instantes se sintió totalmente confusa. El día, la hora, incluso cómo había acabado en la cama eran un misterio para ella. Y entonces recordó: Había llegado a su habitación antes del mediodía para descansar un par de horas.

Quienquiera que hubiera encendido el fuego, obviamente lo había hecho hacía horas, pues las brasas del hogar sólo mantenían un tenue resplandor rojizo. Se levantó de la cama y la sensación del frío suelo bajo sus pies descalzos la despertó por completo. Encendió una vela con las brasas

y miró el reloj de la chimenea. Eran casi las doce. Medianoche. ¿Pero cómo podía ser?

Millicent se quedó en la oscuridad, escuchando. La casa estaba en silencio. Parecía que todos dormían. Un pensamiento repentino le hizo coger su chal. ¿Había cambiado alguien el vendaje de la quemadura del brazo de Lyon esta tarde?

Mientras se lavaba la cara y se enjuagaba la boca, miró su reflejo en el espejo. Con el pelo alborotado suelto sobre los hombros, su aspecto era tan aterrador como para asustar a un fantasma. Se pasó una mano impaciente por el desorden y se dirigió a la puerta.

El pasillo estaba oscuro. Echó un vistazo rápido a la habitación de Lyon para asegurarse de que dormía. Al pasar por la puerta de Ohenewaa, recordó que la noche anterior le había prometido a la anciana que hoy pasaría a verla para comprarle unos ungüentos que estaba preparando para Lyon. Millicent no podía creer que hubiera perdido todo un día en la cama.

No llamó a la puerta. Empujó la puerta en silencio y entró en la habitación de Lyon. A la luz del fuego mortecino, parecía dormido. Cerró la puerta tras de sí y caminó en silencio por el suelo.

"¿Dormiste bien?"

Se sobresaltó al oír su voz y ver sus ojos abiertos. La estaba mirando.

"Demasiado bien. No puedo creer cuánto tiempo he dormido. Le había pedido expresamente a la Sra. Page que enviara a alguien a despertarme a primera hora de la tarde".

"Le ordené a la Sra. Page que no permitiera que nadie la molestara".

"Veo entonces que me superaron en rango". Ella le sonrió y le miró el brazo. "Gracias. No me di cuenta de lo cansada que estaba hasta que me metí entre esas sábanas. ¿Alguien te ha cambiado el vendaje del brazo esta tarde?".

"No, no dejaría que se me acercaran".

"Ya veo. Millicent cogió unos apósitos limpios y el frasco de pomada que Ohenewaa había colocado anoche en la mesilla de noche. Se sentó con cuidado en la cama a su lado. "Así que esto significa que no he agotado mi utilidad".

"Hay pocas posibilidades de eso".

Tal vez fueran las palabras o la forma en que las pronunció, pero Millicent sintió que la invadía un sutil calor. Levantó suavemente su brazo de debajo de las mantas y lo colocó sobre su regazo. El camisón tenía una manga ancha. Empezó a inspeccionar la herida.

"¿Todavía te duele?"

"Nada de que hablar."

Tenía los pies desnudos y fríos, así que se los metió debajo. La serenidad de estar aquí, de hacer esto por él, la llenaba de una sensación que nunca había experimentado. Tal vez fuera la intimidad de los dos, mientras la quietud de la noche los rodeaba. Millicent no podía explicarlo, pero se sentía feliz y contenta. Las ampollas de su brazo parecían limpias, a pesar de que un par de ellas habían reventado. Le aplicó suavemente un poco más de pomada y empezó a vendárselo de nuevo. "Esperaba que estuvieras dormido".

"Lo intenté, pero no pude. La bruja trajo sus pociones esta noche". Hizo un gesto con la mano buena hacia la ventana. Millicent vio la media docena de frascos que se agolpaban sobre la mesa.

"¿Te dio alguna instrucción?"

"Por supuesto. No las comas ni las inhales. Sólo aplícalos. Son todas la misma cosa. Un frasco nuevo para cada noche, dijo".

"¿Hiciste que alguien te las aplicara esta noche?"

Le lanzó una mirada incrédula. "El... lo que sea... es para untarlo en mi piel. La sola idea de

que Gibbs, Will o John me lo unten es repugnante. Además, creo que Ohenewaa es falsa de todos modos".

"¿Por qué piensas eso?"

"¿Qué clase de médico se niega a decir qué te pasa y si puede curarte o no? La mujer se pasó horas inspeccionando cada lunar de mi cuerpo y sigue sin decir nada".

Millicent se levantó de la cama y se acercó a los frascos de ungüentos. "No estaba inspeccionando lunares, y lo sabes. Y aunque sólo fuera por una noche, tuviste un descanso ininterrumpido".

Cogió una de las botellas y la olió. Había algo familiar y terroso en el aroma. Era como algo que podría haber olido en el bosque.

"¿Te dijo algo más?"

"¿De verdad vas a usarlo?"

Le llevó una de las botellas. "No tienes que parecer tan horrorizado. Voy a probar un poco en este mismo brazo". Antes de que él pudiera objetar, ella volvió a su posición anterior en la cama y empezó a subir el camisón hasta donde podía llegar.

Metió los dedos en la botella. Era aceitoso, pero no desagradable.

"Se siente frío". Empezó a frotárselo suavemente en el brazo, por encima y por debajo de la quemadura. A medida que extendía el ungüento, notaba que la piel empezaba a calentarse. "Pero cambia rápidamente. ¿Lo notas?"

Él no respondió. Ella lo trabajó cuidadosamente en la piel, hasta el hombro.

Millicent le miró a la cara. "Estoy usando sólo las yemas de los dedos, pero siento el calor que se filtra en mis manos, subiendo por mis brazos y recorriendo mi cuerpo". Para demostrar lo que decía, volvió a meter los dedos en el frasco, pero esta vez, en lugar de en el brazo, los frotó en la estrecha franja del pecho que asomaba por el cuello abierto del camisón. Los músculos se flexionaron y se movieron bajo su contacto. "¿Lo sientes ahora?"

"Sí, quiero".

Apoyándose en él, volvió a meter la mano en el tarro, pero cuando iba a devolvérsela al brazo, la mano izquierda de Lyon se cruzó y la agarró por la muñeca.

"Quiero sentirla aquí", dijo él, llevando de nuevo los dedos de ella a su pecho.

Entre las sombras danzantes de la habitación y la barba que cubría sus rasgos, apenas podía ver su expresión. Sin embargo, su mano seguía encima de la de ella, guiándola mientras ella le frotaba el pecho en círculos más amplios. Su piel seguía calentándose bajo su contacto, pero el cuerpo de Millicent empezó a arder. Aquello era algo más que la fugaz sensualidad de tocar su cuerpo. Había una intimidad y una conciencia silenciosa entre ellos. Sentirlo reaccionar a la suave caricia de sus dedos la emocionaba.

"¿Por qué no cierras los ojos y dejas que esto haga su efecto?"

"Prefiero mirarte".

Sus miradas se cruzaron. Millicent no sabía lo que le estaba ocurriendo, pero se sintió incontrolablemente atraída hacia él. Se apoyó en su pecho y sus dedos recorrieron lentamente su cuello. El recuerdo del beso que habían compartido antes llenó su mente. Sin decir palabra, rozó sus labios con los de él, una vez, suavemente, y luego otra vez. Sus labios eran cálidos, atrayentes. Se armó de valor y dejó que su boca se detuviera un poco más. Su lengua acarició vacilante el borde de sus labios.

Su mano buena le rodeó la nuca. Millicent sintió que su boca se abría bajo la suya, atrayéndola. Embelesada por su posición de control y por la curiosidad del calor que se extendía por ella, miembro a miembro, profundizó el beso. Sus lenguas bailaron y se cruzaron.

Un gemido hambriento escapó de los labios de Lyon, cuyos dedos hurgaron y se enredaron en su pelo. Ella respondió e igualó su urgencia con la suya. Se puso encima de él. Le sujetó la cara con las manos, le enredó los dedos en el pelo y se perdió en el juego de sus labios y sus lenguas y en la fuerza de un beso que no cesaba.

Aunque llevaba cinco años casada, nunca la habían besado ni había besado a nadie así. Millicent se dio cuenta de que el gozo de este acto superaba con creces los horribles encuentros sexuales que había tenido con Wentworth.

Su cabeza se inclinó para profundizar el beso y la pasión de Lyon se desbordó. Ella se deleitaba con su sabor y su aroma, y su cuerpo se movía inquieto sobre él, buscando inconscientemente un mejor ajuste. De repente, el brazo de él la rodeó con fuerza y él gimió de frustración. Sin aliento y mortificada, apartó la boca.

"Lo siento mucho. Intentó zafarse de él, pero su agarre se hizo más fuerte. "¿Qué he hecho? Lyon, lo siento mucho."

"Espera. No te vayas". Su respiración era tan agitada como la de ella.

Millicent estaba demasiado avergonzada para mirarle a la cara. Prácticamente le había atacado. Lágrimas de confusión acudieron a sus ojos. Recordaba tan vívidamente cómo se había tendido indefensa bajo el cuerpo de Wentworth, una y otra vez, mientras él hacía de las suyas con ella. Y ahora ella se había convertido en el monstruo, un depredador.

"Métete debajo de estas mantas."

Con el corazón en la garganta, le miró confundida. La mano de Lyon se apartó de su espalda y le limpió suavemente la humedad de la cara.

"Estás temblando. Métete debajo de las mantas conmigo y quédate".

Sería mucho más fácil huir, esconderse en su propia alcoba. Pero no podía huir. Esto era diferente. La brutalidad y la tristeza de su pasado la obligaron a abrir los ojos y enfrentarse a estas sensaciones desconocidas. Quería algo mejor y no iba a huir. No iba a tener miedo.

Sin decir una palabra más, Millicent se deslizó entre las sábanas y se acurrucó contra su cálido cuerpo. Cogiéndole la mano, la apretó contra su corazón.

El corazón del niño negro latía con fuerza. Jasper Hyde podía ver la vena de su sien latiendo sin descanso. En la cara, el cuello y la garganta tenía más de una docena de granos oscuros. El muchacho había pasado una noche desdichada de fiebre y dolor. A Hyde se lo habían contado todo, pero pudo ver por sí mismo lo que afligía al esclavo. Era viruela.

"Llévenlo al castillo de proa. Manténganlo alejado del resto", dijo Hyde al capitán del barco, que estaba listo para transmitir la orden. "Quiero una inspección general de los esclavos. También hay que informar a la tripulación. Quiero saber si hay más casos".

Se paseaba por el puente de mando cuando llegó la respuesta. Era un caso aislado, pero podía poner en peligro todo el barco. Podría perder todo su cargamento de esclavos. Llamó al capitán del barco.

"Maten al chico. Y a los dos que estaban más cerca de él. Por la borda con todos ellos".

Jasper Hyde se despertó con un grito ahogado. Le ardía el cuerpo. El sudor le goteaba de la cara y se quitó la peluca. La luz del sol de la tarde entraba en la habitación por los grandes ventanales de su estudio. Debía de haberse quedado dormido en su silla tras el tardío desayuno.

Presa de un pánico repentino, se tocó el pecho, el cuello, la cara, buscando sarpullidos.

Ninguna. No tenía viruela. No le pasaba nada.

Como para contradecir su pensamiento, un dolor ardiente le atravesó el corazón. Se agarró el pecho e inclinó la cabeza hacia atrás. Era como la torsión de un cuchillo, el calor de un atizador. Se apretó el pecho, intentando librarse del dolor.

"Maldito seas, Ohenewaa", maldijo, tratando de respirar.

La bruja estaba en todas partes, clavándole sus manos marchitas y arrancándole sin cesar la vida, la fortuna. La noticia le había llegado esta mañana: Un barco negrero en el que Hyde había invertido más de veinte mil libras hacía menos de tres meses había encallado deliberadamente en una playa cercana a Accra, en la costa de África. Los esclavos se habían amotinado y se habían apoderado del barco, asesinando al capitán y a la tripulación. Doscientos diecisiete esclavos habían desaparecido en la selva. El barco estaba perdido, todos habían desaparecido, y todo se debía a las maldiciones de una sucia bruja negra.

Hyde ladró a la puerta cuando oyó que llamaban. El dolor de su pecho estaba remitiendo, pero no se atrevió a moverse cuando apareció el rostro de Harry.

"El Sr. Boarham está aquí para verlo, señor."

"¿Quién demonios es?"

Los ojos de Harry señalaron a alguien que estaba detrás de él. "El cirujano que desangró al Dr. Dombey antes de su muerte. Usted lo mandó llamar".

Hyde se dio cuenta de que su mano temblaba cuando la retiró de su pecho. "Que pase".

Boarham entró en la cámara con cautela, y Hyde observó cómo los ojos del hombre iban de un lado a otro, recorriendo toda la habitación. Hyde no sabía si estaba evaluando el valor de todos los objetos a la vista o asegurándose de que no le esperaba una trampa. El hombre había conservado su sombrero, un grasiento tricornio demasiado pequeño para su cabeza, y lo tenía apoyado sobre una vieja peluca que llevaba puesta. Tenía la cara muy picada y, para ser un hombre de hombros pequeños, Boarham tenía una barriga sospechosamente grande. Hyde decidió que probablemente llevaba toda su fortuna en una bolsa bajo su tosco abrigo de lana y el chaleco a juego.

Boarham se acercó y se quitó el sombrero con una nerviosa reverencia.

"Su sirviente, señor. ¿Necesita ser sangrado, señor?"

"No."

"Tengo las mejores sanguijuelas de Londres, señor. Y he servido a los mejores. Incluso al primo del mayordomo del alcalde, señor".

"No". Hyde respondió bruscamente. "Estabas con el Dr. Dombey cuando murió, ¿verdad?"

¿"Dr. Dombey"? Oh, sé a quién se refiere. No, señor, no cuando murió, pero lo visité la noche anterior. Era bueno para tomar sus sales, lo era. Hice que su esclava le preparara leche de arroz para la cena. Por supuesto, me sorprendí cuando le puso un huevo. Pero estaba como una rosa cuando me fui, señor. Recuerdo que a la mañana siguiente era día de mercado. Y estaba lloviendo a cántaros. Sí, el suelo estaba lleno de lodo y fango hasta los tobillos cuando fui a los corrales de las ovejas. No volví a Dombey hasta que el viejo se había ido. Verá, nunca me gusta perderme el día de mercado, señor, y..."

"El Dr. Dombey le debía dinero, ¿no?"

"Bueno..." La sanguijuela metió el dedo en una oreja, sacó una bola de cera y la examinó distraídamente antes de lanzarla por la habitación. "Tenía todo tipo de acreedores llamando a su puerta, y yo no le cobraba mucho. Pero ahora que lo mencionas".

"Esperaba poder saldar su deuda, Sr. Boarham. Dejó algo de dinero con su esclavo para dárselo a usted. Lo tengo".

"Es muy cristiano de su parte, señor". La baba prácticamente colgaba del labio del hombre.

Hyde se inclinó hacia delante en su silla. "No es usted el primero al que engaña -la esclava- y por eso, como buen amigo de Dombey, me he encargado de enmendar los errores". Abrió un pequeño cofre de madera de la mesa que había junto a su silla y sacó de él una bolsa con monedas. "Ahora, ¿cuánto te debía?".

Las manos de Boarham aferraron los bordes de su sombrero y se lo llevó al pecho. "Yo... creo que fueron dos guineas, señor".

Hyde sacó un puñado de monedas de la bolsa y vio cómo los ojos de su visitante se iluminaban al ver el oro. "Y yo que pensaba que le debía mucho más. Aquí tengo cincuenta libras, Sr. Boarham".

"Quizá me debía más y no me acordaba", soltó rápidamente.

"Tal vez lo hizo. Pero creo que su memoria es muy importante, Sr. Boarham. Tal vez incluso podría recordar que la muerte del Dr. Dombey fue causada por el esclavo codicioso que se aferra a todo su dinero ".

"¿Esa vieja esclava, señor?"

"La misma, Sr. Boarham". Hyde empezó a apilar las monedas de oro a su lado.

"La recuerdo bien, señor". Su mirada se clavó en las monedas. "Parecía una envenenadora de poca monta, señor, si alguna vez he visto una.

"¿Sabías que es una bruja?"

El cirujano levantó la vista sobresaltado y se persignó rápidamente. "¿Es ella, ahora?"

"Sí, mi buen hombre. Y vas a ayudarme a demostrarlo".

Capítulo Dieciséis

"EL DÍA SE ESTÁ CONSUMIENDO, hombre. ¿Dónde demonios está?" bramó Lyon cuando Gibbs entró en la biblioteca con John a remolque.

"Su esposa está terminando su entrevista con el albañil. Ha dicho que se reunirá con usted en los jardines".

"¿Cuándo? ¿La maldita semana que viene?", refunfuñó molesto.

La irritación de Lyon había comenzado esta mañana, cuando al despertarse Millicent se había marchado. Después, mientras sus criados lo preparaban para el día, ella había asomado la cabeza sólo fugazmente, murmurando excusas sobre las tareas que tenía que atender esa mañana. Y no había vuelto a verle ni una sola vez, ni siquiera durante el desayuno. Ahora eran las once de la mañana y Lyon estaba al límite de su maldita paciencia.

"Hace un poco de frío ahí fuera, milord, aunque nada que no hayamos visto doblando el Cabo de Buena Esperanza de camino a la India, diría yo. Aparte de eso, Lady Aytoun ha insistido en que llevéis sombrero".

Lyon cogió el sombrero que Gibbs le había colocado en la rodilla y lo tiró por el suelo. "Dile que si está tan preocupada, que venga y se ocupe ella misma".

Los ayudantes de cámara se alinearon a ambos lados de su silla y lo levantaron con cuidado. Mientras lo inclinaban ligeramente, les reprochó a todos su incompetencia. Con el aire de un verdadero mártir, Gibbs recuperó el sombrero y condujo a la comitiva fuera de la puerta y a través de la casa.

A Lyon le costaba entenderlo, pero la noche anterior le había proporcionado una plenitud que no había sentido en meses. La reacción explosiva de su cuerpo al beso de ella fue impresionante. Y el calor que se había extendido por él cada vez que se despertaba durante la noche y se encontraba con que Millicent seguía a su lado había sido extraordinario. En el pasado, siempre había sentido el impulso de abandonar la cama de una mujer cuando había terminado de hacer el amor, pero la sensación de esa mujer contra él la noche anterior le había hecho cambiar de opinión.

Lyon sabía que estaba empezando a depender de Millicent. Quizá sólo la estaba sustituyendo por el consuelo que le habían proporcionado las gotas de opio. Pero diablos, pensó, aunque así fuera, la mujer era de carne y hueso, y se desanimaría si no le resultaba más interesante perderse en sus besos que pasar el tiempo aturdido.

En el exterior, el aire invernal era realmente vigorizante, y Lyon respiró un par de veces, tratando de adaptar sus pulmones al frío. Le llevaron hacia los antiguos jardines formales. Por encima del muro podía ver enrejados y pérgolas dispuestos en medio de cuadrados simétricamente organizados de hierbas y flores y senderos de verdor. Más allá del muro inferior

del jardín, un paisaje de campos, bosques y árboles de hoja perenne se extendía lejos de la casa. Lyon echó un vistazo crítico a su alrededor. La propiedad necesitaba algunas reformas, sin duda. Pero tras echar un rápido vistazo a los libros de contabilidad de Melbury Hall de los últimos años, Lyon ya sabía que la renovación y el mantenimiento de los jardines de recreo y las vistas no figuraban en la lista de prioridades de Millicent.

Se agachó ligeramente cuando lo condujeron a través de la entrada enrejada y arqueada al jardín formal. Con cuidado, bajaron la silla y lo colocaron junto a un banco de piedra a la izquierda de la verja. Los enrejados y los muros de piedra bloqueaban la mayor parte del viento y, sin embargo, captaban el sol. Una pareja de cardenales revoloteaba de rama en rama de una enredadera en el muro cercano. El macho era más vistoso que la hembra, de color marrón apagado, y los pájaros iban tras las pocas bayas de color naranja brillante que aún quedaban en la enredadera.

"Estoy aquí. ¿Dónde está?"

"Aquí", llamó Millicent sin aliento, caminando a paso ligero por el sendero. Llevaba el sombrero de Lyon en una mano y algunos periódicos y una manta bajo el brazo. Lyon se quedó mirando la capa de lana desgastada. La capucha y los bordes de encaje enmarcaban su rostro sonrojado. Unas briznas de vapor escapaban de sus labios.

"Dejadnos", ordenó a sus criados en cuanto ella llegó a su lado.

"Gracias. Os llamaré cuando su señoría esté listo para entrar". Sonrió a los hombres, que hicieron una reverencia y se despidieron. Dejó los papeles y el sombrero en el banco y empezó a desplegar la manta. "No podemos dejar que cojas frío en tu primer día fuera, ¿verdad?"

"¿No tienes algo más abrigado que ponerte?", preguntó irritado, viéndola colocarse la manta alrededor de las piernas. "Tus sirvientes visten mejor que tú".

"Esta capa es suficiente, gracias, y puedes poner fin a tu malhumor. Hace un día precioso y quiero que ambos lo disfrutemos". Recogió su sombrero, se lo colocó en la cabeza y se inclinó ante él para comprobar que le quedaba bien. "Tu cabeza debe de estar creciendo, porque ese sombrero parece demasiado pequeño. Por supuesto, el pelo largo y el crecimiento desgreñado de tu cara pueden tener algo que ver con el ajuste".

"No llevo el sombrero sobre la barba".

"Si pensaras en ocultar tu carácter melancólico, tal vez lo harías".

"¿Y la logística de eso?"

"Bastante simple, en realidad". Le pasó los dedos por un lado de la cara. "Puedo atar dos trozos largos de cinta al sombrero para engancharlos a cada una de tus orejas".

"Muy elegante".

"Por supuesto, tendremos que ser ingeniosos al respecto y hacerlos lo suficientemente largos para que se crucen de nuevo sobre la parte delantera, sujetando así el sombrero de forma segura sobre tu boca antes de que las cintas se aten en un bonito lazo sobre tu cabeza".

No pudo evitar que se le formara una sonrisa en los labios. "Muy inteligente".

"Me lo imaginaba". Ella le devolvió la sonrisa. "Y gracias, esto es mucho más agradable."

Ella alargó la mano para acomodarse el sombrero una vez más, pero él agarró las cintas del cuello de su capa y tiró de ella hacia él hasta que sus labios se rozaron, deteniéndose un instante antes de separarse.

"Creo que *esto* es mejor", dijo en voz baja.

Lyon tenía hambre de más. Últimamente fantaseaba con su boca con demasiada frecuencia. Besaba con un fervor que no tenía parangón en ninguna otra mujer que hubiera conocido. Su boca era un instrumento de deseo, y daba y recibía con más pasión de la que la mayoría era capaz

de reunir incluso en el acto mismo de hacer el amor. Pero esta mañana sintió la vacilación de Millicent, que retrocedió y se sentó en el banco, justo fuera de su alcance.

"¿Por qué me dejaste en mitad de la noche?"

"Ya había amanecido cuando me fui". Un profundo rubor coloreaba sus mejillas. "Y con sus ayudantes de cámara seguro que vienen a ver cómo está, yo no sabía lo apropiado..."

"Somos marido y mujer, Millicent. Aunque no recuerdo muy bien la ceremonia, he visto los documentos". Esperaba verla sonreír un poco, pero su rostro conservaba la seriedad. "Por lo tanto, no es que me importe lo que piensen mis sirvientes, pero no creo que les parezca extraño encontrarte en mi cama. Ciertamente no sería más extraño que encontrarte dormido en una silla, ya que te han visto con bastante frecuencia este último mes".

Evitaba mirarle. Algo más la preocupaba.

"A menos que encuentres tan degradante acostarte al lado de un lisiado que..."

"Al contrario. Me resulta muy agradable compartir tu cama".

Sus palabras revolotearon tímidamente en el aire entre ellos, como mariposas que prueban sus alas por primera vez. Lyon estaba dispuesto a apostar que nunca en su vida había hablado de esas cosas abiertamente.

"¿Entonces por qué te escabulliste como un ladrón en la noche?"

"No estoy acostumbrada", continuó, sonrojándose ferozmente. "¿Cómo voy a saber cuál es el comportamiento apropiado? Pensé que se esperaba que me fuera en algún momento de la noche".

"¿Así eran las cosas entre tu marido y tú? ¿Hicieron el amor, y luego cada uno se retiró a sus respectivos dormitorios?"

"¿Hacer el amor?" Se le fue el color de la cara. "No me importa hablar de mi primer matrimonio."

Girándose ligeramente para ocultarle el rostro, Millicent extendió el periódico sobre su regazo y le dedicó toda su atención. "¿Qué puedo leerle esta mañana, milord? ¿Noticias de las colonias o del continente?".

"Lo que más te convenga". Eso era mentira. Quería oír hablar de su vida. Quería saber que ella había estado tan ansiosa esta mañana por verlo como él por verla a ella.

Mientras escuchaba su voz clara, se dio cuenta de que lo que le gustaría conocer era la historia de la propia mujer. Nada le interesaría más que escuchar las razones de su insistencia en mantener las puertas de su pasado personal tan herméticamente cerradas. Pero Lyon sabía que él deseaba la misma privacidad con respecto a su propia vida pasada. Había límites en cuanto a lo lejos que la presionaría para obtener respuestas.

Eran dos pájaros extraños, pensó. Ambos seguían sintiéndose atraídos por la misma baya de colores brillantes que tanto les había amargado en el pasado. Y, sin embargo, eran incapaces de pasar de largo por completo.

"No deseo oír ninguna noticia del mundo exterior", ladró, cortándola cuando un artículo de prensa que ella leía se refería al regimiento de su hermano menor, David. ¿Cuántas veces, durante sus meses de confinamiento en una silla o en una cama, había pensado en él? Lyon suponía que David le creía culpable de haber empujado a Emma por el acantilado. Naturalmente, pensaría lo peor. Lyon había arruinado los sueños de David casándose con Emma. Pero otra cosa muy distinta era asesinarla.

Lyon apartó los pensamientos perturbadores y trató de centrarse en el momento. Suavizó el tono. "Deja eso a un lado, si quieres. Háblame de tu entrevista con el albañil. O háblame de la aldea, o del lío que el maldito Gibbs está creando mientras decide si puede rebajarse a asumir el cargo de maldito mayordomo".

Miró preocupada de su cara al periódico y de nuevo a su cara. Molesto, Lyon se preguntó si había adivinado la conexión. Dobló el periódico y lo puso junto a los demás en el banco.

"Muy bien". Pensó un momento. "Recibí otra carta de tu madre, la viuda, con el paquete de periódicos esta mañana. Está considerando mi invitación de venir a Melbury Hall de visita".

"¿Desde cuándo te escribes con esa vieja astuta? ¿Y por qué harías algo tan mezquino como invitarla aquí?".

"Dos veces por semana desde la primera semana de nuestro matrimonio, y porque me encanta atormentarte. ¿Son satisfactorias estas respuestas?"

Lyon resopló.

"Muy bien, entonces estamos listos para continuar". Millicent juntó las manos en su regazo. "Tal vez te gustaría decirme lo que has encontrado en esos libros de contabilidad con respecto a las granjas de Melbury Hall. Entonces podré interrumpirte y hacerte pedazos sin motivo".

La ridiculez de su desafío era cómica, y sus palabras le pillaron desprevenido.

Lyon Pennington siempre había sido serio hasta la hosquedad desde el día en que nació. Había mantenido esa reputación durante sus años escolares, durante sus años de servicio en la India, y más tarde entre sus compañeros. Y luego, tras casarse con Emma, había añadido la fina cualidad de tener mal genio. Como resultado, la mayoría de la gente evitaba enfrentarse a él a toda costa. Y aquellos que no lo hacían, pronto sentían -bastante dolorosamente- el error de sus caminos. De hecho, desde el principio de su matrimonio, sus enemigos sólo podían atacarle mediante rumores e insinuaciones. Hubo quien hizo todo lo posible por asociar el escándalo a su nombre.

"¿Está listo para la inquisición, mi señor?"

"Le diré lo que percibí, y luego puede hacer lo peor, Madame Torquemada".

Lyon miró la espalda erguida de Millicent y no pudo evitar sonreír. Tenía valor y espíritu, y se preguntó cómo era posible que su madre y el abogado de la familia poseyeran semejante clarividencia.

Capítulo Diecisiete

EL EXAMEN de Lyon por parte de Ohenewaa no se había limitado al tiempo que pasó con él después de que le quemaran el brazo. Al día siguiente, Millicent se enteró de que la anciana había hablado extensamente con Gibbs sobre su amo. Y cuando terminó con él, había localizado a John y Will y a los demás sirvientes que habían ayudado con los cuidados del conde después de su accidente.

Tras encontrar a Ohenewaa en la cocina, en un rincón tranquilo que se había convertido en uno de sus lugares habituales, Millicent se sentó a su lado. Quería saber lo que la anciana había aprendido y lo que aún necesitaba saber.

El par de horas que Lyon y ella habían pasado fuera esta mañana le habían sentado de maravilla. Su coloración había mejorado; su apetito había aumentado. Por supuesto, su temperamento seguía siendo tan desagradable como siempre, pero ahora lo encontraba salpicado de plateados toques de humor. Después de su llegada, mientras Millicent estaba ocupada trabajando con la señora Page, Ohenewaa y Lyon pasaron algún tiempo juntos. Y ahora, con él perdido de nuevo entre los libros de la biblioteca, esta vez con Gibbs, Millicent estaba impaciente por saber lo que pudiera de su estado.

"La única información que me falta proviene de no haber visto al cirujano colocar los huesos". Ohenewaa hizo una pausa pensativa. "Sabes que cualquier médico inglés se reiría de ti o te internaría en Bedlam por poner el cuidado de tu marido en manos de una vieja esclava".

"Eso me importa muy poco". Millicent sonrió amablemente. "¿Compartirás conmigo lo que has descubierto hasta ahora?"

Ohenewaa asintió. "Sí. Y debes saber que todo lo que te diga ya lo sabe tu marido. Incluso le pregunté si podía transmitírtelo todo".

"¿Su respuesta fue: 'Haz lo que te dé la gana'?"

"No tan educado, pero dijo algo parecido".

"¿Por qué no me sorprende?"

Los ojos de Ohenewaa se abrieron más de lo habitual, y una ceja gris se arqueó expresivamente. "A pesar de su mal temperamento, no sufre de locura".

"Nunca lo pensé".

"Creo que sufre de lo que el viejo Dombey habría llamado parálisis parcial".

Esto confirmaba lo que Gibbs había dicho de la opinión del primer cirujano. Millicent permaneció en silencio, esperando a que Ohenewaa dijera algo más.

"El conde se hizo una gran herida en la cabeza al caer por esos acantilados el verano pasado. He hablado con personas a su servicio. En aquel momento lo que más les preocupaba eran las fracturas de sus piernas y brazos. Nadie quería amputarle las extremidades. Mientras trabajaban

en él, su señoría pasó dos días enteros inconsciente. Por supuesto, eso también fue bueno, pues le ahorró mucho dolor".

Dolor de todo tipo, pensó Millicent. Ella ya sabía que esos mismos acantilados, el mismo día, se habían cobrado la vida de su esposa. Y lo despiadadas que fueron las malas lenguas al proclamar que Lyon había sido el causante de aquella caída, cuando él mismo había estado a punto de morir.

"Su criado me dice que una vez que su marido recobró el conocimiento, pasaron otros quince días antes de que pudiera controlar sus músculos o sentir algo de los hombros para abajo. Incluso le costaba respirar. Su estado seguía siendo tan grave que la familia se planteó qué preparativos había que hacer para un funeral."

Sus hermanos se contentaron con enterrarlo en lugar de cuidarlo, pensó Millicent con cinismo. Cuando sus hermanos no quisieron hacer nada, la viuda se hizo responsable de él, a pesar de su propia enfermedad y avanzada edad.

"Pero la sensibilidad y el movimiento empezaron a volver gradualmente. Un mes después del accidente, el conde podía sentarse. Al mes siguiente, cuando le habían quitado las férulas de ambos brazos, había recuperado el pleno uso de la mano y el brazo izquierdos. Pero otra caída, esta vez desde una silla, le volvió a romper el brazo derecho. Me han dicho que no le quitaron las férulas de esta segunda fractura hasta unos días antes de su boda."

Millicent se levantó y se acercó a la ventana. Desde allí podía ver el rincón del jardín donde Lyon y ella habían pasado la mañana. Le había oído reír una vez esta mañana. Su vibrante sonido, como música, seguía sonando en su mente. No importaba adónde fuera ni qué otras cosas le rondaran por la cabeza: Lyon formaba parte de su vida cotidiana.

"¿Dices que hubo mejoras graduales durante los dos primeros meses, pero nada después?". Se dio la vuelta para mirar a Ohenewaa.

"Así parece. Creo que su impaciencia por el encierro, sumada a una constante melancolía que lo aquejaba, inhibió el progreso. Es un hombre cuyo espíritu no puede ser encadenado o encerrado. En lugar de mejorar, me dijo Gibbs, empeoró, y las diversas medicinas de los médicos no hicieron nada por mejorarlo." Ohenewaa no pudo ocultar su disgusto. "No se hacía ningún esfuerzo por ejercitar y fortalecer los miembros, sino sólo por mantenerlo confinado en una cama o una silla. No había nadie que despejara y desafiara su mente. En lugar de eso, se le mantenía sometido y apartado. Si atas las patas del gran león y lo mantienes en un agujero oscuro, pronto se negará a comer. Y entonces morirá. Mata al espíritu, y la más noble de las criaturas morirá".

Después de haber vivido con Lyon durante más de un mes, Millicent comprendió más que nunca cómo una situación así le habría matado. La súplica de la viuda aquel primer día para que se casara con él tenía ahora mucho sentido para ella. La anciana sabía lo que le ocurría a su hijo.

"Es cierto que consiguieron salvarle las extremidades, pero en el proceso le estaban cortando el sustento que necesitaba para vivir".

"¿Qué se puede hacer por él ahora?" preguntó Millicent.

"No quiere creerlo, pero no se puede decir que no pueda recuperar más movimiento en sus extremidades. Teniendo en cuenta el alcance de sus heridas, el tiempo que lleva curándose es corto".

"Algo que le falta a mi marido es paciencia. ¿Hay algo que pueda ayudar a su cuerpo y no embotar su mente?"

"Ya le he dado un ungüento que llamo bálsamo de Matthiolus. Es bueno para todos los dolores en las articulaciones. Algo mejor que eso sería un ungüento de beleño de leopardo, pero no tengo todo lo que necesito para mezclarlo aquí. Jonás me dice, sin embargo, que la botica de

St. Albans podría tener lo que se necesita".

"La perdición del leopardo. Hasta el nombre suena apropiado", dijo Millicent con ironía. "Enviaré a alguien a por él hoy mismo. Y si necesitas algo más, también se puede comprar".

"Otra forma de ayudarle es obligarle a mover esas articulaciones".

"¿Te refieres a tener a alguien que los mueva por él?"

Se encogió de hombros. "Ya sé que nadie podría obligarle a someterse a un ejercicio así a menos que él mismo esté dispuesto. Pero si se le puede persuadir, podría curarse más rápidamente".

"¿Qué quieres decir?"

"Lo único que harán los ungüentos es ayudar a calentar y estimular las articulaciones. Para que vuelva a caminar, tiene que ignorar la voz en su cabeza que le dice que no puede. El cuerpo de su marido se está curando, pero él no se lo cree".

La cabeza de Millicent daba vueltas con toda esta información. Esto no era en absoluto lo que había esperado hacía un mes. Todo estaba cambiando muy deprisa, pero no era el momento de confundirse pensando en eso.

"¿De verdad crees que tiene posibilidades de recuperarse del todo?"

Ohenewaa asintió con la cabeza. "Tú eres la única que puede persuadirle de hacer cosas que él se resiste a hacer. También está en tus manos alimentar su espíritu hasta la salud".

El sol de la tarde seguía brillando y calentando a través de la única ventana del despacho del mayordomo, y Lyon se estiró con placer al sentirlo. Los libros de las granjas yacían abiertos frente a él. Levantó la vista cuando Gibbs y el alguacil, Jonás, entraron en la habitación.

Lyon miró al joven alguacil. No era un hombre grande, pero parecía fuerte y sus ojos eran claros e inteligentes. Por lo que Lyon había oído decir a Millicent, Jonás había sido franco y algo rebelde durante su servidumbre a Wentworth, y había sufrido mucho por ello. Aun así, había logrado establecerse como líder entre los trabajadores de Melbury Hall, y Millicent aparentemente confiaba en él. Sin embargo, desde que fue nombrado alguacil, aún no había demostrado la confianza que el cargo requería. Debe de ser difícil, pensó Lyon, pasar de las profundidades de la esclavitud a una posición de autoridad. ¿Quién podía culpar al hombre si tardaba en sentirse cómodo en su nuevo papel?

Lyon se dio cuenta de la amistad que ya existía entre Gibbs y Jonah. *Algo bueno,* pensó.

"Gibbs y su señoría hablan muy bien de ti, Jonah", dijo Lyon tras las presentaciones iniciales. "¿Qué te parece si nos ponemos de acuerdo sobre estas propiedades?".

Juntos, los tres discuten sobre las granjas de Melbury Hall y la falta de ingresos. En todo momento, animó a los dos hombres a ser abiertos en sus pensamientos sobre las formas de mejorar las cosas. Al poco tiempo, el ex esclavo se expresaba sin vacilar.

La detallada evaluación de Jonás sobre la situación actual se basaba claramente en un examen minucioso y un análisis reflexivo. Lyon escuchó atentamente mientras el alguacil hablaba largo y tendido.

"Hay extensiones de tierra en las granjas del este, milord", concluyó, "que seguramente son capaces de producir muchas buenas cosechas. Pero están en barbecho, y los edificios de la granja se están derrumbando por falta de uso. La tierra sólo se utiliza para el pastoreo de ovejas. Incluso la granja lechera. No tiene sentido para mí, con perdón. Los precios de la lana han bajado. El terrateniente era parcial a sus caballos, también, así que tenemos demasiada tierra de pastoreo aquí en la granja de la casa. Solgrave, la finca al oeste de nosotros, siembra cebada, centeno, algo

de avena y acres de trigo".

Cuando Jonás hizo una pausa, Gibbs preguntó qué les impedía hacer lo mismo aquí. El alguacil les habló de la falta de gente en las granjas exteriores. Todos los africanos habían vivido antes en la Arboleda, y no era práctico que los trabajadores viajaran a diario para trabajar en esas granjas. Pero ahora, con el proyecto de Lady Aytoun de construir nuevas casas de campo, la esperanza era sembrar esos campos en primavera.

Lyon les contó lo que había oído sobre los nuevos métodos que se estaban utilizando en todo el campo. Los métodos agrícolas están cambiando, con avances en la rotación de cultivos, los cultivos forrajeros y el nuevo diseño de los campos. Durante una hora y media, discuten sobre el mejor uso del suelo y de la tierra.

Finalmente, se habló de la idea de reorganizar las granjas exteriores, arrendar las tierras a las familias y ayudarlas a restaurar o construir las viviendas o dependencias que necesitaran. Para cuando Jonás abandonó la sala, Lyon confiaba en que el hombre lo haría bien. También se encontró mirando a Gibbs de forma diferente.

"Estoy bastante impresionado por lo adecuado que pareces estar para el puesto de mayordomo. ¿Quién hubiera pensado que un perro así podría llegar tan alto?"

El gigante miró con el ceño fruncido al conde.

"Hablo en serio, Gibbs. Has establecido una relación viable con este alguacil, que te será de gran ayuda. Conoces la casa. Ya has tenido suficiente tiempo aquí para aprender tu camino y llegar a conocer a todos. Y en cuanto a hacer el trabajo de mayordomo, has ayudado a Campbell suficientes veces en Baronsford como para encargarte de todo aquí".

"Och, me gustaría poder decirlo con seguridad, milord. Creo que los hombres nacen para este tipo de puestos. Tal vez su esposa debería buscar otro lugar para ocupar el puesto. ¿Crees que me está pidiendo demasiado?"

"Eres un buey musculoso, sin duda, Gibbs", le espetó Lyon. "No tienes más fe en ti mismo que la que tiene una ciruela cocida. No te está pidiendo que vendas tu alma al diablo. Sólo te ofrece un puesto en la casa. Una posición en la que sobresaldrás. Habla, simio de las tierras altas. ¿Qué te detiene? Sal con eso."

Lyon sabía lo que pensaba su hombre. Durante diez años habían sido inseparables. Donde Lyon había ido, Gibbs había ido también. Cuando él había tomado una comisión, Gibbs se había unido para servir con él. Cuando su regimiento había sido enviado a la India para luchar contra los holandeses, Gibbs había estado a su lado. Cuando se había batido en duelo contra cualquier número de canallas, Gibbs había servido fielmente como su hombre. Ahora al Highlander se le ofrecía un puesto que le daría un lugar propio, en cierto sentido.

Las oscuras cejas de Gibbs eran una línea recta cuando por fin levantó la vista. "Tiene que ver con responsabilidades, mi señor, responsabilidades y lealtades. Después de todos estos años juntos, no puedo permitir que penséis que he olvidado lo que hicisteis por mí."

"Arrastré tu culo fuera de una casa de ostras. Eso es todo". Lyon sacudió la cabeza con incredulidad, pero recordaba muy bien aquel día. Deambulando por un establecimiento de Edimburgo en High Street el día del cumpleaños del rey Jorge, Lyon se había encontrado con un montañés alto y ligeramente ebrio que se negaba a beber a la salud del monarca a menos que el resto de la muchedumbre ebria bebiera a la del príncipe Carlos. Habían estado dispuestos a meter su cadáver rebelde en Mons Meg y dispararle desde las murallas del castillo de Edimburgo. "Y eso fue hace más de una década. ¿Sabes cuántas veces me has pagado a lo largo de los años por ese día?"

"No, mi señor. Ha sido una cosa muy bonita, servir en su casa a lo largo de los años. Pero

nunca he tenido la oportunidad de recompensaros. Durante todos los años que he estado a vuestro servicio, he sido la envidia de todos los criados desde Baronsford hasta Bath. Siempre me habéis tratado como a un igual, y tengo mucho que agradeceros sólo por eso".

Lyon soltó un suspiro de frustración. "No me dejarás, maldito hijo de ladrón de caballos. Te pondré al mando de las cosas y marcarás una maldita diferencia".

"Och, por el diablo. Si estás pensando..."

"Estoy pensando que seré mucho más duro contigo si no te largas de aquí ahora mismo y le dices a mi mujer que aceptarás el puesto que te ha ofrecido".

Gibbs miró hacia la puerta y de nuevo a Lyon. "Si está seguro, milord."

"Fuera."

Lyon le vio dirigirse a la puerta y abrirla. Antes de irse, el montañés lanzó una mirada por encima del hombro. "Gracias, milord. Haré que usted y su novia se sientan orgullosos".

"Sé que lo harás".

Con la puerta de la alcoba abierta y una docena de velas encendidas en cada mesa y estante, Millicent trató de disipar toda apariencia de intimidad en la habitación mientras se preparaba para la tarea que tenía por delante. Siguiendo sus instrucciones, los criados vistieron a Lyon con un camisón de mangas anchas y lo depositaron sobre la cama.

Mientras John seguía en la habitación, Millicent aplicó los ungüentos en el brazo derecho de su marido y cambió el vendaje de su quemadura, que estaba curándose estupendamente. Pero el sirviente, bajo y fornido, pidió que lo despidieran, y Millicent se quedó sola para aplicar los ungüentos de Ohenewaa al resto del cuerpo parcialmente vestido de Lyon.

Cuando terminó de untar una de las piernas de Lyon con el ungüento del curandero, tenía la cara ardiendo y estaba empapada en sudor.

"¿Por qué no llamas a la maldita casa para que nos acompañe mientras haces esto?"

Ella le miró sorprendida. "No sé a qué te refieres".

"¿En serio?" Levantó la barbilla desafiante. "Has estado nervioso como un gato desde que me agradeciste que Gibbs decidiera aceptar tu oferta de nombrarlo mayordomo".

"Me tomaste en tu regazo y me besaste".

"¿Qué tiene de malo?", preguntó con una sonrisa irónica.

"Había al menos media docena de sirvientes alrededor, todavía sirviendo la comida".

"¿Y?"

Millicent se había emocionado, avergonzado y confundido. Simplemente había ignorado todas las miradas de asombro y las sonrisas infructuosamente disimuladas de los camareros. Por supuesto, el hecho de que ella prácticamente se hubiera fundido con él tampoco había ayudado.

"¡Y nada!", susurró ella, mojando los dedos en el ungüento y untándoselo en la otra pierna.

Su larga conversación con Ohenewaa esta tarde había abierto los ojos de Millicent a la naturaleza efímera de su situación actual. El primer día de encuentro con la viuda, había exigido que, en caso de recuperación del conde, el divorcio sería incontestable. Ahora parecía que efectivamente se recuperaría, y tal vez con rapidez.

Millicent no era tonta. Sabía que nunca sería un miembro aceptado de la *tonelada*. Siendo una joven de aspecto mediocre y linaje bastante respetable, apenas había sido lo bastante atractiva para los pretendientes como para conseguir un matrimonio con un abusivo propietario de una plantación de azúcar con aspiraciones sociales. Desde entonces, su aspecto y su suerte no habían hecho más que empeorar. No quería imaginar lo desagradable que Lyon la encontraría

como esposa una vez que estuviera completamente curado.

"No necesitas hacer esto si te incomoda".

"No me siento incómoda", respondió ella, encontrándose con su mirada divertida. Había hecho un trato e iba a cumplir su parte. "Esto es sólo el principio de estos tratamientos. El mozo de cuadra que envié a St. Albans pudo encontrar varias hierbas que Ohenewaa estaba buscando. Ya ha prometido prepararle otro ungüento mañana. Y necesitaré que John o Will me ayuden todos los días a hacer ejercicio-"

"Todo esto es una pérdida de tiempo. No tengo ningún maldito control de esos miembros".

"Hoy no tienes control. Pero mañana..." Hizo una pausa, tras terminar de untarle la pierna con el ungüento; le tapó con las mantas. "Mañana será un nuevo día, con nuevas sorpresas y mayores promesas".

Le cogió la muñeca cuando estaba a punto de envolverle el pecho con la manta. "Eso es lo que he estado haciendo todos estos meses. Pensando en el mañana. Sabiendo que nada cambiaría. Tan seguro como puede estar un hombre de que seguiré siendo un patético lisiado, atrapado en una silla durante diez mil mañanas".

"Bueno, estoy decidido a hacerle cambiar de opinión al respecto, milord".

"¿Cómo? ¿Distanciándose? ¿Huyendo?"

"No, estoy aquí. Le ayudaría, pero tenía que protegerse a sí misma y a su corazón. ¿Pero cómo podía admitirlo ante él? "Estaré aquí siempre que me necesites".

"Muy bien. Entonces pasa la noche aquí conmigo. En mi cama, a mi lado".

"No veo que..."

"Anoche fue la única noche tranquila que he tenido en meses. Te quiero aquí. Te necesito aquí".

Se había quitado el sombrero y le había susurrado buenos días. Le sonrió cuando entró en la sala de servicio esta noche. Violet no veía nada malo en servirle a Ned Cranch la cena tardía. Estaba claro que había vuelto a encontrar sus modales y a Vi le gustaba cómo la trataba.

Violet llenó su taza de cerveza y se sentó al otro lado de la mesa, observando cómo sus manos grandes y callosas manipulaban la comida de su plato. Por mucho que odiara admitirlo, echaba de menos sentir aquellas manos sobre su cuerpo. Levantó la vista hacia su ancho pecho y pensó en el vello crujiente y rizado y en el roce de éste con sus pechos. Y aquella boca mordiéndola y chupándola. Debió de hacer ruido, porque los ojos verdes de Ned se levantaron de su comida y se encontraron con los suyos.

"No dejes que tus pensamientos vayan demasiado al sur, lassie, o te llevaré a los establos. Si llegamos tan lejos".

Violet se sonrojó de vergüenza y se quedó mirando los profundos surcos de la mesa del comedor. Era guapo y encantador y el único amante que había tenido. Pero al mismo tiempo necesitaba obligarse a recordar que él era malo y rudo y que no se lo había pensado dos veces antes de echarla de su habitación en aquella taberna de St. Albans. Violet sabía que tenía que obligarse a comportarse con timidez, a permanecer fría y reservada, como hacía la señora Page con el señor Gibbs. Definitivamente no serviría de nada babear tras Ned cada vez que se acercara a ella.

"¿Quién se cree que es, la maldita Reina de Saba?"

Inmediatamente molesta con su tono, Violet siguió la dirección de la mirada de Ned y vio a Will, el larguirucho ayuda de cámara del conde, sosteniendo una puerta abierta mientras

Ohenewaa llevaba una bandeja. La mujer tenía sin duda el aspecto de una reina.

"Es una gran sanadora".

"¿Qué diablos significa eso? ¿Es una bruja?"

"No", le espetó. "Es Ohenewaa. Sabe mucho de hierbas y medicinas. Fue esclava de un médico inglés durante unos cuarenta años antes de que Lady Aytoun la trajera aquí. Las mujeres de la mansión dicen que probablemente le enseñó más de lo que aprendió".

Violet observó con gran admiración cómo la anciana se deslizaba por la habitación y desaparecía en las cocinas con Long Will pisándole los talones.

"Las historias que cuentan sobre su capacidad para curar cosas son impresionantes. La mayoría de los negros de aquí la conocían de..."

"¿Tu ama no tiene miedo de dejarla acercarse a la comida? He oído historias sobre los brujos de las islas azucareras. Cuando no están causando problemas a los esclavos, envenenan a los amos". Empujó su comida a medio comer lejos de él. "¿Y si ésta decide envenenarnos a todos con uno de sus brebajes?"

"Eso que dices es horrible". Violet le miró con el ceño fruncido. "Todo el mundo confía en Ohenewaa. Ella no haría algo así. Y eso incluye a mi ama".

Resopló con incredulidad y apuñaló un gran trozo de carne del plato.

Sintiéndose obligada a defender a Ohenewaa, Violet se inclinó hacia él y bajó la voz. "Lady Aytoun la compró en una subasta. Esa anciana fue traída aquí en nada más que harapos".

"¿Sí? ¿Y qué?"

"Bueno, su señoría valora más la opinión de Ohenewaa que la de todos esos médicos de lujo que han atendido a su señoría desde su accidente. Más que ese doctor que vino de Londres. Eso es lo que yo llamo confianza".

"¿Cómo es eso? ¿Esa mujer está cuidando del conde?"

Vi asintió exultante. "A ninguno de esos otros médicos se le permite venir aquí nunca más. Sus medicinas son lo único que toma el conde. Lo que ella dice se hace. La señora ha puesto la vida de su marido en manos de esta mujer. Eso debería decirte cuánto valora a Ohenewaa".

Capítulo Dieciocho

EL COLCHÓN se movió ligeramente bajo su peso y Millicent se despertó sobresaltada. Tumbada boca abajo en el borde de la cama, se apoyó en los codos y lo observó. Aún dormido, Lyon intentaba ponerse de lado. Pensó cómo podría ayudarle sin despertarle. Pero antes de que su lenta mente pudiera elaborar un plan, él susurró algo en voz baja y rodó con éxito sobre su lado derecho.

Millicent había accedido a su petición de pasar la noche en su cama. Por extraño que pareciera, al fin y al cabo era su esposa. Y la noche anterior también había sido especial para ella. ¿Qué daño podía hacer si se metía bajo las sábanas cuando él ya estaba dormido? Podía mantener una distancia segura entre ellos.

Al ver lo cerca que estaban ahora, Millicent se dio cuenta de que sus suposiciones habían sido erróneas. Ella había dormido intencionadamente en el lado derecho de la cama para que el brazo bueno de él no le rozara el cuerpo sin querer. Pero él había rodado hacia ella y, mientras ella miraba, su brazo izquierdo se extendió y se posó sobre su espalda.

Su respiración regular le indicó que Lyon dormía profundamente, y Millicent volvió a apoyar la cabeza en la almohada. Sin embargo, no podía dormir. Nunca había pasado toda la noche en la cama de un hombre. Permaneció tumbada mientras la luz del amanecer iluminaba lentamente la habitación, estudiando el rostro de su marido.

Tenía una frente alta e inteligente y una nariz recta. Los párpados cerrados y las pestañas largas y oscuras ocultaban unos ojos que se tornaban de una docena de tonos azules diferentes, según su estado de ánimo. Millicent se preguntó qué aspecto tendría sin barba. Sin embargo, no le cabía duda de que Lyon Pennington era el hombre más apuesto que había visto nunca. Como una humilde mortal frente a un dios, Millicent sabía que probablemente sólo querría salir corriendo y esconderse.

Y eso sería lo correcto. Así no tendría que enfrentarse a la humillación de presentarla como su esposa.

Millicent conocía muy bien las costumbres del mundo social que habitaba Lyon. Había sido una ansiosa joven de dieciocho años cuando la introdujeron en el mercado matrimonial de la *tonelada* londinense, pero ese afán se le había pasado pronto. Los pretendientes apenas la habían mirado. Era demasiado sencilla. Demasiado delgada. Era demasiado callada. Había sido demasiado lista. Había sido demasiado todo menos especial. Los caballeros como Lyon Pennington -aquellos cuyas fortunas, logros, aspecto y modales los situaban en reinos aéreos muy por encima de los demás- ni siquiera se fijaban en ella. Los que lo hacían eran patanes sin dinero que sólo veían el tamaño de su dote como un aliciente.

Los años de vida sana, una educación adecuada y un buen apellido no fueron suficientes. La

confianza de Millicent en sí misma se agotó rápidamente. Pronto relegada a ese muro de solteronas envejecidas, había sufrido cinco temporadas londinenses de mortificación. Luego, a la avanzada edad de veintitrés años, había visto a su tío intervenir. Habría vendido a Millicent al mismísimo diablo con tal de quitársela de encima. De hecho, eso fue exactamente lo que hizo.

Millicent cerró los ojos para contener las lágrimas. No podría vivir consigo misma si Lyon se despertara ahora y la viera así. Había terminado con la autocompasión. Tras la muerte de Wentworth, había encontrado una fuerza sorprendente al valerse por sí misma. Así quería que el conde de Aytoun la recordara cuando se separaran. Que recordara su fuerza, pensó.

Rodó lentamente hasta quedar de espaldas a él. Sin embargo, antes de que pudiera deslizarse fuera de la cama, el brazo de él la rodeó por la cintura. Con delicadeza, tiró de ella lentamente contra su pecho. Millicent no protestó. No hizo ningún ruido y se limitó a esperar. Al mirar por encima del hombro, vio que él seguía dormido.

Volvió a susurrar algo en sueños y entonces, para su sorpresa, una de sus piernas se movió y se deslizó sobre la de ella. Se le había subido el turno de noche y podía sentir su cálida piel tocándole el muslo. Millicent rodó hacia él, sin creer lo que acababa de ocurrir. Quizá todo había sido un sueño. Pero él continuó moviéndose hasta que ella se encontró tumbada boca arriba con la mitad del cuerpo dormido de su marido sobre ella.

Había movido la pierna. Ella no se atrevía a respirar. Aturdida por el descubrimiento, Millicent sintió que su mente se agitaba con pensamientos sobre cómo iba a despertarle, cómo iba a decírselo. El impacto de su capacidad para mover la pierna y su reacción la animaron. Ohenewaa tenía razón. Había dicho que la decisión de curar estaba en el propio Lyon.

El corazón le latía con fuerza y giró la cabeza sobre la almohada para despertarle. Su cara estaba a escasos centímetros de la de ella. Se dio cuenta de que estaba en medio de un sueño. Tenía el ceño fruncido y susurraba de nuevo palabras que ella no entendía.

"Lyon", susurró suavemente contra sus labios.

Su cuerpo se sacudió una vez en sueños, y el brazo que tenía enroscado alrededor de su estómago se movió. Millicent sintió que la mano de él bajaba hasta el borde de su camisón. La pierna de Lyon volvió a moverse, rozando la sensible piel de su muslo desnudo.

Millicent sintió que se le secaba la garganta. Apenas podía oír su voz cuando volvió a susurrar su nombre. Él no se despertó, pero su mano se deslizó bajo el camisón y subió con una lentitud enloquecedora por su muslo, su cadera, las curvas y los huecos de su vientre, hasta que le acarició el pecho.

Una docena de veces a lo largo de aquel lento viaje, estuvo a punto de agarrarle la mano y detenerle. Una docena de veces, sin embargo, se contuvo, incapaz de decidir qué deseaba más: ser tocada por aquel hombre o liberarse del contacto de cualquier hombre.

El corazón le martilleaba ferozmente las paredes del pecho. Un apretado nudo de fuego se había enroscado en algún lugar de su centro, y Millicent se encontró arqueando ligeramente la espalda, apretando la mano de él. El calor despertado por el simple contacto, la sensibilidad de su cuerpo a las caricias de él, la estremecieron. Se acercó más a él y la mano de Lyon rozó ligeramente la sensible areola de su pecho, haciendo que su pezón se endureciera en respuesta. De repente, supo que no quería que se detuviera.

"Lyon". Millicent volvió la cara hacia él y rozó sus labios con los de él. Se estiró ligeramente y su mano cobró vida sobre el cuerpo de ella. Pasó los dedos por su vientre y luego volvió a subir para explorar sus pechos, sintiendo la plenitud de uno y luego viajando al otro. Su suave contacto bastó para que ella respirara agitadamente. Su cuerpo se estremecía de excitación. Parecía estar despertando, pero Millicent rezaba desesperadamente para que no la apartara una vez que abriera

los ojos.

Volvió a besarle, esta vez utilizando la lengua para acariciarle la comisura de los labios. Él emitió un gemido en sueños, y los escalofríos de ella dieron paso a estremecimientos cuando sintió que le pellizcaba suavemente un pezón erecto.

Cuando la mano de Lyon abandonó su pecho y bajó por su vientre hasta el pequeño triángulo de vello en la unión de sus muslos, su cabeza rodó hacia atrás sobre la almohada. Miró el techo gris y sus labios se entreabrieron ligeramente. Instintivamente, sus caderas se levantaron contra su mano y sus piernas se abrieron para él. Un suave gemido se escapó de ella cuando los dedos de él se deslizaron entre los pliegues de su feminidad, explorando ligeramente y luego encontrando y acariciando el sensible nódulo del deseo.

A Millicent se le nubló la vista y se le entrecortó la respiración. Su cuerpo empezó a latir a un ritmo que siempre había asociado con el miedo y el dolor. Pero eso era antes. Lo que sentía ahora era un deseo y una expectación tan intensos que temía gritar.

Lyon la acariciaba con más fuerza. Giró la cabeza sobre la almohada y encontró la boca de él buscando la suya. Lo besó, pero en cuanto sus dedos penetraron en su interior, el cuerpo de Millicent estalló con fuerza volcánica. Jadeó y, de algún modo, consiguió rodar bajo el peso de su pierna hasta quedar frente a él. Millicent se aferró con fuerza a él mientras oleadas de pasión seguían recorriendo su tembloroso cuerpo.

Lyon se despertó por completo al oír el llanto de una mujer. Sobresaltado, se encontró a escasos centímetros del rostro de Millicent. Tenía los ojos cerrados, pero incluso a la luz del amanecer vio que las lágrimas se le escapaban por las comisuras de los párpados y caían. Se sorprendió al ver su mano metida íntimamente entre sus piernas. La retiró inmediatamente.

"Maldita sea", murmuró. "Millicent... Yo no... Yo estaba... Por el demonio, ¿te he hecho daño? ¡Dios mío!"

Se detuvo cuando ella sacudió la cabeza y se limpió la humedad de la cara. Le miró.

"No te culpes. Tú no me hiciste daño. Estábamos... estaba atrapado en... en algo."

Vio que las lágrimas brillantes volvían a formarse en sus ojos grises. Había estado soñando. Estaba en Baronsford. No, era Londres. Una mujer había venido a su cama. Su cuerpo aún estaba dolorosamente excitado. Era Millicent.

Su cuerpo. La mente de Lyon empezó a aclararse. Estaba tumbado de lado. Empujó las mantas hacia atrás con una mano.

"Te has enrollado". Se apresuró a bajarse el camisón. "Rodaste mientras dormías".

Lyon vio su pierna y su rodilla atrapando la parte inferior de su cuerpo. Era imposible.

"¿Cómo?" Intentó mover la pierna, pero no pudo. La frustración sustituyó rápidamente a la sorpresa. "¿Cómo lo he hecho?"

"Estabas dormido. No estabas pensando en ello", replicó ella suavemente, incorporándose y tratando torpemente de apartar sus piernas de las de él. "Simplemente lo hiciste".

"Eso no es posible", insistió obstinadamente, intentando de nuevo que se moviera empujando con la rodilla. Nada. "No puedo mover la maldita pierna".

"No te resistas, Lyon." Millicent consiguió liberarse. Cubriéndole con la manta, consiguió por fin tumbarle boca arriba. "Tu fuerza está volviendo. Sólo tienes que darle tiempo. Ohenewaa dijo que podría suceder así. Que un día lo harías".

"No", espetó Lyon, aunque sabía que nadie más podría haberle movido a esa posición. Tal vez...

No dijo nada de las otras veces. Era cierto que hacía poco había movido el pie y la mano. Pero cada vez había ocurrido sin previo aviso, y la frustración de no poder volver a hacerlo segundos después era casi demasiado para soportarlo.

"Fue un extraño accidente".

"No lo era", dijo ella pacientemente, enderezándole el brazo derecho, poniéndole las mantas por encima y arropándoselas con cuidado alrededor del pecho. "Dale tiempo. Tu cuerpo se está curando".

El pelo de Millicent colgaba en una cascada de rizos alrededor de su cara. Los pensamientos de Lyon dieron un vuelco y se preguntó por qué no le había dicho lo diferente que se veía así y lo mucho que le gustaba. Se deslizó fuera de la cama y la rodeó, arropando las mantas.

"¿Tienes calor suficiente?", preguntó.

"Sí". La atención de Lyon ya no estaba en sí mismo. En la penumbra de la habitación, trató de enfocar su rostro. Ella había estado llorando, y la tristeza aún permanecía alrededor de sus ojos.

"¿Puedo traerte algo de beber? ¿Un poco de agua?"

"No", dijo, descontento consigo mismo por haber tenido la osadía de intimar con ella... sin estar despierto.

Le tocó la pierna una vez, alisando la manta, y dio un paso atrás. "Buenas noches, entonces."

"¿Adónde vas?"

Ella continuó retrocediendo. "A mi propia alcoba."

"¿Por qué?"

"Ya casi es de día". Había llegado a la puerta y ya estaba tirando del pestillo.

"Millicent, espera", llamó bruscamente.

"¿Qué pasa?"

"¿Qué acaba de pasar?"

"Rodaste mientras dormías. Has movido la pierna. Eso es un gran progreso".

No se dejó engañar por su vano intento de parecer feliz. "¿Qué más ha pasado? Dímelo. ¿Qué te he hecho?"

Sacudió la cabeza, pero no le salieron palabras.

"Actué... me comporté... deshonrosamente contigo, ¿verdad?"

Volvió a sacudir la cabeza, pero su mirada estaba clavada en el suelo. Lyon se maldijo. De una cosa estaba seguro: la había tocado sin su consentimiento.

"Debo disculparme por la forma en que me comporté, por lo que sea que haya hecho, por lo que sea que me estés perdonando tan gentilmente. Te prometo, Millicent, que fuera lo que fuera, no volverá a ocurrir".

"No ha pasado nada. Por favor, vuelve a dormir". Susurró las palabras antes de salir de la habitación y cerrar suavemente la puerta.

Se sintió aliviada al ver que el pasillo estaba desierto. La casa seguía durmiendo. Millicent veía borroso, pero consiguió contener las lágrimas hasta que estuvo a salvo en su dormitorio. Después ya no pudo contener sus emociones.

Se había disculpado.

Wentworth había violado y maltratado su cuerpo sexual y físicamente en cada oportunidad durante sus cinco largos años de matrimonio. Como marido, se había arrogado el derecho de "educarla" a su antojo. La había herido, había matado a su bebé nonato, casi la había matado. Había pisoteado su cuerpo como si fuera paja seca en los graneros.

Pero Lyon se había disculpado con ella por hacer que ese mismo cuerpo se sintiera vivo. Se

había arrepentido de tocarla sin preguntarle primero. Incluso dormido, le había mostrado la luna y las estrellas como Millicent nunca supo que habían existido. Y Lyon Pennington también era su marido.

Millicent enterró la cara húmeda en la almohada. No tenía derecho a sentirse mal porque en su inconsciencia él la había hecho subir a cotas desconocidas de éxtasis. Debería estar agradecida por la experiencia de aprender que entre un hombre y una mujer podía existir algo más que dolor y miedo.

Se estaba haciendo más fuerte. Sus miembros empezaban a funcionar. Un día no muy lejano, simplemente se iría. Y cuando eso ocurriera, Millicent tendría que seguir con su propia vida. La idea la aterrorizaba.

Las lágrimas brotaron más deprisa. Una tristeza adormecedora envolvía su alma.

¿Quién era ella, pensó Millicent, para preocuparse tanto por él?

Un carruaje estaba parado en la esquina de un oscuro callejón de St. Albans. Un mozo de cuadra, con el sombrero bajo, esperaba junto a los caballos hablando con el cochero. La sombra ocultaba la identidad de los dos hombres que se encontraban en el interior.

"Los grandes elogios del señor Platt a sus esfuerzos me convencieron de que debía venir a conocerle en persona". Jasper Hyde estudió la expresión arrogante del joven obrero. "Ahora, después de oír todo sobre la esclava y su influencia en Lady Aytoun, ciertamente me alegro de haber hecho el viaje".

"Como le decía, Sr. Hyde, su señoría confía cada vez más en ella. Dudo que ninguna oferta de dinero convenciera a lady Aytoun de desprenderse de la esclava". Ned Cranch bajó la voz y se inclinó confidencialmente hacia el dueño de la plantación. "Pero como he estado mirando por el lugar, me he dado cuenta de que nadie la vigila. Y ella tiene una rutina".

"¿Y qué es eso?"

"La mujer sale de casa hacia el amanecer y recorre el parque de los ciervos en dirección a Solgrave, recogiendo cosas en esta gran cesta que cuelga de su cuello. Regresa a Melbury Hall a la hora en que la cocina está lista para servir el desayuno al conde".

"Qué conveniente". Hyde sintió las punzadas de dolor entre las costillas, pero trató de ignorarlas.

"Si quiere, Sr. Hyde, podría arrebatársela alguna mañana cuando esté en el bosque". Ned miró hacia la sombra y bajó la voz a un susurro. "De hecho, sabiendo que estáis dispuestos a hacer que valga la pena, podría degollarla más fácilmente y hacer que pareciera que la atacó algún gitano o calderero que pasaba por allí, tal vez. Sólo tiene que decirlo, señor".

"Lo tendré en cuenta, Sr. Cranch. Mientras tanto, tengo otros planes en marcha que podrían zanjar el asunto de una vez por todas." Hyde se frotó el pecho mientras el dolor empezaba a aumentar. "Pero esa es una buena idea por su parte. Ahora, sigue vigilando". Le costó levantar el brazo lo suficiente para lanzarle al hombre una bolsa de monedas. Cranch no tuvo problemas para cogerla.

"¿Vendrás tú mismo o enviarás al Sr. Platt la próxima vez?"

"Te avisaremos". Hyde débilmente hizo un gesto hacia la puerta del carruaje, haciendo señas al hombre a salir. No le gustaba que nadie lo viera cuando se retorcía de dolor. Se negó a que otros vieran el control que Ohenewaa tenía sobre él.

"Gracias, señor."

Ned Cranch salió del carruaje en medio de la oscuridad. En cuanto se cerró la puerta, Hyde

se rasgó el cuello y la corbata. No podía respirar. El dolor le abrasaba el pecho con el mismo calor abrasador que sus alguaciles habían utilizado para marcar la carne de sus esclavos.

Hyde no tenía voz ni fuerzas en ese momento, de lo contrario habría llamado a Ned Cranch y le habría ordenado que cortara el cuello de la mujer. Si supiera que ésa era una forma segura de acabar con la maldición de la diablesa.

Capítulo Diecinueve

"NO ERES MÁS que una maldita mala hierba, Gibbs", se quejó Lyon cuando el nuevo mayordomo entró en la biblioteca.

"Gracias, milord."

"¿No te das cuenta de que al tomar la posición de mayordomo, se supone que estás liberando más de su tiempo? En lugar de eso, la estás atando con nudos".

"No es de las que se toman a la ligera lo que consideran su deber, señor". El montañés se sentó en la mesa de escribir con una elegancia que contradecía su tamaño. Sacando la pluma y la tinta, se dispuso a escribir la correspondencia que Lyon había querido dictarle esta mañana. "He estado intentando aliviar la carga de su señoría".

Millicent llevaba tres días corriendo en todas direcciones. Salvo breves destellos cuando se servía el desayuno y la cena, o cuando pasaba por alto algún nuevo brebaje diabólico que Ohenewaa había ideado para las piernas y el brazo de Lyon, o cuando uno de los ayuda de cámara lo inclinaba de un lado a otro, había sido difícil encontrarla.

Peor, sin embargo, era el asunto de que ella no volviera a su cama por la noche. Estaba muy cansada, o tenía que quedarse hasta tarde contestando cartas, o algo por el estilo. Cualquier excusa que se le ocurriera le impedía quedarse a solas con él.

No podía seguir así, pensó Lyon. La echaba de menos. Echaba de menos todo lo que compartían, desde las escaramuzas verbales hasta los besos que le hacían hervir la sangre en las venas. Más de una vez Lyon se había maldecido por lo que fuera que había ocurrido aquella noche en que la había tocado mientras dormía. Esa era la causa de todo aquello, estaba seguro. Pero mantenerse alejado de ella tampoco le estaba dando ninguna respuesta, y necesitaba cambiar eso.

Los papeles que se barajaban en el escritorio atrajeron de nuevo la atención de Lyon hacia Gibbs. El hombre parecía abatido.

"Maldita sea, Gibbs. No te ha estado echando la culpa de su apretada agenda".

"No me sorprende, milord".

"De hecho, ha estado cantando tus alabanzas".

"Es propio de su señoría hacer eso, milord. Es muy generosa con sus cumplidos".

"¿Dónde está esta mañana?" preguntó Lyon con impaciencia.

"Está revisando los planes de Cook para servir mañana al Reverendo y a la Sra. Trimble".

"¿Cuánto tiempo estará con él?"

"No demasiado..." Gibbs se detuvo. "Podría llevar toda la mañana, dependiendo de lo involucrada que Lady Aytoun quiera estar con los preparativos. Estoy pensando que ella quiere que esta visita vaya bien, milord."

"¿Tan importante es impresionar a un clérigo rural y a su mujer?"

"La Sra. Trimble es coja, señor, y no sale de la rectoría muy a menudo. La mujer hace el esfuerzo sólo para conocer a su señoría".

Lyon resopló. "Supongo que no sabrá adónde va su señora después de sus discusiones con Cook".

"Sí, milord. El maestro de escuela que generalmente viene a Melbury Hall los jueves por la tarde no se encuentra bien, al parecer. Cuando eso ocurre, su señoría intenta hacerse cargo de las lecciones de los niños mayores y de algunos de los trabajadores." Gibbs hizo una pausa, e inmediatamente añadió: "Para que lo sepáis, en ocasiones también trabaja con algunos de los más pequeños los viernes por la mañana."

"¿Hay niños aquí?" preguntó Lyon con asombro.

"Sí, milord. Negros y blancos y corriendo por todas partes. En su mayoría son hijos de los que trabajan en las granjas, pero unos pocos pertenecen al Salón".

"¿Por qué no van a la escuela en el pueblo? ¿Qué es... Knebworth?"

"Por lo que he oído, empezaron a enseñar a los pequeños aquí en los tiempos de ese cur Wentworth. El reverendo Trimble y el maestro de escuela, un escocés llamado Cunningham, salieron a dar clases. Su señoría quería continuar con la lectura y la escritura y los fundamentos de la aritmética. Algunas de estas personas ya han pasado la edad escolar, pero esta es la primera oportunidad que han tenido, milord. La mayoría de los más jóvenes van a la aldea de Knebworth para su escolarización, pero todos siguen esperando con impaciencia esta reunión en el Salón."

"Llévame allí". Ante la expresión de sorpresa de Gibbs, Lyon hizo un gesto de impaciencia al mayordomo. "Después de que terminemos con estas cartas, quiero que lo arregles para que me lleven a donde esté mi esposa. A partir de hoy, deseo hacer compañía a Millicent en sus quehaceres diarios."

Millicent estaba inclinada sobre el hombro de una de las mujeres y guiaba su mano sobre la pizarra cuando oyó el roce de los bancos y murmullos sorprendidos. Cuando levantó la vista, todo el mundo estaba de pie y mirando hacia la puerta. Al enderezarse, se sorprendió al ver que los criados dejaban con cuidado a lord Aytoun justo delante de la puerta de la sala de servicio.

"Milord", le saludó ella, sorprendida por su aparición. Se acercó a él alrededor de la mesa.

"Ignoren mi presencia aquí", dijo al grupo, haciendo un gesto con la mano buena. "Sentaos y continuad".

Atónito, nadie se movió. Millicent se dio cuenta de que ambos criados evitaban mirarla a los ojos y en su lugar miraban al suelo.

"¿Qué hacéis aquí, mi señor?", susurró cuando llegó a su lado.

"He venido a verte."

"Puede que hayan enviado a alguien a por mí. Si pudiera darme un momento, puedo despedir a esta gente y..."

"No." Le agarró la muñeca antes de que pudiera apartarse. "Preferiría verte enseñar. He echado de menos tu compañía, pero al mismo tiempo entiendo tus responsabilidades. Así que sigue con tu trabajo y yo me sentaré aquí tranquilamente. Prometo no volver a interrumpir".

Millicent le miró boquiabierta. Era imposible que se opusiera. "Muy bien, milord. Como queráis".

Retiró suavemente la muñeca y trató de aparentar serenidad mientras se volvía hacia sus alumnos. Todos se sentaron, excepto Moses. El gigantesco vigilante seguía mirando inquieto a

Lyon.

"¿Dónde estábamos?", preguntó al grupo.

Varios murmuran en voz baja que han terminado sus ejercicios de escritura. Era hora de pasar a la lectura. Millicent agrupó a los alumnos de dos en dos y de tres en tres y, entregando una Biblia a cada grupo, les asignó un pasaje a cada uno, diciéndoles que alternaran la lectura cada tres líneas.

Moses seguía de pie cuando ella llegó hasta él, y comprobó que el anciano era claramente aprensivo. Tampoco tenía pareja.

La idea se le ocurrió a Millicent de forma inesperada y la expresó antes de tener siquiera la oportunidad de pensar en lo absurda que era.

"Lord Aytoun, ¿consideraría actuar como compañero de lectura de Moses?"

Su pregunta silenció la sala. Todos, incluida Millicent, contuvieron la respiración. La mirada de Lyon pasó de Millicent a Moses.

"Estaré encantado".

Millicent sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Casi podía saborear la salinidad de las lágrimas que estaban a punto de escapársele. Lyon Pennington seguía sorprendiéndola a cada paso.

Lyon dio una orden silenciosa a sus hombres, y ella se apresuró al lado de Moses para hacer sitio a la silla del conde. El negro pareció tan sorprendido como ella.

"Todo irá bien, Moisés", le susurró.

Nada más colocar la silla del conde en la mesa, Lyon miró al anciano. "Tengo entendido que tiene un perro que cayó en una trampa. ¿Cómo se encuentra?"

"Mejor, milord".

"¿Le quitaron la pierna?"

"No, milord."

"Bien. Tampoco me quitaron el mío".

La mirada oscura de Moses se fijó en las piernas de Lyon.

"Antes de empezar a leer, quiero que me hables de tu perro", dijo el conde, lanzando una mirada a Millicent. "Eso, si la señora no se opone".

"En absoluto, milord", respondió ella con una sonrisa mientras Moses se sentaba.

Capítulo Veinte

"¿PUEDO hacer algo más por usted, milord?"

Las cortinas estaban echadas. Todas las velas, excepto la que estaba junto a la cama, estaban apagadas. El fuego de la chimenea estaba apagado. Lyon se había puesto el camisón y Ohenewaa -acompañada por Millicent- había entrado y salido. Aquello se parecía demasiado a la situación en la que le habían dejado durante tres noches seguidas. John se retiraría y nadie le molestaría hasta la mañana siguiente.

Maldita sea.

"¿Dónde está su señoría ahora?" preguntó Lyon al ayuda de cámara.

"No lo sé, milord. Durmiendo, supongo".

"Ve a buscarla".

"¿Señor?"

"Encuéntrala y dile que necesito verla".

Enarcando las cejas, John se dirigió a la puerta.

"Espera".

El hombre bajito y redondo se volvió y miró a su amo.

"Dile que hay una emergencia. Dile... dile que me he caído de la cama. Sobre mi brazo malo. Dile que estoy de vuelta en la cama, pero con mucho dolor".

John miró boquiabierto al conde, claramente incómodo por llevar semejante mensaje. "Tal vez debería llamar al Sr. Gibbs para esto, milord. Si yo..."

"Te digo que lo hagas. Y no te preocupes. Asumiré toda la responsabilidad por el resultado. Espere. Sean cuales sean las órdenes que dé -enviar médicos o cualquier otra cosa- es tu deber asegurarte de que no se haga nada."

El ayuda de cámara se rascó la cabeza y siguió de pie junto a la puerta. "¿Puedo decir que os habéis cortado la mano o quemado otra vez, milord? Cayendo sobre ese brazo..."

"Haz lo que te digo, simio cobarde". Hizo un gesto tranquilizador con la cabeza. "No la haré sufrir demasiado. Te lo prometo".

Cuando el ayuda de cámara salió de la habitación, Lyon se acercó al borde de la cama. Quería tenerla a su alcance cuando viniera a verle. No recordaba la última vez que deseó algo tanto como deseaba que Millicent estuviera aquí ahora mismo. Pasar el día con ella había estado bien. Lyon se dio cuenta de que había estado más contento de lo que se había sentido en meses observando los muchos aspectos de su participación en Melbury Hall. Aquella casa era como una gran familia, y Millicent navegaba como una reina madre, ocupándose de todo lo que había que hacer.

Lyon se acomodó una almohada detrás del cuello. También había sido el primer día desde el

accidente en que se había sentido casi entero. No había tenido tiempo de lamentar lo que había perdido o quién le había hecho daño. En lugar de eso, observando a su mujer, le había invadido el simple deseo de tocarla. Y eso era lo que pretendía hacer ahora, aunque para ello tuviera que engañarla.

Lyon oyó la voz apremiante de Millicent en el pasillo y se tapó el brazo derecho con la manta. Un momento después, la puerta de su dormitorio se abrió de golpe y Millicent cruzó rápidamente el suelo hacia él. Llevaba el pelo alborotado.

"Enciende esas velas", ordenó a John, que se había detenido junto a la puerta abierta. "Envía a Ohenewaa aquí y dile a Gibbs que envíe un jinete a St. Albans a por un cirujano". Se inclinó sobre él y le quitó las mantas con cuidado. "¿Te duele mucho?"

Lyon le rodeó la cintura con su brazo bueno y la estrechó contra él. "Ya puedes irte, John. Asegura a todos que no necesito nada más".

El ayuda de cámara cerró inmediatamente la puerta y Millicent se volvió hacia él bruscamente.

"¿Cómo puedes decir eso si podrías haberte roto algo?". Sin esperar respuesta, le subió con cuidado la manga del camisón hasta el hombro y empezó a tocarle el brazo desnudo con los dedos. "¿Dónde te duele?"

"En ningún sitio", dijo él, admirándola mientras ella seguía inclinada sobre él. Estaba vestida con su camisón y una bata que, obviamente, no había tenido tiempo de anudar a la cintura. Le acarició la espalda con la mano.

"No sé qué me pasa". Miró hacia la puerta. "¿Dónde está Ohenewaa?"

"Ella no va a venir."

"¿Qué quieres decir?" Millicent intentó apartarse, pero Lyon la abrazó con más fuerza.

"Le ordené a John que no la atrapara, ni a ella ni a nadie".

Por fin se dio cuenta de lo que le había dicho al ayuda de cámara, y ella se volvió hacia él. Unas ondas de pelo castaño enmarcaban su pálido rostro, y Lyon se quedó mirándola. Sus ojos grises parecían enormes y casi plateados; sus labios eran carnosos y tentadores, y él se moría de ganas de probarlos...

"¿Por qué?", preguntó en voz baja.

"Porque lo que me pasa ahora, nadie más que tú puede arreglarlo".

"¿Te caíste sobre el brazo?"

"No."

Intentó apartarse, pero el brazo de él la rodeó con más fuerza. Se preparó y apoyó las manos en la almohada, a ambos lados de su cabeza. Entrecerró los ojos.

"Me engañaste".

"Lo confieso. Quería ver a mi mujer".

"Has estado conmigo todo el día."

"Te necesitaba ahora", dijo suavemente.

"Podrías haber mandado a buscarme y yo habría venido".

"Estoy seguro. Pero eso habría sido mañana por la mañana, con tres docenas de personas alrededor".

"No tres docenas. Una persona habría sido suficiente".

"En efecto. Uno de más". La mano de Lyon recorrió su espalda con caricias. "Debo decir que no me importa mucho cuando te alejas de mi cama".

"¿En serio?" Había un temblor en su voz. Parecía incapaz de apartar la mirada de sus labios.

"Te echo de menos", dijo en voz baja. Su cuerpo se movió ligeramente y sus pechos rozaron

el de él. "Echo de menos tus atenciones. Y echo de menos tu risa. Echo de menos esto".

Mientras hablaba, la atrajo hacia sí hasta que su cálido aliento se mezcló con el suyo.

"¿Esto?"

Levantó la mirada y la clavó en la de ella. "Esto".

Lyon acercó su boca a la suya. Ella se estremeció y cerró los ojos, y los labios de Lyon empezaron a moverse sobre los suyos, explorando posesivamente cada curva tierna y cada contorno tembloroso como si fuera un nuevo mundo inexplorado que hubiera descubierto y reclamado para sí.

"Y también hay otras cosas que echo de menos de no tenerte aquí". Lyon sintió que los brazos temblorosos cedían. Los pechos de ella se apretaron contra el de él.

"¿Qué más?"

Su corazón latía tan fuerte como el de él.

"Tu hermoso cuerpo".

Su mano se deslizó por su cadera hasta su muslo, empujándola hacia la cama. Ella obedeció y su cuerpo se estiró completamente sobre el de él. Lyon profundizó el beso, metiendo la lengua lentamente y retirándola, dándose cuenta de que sólo era una imitación del acto que empezaba a desear. La deseaba. Quería hacerle el amor.

Con un silencioso gemido de rendición, Millicent le cogió la cara entre las manos y sus labios empezaron a moverse sobre los de él con un ardor que despertaba.

La boca de Lyon se volvió más exigente al sentir que su cuerpo se tensaba dolorosamente con su excitación. Su mano se movía inquieta entre sus cuerpos. Ella se movió ligeramente, dejándole espacio para acariciarle el pecho. Inspiró profundamente, su carne se hinchó bajo la palma de su mano, su pezón se levantó contra el camisón. Él gimió de frustración y apartó la boca.

"Hazme el amor, Millicent."

Su rostro estaba sonrojado, casi embriagado, cuando le miró a los ojos. "Yo... yo no..."

"Te diré qué hacer. Ayúdame a hacerte el amor". Le rozó el pezón con los dedos a través de la tela del camisón. "Sé que la otra noche empecé algo que no terminé. Siento haberte hecho daño. Pero con los dos despiertos, quizá podamos hacerlo mejor".

Empezó a apartarse de él.

"Espera", dijo, con amargura en la voz. "Muy bien. Lo que tú quieras. Estoy seguro de que cuando te casaste conmigo no esperabas esto. ¿Qué mujer querría aceptar a un lisiado y verse obligada a verlo fracasar como hombre? ¿Qué mujer se conformaría con un marido de paja que sólo haría del acto de amar algo débil y tonto?". Sacudió la cabeza. "No. Es un error por mi parte pedirte que aceptes este cuerpo inútil que no puede moverse ni siquiera para amarte. Sólo te pido que te quedes. Estaré contenta si lo haces. Y no habrá más exigencias para..."

"Pero me gustan tus exigencias".

Millicent lo apretó contra la almohada y lo besó profundamente. Su lengua se deslizó tímidamente en la boca de él y luego se volvió más atrevida. Cuando por fin se apartó y rompió el beso, los dos estaban sin aliento.

"¿Qué debo hacer primero?"

Su inocente pregunta hizo que Lyon respirara con más calma. "Quítate la bata y el camisón".

Con las rodillas a ambos lados de las piernas de él, Millicent se arrodilló lentamente. Lyon vio que le temblaban las manos al quitarle la bata de los hombros. Contuvo la respiración cuando ella empezó a desatar la parte delantera del camisón.

"Estoy nerviosa".

"Yo también", respondió en voz baja. Lyon podía sentir su mirada sobre él mientras tiraba de la tela de lino hacia abajo. Ella no lo detuvo hasta que la prenda se ciñó tenuemente a sus caderas.

Era tan hermosa.

La mirada de Lyon se desvió hacia abajo, admirando su piel color crema que brillaba a la luz de las velas. Sus ojos se detuvieron en sus pechos redondos y turgentes. Estiró la mano y tocó la curva de un pezón, rozando con el dedo cada apretado capullo.

"Eres un tesoro. Un tesoro exquisito y hermoso". La miró a los ojos. "Quiero sentir tu cuerpo contra mí".

La mano de Lyon se deslizó hasta su cintura. Deslizó el camisón por sus caderas. Se lo pasó por las rodillas y los pies y lo dejó caer sobre la cama.

"¿Qué más debo hacer?"

"Quítame esta camisa", dijo él, incorporándose, con la voz ronca por el deseo. Millicent le tendió la mano y le quitó el camisón, pero no llegó más lejos.

Lyon estiró la mano y le acarició la suave piel del muslo, deslizándola entre las piernas. Ella se quedó inmóvil y apretó las piernas.

"No tengas miedo", susurró con rudeza, sentándose hacia delante y tomando su pecho entre los labios. Ella gimió y arqueó la espalda, y esta vez los dedos de Lyon empezaron a tantear el triángulo oscuro en la unión de sus muslos, buscando la entrada. "Entrégate a mí, Millicent".

Con un suave gemido se relajó, y los dedos de Lyon se deslizaron profundamente en su húmeda calidez.

Al cabo de un momento, la sintió palpitar contra su mano. La acarició y disfrutó de su creciente pasión. Su respiración se aceleró y, de repente, con un sollozo de placer, lo llamó por su nombre. Se aferró a él, enterrando la cara en su pelo y enroscando todo el cuerpo alrededor de su mano.

Cuando las olas empezaron a remitir en ella, Lyon sonrió. Nunca había pensado tanto en el placer de dar placer a una mujer. Es cierto que siempre se había enorgullecido de su capacidad para complacer a una mujer, pero esto era diferente. Mejor.

Mientras la idea le rondaba por la cabeza, ella puso una rodilla sobre él y él se colocó entre sus piernas.

"Llévame dentro de ti".

La mano de Millicent se movió muy despacio entre sus cuerpos y Lyon sintió un nudo en la garganta cuando sus dedos lo rodearon. Cerró los ojos y gimió en voz alta cuando los dedos de Millicent bajaron tímidamente por su cuerpo y ella se colocó en su punto álgido. Oyó su jadeo cuando la cabeza de su vástago entró en ella.

"Ahora, Millicent."

Sus miradas se cruzaron mientras sus cuerpos se unían en un ajuste perfecto.

Aunque no podía mover las piernas, no quería moverse en absoluto por miedo a perder el control. Las sensaciones que le recorrían eran de las que había creído que nunca volvería a experimentar. El placer de su apretada vaina cerrándose a su alrededor era incomparable. Estaba vivo de nuevo, y Millicent lo había hecho posible.

"Eres tan hermosa, por dentro y por fuera".

Su respuesta fue una sola lágrima que escapó de un ojo gris y se deslizó por su mejilla impecable antes de caer sobre los labios de él. Lyon la saboreó y luego la besó mientras las ganas de moverse se volvían enloquecedoras. Sus dedos se enredaron en su pelo y le metió la lengua en la boca una y otra vez con los mismos empujones sensuales que era incapaz de hacer con su

cuerpo.

Cuando Millicent apartó la boca, él casi gimió de frustración. Pensó que ella ya estaba disgustada por su incapacidad para dar placer a ninguno de los dos. Pero cuando la miró a la cara, lo que vio fue asombro y pasión. La ternura que se le agolpaba en el pecho era abrumadora. Allí tumbado, observó a Millicent mientras le tomaba la cara entre las manos y le rozaba los labios, las mejillas barbudas, la nariz, la oreja.

Entonces ella empezó a moverse, muy ligeramente, encima de él.

Los dedos de Lyon se apretaron contra su cadera y trató de guiar su cuerpo. Era evidente que no tenía mucha experiencia en el arte de amar. Seguía el instinto que le proporcionaba la naturaleza, su cuerpo palpitaba al ritmo que llevaba dentro.

Sus bocas volvieron a encontrarse y Lyon se echó hacia atrás, dejando que Millicent marcara el ritmo. Sentía que la presión aumentaba en su interior. El rugido en su cabeza casi bloqueaba cualquier otro sonido, y su cuerpo se tensaba, desesperado por liberarse. Pero no quería soltarse. No habría alegría en la carrera si ella no estuviera a su lado. Su cuerpo se deslizaba contra el suyo, sus caderas chocaban contra él. Ella jadeaba y él podía ver cómo se le subía el color a la cara.

"Lyon", susurró ella contra sus labios. "Nunca... nunca... había sentido esto".

Movió la mano entre sus cuerpos. En el momento en que la tocó, ella se inclinó sobre el borde de la pasión y gritó, convulsionándose a su alrededor, y Lyon también alcanzó ese punto de no retorno. Mientras su cuerpo se estremecía, él estalló dentro de ella al tiempo que una llamarada de colores ardientes estallaba ante sus ojos.

Los sonidos procedentes de la habitación eran inconfundibles. Los gritos quejumbrosos de una mujer. Los gemidos de esfuerzo del hombre. Violeta apoyó una mano insegura en la pared y se acercó a la puerta cerrada con pasos vacilantes.

Ya no era consciente del entumecimiento de sus manos y pies, ni del peso de la cesta de comida que había llevado desde Melbury Hall. Había venido en contra de sus principios y de su buen juicio. Ahora Violet se sentía mal mientras permanecía congelada junto a la puerta.

En silencio, rezó para que Ned no estuviera allí. Tal vez alguien más estaba usando su habitación por la noche. Violet pensó que Ned apreciaría que ella le llevara algo de cenar a la posada. Ahora rezaba para que estuviera en otra parte. Quizás le habían llamado de St. Albans.

Los ruidos en el interior aumentaron tanto en volumen como en cadencia.

"¡Neddy!" La voz de la joven se derramó claramente en el pasillo. "¡Oh, Dios mío!"

A Violet se le revolvieron las tripas. El asa de la cesta se le escapó de las manos y cayó al suelo. Miró la comida que se había desparramado alrededor de sus pies congelados.

De repente, la sangre le corrió caliente por las venas. Vi golpeó la puerta. Se oyó una maldición ahogada y, al instante, la puerta se abrió de golpe. Ned llenaba el umbral, una vela en el interior de la habitación ensombrecía su rostro.

"¡Por todos los diablos! ¿Qué queréis aquí?"

Violet le miró el pecho desnudo. Los calzones se le habían subido hasta las caderas, pero no ocultaban nada. Miró su mirada feroz y vio el temperamento que se estaba gestando allí. No le importó que estuviera enfadado.

"Te he traído la cena".

Miró hacia abajo y pateó la cesta con el pie descalzo. "Ya he comido. Lárgate".

Empezó a cerrarle la puerta en las narices, pero Violeta alargó una mano para detenerle.

"¿Quién está ahí dentro?"

"No es de tu maldita incumbencia."

"¿A quién tienes ahí?", dijo con más fuerza, abriendo la puerta de un empujón.

Con una sonrisa maliciosa, Ned dejó que la puerta se abriera. Vi vio a una de las jóvenes del pueblo que la miraba con los ojos muy abiertos desde detrás de una manta en la cama. La ropa de la mujer estaba amontonada en el suelo. La camisa y las botas de Ned habían sido arrojadas descuidadamente junto a ellas.

Incluso mientras miraba, Violet no podía apartar el recuerdo de ella y Ned haciendo el amor en esta misma cama. Su cabeza seguía llena de sus susurrantes palabras de amor. Su único sueño durante semanas había sido el de Ned pidiéndole que se casara con él. Su futuro juntos había dominado todos sus pensamientos conscientes. Violet volvió a mirar la cama y a la mujer y sintió que su temperamento se exaltaba, que la hoja caliente de los celos la cortaba profundamente.

"¡Fuera!" gritó, empujando a Ned y marchando hacia la mujer. "¡Fuera de aquí ahora!"

La chica sólo se encogió detrás de la manta, y Violet dio una fuerte patada a los pies de la mujer. "¡Mujerzuela despreciable! Ramera".

"¿Quién demonios te crees que eres?" Ned agarró a Violet por el hombro y la hizo girar.

Vi no vio venir el puño. De repente, estaba contra la pared, aturdida por el golpe, con media cara entumecida. Las rodillas se le doblaron y se desplomó contra el áspero yeso. Se llevó la mano a la boca. Sentía el sabor de la sangre.

"Tú... tú me pegaste", susurró incrédula, intentando enderezarse. Las lágrimas empezaron a nublarle la vista. "¿Cómo te atreves?"

Ned se cernía sobre ella. "Tú te lo buscaste, puta. ¿Qué derecho crees que tienes a venir aquí y soltar sandeces?"

"El derecho de un amante. El derecho de una mujer cuyo honor has mancillado. De una desflorada con mentiras". Con el dorso de la mano se limpió el labio ensangrentado. "Yo era virgen y tú me tomaste. Me hiciste creer que tenías intenciones honorables".

¿"Honrosas intenciones"? ¿Desflorada?" Soltó una carcajada insolente y le clavó un dedo romo en el hombro. "Esto es lo que los libros hacen por ti. Bueno, te digo que son palabras mayores viniendo de una descarada. Te abriste de piernas voluntariamente para mí, y lo deseaste desde la primera vez que me viste. Me seguiste a todas partes, hasta St. Albans, para conseguirlo de mí. Y ahora, como una maldita perra en celo, no puedes esperar a un hombre mientras se va a otra parte. Bueno, zorra, puedes esperar tu turno".

Las lágrimas quemaron los ojos de Violeta. Se apartó de la pared y se encaró con él.

"Silbarás una melodía diferente cuando le cuente a Lady Aytoun cómo me sedujiste y luego me maltrataste. Le diré que me forzaste. Te echarán de ese trabajo y te echarán de este pueblo cuando le cuente a la gente cómo levantaste la mano contra mí. Eres un perro bajo e insolente, y te verán por lo que eres. Nunca más conseguirás trabajo por aquí cuando..."

Ned retiró el puño para golpearla de nuevo, y Violet se encogió, cubriéndose la cara con los brazos. Sonriendo, bajó la mano.

"¿Y crees que toda esta gente, incluida tu preciosa Lady Aytoun, va a escuchar tus malditos lloriqueos y no preguntar por qué has venido aquí esta noche? ¿Por qué sigues abriéndote de piernas para un hombre casado?" Se rió en su cara. "No te obligué a venir aquí, estúpida. Has venido voluntariamente. Como una perra en celo".

Siguió reprendiéndola, pero la mente de Violeta se había enganchado a las palabras "hombre casado". Un nudo del tamaño de un puño le subió a la garganta.

"Estás mintiendo", dijo entrecortadamente. "No podías estar casado y venir a cortejarme

como lo hiciste".

¿"Cortejando"? Ned resopló burlonamente y la empujó bruscamente hacia la puerta. "Este es todo el cortejo que tendrás de ahora en adelante. Lárgate de aquí, porque tengo a una chica esperando que sabe lo que es un hombre. Y si sabes lo que es bueno para ti, mejor que no te vayas a la mansión".

La empujó tan fuerte a través de la puerta que Violet se desplomó sobre el mugriento suelo.

"Y no vuelvas a mi puerta otra vez, zorra, o tendrás más que un labio ensangrentado para mostrar tus problemas".

Antes de que Violet pudiera replicar, le cerró la puerta en las narices.

Millicent acurrucó la cara en el pliegue del cuello de Lyon y olisqueó y saboreó el sabor salado de la piel tensa bajo su barba. Su cuerpo aún zumbaba con los dulces efectos de su sexo y, aunque seguían conectados de la forma más íntima, no tenía deseos de moverse ni de ir a ninguna parte, sino simplemente de quedarse aquí.

La mano de Lyon recorrió su espalda y ella oyó una suave carcajada en el fondo de su garganta. Inmediatamente levantó la cabeza y lo miró a la cara.

"¿Qué?"

Sus ojos azules se llenaron de ternura cuando se encontraron con los de ella. "Estaba pensando que en toda mi vida adulta nada se había acercado a lo que acabo de experimentar. Fue como la primera vez".

Millicent no podía decirle lo mucho que sus palabras significaban para ella. "Sé lo que quieres decir. Lo que me acabas de dar... bueno, nunca en mi vida..." Sus palabras se interrumpieron.

"¿Me lo contarás algún día? ¿Sobre tu vida?"

Millicent no quería pensar en nada de eso. "Esos años ya no existen", respondió en voz baja. Se movió con cuidado, separando sus cuerpos, pero la mano de Lyon la rodeó por la cintura, impidiéndole alejarse.

"No estoy exigiendo ninguna respuesta, Millicent. Sólo intento conocer mejor a mi esposa".

"Lo sé", dijo ella, apoyando la mano en su pecho, sintiendo los fuertes latidos de su corazón a través del camisón. "Nunca nos quitamos esto".

"Soy un tipo muy modesto".

Millicent se echó a reír y bajó los dedos hasta el dobladillo, que aún le rodeaba la cintura. "Veo lo modesto que eres".

"Pero tengo bastante calor. Tal vez podríamos quitarlo".

"Será un reto".

"Te he visto trabajar antes", dijo, sonriendo con picardía.

"Muy bien. Desató los dos lazos del cuello y subió la tela de lino hasta el tope. Estirando su cuerpo sobre él, desplazó su peso de un hombro al otro, consiguiendo subir la camisa hasta rodear su ancho pecho.

"Ya casi".

"Difícilmente", respondió.

Mirándole con fingida fiereza, se sentó a horcajadas sobre su estómago y le sacó el brazo derecho de la manga ancha. Funcionó. Sin embargo, antes de que pudiera coger el otro brazo, se dio cuenta de que se le había escapado.

"Eres un milagro".

Le pasó suavemente los dedos por los pezones y por las curvas del vientre, y Millicent sintió de nuevo el torrente de calor líquido recorriéndole el centro.

"¿Por qué dices eso?"

"Hace un mes, el único plan que tenía para el futuro era encontrar la forma de poner fin a mi miserable vida. Pero ahora me encuentro deliberando sobre formas tácticas de conseguir que vuelvas a hacer el amor conmigo."

"¿Es así?" dijo Millicent, echándose hacia atrás. La sensación de su virilidad completamente excitada acurrucándose contra su cuerpo le produjo otra oleada de calor. Los dedos de Lyon bajaron y Millicent le cogió la mano. "Primero tengo que quitarte la camisa.

"Guárdalo para más tarde", dijo él, soltando suavemente la mano y continuando acariciándole el vientre. Al llegar al suave montículo, Millicent se levantó ligeramente para recibir su contacto. "Puede que necesite varios intentos para quitarme esta camiseta.

Capítulo Veintiuno

"ESTAS ACUSACIONES SON BASTANTE GRAVES", dijo la viuda bruscamente a su médico.

"No estoy haciendo acusaciones, milady. Simplemente le transmito la información que ha llegado a mis oídos, una información que creo que debe conocer. Antes de transmitírsela, consideré la gravedad del asunto así como la fuente -en este caso, el doctor Parker- y decidí que la salud de lord Aytoun requería que hablara con usted. No creí que fuera en el mejor interés de nadie permitir que su señoría fuera víctima de ningún malhechor."

"Malhechores, ¿verdad?"

Mientras el doctor Tate hacía señas a su ayudante para que saliera con su maletín médico, la viuda hizo un gesto a una de sus criadas y le susurró instrucciones. La mujer se apresuró a salir de la habitación.

"¿Cuándo fue la última vez que habló con este Parker?"

"Hace dos días".

"¿Y qué tenía que decir exactamente sobre el estado de mi hijo?"

Los delgados hombros del médico se enderezaron. "Estaba bastante preocupado. De hecho, si me permite serle sincero, milady, temía que cualquier día recibiera usted noticias desalentadoras sobre su señoría. Sin la medicación adecuada y exámenes regulares por médicos cualificados, el Dr. Parker cree que lord Aytoun corre un gran riesgo y puede estar poniendo en peligro su vida."

"¿Y fue capaz de decirle esto con certeza después de una sola visita a Hertfordshire?"

"Un médico cualificado ve más allá del estado de su paciente en un día concreto".

Llamaron a la puerta y apareció Sir Richard.

"Entra, Maitland." Hizo un gesto a otro criado para que le pusiera unas almohadas a la espalda. Apoyada en la cama, la anciana se volvió hacia el médico. "¿Puede usted, señor, en pocas palabras, resumir todo esto para Sir Richard?"

El Dr. Tate se inclinó rígidamente. "La información que tengo se refiere a una esclava que reside actualmente en la nueva residencia de Lord Aytoun, Melbury Hall".

"La información que tienes está desfasada", interrumpió la viuda. "La mujer a la que te refieres ya no es una esclava, sino una mujer libre".

"Le ruego me disculpe, milady". El doctor dirigió de nuevo su atención al abogado. "Me he encontrado con una información angustiosa en relación con esta misma mujer. Es sospechosa de haber asesinado al médico al que sirvió durante muchos años. Lo que en un principio se asumió como una muerte por causas naturales, ahora se sospecha que posiblemente fue causada por veneno."

"¿Quién sospecha?", interrumpió la viuda.

"Supongo que por la familia del hombre". El hombre delgado se pasó nerviosamente una

mano por delante de la chaqueta. "Por las autoridades competentes".

"Así que no lo sabes", espetó Lady Aytoun. "¿Es eso?"

"Milady, como estoy seguro que Sir Richard le dirá, incluso con los Bow Street Runners de Sir John Fielding investigando..."

"Que no lo son", replicó ella con sorna.

"Aunque lo estuvieran investigando, estos asuntos llevan su tiempo". El doctor se volvió hacia Maitland en busca de ayuda. "Señor, considere la gravedad de los cargos. Si el Dr. Dombey no murió por causas naturales, sino debido a las acciones de esta esclava acelerando su final con brebajes y pociones diabólicas, ¿qué diferencia hay si ella es acusada oficialmente del crimen?"

"La diferencia estriba en hacer acusaciones falsas", replicó tranquilamente el abogado. "A su edad, sin tener nada como antigua esclava, ya tiene bastantes problemas como para que gente respetable la calumnie. Términos como 'brebajes y pociones diabólicas' implican brujería además de asesinato, señor. ¿Es eso lo que quiere decir?"

"Sólo quiero decir que si se tiene en cuenta la gran probabilidad de que esta mujer africana asesine a su amo -y todos sabemos que esto es habitual en las islas-, entonces la primera prioridad de la viuda debería ser sacar a su hijo de las garras de esta mujer antes de que vuelva a asesinar".

"Mi hijo *no* está en las garras de esta mujer."

"Pero lo es, milady. Está claro que su nuera puso fin a las visitas del Dr. Parker a Melbury Hall como medio de dar rienda suelta a esta mujer."

"¿Ahora está acusando a la joven Lady Aytoun de maldad?" preguntó Maitland.

"Estoy relatando lo que he oído", respondió Tate a la defensiva. "Hay testigos de un pueblo cercano llamado Knebworth, según me han dicho, que afirman que se refieren a la mujer negra, increíblemente, como una gran 'sanadora'. Al parecer, al llegar a Melbury Hall, a esta esclava se le dio la mejor habitación de la casa señorial. Hay informes de agentes de esta misma mujer visitando un boticario en St. Albans. Si la nuera de su señoría ha caído bajo el hechizo de esta mujer y se ha quedado ciega..."

"Basta", ordenó la viuda con enfado. "Obviamente está operando bajo alguna noción ilusa de lealtad a sus hermanos, Dr. Tate, en lugar de cualquier lealtad a mi familia..."

"Milady, soy su médico desde hace bastante tiempo".

"En efecto, señor. Demasiado tiempo, quizás. Pero para que entienda cuál es mi postura en este asunto, permítame ser claro. No creo en las habladurías de los canallas. Ni sospecho que toda anciana con la cara arrugada, el labio peludo, los ojos entornados o la lengua regañona sea una bruja."

"Señora..."

"Tal vez porque yo mismo encajo en esa descripción. Ahora le sugiero que se vaya, señor, antes de que pierda los estribos. Acompáñale fuera, Maitland."

Beatrice Pennington, condesa viuda de Aytoun, la miró imperiosamente hasta que el médico, murmurando disculpas, salió por la puerta bajo la severa mirada de Sir Richard. Despidiendo a sus sirvientas con un gesto de impaciencia, la anciana se quedó mirando sombríamente hacia la ventana.

No quería creer ninguna de estas tonterías. Todos los informes que llegaban de Melbury Hall indicaban que Lyon estaba mejorando. Por primera vez en meses, Beatrice había empezado a albergar esperanzas de que, después de todo, las cosas pudieran salir bien para su hijo. Se había permitido dejar atrás el pasado. Parecía que Millicent era buena para él.

Con un suave golpe, Sir Richard volvió a entrar en la habitación. Por la caída de sus viejos

hombros, la viuda supuso que algo iba mal.

"No me digas que te crees esta tontería".

Sacudió la cabeza.

"Entonces no te quedes ahí parado como un bloque de turba con la lengua trabada, hombre. Dime lo que piensas".

El hombre se sentó en su habitual asiento junto a la ventana. "He recibido una carta de su hijo esta mañana".

"¿De Lyon?"

"En efecto, milady".

"Son buenas noticias". Lanzó una mirada furiosa en dirección a la puerta. "Y una prueba más de que éste y el resto también saben poco de lo que hablan. Esta es la primera vez que Lyon ha mantenido correspondencia con usted desde su matrimonio, ¿no es así?"

"En efecto, milady".

"Un gran signo de mejora en sí mismo". Se recostó contra las almohadas. "Entonces, ¿qué demonios te preocupa, Maitland?"

"Antes de oír las acusaciones del Dr. Tate, nada. Pero ahora, cuanto más lo pienso..." Su voz se cortó.

"Habla más alto".

"En su carta, su señoría me ha pedido que envíe algunas de las reliquias Aytoun a Melbury Hall."

"¿Qué quiere?"

"Menciona piezas específicas de joyería que están aquí en Londres".

"¿Y qué? Son suyos. Puede hacer lo que quiera con ellos".

"También me ordena que contrate y le envíe un secretario, ya que a su hombre Gibbs le han dado el puesto de mayordomo en el Salón".

"Todo bien. Ya es hora de que la bestia de Highland empiece a usar su cerebro".

"Quizá no deberíamos tomarnos este asunto demasiado a la ligera, milady", comentó Maitland. "El cambio -me atrevería a decir la mejora- en Lyon ha sido notable. No descarto el hecho de que estos médicos parezcan demasiado interesados en traernos informes perjudiciales. Pero tal vez lo más prudente sea que yo vaya personalmente a Melbury Hall para comprobar el estado de su hijo. Puedo ir con el pretexto de entregar en persona lo que el conde ha solicitado. Y mientras estoy allí, puedo evaluar la mejoría de su señoría y sofocar otro posible escándalo antes de que se extienda por esta ociosa *tonelada* londinense."

La respuesta de la anciana fue inmediata. "No hay necesidad de que vaya, Sir Richard. Yo misma haré el viaje".

"Milady, no creo que la urgencia del asunto nos permita esperar".

"Iré esta semana".

"¡Pero milady!"

"Sin argumentos". Hizo un gesto despectivo con la mano. "La única persona que puede poner fin a toda esta tontería soy yo."

"Pero no estás bien".

"¿Quién dice que no?", desafió. "Millicent ya me ha invitado, y yo le he dicho que iría allí de visita alguna vez. La única diferencia es que ahora llegaremos sin previo aviso".

"Entonces permíteme ir contigo, al menos".

"Como desee, Sir Richard. Además, salir de esta lúgubre ciudad podría ser bueno para ambos. Haz los arreglos".

"Anoche me tropecé con la jamba de la puerta en la oscuridad", explicó Violet a su compañera de servicio. La mujer más joven estaba colgada de su hombro, mirando el feo moratón en el borde de la boca de Vi. "De verdad, Bess. No es nada".

"Si es así, ¿por qué me pediste que fuera a ayudar a Lady Aytoun a vestirse esta mañana?"

"Ya me siento bastante tonta, y ya sabes cómo es ella". Violet terminó de aplicar más del polvo blanco sobre el moretón. "Se preocupa por nada. Pensé que si esperaba un día o dos, no me molestaría para que tuviera más cuidado y todo eso".

La verdad era que Violet había visto muchos moratones mucho peores que éste en la cara de su señora cuando el escudero estaba vivo. La joven tenía la ligera sospecha de que su señora no se dejaría engañar por la historia de haberse chocado contra una puerta.

Ya había preguntado por ahí esta mañana. Lo que Ned había dicho sobre estar casado parecía ser cierto, o al menos algunos de los criados con los que habló también habían oído ese rumor. Violet se preguntó dónde había estado su mente todo este tiempo. ¿Cómo era posible que hubiera hecho de su vida un desastre en tan poco tiempo?

Las dos mujeres bajaron juntas los escalones de atrás. Violet se detuvo junto a la puerta de la sala de servicio, buscando una excusa para no entrar. Podía oír las voces de la gente reunida allí para la comida del mediodía. "Tengo que dar un paseo hasta los establos. Te veré más tarde".

"Vamos, Vi. No has desayunado", reprendió Bess. "¿Por qué no entráis? Iré a buscar lo que queráis a los establos".

Violet negó con la cabeza y empezó a retroceder. "Quiero ver al perro de Moses, y le prometí que le haría algunos arreglos. Ahora vuelvo".

"Pero probablemente Moisés también esté aquí".

Violeta ya se dirigía a la puerta cuando la joven negra terminó sus palabras. Con un gesto de la mano, salió y se echó el chal de lana sobre la cabeza.

El verdadero horror de cómo la había tratado Ned no le había llegado hasta ahora. Mientras se dirigía a los establos, se dio cuenta de que, aunque la habían maltratado, sentía que llevaba una marca de vergüenza. No importaba tanto quién se lo había hecho, sino que de alguna manera se lo merecía. Bueno, quizás sí, pensó.

No, argumentó Vi en silencio. Ned no tenía derecho a golpearla, aunque fuera un hombre. Se le revolvió el estómago de lo injusto que era todo.

A excepción de un par de mozos que trabajaban en los establos, la cuadra estaba en silencio. La perra de Moses, con la pata trasera fuertemente atada con férulas y tiras de lino, se acercó a Violet, le acarició la mano con el hocico y volvió a dejarse caer sobre la paja junto a uno de los establos. Violet pasó del guadarnés a otra pequeña habitación que le habían dado a Moses.

El pequeño espacio estaba limpio y ordenado, y su ropa colgaba ordenadamente en percheros a lo largo de una pared. Vi encontró su pila de remiendos doblada en un rincón sobre un barril junto a su colchón. Recogió la ropa gastada, se sentó en el barril, sacó el dedal y una aguja e hilo del bolsillo del delantal y se puso a trabajar.

Le dolía el corazón y de vez en cuando se sacudía las lágrimas. Violet sabía que quería quedarse dentro de las puertas de Melbury Hall, pero temía que llegara el momento de ser expulsada. Eso era lo que les ocurría a las chicas como ella. Chicas que se entregaban tontamente a lo que creían que querían.

Tenía que tomarse el tiempo que le dieran y afrontar lo que le deparara el futuro. Levantó la camisa de Moses. Esto era lo que necesitaba ahora. Tiempo para estar sola. Tiempo para trabajar y ser útil.

Las voces de la gente que entraba en los establos hicieron que Vi se apretara más el chal alrededor de la cara. Levantó la vista cuando Amina y Jonah entraron en la sala con Moses detrás. Debería haber sabido que Bess no se callaría.

Amina llevaba un plato de comida. Jonás sostenía una taza de madera. Ambos la miraban con preocupación, pero los ojos oscuros de Moisés estaban lo bastante enfadados como para incendiar el edificio.

"Violeta está herida". Rodeó a los otros dos y se agachó junto a ella. Le apartó el chal de la cara. "¿Quién, Vi?"

Su barbilla se hundió en el pecho, pero él la levantó suavemente.

"Nadie lastima a Vi. Lo mataré".

La joven tomó uno de los grandes puños de Moisés entre sus manos y sacudió la cabeza. Se le saltaron las lágrimas y se dio cuenta de que no podía estar sola y separada. Aquellas personas la querían como de la familia.

"No quiero que mates a nadie por mí, Moisés. Estás aquí, y eso me hace sentir mejor. Aquí estoy a salvo. Ahora lo sé".

Su vida había cambiado. Todo había cambiado. Antes había estado en el centro de un mundo vibrante y lleno de acción. Ahora era como si estuviera en el exterior, mirando el mundo a través de una pequeña ventana.

No, Lyon Pennington nunca antes había tenido que mirar a través de este... este ojo de la cerradura a su propia vida. Y la visión era tan diferente. Curiosamente, se encontró a sí mismo centrándose y comprendiendo las cosas sutiles, los pequeños cambios, concentrándose en los estados de ánimo y las respuestas, reconociendo que mientras un individuo tuviera la capacidad de respirar, tenía una vida que vivir. Abrazar la vida a pesar de las dificultades era un concepto que Lyon estaba empezando a apreciar.

Esta mañana, antes de que llegaran sus invitados, se había reunido con Millicent en la planta baja, mientras ella daba clases a algunos de los niños más pequeños en la sala de los criados. El grupo había sido animado y ruidoso. Ella había sido paciente y alentadora.

Las alegrías en Melbury Hall eran sencillas. La vida era sencilla. En honor a Millicent, nadie parecía pensar en lo que había sufrido antes o en lo que era diferente. Había creado un paraíso donde la gente trabajaba duro y vivía feliz.

Tan diferente de la visión de Emma para Baronsford. Si, de hecho, ella había tenido una visión.

Se sacudió el pensamiento. Tampoco deseaba pensar en su propio pasado.

Lyon centró su mirada en el perfil de su esposa cerca de la ventana. Estaba sentada junto a la señora Trimble. La esposa del rector seguía hablando, pero Lyon se daba cuenta de que Millicent tenía la mente en otra parte. Se preguntó si estaría pensando en las mismas cosas que habían ocupado su mente durante la mayor parte de la mañana: las horas que habían pasado haciendo el amor la noche anterior. Mientras la observaba, ella se llevó distraídamente dos dedos a los labios carnosos que él tanto había disfrutado besar.

Lyon admiró el suave brillo de sus mejillas. Había cambiado ante sus ojos desde que se casaron. Lyon no podía creer que alguna vez la hubiera considerado sencilla. Ahora, cada vez que la miraba, se le presentaba un aspecto diferente de su belleza. Era como si una mujer diferente hubiera vivido dentro de cada uno de los velos que la protegían. A medida que su confianza crecía, otro velo se descorría y otra mujer quedaba al descubierto.

Millicent apartó la mirada de su invitado y la clavó en la suya. Vio el recuerdo de su intimidad y la promesa de pasión reflejada en aquellos ojos brillantes. La excitación de lo que estaba por venir hizo que cada miembro del cuerpo de Lyon se sintiera vivo. Quería volver a estar a solas con ella. Ella había despertado una bestia insaciable en su interior y estaba impaciente por tenerla de nuevo para él solo. Al parecer, Millicent le leyó el pensamiento y apartó la mirada, con un rubor que oscurecía sus mejillas.

"...se encargará de las adiciones y renovaciones de la escuela."

Lyon hizo un gesto con la cabeza al reverendo Trimble en respuesta a lo que acababa de decir el rector.

"El conde y la condesa de Stanmore consideran que es el momento oportuno, teniendo en cuenta el continuo crecimiento de Knebworth Village. Y aunque dar a la escuela el nombre del Sr. Cunningham no tiene precedentes, creen firmemente que -considerando la dedicación de aquel joven a la enseñanza de nuestros niños- ésta es una buena manera de mantener viva su memoria."

"Por supuesto. Una buena idea". Lyon recordó haber oído el nombre del antiguo maestro de Gibbs. "¿Hace cuánto tiempo murió este Sr. Cunningham?"

"Hace un año y medio", respondió el Sr. Trimble.

"¿Era un hombre joven, creo que dijiste?"

"Supongo que tendría más o menos su edad, milord. También era escocés".

"¿Y cómo murió?"

Hubo una ligera pausa. "Le dispararon".

"¿En serio? ¿Un accidente de caza?"

"No lo creo, milord".

Se hizo un silencio incómodo en la habitación. El reverendo Trimble se aclaró la voz y, dirigiendo una rápida mirada a Millicent, empezó a explicarse.

"Debido a un desafortunado malentendido, el Sr. Cunningham encontró su fin en Melbury Hall... en el Grove."

En el rostro de Millicent se dibujó una expresión melancólica y dejó caer la mirada sobre su regazo. Lyon recordaba haber visto la misma tristeza apoderarse de su esposa cuando Trimble les había visitado aquí antes. No pudo evitar preguntarse si la causa sería la misma.

Millicent se levantó bruscamente y se acercó a la ventana.

"¿Entonces la muerte de este Cunningham fue intencionada?", presionó.

"No estaba presente, milord, cuando ocurrió todo", respondió el reverendo Trimble.

"Dime lo que sabes".

"Los que estaban allí", explicó el rector en voz baja, "dicen que Squire Wentworth disparó al señor Cunningham".

Lyon se dijo que no eran celos, pero la curiosidad empezaba a apuñalarle. "¿Fue un duelo?"

"No, milord. El desafortunado incidente tuvo que ver con unos antiguos desacuerdos entre el squire y el señor Cunningham sobre el trato a los trabajadores negros de Melbury Hall. El señor Cunningham, lord Stanmore y yo -que nos oponíamos ferozmente a la tenencia de esclavos- éramos considerados por el squire como sus enemigos." El señor Trimble volvió a aclararse la voz y lanzó una mirada nerviosa a la espalda de Millicent. "La historia que hay detrás de todo esto es demasiado larga y trágica para una tarde tan agradable como ésta. Algún día, cuando su señoría esté dispuesto a pasar una tarde en Knebworth Village, estaré encantado de contarle toda la historia."

Antes, Lyon había estado dispuesto a dejar en paz a los fantasmas de su pasado. Pero después

de la última noche necesitaba entenderlo todo. Millicent no quería a su primer marido. Eso era evidente. Pero Lyon necesitaba entender el papel de Cunningham en su vida.

"A principios de la semana que viene", anunció Lyon, "intentaré convencer a mi mujer para que me lleve al pueblo. Hay mucho que me gustaría aprender sobre mi nuevo hogar y mis vecinos".

"No había motivo para asaltar al reverendo Trimble con todas esas preguntas", dijo Millicent con cierto malhumor en cuanto volvió de acompañar a sus invitados al carruaje. Apoyó la espalda en la puerta. "Lyon, si hay algo que necesites saber sobre el pasado de la aldea de Knebworth, estaré encantada de proporcionarte las respuestas. Si hay algún secreto muy arraigado que crees que la gente te oculta, es a mí a quien debes preguntar".

"¿Y responderás?"

"Lo haré".

"¿Y puedo preguntar cualquier cosa?", desafió, con sus ojos azules atravesando la habitación.

Se negaba a dejarse provocar o a pelearse con él. Al mismo tiempo, no iba a permitir que el pasado introdujera una cuña de desconfianza entre ellos. La desconfianza había estropeado su matrimonio con Wentworth, y Millicent no iba a dejar que envenenara éste. Especialmente ahora que reconocía lo mucho que Lyon le importaba.

"Puede preguntar lo que quiera", respondió ella, apartándose de la puerta cerrada.

"¿Incluso si tiene que ver con tu propio pasado?"

"Aun así", dijo, decidida a seguir hasta el final. "Por supuesto, espero la misma cortesía por tu parte".

"Dudo que haya mucho que no sepas ya sobre mí. Gibbs me dijo que pasaste mucho tiempo en compañía de la viuda el día de nuestra boda, obteniendo respuestas a todas tus preguntas."

"Ese 'mucho tiempo' consistió en menos de dos horas. ¿Y cómo podría haber recibido respuestas a todas mis preguntas cuando en ese momento ni siquiera sabía cuál sería nuestra... nuestra participación?".

"¿Te estás arrepintiendo de lo de anoche?"

Millicent se volvió hacia él. La repentina mirada de vulnerabilidad que vio grabada en el rostro de Lyon le hizo abrir los ojos. Este hombre no era Wentworth. No había habido acusaciones, ni desconfianza. Este hombre simplemente quería saber más de ella.

"¿Cómo podría arrepentirme de la noche más satisfactoria de mi vida?"

Lyon la miró fijamente durante una eternidad y luego le tendió la mano. Su voz tembló un poco cuando habló. "Ven aquí.

Millicent se acercó a él sin dudarlo. Millicent le rodeó el cuello con los brazos y se abrazó a él.

"Siento si he sonado como un hombre a la deriva", dijo suavemente. "Pero la verdad es que nada entre nosotros ha seguido un camino lógico. Nos lanzaron a este matrimonio sin saber casi nada más que el nombre del otro. Habiendo hecho votos matrimoniales, me trasladaron a tu cuidado cuando ninguno de los dos tenía ni idea de las exigencias o expectativas que un matrimonio así conllevaría. Y, sin embargo, tanto ha cambiado desde aquel primer día". La mano de Lyon la acarició y la estrechó contra su pecho. "Ambos hemos recorrido este camino antes. Hemos estado casados. Y creo que hablo por los dos cuando digo que queremos hacerlo mejor que la primera vez".

Millicent movió la cabeza bajo su barbilla y asintió. No podía vivir estos días pensando en

que su futuro juntos podría ser tan breve.

"Lo que la viuda no te habría contado sobre mi pasado es que mi primer matrimonio no fue tan pacífico como ella habría deseado para mí. Y a medida que paso más tiempo reflexionando sobre lo que estuvo mal, me doy cuenta ahora de que la raíz de mis problemas residía en mi falta de confianza. Era un maestro en no *preguntar* nada, pero en *actuar* ante cualquier cosa que levantara mis sospechas. Suponía erróneamente. Me preocupaba por las sombras. Actué precipitadamente en cosas que ahora pienso que podrían haberse explicado fácilmente. No pregunté; sólo esperaba que me lo dijeran". Dejó escapar un suspiro frustrado. "Ni siquiera preguntaste, y aquí estoy yo explicando. Divagando".

"No estás divagando". Millicent apartó la cabeza de su hombro y miró a su marido a la cara. "He dudado en hablar de mi pasado porque aquellos años no fueron más que una sucesión de recuerdos difíciles y sucesos trágicos. Tengo casi treinta años y nada de lo que enorgullecerme en mi vida. Cuando miro atrás, lo único que veo es un fracaso total".

"En eso te equivocas", le dijo, sosteniéndole la mirada. "Cada paso que damos nos lleva por el camino que estábamos destinados a recorrer. E incluso lo poco que sé de ti está lleno de grandes cosas. Todo lo que hay que hacer hoy es mirar Melbury Hall. Lo que has conseguido hacer aquí se refleja en todos los que te rodean, Millicent. Eres una maravilla, un premio".

Sus dedos se hundieron en su pelo, y Lyon la besó con la pasión suficiente para hacerla creer.

"¿Sabes lo afortunado que me considero de ser tu marido?"

Millicent no pudo contener las lágrimas. Se sentía abrumada por todo lo que le rodeaba de aquel hombre. Le besó las lágrimas y su boca volvió a posarse en la de ella.

"Tienes una manera de hacerme sentir especial", susurró cuando rompieron el beso. "Deseada".

"Y tú tienes una forma de hacerme sentir completa". Los dedos de Lyon se movieron hacia el conservador escote de su vestido y empezaron a tirar de los pequeños botones. "Desde nuestro primer momento juntos has conseguido desechar todas mis nociones de lo que ya no podía hacer".

"¿Te refieres a arrancarme la cabeza con esa lengua afilada que tienes?", se burló ella, rozando con sus labios las mejillas barbudas de él, sus labios.

"Bueno, eso también". Sonrió. "¿Pero recuerdas el primer día que llegué a Melbury Hall?"

"Te habías caído del asiento del vagón donde Gibbs te había apoyado".

"Y trataste de ayudarme a volver al asiento."

Ella miró hacia abajo mientras sus dedos desabrochaban un botón y pasaban al siguiente.

"Me enteré de que tenías un temperamento feroz ese día".

"Si Gibbs no hubiera aparecido cuando lo hizo, podrías haber aprendido otras cosas sobre mí, también."

"¿Qué otras cosas?"

Sus ojos azules eran traviesos. Le cogió la mano y se la llevó al regazo, donde la evidencia de su excitación era pronunciada.

"Ese día, luchando conmigo en ese espacio reducido como eras, apretando y encajando todas tus hermosas curvas contra mí, me hiciste darme cuenta de que tal vez mi hombría no estaba demasiado lejos de la redención después de todo".

Millicent acarició tímidamente su figura a través de los calzones. Bajó la mirada cuando la mano de Lyon separó el escote de su vestido, revelando el encaje de la escotada camisa que llevaba debajo.

"Siempre me he considerado simple, tediosa, carente de pasión", dijo. "Estoy luchando con

este nuevo yo que quiere salir".

"No te resistas". La besó suavemente en la cara. Su mano tocó suavemente su pecho. "No luches contra la pasión que sé que hay en ti".

"Me haces pensar en hacer cosas perversas".

Su aliento era más bien un suspiro de placer. "Por casualidad, ¿piensas en cerrar la puerta, quitarte la ropa y volver conmigo?".

Millicent levantó la vista tímidamente. "¿Quitándome la ropa?"

"Cada puntada. Quiero ver tu hermoso cuerpo. Quiero tocar y saborear cada parte de ti antes de enterrarme profundamente dentro".

"¿Quieres hacer el amor aquí, en esta habitación?", susurró ella, sorprendida.

"¿Es lo suficientemente perverso?", preguntó.

Millicent no pensó más que en tocarlo a través de la ropa, pero se contuvo cuando la boca de Lyon capturó la suya en otro beso. Descaradamente carnal, él penetró profundamente, probando y saboreando lo que otra parte de su cuerpo estaba claramente deseosa de hacer.

Millicent temblaba de necesidad cuando él rompió el beso. Se levantó y fue a cerrar la puerta, pero en cuanto se volvió hacia él, todas sus inseguridades volvieron a invadirla. Aún era de día. Alguien podía pasar por la ventana. En cualquier momento podían llamar a la puerta. Y lo más importante, había sido mucho más seguro hacerle el amor en la penumbra del dormitorio, donde sus defectos no eran tan evidentes. Apoyó la espalda contra la puerta.

"¿Seréis mis manos?"

Incontrolablemente atraída por la magia de sus ojos azules, se tragó sus protestas y asintió lentamente.

"Desabróchate el resto de los botones del vestido".

Miró el escote parcialmente abierto. Sus dedos temblaron cuando empezó a desabrochar el resto. El peso de la mirada de Lyon estaba sobre ella. El último botón terminaba en la cintura del vestido.

"Ahora parte el vestido por delante".

Las puntas oscuras de sus pezones asomaron a través de la fina camisa cuando se abrió la parte delantera del vestido. La piel le hormigueaba y le ardía, y ni siquiera la estaban tocando. Todavía no.

"Ahora bájatelo por los brazos y quítate el vestido y las enaguas".

Millicent empezó a hacer lo que él le había pedido. "No creo que pueda ir más allá de esto. Estoy demasiado avergonzada para revelar..."

"Ven aquí, amor."

El suave susurro de cariño hizo que su corazón se acelerara. Se quitó el vestido y se dirigió lentamente hacia él.

"Eres tan hermosa". Su voz era ronca. Lyon se inclinó hacia delante, su mano ajustó la fina tela a la piel sensible de su cintura y su boca la besó de nuevo.

Millicent hundió los dedos en el pelo de Lyon mientras él acariciaba suavemente las curvas de su vientre, y se estremeció cuando el pulgar de él cruzó sus costillas y se posó en la base de su pecho.

"Tienes el pelo más glorioso. Quítate las horquillas".

Levantó ambas manos, sacando cada alfiler lentamente. Mientras tanto, sentía los suaves dedos de él acariciando las curvas de sus pechos. Su piel se calentaba al contacto con él y su mirada la abrasaba.

El pelo le caía como una pesada manta sobre los hombros. Inclinó la cabeza hacia atrás

cuando los dedos de Lyon peinaron las ondas.

"Llevo toda la mañana soñando despierto con esto", dijo.

Millicent contuvo la respiración cuando Lyon le quitó la camisa de un hombro, dejando al descubierto sólo la parte superior de un pecho. El ruido de un par de criados al pasar por delante de la puerta rompió la bruma que la envolvía y Millicent lanzó una mirada nerviosa en esa dirección.

"Tal vez deberíamos esperar hasta que..."

"No habrá que esperar". Lyon levantó el brazo, le quitó la camisa del otro hombro y volvió a ponerla sobre su regazo.

"Pero la Sra. Page podría estar buscándome. O Gibbs podría venir a ver cómo estás. ¿Qué pasa si vienen a la puerta?"

Le dio un beso en los hombros descubiertos, saboreando su suave carne. "Les diré que estoy haciendo el amor con mi mujer, y que se vayan todos al diablo".

"Ahora sí que me siento absolutamente perversa", susurró. Le desabrochó un par de botones de la camisa y deslizó la mano por su interior, acariciando los contornos nervudos de su pecho. "Creo que todo el mundo sabe ya lo que hicimos anoche".

"Y probablemente todo el mundo sabe lo que vamos a hacer aquí esta tarde. Será mejor que dejes de preocuparte por lo que piensen los demás, porque tengo pensado hacerte muchas cosas en los jardines, en el carruaje y en todas las habitaciones de esta casa". Le acarició el borde de la camisa, donde la parte superior de los pechos subía y bajaba con cada respiración. "Ahora déjame verte".

Millicent estaba demasiado excitada para recordar ninguna de sus inhibiciones anteriores. Volvió a levantarse y se encontró de pie entre las piernas de Lyon. Su boca saboreó sus labios entreabiertos. Su lengua penetró profundamente en su calor. Cuando se apartó, la mano de Lyon acarició el rostro de Millicent y luego bajó por uno de sus delgados hombros. Empujó suavemente la camisa hacia abajo, hasta que cayó a sus pies.

"Eres impresionante".

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos mientras Millicent disfrutaba de la forma en que la mirada de Lyon rendía homenaje a su cuerpo. Ella también se sentía completa y hermosa, y era gracias a él.

La tocó profundamente, acariciando sus pliegues hasta que ella gritó su nombre sin aliento, y entonces volvió a besarla.

"Ahora ámame, Millicent", le susurró al oído mientras ella seguía flotando en las olas de su liberación.

Le desabrochó los calzones y se sentó a horcajadas sobre él, atrayéndolo hacia el interior de su cuerpo.

Fue entonces, en ese preciso instante en que se elevaron juntos hacia esos reinos etéreos, cuando supo que lo amaba de muchas más maneras.

Capítulo Veintidós

CUANDO EL CARRUAJE se detuvo junto al puente Fleet, el hedor del canal se elevó a su alrededor, impregnando el aire de un nauseabundo olor a aguas residuales y otras cosas que Harry no quería ni considerar. Londres no era Jamaica, eso estaba claro. El empleado miró a través de la oscuridad a su jefe, sentado frente a él, con el bastón junto a la rodilla y una pistola cargada en la mano. Tanto si estaban en Londres como en Port Royal, pensó Harry, el señor Hyde era el mismo. Y que Dios salvara al tonto que se cruzara en su camino.

"¿Me entiendes?" Decía Hyde, cada vez más enfadado. "Tú tienes la culpa de esto. Si no hubieras estropeado la subasta, no estaríamos aquí ahora".

"Sí, señor. Lo haré bien esta noche. Ya lo verás".

"Eso haré. Y si metes la pata, maldito canalla, los perros encontrarán tu cadáver en esta fétida zanja. ¿Me oyes?"

"Sí, Sr. Hyde". Harry se mareó al pensar en el canal y en las cosas innombrables que flotaban en el agua muerta. "No le fallaré, señor."

"Recuerda lo que te dije. Sube por este callejón hasta que veas el cartel de la Cabeza de Oveja. A la vuelta de la esquina encontrarás la taberna de un hombre llamado el Holandés. Allí encontrarás a los hombres que buscamos".

"Sí, señor. Media docena de hombres".

"Al menos media docena. Debes pagarles una guinea a cada uno, con la promesa de más si firman con nosotros. Pero no recibirán nada si dicen una palabra a alguien. Dígales que su amo requiere labios apretados, o verá que se la juegan. Deben esperar hasta que digamos que es hora. Vendremos por ellos dentro de quince días, y deben estar listos para viajar. ¿Me entienden?"

"¿Les digo que se queden con el dinero aunque no los hayan necesitado para nada?".

"Eres un maldito tonto, Harry. ¿Crees que estos canallas te lo devolverán? Tendrás suerte si sales de allí sin que te corten el cuello. Diles que se quedarán con lo que les des esta noche. Pero habrá un premio mucho mayor si necesitamos llevarlos con nosotros para conseguir a la esclava".

Harry miró hacia el callejón oscuro. No le hacía mucha gracia adentrarse solo en aquel nido de ratas formado por edificios destartalados apiñados a lo largo de la orilla del canal.

"Disculpe la pregunta, señor, pero el Sr. Platt parece confiar en que puede conseguir a la mujer alineando testigos que digan que es una bruja. Ahora, en mi opinión, ¿no deberíamos esperar... a pagar un buen dinero a unos sinvergüenzas hasta estar seguros de que el camino del abogado no funciona?"

En un instante, la cabeza plateada del bastón de Hyde se estampó contra el pecho de Harry, inmovilizándolo contra el asiento del carruaje.

"Escúchame. No te pago para que pienses. Y ciertamente no voy a dejar el resultado de esto a tontos como tú o Platt o ese fanfarrón de Cranch. Es un maldito obrero y cree que puede conquistar el mundo por sí mismo. No, no confiaré en ninguno de ustedes. Tendré planes, y planes alternativos y mantendré mi propio consejo hasta que tenga mis dedos alrededor de la garganta de esa bruja".

Harry asintió dócilmente. Era cierto lo de Ned Cranch. El albañil podía tener habilidad con las faldas, pero el hombre era un maldito soplador, sin duda.

"Ahora sal ahí fuera", ladró Hyde. "Recuerda, el signo de la cabeza de oveja. Y mira a tu espalda ".

"Si se me permite la osadía de preguntar", empezó Will vacilante mientras pasaba la navaja por la garganta de Lyon. "¿Le has contado esto a su señoría?"

Lyon estudió al larguirucho ayuda de cámara. "Estás asustado".

"Parece un poco diferente, milord, con el pelo cortado y la barba afeitada. Sólo pienso que Lady Aytoun merece una advertencia antes de que la asustes con tu nueva cara".

"¿Matarla del susto?" La risa de Lyon resonó en la habitación. "Maldito seas, Will, ha estado detrás de mí para afeitarme desde el momento en que puso sus ojos en mí. En todo caso, la mujer estará encantada".

Encantado. Absolutamente. Y no sólo por su aspecto, pensó Lyon esperanzado. Tenía muchas más cosas que estaba dispuesto a contarle.

Para poner a prueba su último descubrimiento, Lyon empujó lentamente los pies por el suelo, alejándolos de la silla hasta donde alcanzaban. Luego los retiró. Long Will, empeñado en no cortarle, fue ajeno al movimiento.

Los últimos cuatro o cinco días habían sido milagrosos. Lyon no podía explicarlo, pero de algún modo su cuerpo había experimentado grandes mejoras en el lento camino de la curación. En realidad, las mejoras eran bastante pequeñas, pero a diferencia de la docena de veces anteriores, estos cambios parecían ser permanentes. El movimiento de los dedos de su mano derecha. La capacidad de flexionar las rodillas y doblar los tobillos. Aún no se había atrevido a poner peso sobre ellos, pero la perspectiva era excitante.

En algunos momentos de los últimos días, sobre todo cuando él y Millicent hacían el amor, le había sido casi imposible ocultar a su esposa este nuevo descubrimiento. Pero Lyon había decidido esperar hasta estar seguro y poder sorprenderla con su magnitud.

Era mucho lo que le debía a Millicent. Y había mucho más que pretendía pagar.

El ayuda de cámara limpió la cara de Lyon con la toalla y dio un paso atrás. Más allá de Will, vio a Ohenewaa entrar en la habitación. Ninguna puerta impedía a la anciana ir adonde quería. Como una aparición, iba y venía a cualquier hora del día, y Lyon estaba acostumbrado a sus maneras.

Por supuesto, también debía gran parte del mérito de su curación a Ohenewaa. Ella continuó atendiéndole y preparando ungüentos para que Millicent se los administrara. A diferencia de los otros médicos que habían acudido a su cabecera desde el accidente, ésta había creído en su recuperación y le había dado esperanzas. Era otra a la que Lyon aún no había hablado de sus progresos.

Lyon vio cómo la mirada de la anciana recorría sus piernas hasta llegar a sus pies.

"¿Esto ha mejorado?", preguntó, tocándose la cara suavemente afeitada.

"Algunas", respondió ella. "¿Se lo has dicho?"

"Eso es lo *que* le preguntaba a su señoría", dijo el ayuda de cámara mientras recogía el equipo de afeitar. "No quiero faltarle al respeto, milord, pero usted parece un hombre diferente al que se unió a su señoría. Y no queremos que te eche de Melbury Hall, pensando que ahora eres otra persona".

"Lárgate, espantapájaros parlanchín".

Con una amplia sonrisa en la cara, Will salió de la habitación. Ohenewaa no repitió su pregunta anterior y Lyon no hizo ademán de malinterpretarla.

"No, aún no se lo he dicho. Pero tengo intención de hacerlo esta tarde". Flexionó los dedos de su mano derecha. "He estado esperando, deseando que llegara el momento de hacer algún gran gesto, como dar un paso o dejar a Millicent sin aliento, pero supongo que no será así".

"Esas cosas llegarán. Tienes que ejercitar tu paciencia tanto como tus músculos". Ohenewaa puso las botellas que llevaba en la mesa junto a la cama. "Tu mujer disfruta con las pequeñas cosas de la vida. Las pequeñas alegrías son gratificantes, pero las monumentales pueden ser abrumadoras. Ella es muy diferente a lo que estás acostumbrado".

"¿Alguien te ha estado hablando de mi primer matrimonio?"

Ohenewaa resopló.

"¿Estás tan en sintonía con los estados de ánimo y sentimientos de Millicent?"

Ohenewaa se limitó a mirarle con sus ojos rasgados, pero no dijo nada más. Luego se volvió hacia la mesa.

Lyon estudió a la anciana durante un largo rato en silencio. Observó sus hábiles manos moviéndose con determinación entre las botellas y los tarros.

"¿Eres capaz de mirar dentro de la gente y curar sus almas además de sus cuerpos, Ohenewaa?".

La mirada oscura se volvió y se encontró con la suya.

"En mi vida he conocido a muchos hombres con gran experiencia en ciencia y medicina", prosigue. "Incluso me he cruzado con algunos hombres espirituales a lo largo de los años. Pero ninguno de ellos ha tenido tu confianza. O tu conocimiento de la curación".

"No hay magia en lo que hago, ni en lo que veo. Pero he visto mucho sufrimiento real. Y lo que he aprendido de esas experiencias es que las heridas se curan o la gente muere. Pero también he aprendido algo más. A veces, el sufrimiento que asola el cuerpo cuando no hay ninguna razón física está causado por algún recuerdo que mantiene cautiva a esa persona."

"¿Crees que la culpa me impidió mejorar antes?".

"Dices culpa. Yo no lo he dicho. Culpa, arrepentimiento, pena. Si miras lo suficientemente profundo en tu corazón, tendrás tu respuesta. Pero todo esto..." Señaló con la mano las botellas que tenía delante. "Han sido poco más que bagatelas para distraerte. Estabas en el camino de destruirte a ti mismo. Por tu mujer, no podía permitirlo. Ahora te estás curando porque has empezado a abrir la puerta y a dejar que el dolor del pasado se filtre. Estás permitiendo que entre el presente".

Lyon creía que nunca se recuperaría del todo del golpe de su pasado. Pero Ohenewaa tenía razón. *Había* dejado de dejar que dominara su existencia. Ya no le consumía.

Levantó la vista y vio a la anciana deslizándose por el suelo hacia la puerta.

"No lo olvides", dijo, deteniéndose en la puerta. "Pasitos".

"Tengo que salir a recibirlos. No estamos preparados. No se les esperaba. Tenemos que pensar dónde ponerlos".

Abrumada por la visión de los carruajes de los visitantes entrando en el patio, Millicent echó un vistazo por la ventana del piso de arriba.

"La cena..."

"La cocinera se encargará", se apresuró a decir la Sra. Page. "Habrá de sobra".

"Sr. Gibbs, por favor dígale a su señoría que la viuda y Sir Richard han llegado. Haga que lo bajen al salón de inmediato".

"Sí, milady".

Se volvió desesperada hacia el ama de llaves. "En cuanto a las habitaciones para todos, ¿hay alguna forma de evitar desplazar a Ohenewaa?".

"Por supuesto. Trasladaremos al Sr. Gibbs al apartamento del mayordomo", respondió la Sra. Page. "Su alcoba debería convenir al caballero. Y si no le importa renunciar a su alcoba y mudarse con su marido, milady, entonces podemos arreglarlo rápidamente para su señoría."

"Sí. Sí. Eso estará bien", susurró Millicent, alejándose a toda prisa por la casa para recibir a sus invitados. Aunque habia invitado a la viuda a Hertfordshire, se sentia nerviosa por la brusquedad de la visita. Naturalmente, había esperado que le avisaran un poco antes de su llegada para poder planificar una estancia perfecta para la anciana.

No era tanto la necesidad de impresionar, se dijo Millicent, sino su deseo de aumentar la confianza de la viuda en ella. Quería que la madre de Lyon se sintiera tranquila con respecto a su elección inicial de Millicent como nuera.

Se detuvo en lo alto de las anchas y curvas escaleras y se pasó una mano por la parte delantera de su vestido de terciopelo verde. Respiró hondo y se colocó un rizo suelto detrás de una oreja. *¿Por qué esta noche?* pensó Millicent. Por impulso, había recurrido a la experiencia de Violet para que la ayudara a vestirse de forma diferente. Quería tener un aspecto especial para la cena de esta noche con Lyon. Como resultado, el vestido era demasiado revelador y el peinado completamente poco práctico. Por supuesto, esta noche tendrían invitados.

La anciana lady Aytoun y su abogado ya se habían quitado la capa en el vestíbulo cuando Millicent llegó al pie de la escalera.

Con un par de sirvientas a cada lado y un bastón de plata para sostener su frágil cuerpo, la viuda recibió los saludos de Millicent con un gesto de la mano. "No me disculparé por lo inesperado de mi visita".

"Tampoco debería, milady. Hace tiempo que esperamos... que nos visite". Millicent saludó a su vez a Sir Richard. "¿Y cómo fue su viaje desde Londres?"

"Horrible y largo".

"No necesitamos servir la cena hasta que haya descansado. Pero, ¿le apetece tomar una copa de vino o una taza de té en el salón mientras le suben el equipaje a sus habitaciones?", preguntó agradablemente, tratando de ignorar cómo la aguda mirada de la viuda se fijaba en todo, desde el pelo de Millicent hasta su vestido y la punta de sus zapatillas. "Debería haber un buen fuego para que entres en calor".

"Me gustaría ver a mi hijo primero."

"Entonces podemos lograr dos cosas a la vez. Su señoría nos acompañará también al salón".

Millicent no fue ajena a la mirada que cruzaron la viuda y el abogado, pero no dijo nada y se tomó su tiempo para acompañar a la mujer mayor más allá de la reverencia de Gibbs hacia el salón.

"Y cómo..." Sir Richard preguntó despreocupadamente mientras observaba la escalera de mármol y los techos pintados en lo alto, "¿cómo le va a lord Aytoun con la falta de visitas de algún médico de Londres?".

"Bastante bien. De hecho, como he estado mencionando en mis cartas a su señoría, creo que ha hecho una gran mejora... en su disposición en particular."

"¿Ha contratado a algún médico rural para que lo atienda?", preguntó el hombre.

"No, Sir Richard. No ha habido necesidad de eso". Millicent aminoró la marcha para permitir a Lady Aytoun recuperar el aliento. "Pero tampoco ha carecido de cuidados médicos".

"¿Y cómo es eso?", preguntó bruscamente la viuda.

Millicent no vio ninguna razón para ocultar la verdad. "Si recuerdas el día de nuestro primer encuentro, me había topado con un asistente de un médico fallecido en Londres".

"La vieja africana".

"Sí. Resultó, milady, que la experiencia y los conocimientos de Ohenewaa en métodos tradicionales y herbales de curación han resultado inestimables para tratar a su hijo". Millicent fue consciente de una segunda mirada que pasó entre sus invitados. "Como podrá comprobar usted misma dentro de unos momentos, su señoría tiene ahora pleno control de sus pensamientos y acciones. Ya no depende de ningún medicamento sedante para calmar sus estados de ánimo. Es independiente y voluntarioso, y Ohenewaa cree que sólo es cuestión de tiempo que supere la incapacidad de mover el brazo y las piernas".

Ninguno de sus invitados pareció convencido por su discurso. Millicent indicó con la cabeza a uno de los criados que abriera las puertas del salón. Se asomó, esperando que su marido estuviera ya allí.

Efectivamente, había alguien allí. Pero el caballero apuesto, bien afeitado e impecablemente vestido que estaba sentado junto a la chimenea no podía ser su marido. La mirada segura del hombre observó a sus visitantes antes de posarse en Millicent.

Se le aceleró el pulso. Millicent dio un paso atrás involuntario y apartó la mirada mientras el corazón se le hundía como una piedra en el estómago.

El futuro había llegado.

Lyon sólo tenía ojos para su mujer. Ella era impresionante.

El vestido se ajustaba a su hermoso cuerpo como una segunda piel. El cabello castaño amontonado en su cabeza era perfecto, y los mechones rizados que enmarcaban su rostro pálido acentuaban sus pómulos altos y su boca sensual. Pero también podía ver la mirada de incertidumbre en el fondo de sus ojos grises. Más que ninguna otra cosa, a Lyon le habría gustado quedarse a solas con Millicent. Quería decirle lo encantadora que estaba. De mala gana, se volvió hacia los visitantes.

"Siento no poder levantarme, madre". Ella lo miraba con abierta incredulidad. "Entre. Por favor."

Ambos invitados parecían clavados al suelo, y ahora que lo pensaba, Millicent también.

"Maitland, no tienes peor aspecto desde la última vez que te vi. Y tú también debes estar bien, madre, paseando por el campo en pleno invierno. Venid todos a sentaros junto al fuego". Levantó una mano para tocarse la cara y se dirigió a Millicent. "¿Qué te parece?"

"YO... YO..." En lugar de responderle, se volvió hacia los invitados. "Si son tan amables de acompañar a su señoría, necesito supervisar algunos preparativos. Me reuniré con todos ustedes en breve".

Lyon percibió su incomodidad. Pero no sabía si era por lo repentino de la inesperada compañía o por algo que él había hecho. Las palabras burlonas de Long Will volvieron a su mente, al igual que las preguntas de Ohenewaa. Decidió no presionarla y, cuando Millicent

desapareció de la puerta, se volvió hacia su madre y el abogado, que finalmente decidieron acercarse al fuego.

"Pareces un poco cansada, madre, pero muy parecida a como te dejé".

"No puedo decir lo mismo de ti". Se sentó pesadamente en una de las sillas acolchadas y despidió a sus criadas. La puerta del salon se cerro y los tres se quedaron solos. "Pareces descansada y en forma. Veo que el clima de Hertfordshire te sienta bien".

"Mi salud se debe a mucho más que al tiempo", corrigió Lyon, atrayendo las miradas sorprendidas de los otros dos. Se volvió hacia Maitland. "Supongo que has recibido mi carta".

"Lo hice, milord. Y tengo en mi poder las piezas que solicitó. También hemos traído con nosotros a Peter Howitt, un joven que fue entrenado por Walter Truscott y era empleado en Baronsford."

"Le recuerdo", dijo Lyon. "¿Alguna noticia de Pierce?"

Maitland negó con la cabeza, y Lyon lamentó haber preguntado. Ceder la responsabilidad del patrimonio familiar a su hermano menor hacía unos seis meses había sido el intento de Lyon de salvar a su familia. Planeaba retirarse y dejar que todos los resentimientos se desvanecieran poco a poco, mientras Pierce podía hacerse cargo y traer de vuelta a David, y la gente de Baronsford podía continuar con sus vidas pacíficamente, como una vez lo habían hecho. Regalar Baronsford había sido la forma que había tenido Lyon de resolver el futuro de todos, pero Pierce se lo había echado todo en cara al no regresar de Boston, en las colonias americanas.

"¿Y cómo van las cosas en Baronsford?" preguntó Lyon, intentando que las viejas heridas no volvieran a supurar.

"Quizá podamos hablar de esto más tarde, milord, cuando tengamos más tiempo". El abogado lanzó una mirada cautelosa a la viuda, y Lyon respetó su deseo de esperar. Hacía tanto tiempo que Lyon no se preocupaba lo suficiente como para preguntar por el lugar que a Maitland le preocupaba que, una vez comenzada la conversación, la viuda se cansara demasiado antes de que los dos hombres hubieran hablado de todo lo que había que hablar.

Tenía razón. Lyon tenía muchas preguntas. Y era muy consciente de que sus hermanos no compartían su pasión como él. No era el lugar lo que echaba tanto de menos, sino a la gente. Y viendo los cuidados que Millicent dispensaba a todo el mundo en Melbury Hall, ahora se daba cuenta de lo abandonada que debía sentirse la gente de allí.

"Antes de que lo hagáis, me gustaría saber algunas cosas". La viuda lo estudió detenidamente. "Estos cambios que veo en ti, estas mejoras, ¿cuál es su alcance?"

"Todavía no puedo andar, si a eso se refieren". Lyon observó con satisfacción sus expresiones de asombro mientras estiraba lentamente los pies. "Pero creo que sólo será cuestión de tiempo".

"Esto es maravilloso, milord", exclamó Maitland.

"Bruja o no bruja, la mujer es hacedora de milagros", susurró la viuda con asombro, mirándole los pies.

"Así que has oído hablar de Ohenewaa", dijo Lyon.

"Lo hemos hecho, mi señor. Pero ningún informe era favorable hasta que su esposa habló de ella a nuestra llegada. ¡Y ahora esto!"

Lyon se volvió hacia su madre. "¿Quién más ha estado hablando de ella?"

"El Dr. Parker sigue rebuznando como una mula picada por el trato que le ha dado tu mujer. El hombre ha estado llenando los oídos de todo el mundo en Londres que quiere escucharle sobre el peligro al que Millicent te ha sometido." La viuda sonrió. "Y por la descripción de la situación que ha hecho el doctor Tate, los cuidados de esta negra deberían ponerte a dos metros bajo tierra

en quince días a más tardar".

"¿Así que esa es la razón de esta visita inesperada?"

Maitland comenzó. "Usted había solicitado..."

"En efecto", interrumpió la viuda con su brusquedad habitual. "Odiaba pensar que me había equivocado con Millicent".

"No te equivocaste con ella", respondió Lyon con ternura. "Y por mucho que me pareciera descabellada la idea de un matrimonio concertado cuando la sugeriste por primera vez, ésta es una oportunidad tan buena como cualquier otra para elogiarte y darte las gracias por elegirla".

Su último encuentro había sido el día en que Lyon se marchaba a Hertfordshire. Había estado muy sedado y, por lo poco que recordaba de sus últimas palabras, Lyon no creía que se lo hubiera agradecido mucho.

"Es gracias a Millicent y a su testarudez que he llegado tan lejos y he mejorado tanto. Es una luchadora, madre. La mujer no me dejaría serlo".

La sensación de alivio que se transmitió entre los visitantes fue palpable. Lyon vio a su madre recostarse pesadamente en la silla acolchada. Era evidente que se había quitado un peso de encima.

"Así que se acabó toda esa tontería del divorcio o la anulación".

Lyon sintió que una nube oscura se formaba sobre su propia cabeza. Se inclinó hacia delante.

"¿De qué estás hablando?"

"La condesa exigió que se incluyera una disposición en el acuerdo matrimonial, milord", declaró Maitland en voz baja. "En caso de su recuperación, el divorcio sería incontestable".

"¿Por qué?"

"Por su primer matrimonio", dijo la viuda, bajando la voz. "Por el escandaloso abuso que recibió bajo las brutales manos de su primer marido. Por la vergüenza que aún siente ante la idea de enfrentarse a la sociedad. Por no ser suficientemente querida ni siquiera por su propia familia. A pesar de los rumores que circularon en su momento, no harían nada por rescatarla de aquella horrible situación."

"No sabía nada de esto".

"Razón suficiente, creo yo, para que cualquier mujer no quiera exponerse nunca más a los lazos del matrimonio".

Los dedos de su mano se crisparon de rabia. El hecho de que Wentworth era un ser humano despreciable había sido obvio todo el tiempo. Pero Lyon no había adivinado su maltrato físico a Millicent. Las piezas empezaron a encajar. Se dio cuenta de que su madre volvía a hablar.

"Estoy seguro de que ya se da cuenta de que su esposa tiene un gran orgullo. Le costó mucho trabajo y valor hacerse cargo de esta finca. La ha convertido en un hogar para ella y para las personas que le importan. A pesar de la escasez financiera, ella era feliz aquí. Absolutamente feliz. Me costó mucho convencerla de que volviera a casarse. Pero deberías considerar que lo que ella pidió hace más de dos meses podría no ser lo que quiere ahora".

Una semilla de duda ya se había instalado en la mente de Lyon.

"Casi no reconocí a Millicent cuando la vi hace unos momentos", continuó la viuda en tono tranquilizador. "Ha cambiado tanto como tú. Parece feliz. Brilla con una belleza interior. De hecho, es muy diferente de la mujer que conocí en Londres".

Millicent era feliz cuando la gente la necesitaba. Había aceptado el reto de tratar con él debido a las necesidades que le habían incapacitado. Recientemente, habían compartido una tremenda pasión. Pero no habían hablado ni una palabra del futuro.

Volverse completo pero pagar el precio de perderla era una opción que Lyon no estaba

dispuesto a aceptar. La quería demasiado.

Llamaron a la puerta y entraron dos criados con bandejas de té.

"Renunciaré al té. Me gustaría subir a descansar antes de la cena".

"Aquí tenemos horario de campo, madre. Cenamos a las siete".

"Muy bien." La viuda se puso en pie. "Esta es su oportunidad, Sir Richard, de ponerle al corriente de todas las novedades de Baronsford. Creo que está preparado para ello".

Lyon vio marchar a su madre y se preguntó qué más podrían contarle hoy que superara la angustiosa noticia que habían compartido sobre la ganga de Millicent.

Levantándose de las rodillas, Violet se limpió la boca con el dorso de una manga y se apoyó en el muro de piedra de la casa. El viento arrastraba una salpicadura de lluvia fría, y la joven levantó la cara, saboreando el tacto contra su piel enfebrecida.

Esta noche el sabor del queso no le había sentado bien al estómago. Ayer por la mañana fue el olor de los nabos lo que la hizo salir corriendo. El día anterior, no pudo retener ni siquiera una taza de té suave.

El corazón de Violet latía con fuerza en su pecho. Durante los últimos quince días había estado enferma del estómago todos los días. Había dejado de negarlo. Estaba embarazada.

Las consecuencias de lo que esto significaba, sin embargo, habían continuado golpeándola. Tener un hijo fuera del matrimonio. Perdería su posición. Traería vergüenza al nombre de su familia.

"¿Vienes esta noche?"

La llamada de Amina cuando la mujer salió por la puerta trasera obligó a Violeta a separarse de la pared. "Así es. Te estaba esperando", mintió.

Caminaron juntos hacia una de las casitas recién reparadas, justo después de los establos. Amina y Jonás vivían allí, y casi todas las noches Amina y otras antiguas esclavas se reunían allí. Violet había sido bienvenida entre ellas desde los días anteriores a la muerte del terrateniente. Se había formado un vínculo cuando, por miedo al terrateniente Wentworth, se había refugiado con cuatro de las mujeres negras en su choza de la arboleda.

Desde entonces, uno de ellos, tras ser liberado, se había marchado a Londres. Las demás, sin embargo, a pesar de sus nuevos cargos o de sus nuevas condiciones de vida o de matrimonio, seguían reuniéndose en la habitación de una o en la casita de otra casi todas las noches. Durante un par de horas se reunían para hablar o coser, disfrutando de la compañía de las demás. Violet tenía una invitación abierta para unirse a ellas siempre que lo deseara, y a menudo lo hacía.

La reunión de esta noche fue un gran alivio para la joven. Aquí se sentía segura. Y después de tantas horas de angustia por su embarazo, había estado desesperada por salir de sí misma, aunque fuera por una o dos horas. No tenía a nadie a quien confiárselo, y eso incluía a Ned. Ya sabía cuál sería su reacción.

"...nunca tuvo marido, pero dejó un hijo cuando la vendieron a ese Dr. Dombey".

Violeta se centró en la conversación que se desarrollaba a su alrededor.

"Nunca había oído nada de eso". Amina bajó la costura a su regazo.

"Eso fue antes de tu tiempo, niña", comentó la mayor de las mujeres. Había pasado la mayor parte de su vida en las islas, pero su talento como cervecera había hecho que Wentworth la trajera a Melbury Hall. "He oído decir a nuestra gente que Ohenewaa era una princesa ashanti, robada de la tierra al oeste de un río sagrado de África. Tenía una belleza real de niña, por lo que fue tomada como sirvienta doméstica. Nunca trabajó en el campo, como yo antes de ir a las

cocinas. Por la gracia del Todopoderoso, nunca recibió palizas como el resto de nosotros. No fue hasta que alcanzó la mayoría de edad cuando empezaron los problemas".

"¿Problemas?" Violet preguntó en voz baja.

"Sí. Cuando empezó a mostrar signos de ser una mujer. No sé cuántos años tenía. Tal vez doce o trece. Pero el amo fue lo bastante rápido para darse cuenta. Recuerdo que aún le quedaba algo de crecimiento, la primera vez que empezó a hincharse de niños". La anciana sacudió la cabeza con tristeza. "Pero lo perdió al nacer. La mujer del amo no permitió que ninguno de nosotros fuera a verla la noche del parto. El ama también se habría alegrado de verla morir. Aún la recuerdo llorando de dolor y miedo aquella noche".

"Dijiste que había dejado un niño", preguntó Amina.

"Sí, eso hice. Todo esto fue antes de que aprendiera a interrumpir un embarazo antes de que se notara. Creo que fue al año siguiente, o tal vez al año siguiente, cuando se hinchó de nuevo. Y esta vez nació un niño".

"¿Podría quedárselo?"

"No hay posibilidad de eso. Para entonces el amo ya se había cansado de ella. Sin embargo, mantuvo a la niña en la casa y pasó a Ohenewaa a su alguacil y a los hombres. Pero esa mujer era demasiado fuerte para ellos. Se escapó. La trajeron de vuelta y la marcaron. Pero volvió a huir. La trajeron de vuelta y la azotaron bien esa vez. Pero siguió huyendo".

"Tuvo suerte de sobrevivir", dijo Amina con tristeza.

"Eso es lo que el resto de nosotros estábamos pensando, también. Pero lo impresionante de ella es que cada vez que la traían de vuelta, se hacía más fuerte. Con cada paliza se volvía más parte del resto de nosotros. Aún era joven, pero su nombre empezó a salir a la luz. Y dejamos de pensar en ella como la chica del amo".

"Me sorprende que Dombey la comprara".

La anciana clavó la aguja en la costura que tenía sobre el regazo. "Lo trajeron de Port Royal para ver a la esposa del amo. Ella estaba en cama con fiebre, y fue entonces cuando accidentalmente se encontró con Ohenewaa. Ella también estaba enferma entonces, pero le dolían los últimos azotes que recibió".

"Recuerdo a Dombey cuando era mucho mayor", dijo Amina. "No era tan malo".

"No lo sé", continuó la anciana. "Tal vez tenía más conciencia que la mayoría de ellos. Fuera lo que fuese, para cuando el doctor se fue, la mujer del amo murió y Dombey consiguió comprar Ohenewaa".

"Pero eso fue sólo el principio de su fama", añadió otra mujer que había guardado silencio. "Muchas de nosotras fuimos vendidas a otras plantaciones justo después". Miró a la mayor del grupo. "Fue entonces cuando tú y yo nos fuimos a las cocinas de aquel otro lugar. Después sólo veíamos a Ohenewaa de vez en cuando. Dombey la llevaba a todas partes, así que sólo la veíamos cuando llamaban al médico a la plantación".

"Iba a todas partes", dijo la mujer mayor. "Y siendo tan lista como era, aprendió todo lo que pudo del viejo Dombey. Pero no sólo aprendía de él. Cuando viajaban a bordo de un barco hacia o desde África, ella pasaba el pasaje con nuestra gente. Mientras Dombey hacía todo lo que podía con los esclavos, Ohenewaa tenía que estar allí abajo, bajo cubierta, atendiendo a los enfermos, consolando a los que sentían que les arrancaban el corazón, y todo el tiempo aprendiendo lo que podía de la tierra de la que robaron a nuestro pueblo".

"Era increíble trabajar en una plantación y que llegaran nuevos hombres o mujeres que ya conocían a Ohenewaa", dijo la segunda mujer, volviendo a su costura. "Ella se convirtió en un hilo conductor que nos unía a todos".

La mujer de más edad sonrió. "Especialmente las mujeres".

"Sí, ella sabía cómo lidiar con nuestro tipo de problemas".

"¿Qué le pasó a su hijo?" preguntó Amina.

La mujer mayor se encogió de hombros. "Creo que nunca volvió para averiguarlo. Tal vez vivió para ser sirviente o mozo de cuadra o algo así. ¿Quién puede decirlo?"

"¿Y qué plantación era esa?" Preguntó Amina. "¿Quién fue el primer maestro de Ohenewaa?"

"Eso fue en la plantación Hyde, niña. Ahí fue donde empezó todo".

Capítulo Veintitrés

DEBÍA de estar loca para pensar que este arreglo funcionaría.

Millicent dejó el libro y se frotó los ojos. Había retrasado todo lo que pudo la subida a su dormitorio. La viuda y Sir Richard, cansados de su viaje, se habían retirado poco después de cenar. Y como ya era costumbre en las últimas noches, los criados habían subido a Lyon para prepararlo también para la cama.

Millicent salió de la biblioteca y atravesó la casa. Subió despacio las anchas escaleras curvas. Si hubiera sido cualquier otro día -si no hubiera estado tan afectada por el cambio de Lyon-, le habría encantado subir corriendo. Pero por primera vez desde que se había casado con él, se sentía fuera de su elemento. No era su sitio. Él iba demasiado deprisa y ella no estaba segura de tener fuerzas para seguirle.

La razón de esta inseguridad no era sólo su aspecto. Es cierto que era mucho más guapo de lo que ella había imaginado. Parecía un dios. Pero también estaba la cuestión de su confianza. Y el poder.

Podía sentir cómo crecía su masculinidad. Esta noche había destilado la cruda potencia animal de un hombre que toma las riendas de su vida.

Y eso la asustó.

La llegada de la viuda y su abogado había despertado al hombre que debía de estar durmiendo dentro de su marido. Cuando Millicent lo miró durante la cena, mientras él debatía con sir Richard sobre los crecientes disturbios en las colonias americanas, había visto a un caballero inteligente e ingenioso, un miembro de la élite de la moda, un noble fuera de su alcance. Lyon Pennington, cuarto conde de Aytoun, era un hombre con el que apenas tenía derecho a soñar.

Violet había trasladado parte de la ropa de Millicent a esta habitación, pero esperaba que él estuviera dormido cuando ella llegara al dormitorio. Al abrir la puerta de un empujón y echar un vistazo, Millicent se dio cuenta de que su esperanza había sido en vano. Había al menos una docena de velas encendidas y Lyon parecía tan despierto como al mediodía. Estaba apoyado con almohadas en la cama. Tenía un libro abierto en el regazo.

"Me preguntaba si subirías o si tendría que bajar yo mismo a traerte".

"Me hubiera gustado verte intentarlo". Cerró la puerta del dormitorio y apoyó la espalda en ella.

"¿Es un reto?"

El roce de una sonrisa en sus labios hizo estragos en el interior de Millicent. Buscó un terreno seguro. "Usted y Sir Richard estuvieron encerrados en la biblioteca durante algún tiempo esta tarde. Debe de haberle sentado bien que le pusieran al día de sus asuntos de negocios".

"Bueno y angustioso. ¿Te estás preparando para ir a la cama?"

Millicent se apartó de la puerta. Miró el biombo y el camisón que habían colocado en un sofá a su lado. Esta noche la habitación parecía mucho más pequeña; la cama parecía demasiado estrecha. Lyon cerró el libro y fijó su mirada en ella.

"Nunca tuve la oportunidad de decirte lo hermosa que te veías esta noche".

"Yo... gracias", susurró, cada vez más nerviosa. Necesitaba un lugar al que escapar. El biombo le sirvió. Acababa de deslizarse detrás de él cuando sonó un suave golpe en la puerta.

Se dirigió a la puerta y la abrió ligeramente. Violet estaba en el pasillo.

"¿Está lista para desvestirse, milady?"

"Sí, pasa".

"No", ordenó Lyon desde la cama. "Ayudaré a tu señora. Fuera contigo".

Millicent sintió que le ardía la cara mientras Violet miraba de una persona a otra.

"Me las arreglaré, Vi", dijo Millicent, despidiéndola. "A la cama contigo".

Cerró la puerta, cruzó la habitación lo más despreocupadamente que pudo y se escondió detrás del biombo.

"Dije que te ayudaría".

"Sí, lo sé". Su voz sonaba extraña, incluso para sus propios oídos. "Puedo arreglármelas".

"Los botones de ese vestido están en la espalda".

Maldijo en silencio. Él tenía razón. Violet la había ayudado a ponerse el vestido. Necesitaba que alguien la ayudara a quitárselo.

"¿Puedo ayudarle?"

Millicent cerró los ojos.

"No volveré a afeitarme la cara, aunque me lo ruegues".

Sonaba como un niño enfurruñado, y una risita incontrolable surgió en su pecho. Sonaba como ella. Se dio cuenta de lo ridículo de su comportamiento. Después de todo, era el mismo hombre con el que había hecho el amor varias veces esta semana. Era su marido. Apretando el camisón contra su pecho, se acercó a la pantalla.

"El daño ya está hecho", dijo. "Ahora sé lo espantosamente guapo que eres, así que mejor quédate con este look".

"Muy bien, milady. Sus deseos son órdenes". Arrojó el libro sobre la mesilla de noche. "Ven aquí."

Millicent se sentó en el borde de la cama al alcance de su mano izquierda, dándole la espalda. "Si haces la primera docena de botones, yo puedo encargarme del resto".

"No puedes hablar en serio", dijo con fingido asombro. "El 'descanso' es lo que he estado deseando todo el día. Así que lo hago todo o nada".

Miró por encima del hombro la sonrisa de su atractivo rostro. Sabía exactamente cómo derretir su corazón. "Manejas un duro negocio".

Millicent sintió cómo se abría el primer botón y luego el segundo.

"Ahora que lo mencionas, hay algo que necesito de ti".

Ella oyó el cambio en su tono. "¿Qué pasa?"

"Necesito ir a Escocia. Quiero que vengas conmigo".

Su cuerpo se tensó de inmediato. Los dedos de Lyon bajaron por su espalda, desabrochando algunos botones más.

"Durante estos últimos meses había estado tan alejado física y mentalmente de Baronsford que no era consciente de la situación allí. No tenía ni idea de que los problemas que estaban ocurriendo en las Highlands se estaban extendiendo hacia el sur, hacia nosotros, en los Borders."

"¿Te refieres a los desmontes?", preguntó en voz baja.

Ella sabía algo al respecto. Durante treinta años, desde la derrota de Bonny Prince Charlie en Culloden, el gobierno se había apoyado fuertemente en los jacobitas escoceses y en los clanes de las Highlands que se habían puesto del lado del Pretendiente.

En los periódicos que la viuda le enviaba desde Londres, Millicent había leído algunos de los discursos pronunciados en el Parlamento. Por lo que había podido deducir, los problemas actuales habían comenzado realmente hace unos diez años en las Highlands. El valor del dinero ya no era el de antes y todos los lairds empezaron a subir los alquileres. Como había demasiada gente en las Highlands, los salarios seguían siendo bajos. Los hacendados -hombres cada vez más acomodados que durante décadas habían arrendado grandes extensiones de tierra a los lairds y luego las subarrendaban en parcelas más pequeñas a los agricultores- ya no podían ganarse la vida y empezaron a marcharse. Los terratenientes buscaron formas de rentabilizar las tierras y fue entonces cuando empezaron los problemas.

"Sir Richard me dijo que cientos de vagabundos pasan por Baronsford cada mes. La mayoría de ellos están hambrientos, desesperados por encontrar trabajo. Necesitan cómo alimentar a sus familias. Otros sólo quieren ganar lo suficiente para pagar el pasaje a las colonias".

Se volvió hacia él. "Leí el discurso de alguien en la Cámara de los Lores. Decía que con la desaparición de los tacksmen, la vida de los arrendatarios mejoraría. Sólo tendrían un amo al que satisfacer. Pero estos vagabundos..."

"Son esos mismos pobres inquilinos". Terminó su frase. "En realidad, lo que ha ocurrido es que las granjas desocupadas por los antiguos propietarios se han alquilado a cualquier forastero que hiciera la oferta más alta. A estos recién llegados no les importan los humildes campesinos que llevan años trabajando la tierra. Los nuevos labradores han pagado su alquiler y ahora están decididos a exprimir a los que están por debajo de ellos el máximo rendimiento posible por su desembolso".

"La gente sólo puede aguantar eso durante un tiempo".

"Y el aumento de las rentas tampoco es el único problema", añade con frialdad. "Algunos de los terratenientes están combinando las granjas más pequeñas, eliminando la labranza e introduciendo ovejas a gran escala. Ahora, cada una de esas granjas habría estado ocupada por un gran número de familias arrendatarias que trabajaban la tierra. Los terratenientes simplemente han echado a esa gente y derribado sus casas".

"¡Qué terrible!" Ella le tocó la mano. "Dijiste que los problemas han llegado a Baronsford."

"Algunos de mis vecinos han comenzado la misma práctica". Le cogió la mano. "Como he estado fuera tanto tiempo, han empezado a correr rumores entre los inquilinos. Después del accidente, transferí el control de la tierra a mi hermano Pierce".

Millicent ya lo sabía, pero decidió guardar silencio.

"Supongo que ha estado demasiado ocupado para volver de las colonias o hacer algo al respecto. Aun así, siento que los problemas son realmente míos y tengo que abordarlos". Le acarició distraídamente la mano. "No tengo peones, ni los tuvo mi padre antes que yo, pero al parecer muchos de los arrendatarios temen que las granjas de Baronsford sean las próximas en desaparecer".

Millicent había sentido el mismo tipo de temor entre los africanos de Melbury Hall tras la muerte de Wentworth. Aunque aliviados por la desaparición de su brutal propietario, se habían mostrado muy aprensivos acerca de quién iba a hacerse cargo. Muchos esperaban que Millicent vendiera lo que pudiera -incluidos ellos- y luego se alejara de todo. Pero ella no podía dar la espalda a su pueblo.

"Debes volver. Debes hacerles entender que no los estás abandonando".

"Estoy de acuerdo. Quiero que vengas conmigo".

"No puedo", protestó. "No puedo estar lejos de Melbury Hall tanto tiempo".

"Podríamos irnos quince días, quizá un mes como mucho. Luego volveremos".

"Pero me necesitan aquí. Las cosas no pueden funcionar..."

"Sabes que pueden". Cuando intentó levantarse, la mano de Lyon la agarró del brazo, obligándola a quedarse. "Aquí hay gente competente que hace su trabajo. No hay razón para que no puedas tomarte unas semanas".

"Hay otros que pueden ir contigo. La viuda..."

"Me ha dicho esta noche que esto es lo más lejos de Londres que piensa viajar. De hecho, está tan impresionada con mi recuperación que me ha dicho que piensa quedarse un tiempo en Melbury Hall. Cree que el lugar podría hacerle bien a ella también".

"¿Lo ves?" Ella asintió con naturalidad. "Razón de más para que me quede aquí. Alguien tiene que hacerle compañía".

"Ella tiene a Maitland. Y Gibbs y la Sra. Page la cuidarán perfectamente". Bajó la voz. "Te diré la verdad. No es su afecto por ti y por mí lo que mantendrá a mi madre aquí. Creo que quiere quedarse y ver si Ohenewaa puede hacerle algún bien".

Lyon tenía razón, y Millicent lo sabía. Por mucho que no quisiera creerlo, Melbury Hall empezaba a funcionar sin problemas en el día a día. Pero aun así, un ligero pánico se había apoderado de Millicent. En realidad se reducía a una cosa: sabía que le faltaba demasiado para funcionar con éxito como esposa de un conde en un lugar como Baronsford. Todos sus antepasados no equivalían a una colina de granos de café. Ella era simplemente Millicent Gregory. Podría desempeñar el papel de viuda de un terrateniente en una pequeña finca como Melbury Hall, pero más allá de eso no se hacía ilusiones.

"Dime qué te preocupa".

Levantó la vista y vio la expresión dolida de Lyon. "Estoy asustada".

Tiró de su brazo y la estrechó en un fuerte abrazo. Sus labios rozaron su pelo. Le acarició la espalda con mano posesiva.

"Cuando atrincheramos la puerta", le susurró al oído, "el mundo exterior parece un lugar aterrador. Yo también tengo miedos. Temo al pasado. Pienso en enfrentarme a mi propia gente y temo que me encuentren falto. No soy el hombre que conocieron".

Millicent le abrazó con fuerza. Apoyó la cabeza en su pecho y escuchó el robusto tamborileo de su corazón. Los problemas de Lyon eran mucho más importantes y, sin embargo, los suyos amenazaban con congelarla como una escultura de nieve. Miró sus piernas, congeladas por el miedo e incapaces de llevarla hacia el futuro.

"¿Cuándo piensas irte?"

"Esperaba ir a principios de la semana que viene".

Le miró a la cara. "¿Me dejarás pensarlo?"

Se inclinó y rozó sus labios con los de ella. "Sí. Pero no me pidas que me abstenga de presionarte. O de intentar convencerte. O de sobornarte. O cualquier otra cosa que deba hacer. Te necesito conmigo, Millicent".

Y ella lo necesitaba.

Capítulo Veinticuatro

"Tú. ¿Cómo te llamas?"

"James Wakefield, señora."

La viuda miró a un segundo muchacho que permanecía junto al muro del jardín, a una distancia prudencial. Los dos habían salido del bosque y habían llegado corriendo hasta la puerta del jardín, riendo y gritando y persiguiéndose como un par de potros. Pero al verla salir del jardín, los dos se detuvieron bruscamente.

"¿Y quién es tu amigo?"

"Israel". Solía vivir aquí en Melbury Hall. Pero ahora vive en Solgrave con nosotros".

"Ya veo". La anciana estudió a James Wakefield. El muchacho era alto y enjuto, aunque no tendría más de doce o trece años. Se fijó en su mano deforme, pero no se detuvo en ella. Dirigió su mirada hacia el otro. Israel tenía los ojos verdes más llamativos en su apuesto rostro oscuro. Volvió a mirar a James. "¿Y qué travesuras os traéis entre manos hoy?".

¿"Travesuras"? respondió James, lanzando una mirada diabólica a su amigo. "Ninguna en absoluto. Pero si nos perdona, señora, tenemos asuntos muy importantes que atender".

Con una profunda reverencia, el joven se alejó de la puerta del jardín y se unió a su amigo. Un minuto después, los dos reían de nuevo y corrían el uno contra el otro hacia la casa.

"Es el hijo mayor de lord Stanmore", le dijo el asistente de la viuda. Aunque nunca los había conocido en persona, la viuda sabía mucho de la familia. Lord Stanmore era de buena estirpe escocesa. Su madre era una Buchanan, originaria de las colinas que rodean Loch Lomond.

Lady Stanmore era aún más interesante. Al averiguar lo que pudo sobre Millicent, la viuda se había enterado de la sólida amistad que existía entre ella y Rebecca Stanmore, que había comenzado en los años en que ambas eran alumnas de una academia para señoritas en Oxford. A pesar de los diez años que Rebecca había pasado en las colonias americanas, las dos jóvenes habían reavivado fácilmente su amistad durante el verano en que Stanmore se había casado con Rebecca. Fue el mismo verano en que Millicent enviudó.

"Su joven señoría asiste a Eton, y el muchacho negro, Israel, va a la escuela de Knebworth Village", prosiguió el asistente. "Los dos chicos son muy amigos, según tengo entendido, y nos visitan a menudo. La cocinera ya tenía preparados unos dulces esta mañana, esperando una visita de ellos".

Qué vidas tan fascinantes, pensó la viuda, agradeciendo la sensación del sol en la cara. De pie junto a la puerta del jardín, se llenó los pulmones con el aire fresco de la mañana y pensó que, por muy abarrotada que estuviera Melbury Hall de todo tipo de gente, no recordaba la última vez que se había sentido tan bien.

Al borde de los árboles de donde habían salido los chicos, vio a una mujer negra y alta que se

agachaba para recoger algo del suelo. La mujer se enderezó y colocó cuidadosamente su hallazgo en una cesta que llevaba. Mientras lo hacía, la viuda tuvo la primera oportunidad de contemplar su rostro arrugado. Estaba segura de que era Ohenewaa. La viuda había deseado conocerla desde su llegada hacía dos días, pero la mujer se había mostrado esquiva hasta entonces.

Se volvió hacia su ayudante. "Ve a pedirle que venga y me acompañe aquí unos momentos".

La joven se apresuró a hacer lo que le decían. Desde el interior del jardín, Beatrice vio cómo su ayudante se acercaba y le dirigía unas palabras a la mujer negra. Ohenewaa respondió sin mirar hacia el jardín. La joven vaciló y se apresuró a regresar.

"Pregunta por qué quiere que venga aquí, milady".

"Dile que me gustaría darle las gracias".

El criado echó a correr de nuevo. La viuda salió de la verja y, con su bastón de cabeza plateada, hurgó en la fría tierra de un parterre. Desde allí podía ver mejor a la otra mujer. La sirvienta se apresuró a regresar de nuevo y se quedó sin aliento cuando llegó a la puerta.

"Le gustaría saber qué razón tiene para darle las gracias, milady".

"¡Santo Dios! Dile que tengo que agradecerle lo que ha hecho por mi hijo".

El asistente volvió a bajar la colina a toda prisa. Beatrice se dio cuenta de que Ohenewaa había dado unos pasos hacia el jardín. Un momento después, la joven regresaba de nuevo. La viuda caminó unos metros por el sendero.

"¿Y ahora qué?"

En lugar de llegar hasta el final, el asistente llamó desde la mitad de la colina. "Dice, milady, que ha sido cosa suya. Que ella no ha hecho nada".

"Modesto, también", dijo la viuda, bajando unos escalones más.

"Modesto también", gritó el asistente en dirección a Ohenewaa.

"No te he dicho que digas eso", la regañó Beatrice. Dejó de quejarse cuando se dio cuenta de que Ohenewaa había empezado a acercarse a ella. Continuó colina abajo.

"¿Qué más debo decirle?", preguntó el criado, con aspecto un poco irritado.

"Deberías subir a casa y descansar la voz".

La joven se dio la vuelta. "Deberías subir a la casa y descansar tu..."

"Ella no", espetó la viuda, habiendo alcanzado a la joven. "A ti".

"I?" El asistente se dio la vuelta, confuso.

"Sí. Tú", respondió Ohenewaa, que también había llegado a la mitad del camino.

Con una reverencia a cada mujer, el asistente se apresuró hacia la casa.

Ohenewaa dirigió su mirada a la viuda. "Deberías saber de inmediato que no respondo bien a que me convoquen".

"No era una citación. Era una petición. Pero no importa", dijo Beatrice con impaciencia, agitando la mano. "Sólo quería pasar un rato contigo, conocerte un poco, pero me temo que no se me da muy bien expresarme con paciencia cuando quiero algo".

"La brusquedad forma parte de tu naturaleza", comentó Ohenewaa.

"Lo sé.

"Y grosería, creo".

"A veces es verdad".

"Y terquedad".

"Cuando sea necesario". La viuda frunció el ceño con suspicacia. "¿Y cómo es que me conoces tan bien?"

Se encogió de hombros. "Conozco a tu hijo. Ahora, ¿qué era lo que querías?"

"Si pudieras soportar a una vieja malhumorada, ¿podría hacerte compañía mientras paseas y

recoges tus plantas y hierbas?".

"Ya que lo preguntas así, ¿por qué no? Creo que los ojos de dos viejas cascarrabias pueden ser mucho mejores que los de una".

Millicent irrumpió por las puertas de la biblioteca, y Lyon sonrió cuando la energía que desprendía desplazó todo rastro de tranquilidad en la habitación. Era un cambio bienvenido, y estudió cada aspecto de ella con aprecio. El vestido azul oscuro tenía un corpiño ajustado y un escote bajo. Llevaba una fina cinta del mismo color alrededor del cuello.

"Sir Richard acaba de subir a cambiarse para la cena", dijo. "La viuda está bajando. Pensé que deberíamos tomar dos carruajes a Solgrave, como..."

"Llevo días desesperado por tener un momento a solas contigo".

Millicent se detuvo bruscamente en medio de la habitación y permaneció inmóvil.

Desde la llegada de la viuda y de Maitland, ella o Lyon habían estado constantemente de un lado para otro. Incluso en su alcoba, el tiempo había sido fugaz, pues Millicent parecía decidida a levantarse tarde y escapar temprano por la mañana.

Lyon sabía lo que estaba haciendo. Evitaba darle la respuesta que buscaba.

"Estás preciosa esta noche".

Un suave rubor apareció en sus mejillas. Sonrió. "Tú también estás muy guapo".

"Tengo un pequeño regalo para ti."

Miró con curiosidad la caja que tenía a su lado en la mesa. "Ya me has dado bastante, Lyon. No espero nada..."

"Lo sé. Quiero que lo tengas de todos modos. Por favor."

Se acercó vacilante. "Pero, ¿cuál es la ocasión?"

"No necesito ninguna ocasión para hacerle un regalo a mi mujer".

Millicent llegó a su lado. "Pero no tengo nada para ti".

"Me has dado más de lo que merezco". Le cogió la mano y ella se sentó tímidamente en su regazo. Le dio la caja y ella la abrió lentamente.

Jadeó y cerró la tapa rápidamente. "Son tan bonitos. No puedo aceptarlos".

Meneando la cabeza, Lyon volvió a abrirle la caja.

"Sí, puedes". Sacó uno de los collares de diamantes y se lo puso en la palma de la mano. "¿Te lo pondrías para mí esta noche?"

"Pero Lyon, esto es demasiado hermoso. Nunca podría hacerle justicia".

"Amor, esto es sólo una sarta de frías piedras. Por sí solas no son nada. Les darás vida llevándolas cerca de tu corazón". Le giró la cara y apartó una sola lágrima que se había escapado de sus ojos grises plateados. "Eres tan hermosa. Por favor, déjame hacer esto".

Se inclinó hacia él y le besó los labios, y Lyon se dio cuenta de que, en cierto modo, él era como esas piedras. *Le* estaba dando vida al acercarlo a su corazón.

La carita redonda del bebé que dormía tan plácidamente contra el pecho de Rebecca fascinó a Millicent. El último año había pasado muy deprisa.

"Es realmente un ángel", dijo en voz baja.

"Mientras duerme", bromeó Rebecca, acariciando la suave mata de pelo oscuro de la cabeza de su hijo. "Deberías haberle oído hace media hora. Por eso vino a buscarme la señora Trent".

Aún faltaba una hora para la cena y Millicent había dejado a Lyon, a la viuda y a sir Richard

charlando cómodamente con lord Stanmore mientras ella subía a la guardería para visitar a Rebeca. No sabía cómo abordar el tema, pero realmente necesitaba el consejo de su amiga. Llevaba tres días aplazando la respuesta a la pregunta de Lyon. Se tocó distraídamente el elegante collar que llevaba en la garganta. Aunque no la presionaba, sabía que Lyon quería saber si iría a Baronsford con él. Y a pesar de todo lo que había entre ellos, seguía aterrorizada.

"No puedo creer cuánto ha crecido desde la última vez que lo vi". Levantó la vista de la cara del niño a la de la orgullosa madre. "Pero hay algo en ti que también ha cambiado. No sé. Pero pareces tener ese aspecto. ¿Eres...?"

Millicent se mordió el labio y dejó que la pregunta quedara en el aire. Fue imposible pasar por alto el inmediato enrojecimiento del rostro de Rebecca.

"¿*Estás* embarazada otra vez?" Millicent soltó excitada. "¿Es verdad?"

La joven madre sonrió, poniéndose en pie. "Debo ser tan transparente".

"¿Cuándo? ¿Cuándo vas a tener este bebé?" Millicent susurró su pregunta por miedo a despertar al niño dormido.

"En algún momento hacia el final del otoño. Acabamos de enterarnos". Dejó al bebé en su cuna y señaló con la cabeza a la niñera, que estaba sentada cosiendo junto al fuego. "Stanmore está encantado, por supuesto. Hemos traído a James de Eton de vacaciones para celebrarlo. Está muy emocionado, pero quiere algún tipo de garantía para otro hermano".

De puntillas, las dos salieron de la habitación infantil. Sin embargo, en la habitación exterior, en lugar de salir directamente, Rebecca se dio la vuelta y tomó las manos de Millicent entre las suyas. "Quiero que me hables de ti y de tu matrimonio. Estás estupenda. Pareces feliz".

"Lo estoy, sorprendentemente. Muy feliz".

Rebecca le dio un fuerte abrazo. "Me alegra mucho oírlo. Dios mío, pensar que estaba tan equivocada sobre Aytoun". Se apartó y sonrió. "Cuando estábamos en Escocia, recibí una carta del reverendo y la señora Trimble, alabando a su marido hasta el cielo. Con sólo pasar unos minutos con él abajo, puedo ver que no se parece en nada al hombre que el rumor había retratado."

"Si había algo de verdad en esos rumores, o si eran simples chismes viciosos, no puedo decirlo, Rebecca. No puedo defender al hombre que mi marido pudo haber sido antes".

"No te desanimes si oyes más habladurías", advirtió Rebeca. "La ociosidad de la *tonelada* proporciona un caldo de cultivo para la calumnia maliciosa".

"No permitiré que le hagan daño. Lucharé contra cualquiera con mis propias manos si les oigo mancillar su nombre ahora". Dejó escapar un suspiro inestable. "Ha llegado muy lejos en su recuperación, pero todavía tiene un camino pedregoso por delante. Pero le diré una cosa: Lyon Pennington ya ha demostrado ser un marido maravilloso y un gran amigo para mí. No puedo describir con palabras lo mucho que he llegado a valorarle".

Rebecca pasó un brazo por el de Millicent. "Sólo con verlo abajo, observando cómo te sigue con la mirada por la habitación, cómo detiene la propia palabra en su lengua para escuchar cuando estás hablando al otro lado, sé que él también te valora. Y sé lo difícil que es a veces expresar estas cosas con las palabras adecuadas. Pero por experiencia propia, puedo decir que eso es el amor".

"¿Amor?" Millicent repitió en voz baja.

"Yo diría que está claro que le quieres, Millicent. Y creo que él comparte tu afecto".

Millicent no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Se apartó de su amiga.

"¿Qué ocurre?" Alarmada, Rebecca se giró para mirarla.

"Estoy tan confundida y aterrorizada y... y... simplemente no sé qué hacer". Ella apuñaló a las

lágrimas. "Estoy tan desesperada por hacer lo correcto por él y por mí misma, pero mi corazón no me deja llevarlo a cabo".

"Siéntate conmigo". Rebecca tiró de su mano, atrayéndola hacia un sofá a su lado. "Quiero que me digas qué te pasa".

Dejó escapar un par de respiraciones agitadas, tratando desesperadamente de calmar sus nervios. "Él... Lyon tiene que volver a Baronsford. Me ha pedido que le acompañe".

"¿Qué tiene eso de terrorífico?"

Millicent negó con la cabeza. "El problema es que contraje este matrimonio sabiendo que podría no durar para siempre. Les hice acordar que si Lyon mejoraba, me liberarían del matrimonio. Incluso hice que Sir Oliver Birch pusiera esas condiciones en el contrato matrimonial para que no hubiera objeciones después".

"Intentabas protegerte, por si resultaba no ser el hombre que esperabas. Pero eso fue entonces, y esto es ahora".

"Usted no entiende. Yo también intentaba protegerle. Verás, él es un conde, y yo sólo soy..." Sacudió la cabeza. "Él necesita belleza, estilo, encanto para adornar su brazo en público, no alguien..."

"Para", le espetó Rebecca. "Para y escucha lo que estás diciendo, lo que te estás haciendo a ti misma. No te falta belleza ni estilo ni encanto".

"Si tan sólo pudiera hacerme creer eso".

"Entonces debes hacerlo", dijo Rebecca apasionadamente. "Millicent, no puedes permitir que Wentworth siga arruinando tu vida. No eres tú quien dice estas tonterías, sino *él*. Durante tu matrimonio con ese cerdo degenerado, intentó despojarte de tu confianza, de tu sentido de la autoestima. Intentó aplastarte en persona y en espíritu. Y ahora, después de su muerte, le permites que siga haciéndote daño, incluso desde la tumba".

La verdad tras sus palabras hizo que Millicent se estremeciera. Se obligó a apartar la nube turbia que la envolvía. Quería ser capaz de mirar al futuro sin miedo. Pero era muy difícil.

"Tu marido te necesita. Dices que te ha pedido que vayas. Quiere que vayas". Rebecca tomó ambas manos de Millicent y las apretó mientras la miraba a la cara. "Aunque sólo sea por eso, vete con él y piensa que es una prueba. Piensa en ello como una forma de probarte a ti misma que has acabado con el fantasma de Wentworth para la eternidad".

Los ayuda de cámara bajaron del carruaje después de sentar a Lyon cómodamente para el viaje a casa. Millicent subió de inmediato y la puerta se cerró tras ella.

"Me gustan mucho". Lyon admitió. "Las dos. Rebecca es encantadora y sin pretensiones... como tú. Y las opiniones progresistas de Stanmore y la forma en que las presenta me hacen feliz de que se siente en la Cámara de los Lores. Si tuviéramos allí más gente como él".

"Creo que el sentimiento era mutuo". Se sentó a su lado. "Ellos también disfrutaron mucho de tu compañía".

"¿Sólo nosotros dos?" preguntó Lyon cuando el carruaje se puso en marcha.

"Envié a todos los demás en el otro. Espero que no te importe, pero te quería todo para mí para el viaje de regreso ".

Lyon rodeó el hombro de Millicent con el brazo izquierdo y la acercó a él en el asiento. "Esto es demasiado prometedor para un viaje tan corto. Dile al novio que vuelva a Melbury Hall por Londres".

La risa de Millicent lo envolvió. Algo había ocurrido esta noche. De algún modo, durante el

tiempo que Millicent y Rebecca habían pasado arriba, su esposa se había despojado de la ansiedad que la había agobiado últimamente. Le cogió la mano y se la llevó a los labios.

"Gracias.

"¿Para qué?"

"Por sonreír, y por querer estar conmigo, y por estos obvios planes de seducción".

Sus ojos plateados bailaban de alegría en la penumbra del carruaje. Se inclinó hacia él y rozó sus labios con los suyos. "Y yo que pensaba que estaba siendo tan retorcida".

Le cogió la barbilla y le dio un beso mucho más profundo. "Esto será un reto".

Ella rió suavemente y apretó más su cuerpo mientras el carruaje rodaba por el oscuro camino rural. "No creo que pueda hacer mucho con el poco tiempo que me queda para ir a Melbury Hall. Pero la viuda y Sir Richard ya me han dicho lo dispuestos que están a retirarse. Así que cuando volvamos, siempre está la perspectiva de nuestra cama".

Su mano se movió bajo su abrigo y Lyon sintió que cada músculo de su cuerpo se flexionaba y cobraba vida.

"No sé si podré esperar tanto. Hay algo en el movimiento de un carruaje en marcha", dijo seductoramente.

El carruaje giró hacia el camino que conducía a Melbury Hall.

"Haces que suene bastante tentador, pero nuestra cama tendrá que bastar por esta noche, creo". Se estiró y le besó el cuello. "Pero, por supuesto, tendremos mucho tiempo para probar tu idea del carruaje en nuestro viaje a Baronsford."

Se volvió hacia ella. "¿Vienes?"

"Si todavía quieres que vaya."

"¿Es suficiente esta respuesta?", susurró roncamente, aplastando su boca contra la de ella.

"Siento mucho hacerle esto, milady, justo antes de que se vaya. Pero con mi abuela enferma y Baronsford tan lejos en Escocia y todo, no tendría forma de volver si ella..."

"No hace falta que me des más explicaciones, Violet", dijo Millicent con suavidad. "Lo entiendo perfectamente. No le des más vueltas".

"Pero me siento tan mal por ello, milady". Volvió la cara y empezó a enderezar pinceles en la cómoda y luego a limpiar motas de polvo invisible.

"No deberías", le aseguró Millicent. "De hecho, quería hablar contigo. He estado preocupada por ti. Últimamente no pareces tú misma. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones mientras estamos en Escocia y vas a echar una mano a tu madre con tu abuela en St. Albans?"

"Le estoy muy agradecida, milady. Sé que le vendría bien un poco de ayuda. Pero no se preocupe por mí ahora. He tendido toda su ropa y Bess lo hará bien para usted. Es joven y deseosa de complacer y está buscando una oportunidad para demostrar que es capaz."

Mientras Violet seguía hablando de criadas y vestidos, la mirada de Millicent no dejaba de centrarse en el pálido rostro de la joven. Había perdido la cuenta de las veces que Violet había estado enferma en los últimos quince días. También le costaba olvidar el moratón de aspecto sospechoso que vio recientemente en la boca de la joven. Algo no iba bien. Pero, como en todo lo demás, no había mucho tiempo para indagar. Sólo esperaba que Violet fuera lo bastante sensata como para ir a ver a su familia en St. Albans.

"Violet", interrumpió Millicent suavemente. "Entiendes que si alguna vez tienes algún problema, puedes acudir a mí".

La joven evitó mirarla. Su mirada estaba fija en una cinta que enroscaba nerviosamente en un

dedo**.**

"En la vida pasan cosas", continuó Millicent, con la esperanza de que la joven se sintiera más tranquila. "Todos cometemos errores. A veces nos encontramos en situaciones que no podemos controlar. Lo que nos ayuda a superar estas cosas es nuestra conexión con otras personas. La soledad es una maldición. Lo sé muy bien. Por favor, recuerda que estoy aquí para ayudarte si me necesitas".

"Lo sé, milady", susurró Violet, haciendo una rápida reverencia y escapando de la habitación.

A pesar de que todos le aseguraban que la vida en Melbury Hall continuaría sin problemas, Lyon seguía viendo la preocupación grabada en el rostro de Millicent cuando subió al carruaje y se sentó frente a él.

"Todo irá bien. Muy bien", murmuró en voz baja mientras se acomodaba. Se volvió hacia él. "Fue muy amable por parte de la viuda y de Sir Richard quedarse unos quince días más".

"Espero que siga sintiéndose así cuando volvamos. Noté una cierta expresión en el rostro de la viuda que me dijo que se ha vuelto muy feliz aquí. Puede que no podamos trasladarla a ningún sitio en un futuro próximo".

Millicent sonrió. "Puede quedarse para siempre, si le place. Estoy en deuda con ella de más formas de las que podría imaginar". Extendió la mano y cogió cariñosamente la mano derecha de Lyon entre las suyas antes de volver a mirar por la ventana.

Una larga fila de personas se había congregado en el patio para despedirlos y desearles un buen viaje. Millicent saludó a través de la ventanilla del carruaje.

"No veo a Moisés", susurró preocupada por encima del hombro a Lyon. "¿Le ves?"

Lyon se inclinó hacia delante y señaló. "Ahí está, detrás de Jonah y Gibbs".

Millicent volvió a mirar y dejó escapar un suspiro de alivio. "Gibbs y Jonah están desarrollando un sólido respeto mutuo. Como Moisés es devoto de Jonás, eso hace que le guste Gibbs. No sé si nuestro nuevo mayordomo sabe que se ha ganado un protector de por vida".

"Ése es el tipo de lealtad que mejor entiende Highland Cur".

Con un grito de uno de los mozos y un último saludo de la multitud que esperaba, los jinetes y los carruajes se pusieron en marcha. Millicent siguió mirando por la ventanilla hasta que la curva del camino le impidió ver a su gente.

La atención de Lyon, sin embargo, no dejaba de moverse del rostro ansioso de su esposa hacia donde la mano de ella aferraba desesperadamente su mano derecha sobre una rodilla.

"Solía dejar Melbury Hall durante meses sin sentir culpa alguna cuando Wentworth estaba vivo, pero ahora, yéndome durante quince días, me siento como un desertor".

Él entrelazó tímidamente sus dedos con los de ella. Ella no notó el movimiento.

"Anoche", me dijo, "estaba escuchando a Stanmore y Rebecca hablar de lo culpables que se sienten cada vez que dejan a James en Eton. Aunque ha hecho muchos amigos y se ha establecido muy bien como estudiante allí, su preocupación no desaparece del todo. Tiene que ver con la familia, supongo".

"Ya me lo habías dicho antes". Ella sonrió. "Que Melbury Hall es como una familia para mí. No te molesta eso, ¿verdad?"

"Difícilmente. Me considero condenadamente afortunado de formar parte de ella". Le apretó la mano.

De repente, la mirada de Millicent se posó en sus manos entrelazadas. "Hazlo otra vez".

"Es como hacer el amor, mi bella muchacha. Un hombre necesita algo de tiempo para

recuperarse primero".

Sin soltarle la mano, se acercó y se acurrucó contra él. "En primer lugar, eso es mentira. *Nunca* necesitas tiempo para recuperarte mientras hacemos el amor, y desde luego no deberías necesitarlo ahora. Apriétame la mano otra vez, Lyon. Por favor".

Poder utilizar la mano no era algo nuevo para él. Pero ahora, al ver su entusiasmo, se sentía aliviado de poder compartir con ella este progreso. Lyon apretó suavemente sus dedos.

Su alegre risa llenó el carruaje. Millicent le miró asombrada. "Enséñame más".

"Hasta aquí hemos llegado, por ahora".

"No, no lo es", le desafió. "Me he familiarizado demasiado contigo y tus intrigas. Sé que debe haber algo más. Puedo oír el retumbar de tu cerebro desde aquí".

Se inclinó hacia ella y gruñó. "Lo que oye, milady, es el rumor de un hombre hambriento, y el sonido no viene de mi cabeza".

"Comimos menos de una hora antes de partir".

"Sexualmente hambriento". Besó sus deliciosos labios. "¿Recuerdas todas esas promesas que me has estado haciendo sobre carruajes mecedores y cuerpos tensos?"

"Pero es de día", respondió ella, intentando parecer sorprendida.

"Para eso están las cortinas". Deslizó lentamente la mano sobre su rodilla. "¿No me pedías que te enseñara más?"

"Usted es el diablo, Lord Aytoun." Ella se inclinó hacia delante apresuradamente y cerró las cortinas. "Un diablo tentador y escandaloso que conoce todas mis debilidades".

Capítulo Veinticinco

AQUELLA TARDE GIBBS encontró a la Condesa Viuda Aytoun en el salón con un libro en el regazo, cabeceando cómodamente en la silla junto a la ventana. Sus ojos azules se centraron en él en cuanto entró, guiado por una de sus criadas.

"¿No me digas, Gibbs, que has venido a quejarte de que ya echas de menos a tu amo?".

"No, milady."

"Eso está bien. Bueno, espero que prometas no hacer ninguna queja de ese tipo mientras él no esté".

"Eso depende de lo bien que me trate, milady", dijo el montañés con una media sonrisa.

"Por lo que he estado observando en Melbury Hall, hay cierta joven cuyos modales influyen en su estado de ánimo". Los astutos ojos se entrecerraron. "Así que dime, ¿es la Sra. Page tan dulce contigo como tú lo eres con ella?"

"Bueno, mamá, creo que me tolera bastante bien".

La viuda se sentó y sonrió. "Sabía que había una razón por la que me gustaba el ama de llaves. Es obvio que tiene buen juicio".

"Och, y yo que esperaba que hablaras bien de mí con ella."

"Bien dicho... eso es algo que sin duda tendremos que negociar". Cerró el libro que tenía sobre el regazo y lo dejó a un lado. "Pero dudo que estés aquí tan pronto después de la partida de tu maestro para eso".

"No, milady". Se aclaró la garganta, con la espalda rígida de nuevo. "Un mensajero acaba de llegar de Londres, buscando a Lady Aytoun."

"¿Trae noticias de su familia?"

"No, mamá."

"Bueno, ¿quién es? Dilo, Gibbs."

"Lo envía un tal Sr. Platt, que casualmente sirve al Sr. Jasper Hyde en asuntos legales".

"Ese horrible hombre otra vez". Impaciente, la viuda se quitó las gafas de la cara, su humor obviamente agriado. "Lo último que Millicent necesita ahora es preocuparse por alguien como él. No le habrás dicho que Lady Aytoun se ha ido a Escocia, ¿verdad?"

"No, milady."

"Buen hombre". La viuda despidió a sus sirvientes, y las dos mujeres salieron apresuradamente de la habitación. "¿Preguntaste lo que quiere?"

Gibbs se acercó y entregó un sobre cerrado a la viuda.

"Simplemente dice 'Lady Aytoun'. Esa podría ser yo, ¿no crees, Gibbs?"

"Sin duda, milady".

"Y aunque estuviera destinado a Millicent, en esta situación sería perfectamente aceptable

leerlo".

"Tú lo sabes mejor, mamá."

"Podría ser un asunto de la máxima urgencia".

"Creo que debe serlo, milady".

"¿Y no dejó mi nuera Melbury Hall en mis manos?"

"Aun así, mamá".

Rápidamente rompió el precinto y examinó el contenido.

"Ese hombre bajo, repugnante y horripilante". Levantó la vista. "No sabe cuándo rendirse".

"¿Qué quiere?"

"Ohenewaa", susurró la viuda, leyendo el contenido de la carta por segunda vez.

Gibbs sintió que su temperamento empezaba a arder. "La señora Page me dijo, milady, que este mismo mensajero bajó de Londres hace algún tiempo con una propuesta para llevar a Ohenewaa de vuelta con el señor Hyde. Su señoría lo puso de patitas en la calle... con perdón".

"Bueno, esta vez ha añadido mucho más peso a su petición".

"No le importaría en absoluto a Lady Aytoun", afirmó Gibbs rotundamente. "Ohenewaa no iría a ninguna parte, seguro".

"Estoy de acuerdo, Gibbs." Colocó la correspondencia entre las páginas de su libro. "Pero tendremos que actuar con rapidez para quitarle el viento de las velas. Dijiste que no sabe que Millicent se ha ido".

"Sí, milady".

"Dile al mensajero que Lady Aytoun se reunirá con este abogado. No para aceptar la propuesta, necesariamente, sino para hablar. Pero la reunión debe tener lugar aquí en Melbury Hall."

"Muy bien, mamá".

"Pero quiero que lo aplaces todo lo que puedas. Utiliza cualquier excusa, pero dile que la reunión no puede tener lugar antes de quince días, e incluso más tarde si puedes arreglártelas."

"¿Qué tal cuando a los cerdos les salgan alas, milady?"

"Eso estaría bien, Gibbs."

"¿Qué piensas hacer?"

"Primero necesito hablar con Ohenewaa. Luego debo enviar a Sir Richard a Londres para que investigue las acusaciones a las que Platt alude en la carta". Los ojos de la viuda brillaban con el desafío de lo que le esperaba. "Cuando acabemos con el señor Platt y el señor Hyde, Gibbs, creo que ninguno de los dos se atreverá a molestar a nuestra Millicent nunca más".

Gibbs no conocía los detalles, pero no dudaba de que la viuda tendría éxito.

"Ahora trae a Ohenewaa y a Sir Richard por mí, y luego ve y deshazte de ese insecto de mensajero".

"Como desee, milady".

"Y Gibbs", le llamó cuando llegó a la puerta. "Será un honor hablar bien de usted a la Sra. Page".

La lluvia había golpeado con fuerza los pequeños cristales en forma de rombo de la posada durante toda la noche. Y esta mañana, cuando cruzaban el río Wear saliendo de Durham al amanecer, el viento cortante había azotado los carruajes a lo largo de todo el puente de piedra arqueado. Millicent se ciñó la capa e intentó sonreír a Lyon, que la observaba atentamente. Le había dicho que llegarían a Baronsford a media tarde.

A diferencia de sus tres primeros días de viaje, el buen carácter de Lyon le había abandonado en cuanto subieron al carruaje. Y mientras rodaban en silencio hacia el norte, la lluvia y el viento seguían aumentando con las mismas enloquecedoras proporciones que la aprensión de Millicent.

Habían seguido la carretera del este a través de Inglaterra, parando en Peterborough, Doncaster y Durham. Sin embargo, para esta última etapa de su viaje, habían abandonado la carretera más transitada que conducía a Berwick, girando hacia el interior en Newcastle-upon-Tyne. Pasando pueblos por el camino, los carruajes habían serpenteado a lo largo de las carreteras de los valles y finalmente hicieron la subida constante sobre las colinas de Cheviot. Una vez en Escocia, el terreno accidentado, las antiguas ciudades abaciales y las ruinas de innumerables torres y castillos la habían fascinado.

Mientras el carruaje daba tumbos y rodaba por un tramo accidentado de la carretera, Millicent apartó la mirada de la agreste campiña y observó los surcos en la frente de su marido. En algún momento del día, se había dado cuenta de que su preocupación por ir a Baronsford no era sólo el resultado de su propia falta de confianza, sino también una reacción al sufrimiento de Lyon.

Y estaba sufriendo; eso ella lo notaba.

"¿Me hablarás de Baronsford?"

Se tomó un largo momento para liberarse de sus profundos pensamientos. "¿Qué te gustaría saber?"

"¿Tú y tus hermanos crecisteis allí?"

Apartó la mirada de ella. Desde aquel primer día, cuando había conocido a la viuda con Sir Oliver, había sentido poca curiosidad por los otros dos hermanos Pennington. Pero ahora, al volver a Baronsford, no podía evitar pensar que parte de lo que desgarraba a Lyon tenía que ver con el conflicto con su familia.

"Sí, todos crecimos allí".

"¿Era un hogar?"

Él la miró con el ceño fruncido. "¿Qué quieres decir?"

"Gibbs me contó su reacción ante el lugar la primera vez que lo vio", explicó. "Describió Baronsford como un castillo de cuento de hadas con kilómetros de senderos que serpentean a lo largo de los acantilados con vistas al río Tweed. Dijo que había un gran parque de ciervos, un lago, hermosos jardines amurallados y zonas verdes, casas de hielo y mucho más. Pero esto era sólo la descripción del exterior".

"El interior también es atractivo, supongo. Robert Adam hizo la renovación".

"Sí, Gibbs me lo dijo. ¿Pero es un hogar donde podría vivir una familia?"

Lyon hizo una pausa antes de responder. "En un tiempo, Baronsford *fue* un hogar".

Ella esperó a que él dijera algo más, pero optó por el silencio. Millicent volvió a mirar por la ventana y se dio cuenta de que no podía presionarle si no quería hablar. No ahora. No cuando estaba tan cerca de enfrentarse al pasado que le había paralizado.

Tenía fe en él. A pesar de las palabras que aún quedaban por decir entre ellos, Millicent creía que ella le importaba. Y ella estaba aquí para ofrecer su apoyo, no para exigir atención.

Sus rodillas se rozaron. Sentada frente a Lyon, Millicent miró a tiempo para ver que todos los músculos de la cara de su marido se habían tensado. Miró por la otra ventana para seguir la dirección de su mirada.

A lo lejos, encaramado dramáticamente sobre una elevación rocosa, un monstruoso castillo se alzaba imponente entre la niebla y la lluvia. No tuvo que preguntar de qué lugar se trataba.

"Mintieron al secretario. No dijeron ni una palabra de que lord Aytoun y su esposa ya se habían marchado a Escocia", explicó Platt. "Si tu Harry no se hubiera topado con Ned Cranch en el pueblo cuando volvía, estaría subiendo a Hertfordshire pensando que me reuniría con lady Aytoun".

Jasper Hyde se había sentido atormentado por el dolor durante el combate que le había asaltado esta mañana. Había terminado, pero no podía librarse de la sensación de fatalidad que se cernía sobre él.

"¿Dónde está Ohenewaa?"

"Todavía en Melbury Hall."

"Un mayordomo no se encargaría de hacer algo así. ¿Quién dirige la finca allí arriba?"

"Ned le dijo a Harry que la madre del conde, la condesa viuda Aytoun, seguía allí. Es la misma vieja entrometida que arregló el pago de las deudas de Millicent". Platt se sentó en la silla frente al escritorio del dueño de la plantación. "Ella fue el comienzo de todos nuestros problemas. No voy a perder el tiempo subiendo a hablar con gente como ella".

"Irás tú", espetó Hyde. "Si hubieras subido tú mismo antes, no la habríamos perdido. Pero no importa. Enviaron un mensaje de vuelta diciendo que Lady Aytoun ha accedido a reunirse con usted. No mintieron. Irás y te reunirás con la vieja bruja tú mismo. Ella no es leal a Ohenewaa. Puede ser más fácil separarla de este extraño. Haré todo lo posible para resolver esto de manera pacífica".

"¿Y si no funciona?"

"Entonces procederé con mis otros planes".

"¿Tiene intención de usar la fuerza?"

"Cuanto menos sepas, mejor". Hyde se puso en pie. "Sólo sé esto: tomaré lo que es mío. No pueden detenerme".

Millicent había optado por quedarse en el interior del carruaje y esperar a que los criados bajaran a Lyon a su silla. Lyon comprendió su aprensión. Los rostros adustos de los criados que formaban la larga fila de recepción eran más propios de un funeral que de una bienvenida.

Una lluvia dura y fría seguía cayendo sin cesar; no obstante, Lyon ordenó a sus criados que dejaran su silla en el suelo mojado, junto al carruaje, mientras Millicent bajaba.

Si antes había estado nerviosa, ahora parecía aterrorizada al contemplar la reunión de sirvientes con librea. Tendió la mano a Millicent. Ella se apresuró a cogerla.

"Siento esta maldita formalidad", dijo en voz baja. "Están aquí para saludarnos; eso es todo. No están aquí para juzgarte. En realidad sólo quieren ver lo herido que estoy. Recuérdalo. Una vez que terminemos con esto, haré que Howitt te muestre tus habitaciones inmediatamente para que puedas cambiarte y descansar."

Peter Howitt, el joven secretario que Sir Richard había traído de Londres, apareció junto a él. "Si está lista, milady".

Millicent se resistía a soltarle la mano. Por la dirección de su mirada, pudo ver que estaba preocupada por pasar junto a toda esa gente sin ninguna presentación.

"¿Dónde diablos estás, Truscott?" gruñó Lyon.

"Aquí, milord". La profunda voz de su primo respondió desde atrás. Levantó la vista y se encontró con el rostro rugoso del hombre, ya empapado por la lluvia, que le sonreía. "Es bueno tenerte de vuelta, Aytoun".

Lyon hizo un gesto a la línea de recepción. "¿Qué pretendes, maldito mestizo, aterrorizar a

mi mujer?".

"Milady". Walter Truscott se inclinó cortésmente.

"Por favor, llámame Millicent", respondió en voz baja.

"Sería un honor, Millicent. Mis más sinceras disculpas, pero nuestro pueblo ha estado muy ansioso por el regreso de Aytoun, y de no ser por la lluvia, creo que el patio probablemente hubiera lucido más como un día de feria. Los inquilinos y labradores y la gente del pueblo están igualmente ansiosos por verle".

"Tienes suerte de que no aparecieran, o habría tenido que arrancarte la cabeza. Ahora sácala de este clima".

"Me alegra ver que has vuelto a ser el de antes, Aytoun. Y mis condolencias para ti, Millicent, por tener que aguantarle en un carruaje confinado durante un viaje tan largo".

"De alguna manera se las arregló para manejarme perfectamente bien". Lyon apretó la mano de Millicent con complicidad. Su capa ya estaba empapada y las gotas de agua le brillaban en la cara. Sin embargo, había una chispa de picardía en sus ojos, y él se alegró de verla. "Este perro Walter hará las presentaciones a la señora MacAlister, el ama de llaves, y al mayordomo Campbell, y os acompañará a ti y a Howitt cuando paséis a lo largo de la línea inspeccionando a las tropas".

Era reacia a seguir adelante sin él, pero al ver el brazo que Walter le tendía, finalmente se soltó de la mano de Lyon y echó a andar hacia la casa.

Observó a Millicent caminar bajo la lluvia, con la estructura de piedra gris que se cernía sobre ella. Vio las presentaciones, las reverencias y las reverencias a medida que avanzaba. Cuando desapareció en el interior, Lyon levantó el rostro bajo la lluvia y aspiró una bocanada de aire. Todo, desde los aromas de la brisa hasta el frío que surgía del suelo, le decía que estaba en casa.

Cuando los ayudantes de cámara levantaron su silla, Lyon vio a todos los que se alineaban en el patio mirándole fijamente. La última vez que salió de Baronsford, le habían sedado hasta tal punto que no sabía ni su propio nombre, ni dónde estaba ni adónde le llevaban. Ahora Lyon se fijaba en cada rostro. Respondió a los saludos con una inclinación de cabeza. Con el ama de llaves y el mayordomo a su lado, lo llevaron por la puerta principal.

Hizo un gesto para que le bajaran la silla en el vestíbulo y los criados empezaron a quitarle la capa y la chaqueta mojadas.

"Señora MacAlister, ¿dónde ha situado a mi esposa?", preguntó al ama de llaves.

"Arriba, en el ala oeste, milord". La mujer alta y enjuta habló con su habitual tono cortante. "Los apartamentos que dan al lago. Espero que os venga bien".

"Así es. Asegúrate de que se ponga ropa seca". A continuación se dirigió al mayordomo. "Campbell, planeo pasar las próximas dos horas contigo y Truscott. Después de eso, me reuniré con cualquiera del pueblo o de las granjas que necesite verme inmediatamente."

"Sí, milord. Lo arreglaré y me reuniré con vosotros enseguida".

La mirada de Lyon se dirigió a la amplia escalera curva. Truscott descendía de los pisos superiores. Cientos de cuadros cubrían cada centímetro de espacio disponible en todas las paredes. Los retratos de sus antepasados, que se remontaban a varias generaciones, aparecían en lienzos grandes y pequeños. La mirada de Lyon se fijó en el retrato Reynolds a tamaño natural de una mujer en el primer rellano. El rojo brillante de las rosas que cubrían una glorieta formaba un marco perfecto para la hermosa mujer vestida de blanco. Miró el rostro orgulloso de Emma.

"Bajadlo". gruñó Lyon mientras hacía señas a sus criados para que se lo llevaran. "Bájenlo ahora".

La alcoba de su amo y señora había sido completamente barrida y ventilada hacía días. Todos los vestidos de su señora habían sido limpiados y repuestos en el armario que se había trasladado. Violet no tenía ninguna buena razón para estar aquí ahora, y lo sabía. Pero había venido de todos modos a altas horas de la noche. Se sentó oculta en las sombras de la ventana oscurecida mirando a Ned Cranch salir de Melbury Hall.

Esta noche, mientras esperaba la cena, había estado flirteando con una de las jóvenes sirvientas. Violet no se había perdido los susurros que pasaban entre ellos, las ligeras caricias, el profundo rubor en el rostro de la joven víctima cuando Ned dirigía todo su encanto hacia ella. Violet se sintió enferma al presenciar las traicioneras maneras de aquel hombre. Ya había oído todas sus mentiras.

Pero lo que la hizo sentirse aún más enferma fue darse cuenta de lo mucho que le seguía doliendo el mero hecho de verle.

Violet vio a Moses, con un farol en una mano, cruzar la grava del patio. Un perro venía cojeando en dirección a los establos, y el corazón de Violet se encogió al ver cómo el gigantesco hombre negro se inclinaba para saludar al animal. Violet recordó días no muy lejanos, durante la época de Squire Wentworth, cuando era más común encontrar a Moses en el cepo en las orillas fangosas del arroyo de la Arboleda.

La primera vez que lo vio allí, estaba tumbado de espaldas en el suelo mojado, con un brazo sobre la cara. Lo había observado durante mucho tiempo. Ningún movimiento. Ni siquiera había podido ver si su pecho subía y bajaba con cada respiración. A pesar de sus temores, Violeta se había acercado. Le había llamado, preguntándole si podía traerle agua o comida, y Moisés había movido el brazo. Se había sorprendido al verle la cara, llena de cicatrices y deformada por los innumerables golpes, según supo más tarde. Pero lo que más le asustó, al verlo por primera vez, fue que el anciano no tenía orejas. Debían de habérselas cortado hacía mucho tiempo, pues las cicatrices estaban curadas desde hacía tiempo.

Tenía un aspecto tan desdichado, viejo y perdido que Violet sintió el impulso de salir corriendo. Aquel día le dio agua y se quedó un rato a su lado. Sólo habló. No recordaba lo que había dicho, pero fuera lo que fuese, Moisés nunca lo había olvidado, y se había forjado una amistad en aquel suelo embarrado.

Todos los nervios del cuerpo de Violet se tensaron cuando miró hacia el patio y vio a Ned Cranch caminar despreocupadamente hacia el patio para hablar con Moses. Aunque el hombre negro no mostraba preocupación alguna, el perro parecía recelar del albañil, se le erizaron los pelos y se le pusieron rígidas las patas traseras. Violet vio cómo Ned intentaba tocar la cabeza del animal, sólo para que retrocediera unos pasos.

"No le dediques ni un momento de tu tiempo, Moses", susurró, luchando contra una preocupación que se estaba formando en lo más profundo de su estómago. Por qué Ned pasaría tiempo charlando con él tenía la mente de Violet tambaleándose de sospecha. Eran tan diferentes. Mientras que Moses era amable e ingenuo, Ned era brutal y taimado. El negro sólo decía la verdad; el otro, al parecer, nunca. A menos que le conviniera.

Violet dejó escapar un suspiro de alivio cuando Moses por fin recogió su linterna para continuar con su ronda. Vio que Ned también encendía una pipa y empezaba a andar lentamente por el camino. Estaba a punto de cerrar la cortina cuando vio aparecer del ala de servicio a la misma sirvienta con la que él había estado flirteando antes. A Violet se le saltaron las lágrimas de repente. Mientras ella miraba, Ned se volvió y esperó a la mujer. Juntos desaparecieron en la oscuridad.

Las ganas de gritar, de desgarrar todo lo que él había tocado, inundaron la mente de Violet. Quería olvidar. Quería irse a dormir y despertarse libre de él. No quería tener recuerdos de sus encuentros amorosos. No quería tocarse el estómago y pensar en el niño que estaba creciendo allí. Un niño cuyo padre era Ned Cranch.

Violet tenía la cara cubierta de lágrimas cuando cerró la cortina y se sumergió en la oscuridad de la habitación. Si pudiera volver atrás en el tiempo, corregir los horribles errores que había cometido.

El sonido de una puerta que se abría y se cerraba al otro lado del pasillo la sobresaltó. Ohenewaa. Iba a su habitación. Ohenewaa, que había tenido un hijo fuera del matrimonio. Recordó las palabras de su amiga: *Aquellos eran los días antes de que aprendiera a interrumpir un embarazo antes de que apareciera... antes de que apareciera.*

Violet se deslizó por la puerta y se dirigió hacia la habitación de la anciana.

"¿Qué es exactamente lo que quieres de mí?" preguntó Ohenewaa.

No le habían pasado desapercibidos los ojos rojos e hinchados, la voz temblorosa, la mano temblorosa de la joven cuando llamó a su puerta. También entendió las palabras susurradas de Violet sobre cómo había estado enferma del estómago durante días. Pero ahora dentro, con la puerta cerrada, quería oír la verdad.

"Quiero que..." Violet vaciló. "Esperaba que me ayudaras a librarme de esta enfermedad".

"¿Tiene un nombre para esta enfermedad?" Pronunció la palabra.

La bonita barbilla de la joven se hundió en su pecho. En sus labios no se formaban palabras. Sus manos nerviosas estaban ocultas en los pliegues de su delantal.

Ohenewaa vio y oyó mucho más de lo que los demás pensaban. No era ningún secreto para ella que Violet estaba embarazada. Y lo que la decepcionó fue la elección de Vi del hombre que lo había engendrado. Por lo poco que había visto de Ned Cranch, era un hombre sin alma en lo que se refería a su trato con las mujeres.

"Sé que puedes ayudarme", dijo Violet en voz baja. "He oído que conoces formas de acabar con lo que estoy sufriendo".

"¿Enfermedad? ¿Sufrimiento? Jovencita, desde luego no son las palabras adecuadas para describir el don de la vida".

"¿Lo sabes?" Los ojos azules empezaron a lagrimear cuando Vi levantó la vista. "Pero no lo quiero, Ohenewaa. Así que, por favor, ayúdame a librarme de ella. Te lo ruego, libérame de esta maldición".

"No puedo ayudarte".

"Por favor, no digas eso", suplicó Violet. "He oído hablar a las otras mujeres. Hablaban de cómo ayudabas a las mujeres de las plantaciones a interrumpir sus embarazos. No puedo..."

"¿Te obligaron a tener este hijo?"

La aguda pregunta de Ohenewaa silenció a Violet por un segundo. Se secó las lágrimas, pero siguieron saliendo. "No, pero no sabía...".

"¿Fuiste voluntariamente a la cama del hombre?"

"Lo hice, pero eso fue antes de descubrir lo horrible que era".

"No puedo ayudarte".

"¿Pero por qué?" Sollozó. "Lo has hecho antes. Tienes tus métodos. ¿Qué diferencia hay si yo estaba dispuesta en ese momento o no? Fui una estúpida. Me engañaron y me hicieron creer que tendríamos un futuro juntos. ¿Por qué no puedes pensar en mí como una de las mujeres que

ayudaste en Jamaica? ¿O a bordo de los barcos negreros? Por favor, Ohenewaa, dame una nueva vida que vivir".

"¿Cómo podría pensar en ti como una de esas mujeres?" Ohenewaa dijo con dureza. "No puedo, pero ¿sabes por qué?"

La confusión parpadeó en los ojos de Violeta.

"¿Puedes siquiera imaginar lo que es ser una mujer africana? ¿Ser una joven robada de su hogar y de su familia y arrastrada a bordo de un barco negrero? ¿Sabes los horrores que soportan estas mujeres?".

La barbilla de Violet se hundió en su mentón. "Yo... he oído las historias. No puedo imaginar, ni en mis peores pesadillas, tanto sufrimiento".

Ohenewaa se acercó a Violet.

"Entonces, ¿cómo puedes creer que podría, en conciencia, pensar en ti de la misma manera que en uno de aquellos a los que ayudé?".

Un sollozo ahogado escapó de la garganta de la joven. Sacudió la cabeza.

"¿Crees que a este niño que crece dentro de ti le espera el mismo destino que a esos niños esclavos?".

Sacudió la cabeza.

"¿Es una maldición, chica? ¿Es una enfermedad?"

"Por favor..."

"¿La odiarás porque es el recuerdo de un *error*?"

"¡No! Nunca podré odiarla... a él". Violet se cubrió la cara. Los sollozos sacudían su cuerpo. "No quiero hacer esto".

"Entonces, ¿para qué estás aquí?"

"Yo... nunca debería haber venido aquí. Estoy tan perdida. Lo siento tanto..."

Sin decir una palabra más, Ohenewaa cogió en brazos a la joven llorosa y la abrazó.

Capítulo Veintiséis

ABRUMADOR.

Ése era el pensamiento que no dejaba de asaltar el cerebro de Millicent mientras seguía a la señora MacAlister, el ama de llaves, en un recorrido por la casa. En algún momento de la tarde, Millicent había perdido la cuenta del número de dormitorios y la ubicación del antiguo comedor y el salón superior, qué ala contenía la antigua armería, en qué planta estaba la nueva biblioteca y qué sala de estar debía utilizar para escribir su correspondencia.

Era bonito. Era cómodo. Era una maravillosa representación de las ideas estéticas de Robert Adams. No hay duda de nada de eso.

Pero Baronsford era demasiado grande.

Después de una breve cena con un Lyon bastante preocupado en el viejo comedor, Millicent encontró de alguna manera el camino de vuelta a sus apartamentos mientras su marido continuaba sus discusiones con Truscott. Entró en la sala de estar contigua a la alcoba, se dejó caer en un precioso sillón tapizado y miró al fuego.

Aunque debería haber entrado en calor, tenía frío. Aunque el cansancio de los días de viaje debería haber empezado a desaparecer, estaba cada vez más tensa. La grandeza de Baronsford era ciertamente impresionante, supuso, pero eso no era lo principal que pesaba sobre su espíritu.

Era el recuerdo de Emma.

Estaba en todas partes. Al entrar por primera vez en el vestíbulo, Millicent se encontró frente a un retrato de tamaño natural de la mujer. Estaba claro que era hermosa. Luego, en el transcurso de su visita, había ido recogiendo información que le decía que Emma había tenido más que ver con la configuración de Baronsford que cualquier otra señora anterior.

Esto se hizo más evidente cuando la señora MacAlister la condujo por el ala este. Las seis lujosas habitaciones, con vistas a los jardines, los acantilados y el río, habían sido renovadas y decoradas por Emma con un propósito concreto. Había prohibido que familiares, amigos o invitados se alojaran en ninguna de ellas. No, toda la primera planta de aquella ala debía ser un refugio privado reservado para ella y Aytoun.

Y había más. El salón de la vieja torre también era para uso privado de Emma.

También le habían hablado a Millicent de las fiestas en el salón de baile y de las cenas en el comedor formal y de la selección de platos importados de Francia. "Nada del señor Wedgwood para ella", le informó la señora MacAlister.

Incluso la disposición de los retratos y las alfombras especialmente tejidas encargadas a Persia. Todo obra de Emma.

Horas después, la cabeza de Millicent aún resonaba con todo lo que había visto y oído.

Al poco rato, apareció su criada y Millicent se trasladó al vestidor mientras Bess la ayudaba a

prepararse para ir a la cama. Mientras observaba a la joven colgarse el vestido, Millicent se cuestionó su decisión de venir. Aquí no servía para nada, para nada. De hecho, con todo el trabajo que le esperaba a Lyon, Millicent no tenía ni idea de cuándo volvería a verle.

Millicent se sentía insignificante en Baronsford, y odiaba esa sensación.

Cuando llamaron a la puerta exterior de la alcoba, Bess fue a abrir. Millicent se sorprendió al ver que se abrían las dos puertas del vestíbulo y que Will y John llevaban a Lyon.

"Me alegro de que aún no estés durmiendo. Hubiera odiado que estos dos brutos torpes te despertaran mientras me preparaba para ir a la cama".

Millicent se quedó boquiabierta, sin palabras. Y la forma en que su mirada recorría su cuerpo, como si no llevara una gruesa bata, sino el más revelador de los camisones, no la ayudó a recuperarse. Compartir dormitorio con él en Melbury Hall, cuando les faltaban habitaciones disponibles, había sido una cosa. ¿Pero aquí? ¿Con tanto espacio?

"¿Has terminado tu trabajo por esta noche?", preguntó a falta de algo mejor que decir.

"Mañana será otro día".

Los criados no perdieron tiempo en prepararle, entrando y saliendo con rapidez de otro vestidor situado al otro lado de la alcoba. Millicent despidio a Bess y fue a esperar a su marido en el salon, para darle intimidad.

Cogió un libro de una estantería y se sentó en la silla. Intentó concentrarse en las primeras líneas. Era tan propio de él confundirla. Justo cuando se sentía totalmente inútil, llegaba Lyon. Y luego, a mirarla como lo hacía. Volvió a leer el primer párrafo. Y luego otra vez. Inútil. No comprendía nada. Se levantó y se dirigió al pequeño escritorio. Tal vez debería escribir una carta. De nuevo las palabras no estaban allí.

"¿No has terminado con tu trabajo por esta noche?"

Al oír su pregunta, Millicent dejó la pluma y se dirigió a la puerta del dormitorio. Lyon ya estaba sentado en la cama. Los criados se habían ido.

"Mañana será otro día", dijo en voz baja, apoyándose en la jamba. Pensó que ni en cien años se hartaría de él. Era tan guapo, tan seguro de sí mismo.

"Entonces ven a la cama."

Se acercó lentamente. "Me sorprende encontrarle aquí esta noche. Hoy me han dicho que los apartamentos de su señoría están en el ala este".

"Te informaron mal. Mis habitaciones están donde las tuyas". Buscó el cinturón de su bata cuando Millicent llegó al lado de la cama. "Hoy te he echado de menos".

"Llevamos separados sólo desde esta tarde". Ella miró hacia abajo mientras su mano desabrochaba el cinturón y lo dejaba caer al suelo. "Y cenamos juntos".

"Demasiada gente allí. Dime qué has hecho esta tarde".

"Me enseñaron Baronsford."

"Es demasiado grande".

"Es impresionante".

Le quitó la bata de los hombros y se la dejó caer por los pies. "¿Apruebas el lugar?"

"Baronsford no necesita mi aprobación."

"Yo digo que sí". Su mirada se encontró con la de ella. "Ahora eres la señora de Baronsford".

"Nunca he tenido aspiraciones tan altas", respondió suavemente.

Lyon enredó los dedos en un mechón de pelo que le colgaba de la barbilla. Tiró suavemente de él y acercó los labios de ella a los suyos. "Debe haber algo a lo que aspiras".

Millicent le puso las manos sobre los hombros. Rozó sus labios con los de él. El brazo de Lyon la rodeó por la cintura, animándola a subir a la cama. Se incorporó y se acurrucó a su lado.

"Dímelo a mí". Sus labios depositaron plumosos besos en la cara de ella.

"Aspiro a esto".

"¿Esta cama?" Sonrió, apretándola más contra él. "Este dominio de la noche es suyo, milady".

"Y me gustaría gobernar tu corazón".

La seriedad que se apoderó de sus facciones hizo que Millicent lamentara haber expresado sus pensamientos en voz alta. Buscó algo que decir para devolverle la sonrisa a los ojos.

"Esto es lo que me hace estar tan lejos de Melbury Hall. Me he vuelto tonta, divagando y diciendo cosas que no deberían decirse. I-"

"Ya gobiernas mi corazón, Millicent."

Ella observó perpleja cómo Lyon levantaba tímidamente el brazo derecho y sus dedos apartaban las lágrimas que habían caído sobre sus mejillas.

"Eres la única mujer que he conocido que me aceptaría -tan incompleto como me he vuelto- en este lugar".

Le abrazó con fuerza. "No hay nada incompleto en ti. Te quiero como eres".

Sus brazos la rodearon con fuerza. "¿Y te quedarás siempre conmigo?"

"Me quedaré contigo todo el tiempo que quieras".

"¿O te necesito?"

"Sí". Millicent se apartó para mirarle a la cara. "Pero necesito pertenecer a algo. Necesito sentir que puedo contribuir. Quiero dar".

"Y tomar. ¿No es eso parte del matrimonio también?"

"Con alguien como tú, en un lugar como éste, temo que la balanza se incline demasiado hacia un lado. Tienes título y riqueza y todos los medios para dar más de lo que recibes".

"Y tú te opones a eso".

"Por supuesto. Quiero llevar mi peso. Quiero sentir que me necesitan tanto como yo".

"Entonces quizás mis heridas añadan ese equilibrio a nuestras vidas".

Se incorporó hasta quedar sentada. "No sé lo que quieres decir."

"Sí, Millicent".

La mano de Lyon le rodeaba la muñeca. Se preguntó si él podría sentir su pulso latiendo alocadamente en sus venas.

"Si tú y yo no nos hubiéramos casado en las condiciones en que lo hicimos..." Sacudió la cabeza. "Vayamos incluso más atrás. Digamos que nunca me hubieran herido. Si me acercara a ti, si quisiera cortejarte...".

"No lo habrías hecho".

"¿Por qué?"

"Porque soy sencilla. Porque no hay nada especial en mí, Lyon. Por no mencionar el hecho de que ni siquiera me movería en tus círculos sociales. No tendrías ninguna oportunidad".

"Y te digo que te equivocas en todo eso. Pero, ¿qué habrías hecho si te hubiera hecho una proposición y te hubiera pedido que fueras mi esposa?".

"Habría dicho que no. No te habría conocido".

"¿Y si hubiéramos tenido una tórrida aventura amorosa y no hubieras podido quitarme las manos de encima? ¿Qué habrías dicho entonces?"

"Todavía no. Simplemente no somos de la misma-"

"¿El qué, Millicent?", preguntó bruscamente. "¿En qué momento de nuestra relación te sentirías lo bastante cómoda como para confiarme tu amor?".

"Te habría dicho que te quiero, y eso habría bastado".

"Pero no es suficiente. Hubiera querido un futuro para nosotros juntos. Hubiera querido saber que tu amor por mí era más fuerte que los miedos infundados con los que habías vivido durante años."

Las emociones se agolparon en su interior. "Ahora estoy aquí, Lyon. ¿No es suficiente?"

"¿Estarás aquí mañana?", preguntó.

"Lo haré".

"¿Y el día después, y el mes después, y el año después?"

"Estaré aquí todo el tiempo que quieras".

"¿Y te necesito?"

"Y me necesitan".

La lluvia salpicaba sin cesar el techo del carruaje que esperaba para llevar al señor de Baronsford al pueblo. Antaño no se necesitaba carruaje. Era un espectáculo familiar, tanto para los arrendatarios como para los aldeanos, ver a su señor sentado en uno de sus magníficos caballos y cabalgando por las colinas. Tanto cuando hacía buen tiempo como cuando hacía malo, se paraba a hablar con ellos mientras salían de sus casas, listos para la jornada de trabajo.

Aytoun siempre había sido madrugador, y sabía que muchos de los suyos apreciaban esta conexión diaria con su conde. Las quejas y reclamaciones no tenían por qué hacerse en ambientes formales. Las buenas noticias pasaban de una familia a otra sin dificultad. A menudo se aliviaban las penurias de alguien antes de que se convirtieran en crisis. Eran paseos valiosos los que daba aquellas mañanas. Aunque también había sido su casero, el conde de Aytoun era ante todo un amigo para todos ellos. Y nadie echaba más de menos esos viajes matutinos que el propio Aytoun.

Lyon tenía la intención de volver a empezar. Sin embargo, en lugar de montar a caballo, le bastaría con un carruaje. En lugar de ir solo, tendría que llevar consigo a sus dos ayudantes de cámara y a su secretario, Peter Howitt.

Sería diferente, pero le dijeron que la vida en el pueblo y en las granjas también lo era. El pueblo estaba abarrotado de familias vagabundas apiñadas, protegidas de las inclemencias del tiempo. A los ojos de todos, dijo Truscott, se avecinaban tiempos peores.

Esta mañana, antes de partir, le había pedido a Truscott que llevara al ama de llaves y al mayordomo a la biblioteca. Lo que necesitaba hablar con ellos era tan importante para él como cualquier cosa que ocurriera en el pueblo o en las granjas.

"Quiero que ustedes dos consigan a todos los trabajadores disponibles y hagan un barrido de la casa inmediatamente". Sus palabras iban dirigidas específicamente a la Sra. MacAlister y a Campbell. "Buscarán y retirarán todos los objetos que puedan estar relacionados con mi difunta esposa. Esto incluye cuadros, ropa, objetos personales, cualquier cosa que pueda recordar a la nueva señora a su predecesora."

Ninguno de los dos pareció sorprendido por la petición.

El mayordomo habló primero. "Sólo puedo hacer conjeturas, milord, pero creo que la colección podría ser muy extensa. ¿Qué haremos con ella una vez que la hayamos reunido toda?"

"Ponlo todo en una de las habitaciones del ala este, si quieres. Cierra la puerta". Se volvió hacia su secretaria. "Envía una carta a la madre de Emma, y dile a Lady Douglas que es bienvenida a todo lo que desee de ella... empezando por ese maldito retrato".

"Como desee, milord".

Lyon se volvió hacia la señora MacAlister. "También quiero que te empeñes en pedirle a la

condesa su opinión sobre todo. A partir de ahora, se la consultará en todas las decisiones que afecten a la casa de Baronsford: los menús, la disposición de los asientos en las cenas, la compra de mantelería, la elección del vino, todo".

"Sí, milord. No infeliz conmigo, te lo ruego."

"Difícilmente, Sra. MacAlister. No hay mejor ama de llaves en todo el imperio británico".

"Gracias, milord."

"Hablar con ella no debería ser difícil. Encontrarás que tratar con Lady Aytoun es bastante diferente de... de tu anterior señora. Dejo todo a tu buen juicio para que se sienta bienvenida aquí".

A continuación se dirigió a Campbell. "Ambos se asegurarán de que los criados no hablen en vano delante de ella. No se harán comparaciones con Emma en cuanto a las acciones, vestimenta o conducta de su señoría. Millicent es su propia mujer, y todos la tratarán como tal. Sé que es inglesa, pero no hay mujer más fina en ninguna parte, y quiero que la casa lo reconozca".

Ninguno de los dos pronunció palabra, y Lyon miró de una cara a otra.

"Emma Douglas Aytoun está muerta", dijo rotundamente. "Es hora de que dejemos descansar a su fantasma. Hay una nueva señora de Baronsford".

Millicent se quedó en sus apartamentos todo el tiempo que pudo. Lyon le había dicho que pensaba pasar la mayor parte de la mañana en el pueblo. Pidió que le subieran una bandeja con el desayuno, pensando en quedarse allí el tiempo que él estuviera fuera. Pero después de escribir una carta a la señora Page y al señor Gibbs, descubrió que su atención se desviaba continuamente hacia la ventana, los jardines, el lago y el cielo azul que se abría paso lentamente entre las nubes.

Perdiendo por fin la batalla contra la tentación, Millicent pidió a Bess que la ayudara a ponerse ropa de montar y salió de sus habitaciones. Un joven criado que corría por el pasillo chocó contra ella.

"Och, milady, ahí está." La chica hizo una reverencia. "La Sra. MacAlister me envió a buscarla. Se preguntaba si podría disponer de unos minutos de su tiempo esta tarde para repasar algunos menús de cenas y cosas así para los próximos días."

"Dígale a la señora MacAlister que reservaré todo el tiempo que quiera". Se puso en marcha por el pasillo con la sirvienta a su lado. "Pensaba ir a dar una vuelta esta mañana, pero podría ir más tarde si cree que ella prefiere hablar conmigo ahora".

"No, milady. A su conveniencia, estoy seguro. Con la casa tan desordenada como está esta mañana, estoy seguro de que la Sra. MacAlister..."

"¿Hay algún problema?"

"Yo diría que sí, mamá, aunque no sabría para qué. Pero están destrozando el ala este y los salones y las habitaciones de la vieja torre y reorganizando los retratos y los armarios como si el propio rey hubiera perdido su corona y no pudiera encontrarla." La joven sacudió la cabeza con incredulidad. "En fin, creo que la señora MacAlister no tendrá tiempo ni de rascarse la cabeza mientras el lugar está patas arriba".

"¿Y no tienes ni idea de cuál puede ser la razón de tanta actividad?".

La sirvienta vaciló, luego miró a su alrededor y bajó la voz. "Hemos oído que su señoría ha dictado la ley esta mañana".

"¿La ley?"

"Sí, milady. Oímos que no le gustó que las últimas cosas de Lady Aytoun estuvieran todavía por ahí. Dijo que arrancaran todo lo de ella y lo tiraran. Dice que no desea ver nada en

Baronsford que le recuerde a su antigua esposa".

Estaban en lo alto de la escalera, y la mirada de Millicent se fijó en el lugar donde el día anterior había estado colgado el retrato de Emma. Ahora ya no estaba, y otros cuadros se habían desplazado para ocupar el espacio.

La incertidumbre, mezclada con una pizca de culpabilidad, la invadió. Necesitaba hablar con él, preguntarle por qué le había dado esas indicaciones. Anoche Millicent sintió que habían superado con éxito un umbral importante en su matrimonio. Había sido maravilloso decir lo que uno pensaba, lo que el corazón sentía.

Millicent empezó a bajar los escalones. "Por favor, dígale a la Sra. MacAlister que estaré encantada de hablar con ella esta tarde".

Al llegar abajo, el criado desapareció en otra sección de la casa, y Millicent preguntó a uno de los porteros si estaban por allí el señor Truscott o Howitt. Le dijeron que el secretario del conde había ido con su señoría al pueblo esta mañana, pero que el señor Truscott estaba en el patio en ese mismo instante, listo para salir él mismo.

Millicent se apresuró a salir y lo encontró allí, dando instrucciones a uno de los mozos de cuadra.

"Buenos días, Walter. ¿Puedo ir al pueblo contigo?"

El alto escocés hizo girar la cabeza de su caballo.

"Por supuesto, Millicent. Y que tenga un buen día. Haré que preparen un carruaje enseguida".

"No, me gustaría ir contigo, si no te importa".

"Como quieras, mamá". Hizo una seña con la cabeza al mozo, que salió corriendo para que le trajeran un caballo.

"Me preguntaba", empezó Millicent de nuevo, decidida a decir lo que pensaba. "¿Sería demasiado fuera de nuestro camino si cabalgáramos por los acantilados que dan al río? Me gustaría mucho ver dónde ocurrió el accidente".

Platt empezaba a sentirse como un criminal conducido al banquillo de los acusados. Dos lacayos lo condujeron desde el carruaje, en el patio, hasta la puerta, donde tres sirvientes vestidos de hígado le quitaron el abrigo, el sombrero y los guantes y lo escoltaron hasta un gigantesco montañés que lo miraba con abierta hostilidad. El tal Sr. Gibbs, como se dirigieron a él, no dijo nada, pero hizo un gesto con la cabeza para que el abogado le siguiera. Con los tres criados flanqueándole, Platt se apresuró a seguir al hombre.

No era la primera vez que Platt visitaba Melbury Hall. Hacía unos cuatro años, cuando el terrateniente Wentworth aún vivía, el abogado había venido por negocios en nombre de Jasper Hyde. La cordial recepción que había recibido aquel día era muy diferente de la que estaba recibiendo ahora.

"No os desviéis del tema", gruñó el montañés por encima del hombro mientras acompañaba a Platt a través de la casa. "Hablarás sólo cuando se te pida que hables, y de lo contrario te callarás y escucharás. ¿Entendido?"

"Mi palabra," Platt resopló. "No puedo decir sino que tomo grave excepción a tal grosero..."

Gibbs se revolvió contra el abogado, agachándose y mirándole a la cara. "No me importa tu excepción ni tu tumba, pero te callarás. ¿Entendido?"

"¡Claro que sí! En efecto, señor", balbuceó Platt, sintiendo que su rostro enrojecía de miedo.

El abogado luchó por calmar sus nervios. La transpiración se le agolpaba en la frente y, cuando el montañés por fin se dio la vuelta, Platt se secó rápidamente la frente con la manga.

Sabía que debía detenerse allí mismo y reprender a fondo al insolente criado por sus modales groseros y bárbaros, pero el hombre era escocés, después de todo, y ¿qué podía esperarse?

"Mire, señor. Necesito saber una cosa".

Gibbs no dijo nada.

"Sé que Lady Aytoun está en Escocia. ¿Con quién hablo hoy?"

"La Condesa Viuda Aytoun. Os recibirá en el salón". Abrió la puerta y Platt se apresuró a pasar junto a él. "Sr. Platt, mamá."

El abogado recobró inmediatamente la confianza al contemplar a la frágil anciana que estaba sentada con una manta sobre el regazo en una de las sillas acolchadas. Dos jóvenes sirvientas revoloteaban por la habitación. De *esto* podía ocuparse él.

Lady Aytoun miró por encima de las gafas posadas en el extremo de su nariz y lo estudió. "¿Sr. Platt?"

"A sus órdenes, milady", dijo con una profunda reverencia.

"Qué amable al aceptar mi petición de retrasar esta reunión".

Platt no creía tener muchas opciones.

"Con mi nuera ya de camino a Escocia", dijo la anciana con voz mansa, "y yo algo indispuesta, si me disculpan la expresión, desde luego no estaba preparada para recibir compañía antes."

"Lo entiendo perfectamente, milady".

"Ahora, por favor, no se quede en la puerta, señor". Señaló una silla frente a ella. "Venga y siéntese aquí, donde pueda verle sin que me duela el cuello".

Platt cruzó la sala y tomó asiento.

"El resto de ustedes pueden irse". Hizo un gesto a sus criadas. "Usted también, Sr. Gibbs."

"Preferiría quedarme, mamá".

"Por qué, no hay razón, Sr. Gibbs. Este caballero me parece bastante digno de confianza. Puede dejarnos".

"Si insiste, milady."

Platt lanzó una mirada altiva al simio mientras se daba la vuelta para marcharse. Mientras todos se marchaban, echó un rápido vistazo a la habitación. Soleada y bastante cómoda. Una habitación encantadora. No hacía mucho, se había enamorado de Melbury Hall. De hecho, de no ser por la intromisión de la anciana, podría haberle hecho una oferta a Millicent. Podría habérsela llevado por una miseria a cambio de pagar todo lo que le debía a Jasper Hyde.

En efecto, pensó, observando la hermosa carpintería y el mobiliario. Esta casa solariega, con sus vecinos de renombre y su excelente ubicación en el campo, sería el lugar campestre perfecto para alguien como él, un hombre dispuesto a dejar su huella entre la *tonelada*. De hecho, ahora que lo pensaba, tal vez no hubiera llegado demasiado tarde, después de todo. Tal vez la joven lady Aytoun, tan ocupada con sus responsabilidades como nueva señora de Baronsford, estuviera dispuesta a desprenderse de esta finca. Por supuesto, estaba el pequeño asunto de su cliente, Jasper Hyde, pero Platt creía que una vez que el dueño de la plantación tuviera al esclavo, no le importaría mucho nada más.

"¿Qué puedo hacer por usted, Sr. Platt?"

La atención del abogado volvió a centrarse en su anfitriona. "Mis disculpas, milady. Cada vez que vengo aquí, me encuentro más y más enamorado de Melbury Hall".

"¿Así que no es tu primera vez aquí?"

"No, en efecto, milady. Yo era un invitado de Squire Wentworth ".

"Por supuesto". La viuda asintió agradablemente. "Por lo que he oído, el Sr. Hyde y Squire

Wentworth se conocían".

"Lo eran, milady. De hecho, eran buenos amigos. De hecho, amigos rápidos".

"La amistad es algo valioso, Sr. Platt."

"Ciertamente lo es. Si se me permite decirlo, es uno de los fundamentos de nuestra civilización inglesa. El vínculo de amistad constituye el núcleo mismo de nuestra gentileza. Constituye la base de la superioridad moral de nuestra nación en el mundo actual."

"Y es nuestra 'superioridad moral' la que autoriza a un inglés a desvalijar la fortuna de su amigo tras su fallecimiento, ¿no es así, señor Platt? ¿Nuestra 'superioridad moral' que nos permite desgarrar el vientre del cadáver como chacales, sin dejar nada para su viuda?".

Platt se aclaró la garganta. Hyde y Wentworth estaban cortados por el mismo patrón, pensó. No habría sido diferente si Hyde hubiera sido el primero en fallecer. Wentworth habría ido tras cualquier cosa que pudiera obtener de las posesiones de su amigo.

"Pero divagamos, ¿no?", dijo dulcemente, volviendo a esbozar una sonrisa. "Me estabas contando el motivo de tu visita".

"En efecto, milady". Miró a la anciana, sabiendo que era mejor no andarse con rodeos con ella. "Mi cliente, el Sr. Hyde, ha hecho repetidos intentos para resolver un pequeño asunto de negocios con su nuera. Sin éxito, debo añadir."

"¿Cuál es la naturaleza de este asunto?"

"Lo mencioné en la carta que envié".

"Soy una anciana, Sr. Platt, con mala memoria. Por favor, sígame la corriente. Cuéntemelo todo otra vez".

"El asunto se refiere a una esclava negra llamada por el nombre pagano Ohenewaa. Mi cliente desea comprar esta mujer a Lady Aytoun".

"Seguramente debe haber algún error, señor. Mi nuera no cree en la posesión de seres humanos".

"Permítame que reitere la petición de mi cliente", dijo Platt pacientemente. "El señor Hyde desea pagar a Lady Aytoun todos los gastos que esta Ohenewaa ha acumulado. Le gustaría mucho hacer una oferta de... empleo a la mujer".

La viuda asintió pensativa antes de contestar. "Ahora bien, ¿por qué un importante propietario de plantaciones como el señor Hyde -alguien que ha hecho su fortuna comerciando con la carne misma de seres humanos inocentes, un caballero que debe poseer cientos de esclavos- por qué estaría tan desesperado por poner sus manos sobre una anciana?".

"Las razones de la filantropía de mi cliente con respecto a esta mujer son privadas, milady", dijo Platt incómodo.

"Ah, filantropía. Y mi nuera declinó la petición del Sr. Hyde cuando se hizo antes, supongo".

"Ahora hay nuevas circunstancias que podrían cambiar la respuesta de su señoría".

"¿Qué nuevas circunstancias?"

"Se mencionaban en la carta".

"Por favor, señor. Me falla la memoria".

Platt sintió el sudor que se le formaba bajo la peluca y le resbalaba por el cuello. En realidad, hacía demasiado calor en esta soleada habitación. Se inclinó hacia delante en la silla.

"Milady, veo que debo ser completamente sincero con usted. No deseaba involucrarla personalmente, por respeto a su posición, pero no me deja otra opción. Mi cliente actúa en nombre de la justicia. Me apena decirle esto, pero su nuera puede estar albergando a una asesina. Desde que su hija compró a esta esclava, han aparecido ciertas pruebas que señalan a esta Ohenewaa como la responsable del asesinato del doctor Dombey."

"Ya veo. ¿Y quién ha estado buscando estas pruebas?"

"Pues, las autoridades competentes".

"Por favor, dame los nombres de esas autoridades, y me encargaré de que..."

"Me he expresado mal, milady. Los nombres de los testigos y las pruebas contra la mujer han sido recopilados por empleados del propio señor Hyde."

"¿Y qué planea hacer con estas pruebas?"

"Entréguelo a... a las autoridades si su demanda no es satisfecha. El Sr. Hyde preferiría -como usted seguramente estará de acuerdo- que no se produjera ningún escándalo más en el nombre de su familia. Pero su intención es que se haga justicia, milady".

"Es tan bueno tener un 'amigo' como el Sr. Hyde cuidando la reputación de mi familia". La viuda sonrió. "¿Es su cliente un completo zoquete, Sr. Platt?"

"¿Cómo dice, milady?"

"¿Ambos sufren de imbecilidad, señor?"

Se quedó mirándola, momentáneamente sin habla.

"¿De verdad cree que mi nuera creería que el destino de Ohenewaa podría ser peor en manos del sistema penal inglés que en las brutales garras del señor Hyde?".

"No tenemos intención, milady, de..."

"Yo personalmente no confiaría a su 'nosotros' el destino de un escarabajo pelotero, señor", dijo secamente. "Ahora, volvamos a sus acusaciones. Maitland, ¿estás tomando nota de todo esto?"

Platt se dio la vuelta rápidamente en su silla y descubrió que se había abierto una puerta que daba a la habitación contigua. Sentado a una mesa estaba Sir Richard Maitland, y detrás de él había una anciana negra.

"Por cierto, he pedido a nuestro buen vecino, el conde de Stanmore, miembro destacado de la Cámara de los Lores, que se una también a nosotros más tarde. Las complicaciones de lo que son acciones legales y lo que podría interpretarse como extorsión constituyen una zona gris en mi opinión, aunque creo que Sir Richard aquí presente diría que usted se ha situado claramente en el ámbito de la extorsión."

"Sí, milady", afirmó Sir Richard.

"No obstante, espero que Lord Stanmore pueda reafirmar nuestra opinión".

Platt se puso en pie de un salto.

"Pero sobre sus supuestas pruebas", continuó la viuda. "Como no sabemos qué es exactamente lo que habéis recogido, ni qué sumas habéis pagado a ciertos individuos por su testimonio, os diremos lo que hemos recogido. Ohenewaa, tal vez puedas empezar".

La negra miró con desdén a Platt. "El doctor Dombey murió de vejez, acelerada por su excesiva bebida. Desde el primer día de nuestro regreso a Londres, le atendieron los siguientes médicos. Estaba el Dr. Gisborne..."

"De quien tengo aquí una declaración". Sir Richard indicó un trozo de papel en su escritorio. "El Dr. Gisborne identifica claramente la condición de Dombey y su opinión sobre la razón de la muerte."

"Y el Dr. Billings", añadió Ohenewaa.

El abogado de la viuda levantó otro papel. "Y aquí tenemos también una declaración de este buen médico. Es bastante enfático en el asunto".

"He hablado con un cirujano llamado Boarham", intervino Platt. "Le llamaban de vez en cuando para sangrar al doctor Dombey antes de su muerte".

"Preséntelo bajo su propio riesgo, Sr. Platt". El viejo abogado le miró con severidad. "Hemos

investigado su carácter. Los tribunales lo verán como el testigo corrupto que es. Creo que vendería a su propia madre si le reportara algún beneficio".

Mientras Maitland seguía hablando, Platt se pasó un dedo por el interior de la corbata. Las acusaciones y falsos testimonios de gente como Boarham no se sostendrían contra testigos dignos de crédito. Pensó en el comentario de Jasper Hyde sobre otros planes si la vía pacífica resultaba infructuosa. Feliz de ignorarlos, decidió que era hora de volver a poner el problema en el regazo de su cliente. Estaba claro que aquí se habían frustrado.

"Siéntese, por favor, señor Platt", le indicó la viuda, "esperamos a lord Stanmore en un momento. Tal vez pueda darle un resumen de sus propias conclusiones sobre este asunto de Ohenewaa".

Platt sacudió la cabeza y se aclaró la garganta. "No será necesario, milady. Sólo actuaba en nombre de un cliente, al que veo mal informado y extraviado por unos individuos posiblemente corruptos".

Empezó a retroceder hacia la puerta, rezando para que el maldito Highlander no estuviera al acecho fuera.

"No la molestaré más, milady. Buenos días a todos".

Con una dura reverencia, abrió la puerta de un tirón y se apresuró a recorrer el pasillo. Al girar bajo un arco que daba al vestíbulo, chocó con una joven sirvienta que pasaba por allí. Los ojos de la mujer se fijaron en él con sorpresa antes de entrecerrarse al reconocerlo.

El abogado, sin embargo, no tenía tiempo que perder. Cogiendo sus cosas del portero, Platt salió de la casa gritando a su mozo de cuadra y a su chófer. Hyde podía hacer lo que quisiera, pero él mismo había terminado con este asunto.

Capítulo Veintisiete

DURANTE EL VIAJE HACIA ESCOCIA, Lyon había hablado mucho de su primo. Walter Truscott era el segundo hijo del hermano menor de la viuda, William, que había fallecido hacía muchos años, dejando la responsabilidad de criar al niño a su hermana mayor. Habiendo pasado la mayor parte de sus años en Baronsford, Walter era como un hermano para Lyon.

Al darse cuenta desde el principio de que la pasión de Walter residía en la gestión de Baronsford, Lyon -inmediatamente después de heredar el título- había pedido a su primo que hiciera exactamente eso. Y por lo que le había contado su marido, Millicent pensaba que el joven estaba haciendo un excelente trabajo.

Su comportamiento cortés y su interés por ella también fueron una agradable sorpresa, y se alegró de saber que podría encontrar un amigo en Walter Truscott. Era amable y considerado, y ella percibió desde el momento de su llegada que intentaba hacerla sentir bienvenida en Baronsford. Al mismo tiempo, comprendió que el temperamento de Walter estaba a medio camino entre el de Lyon y el de la viuda. No era de los que reparten elogios sin sentido. Era sincero al decir lo que pensaba.

"Esto es lo más lejos que podemos llegar a caballo", advirtió Truscott, llegando a un seto bajo de maleza salvaje cerca de los acantilados.

"¿Te importaría si caminamos hasta el borde?"

Cuando el hombre se encogió de hombros, Millicent desmontó. Dejando sus caballos con el mozo que cabalgaba con ellos, Walter la condujo hacia una abertura en la maleza. "Un estrecho sendero bordea el acantilado por aquí".

Apartó una rama y Millicent la atravesó. Inmediatamente se encontró al borde mismo del acantilado. Al mirar hacia abajo, se le revolvió el estómago al ver las rocas que había debajo, algunas sobresaliendo del agua, otras formando la base del acantilado. El agua blanca que se movía rápidamente sobre las rocas emitía niebla.

"¿El río siempre corre tan rápido?"

Cogió a Millicent del brazo y la apartó un paso de la cornisa. "Hasta cierto punto. El río siempre corre bastante rápido por aquí, pero hemos tenido un invierno húmedo. Así que el agua corre inusualmente rápido y alto".

Millicent miró hacia las rocas, imaginando a Lyon como lo habían traído a Melbury Hall. Imaginó el cuerpo roto de Emma junto al suyo. "¿Es aquí donde los encontraron?"

"No". Señaló río abajo. "Menos de media milla en esa dirección. Hay un descenso rocoso hasta una pequeña playa de piedra donde el río hace una curva. El cuerpo de Emma fue encontrado en las rocas cerca de la playa. Aytoun debía de estar intentando bajar cuando resbaló y cayó".

Millicent se sintió aliviada al notar que el tono del hombre no era acusador. Un viento frío soplaba desde el este y Millicent se pasó las manos por los brazos para protegerse del frío. "¿Quién los ha encontrado?"

"Pierce lo hizo."

Miró el rostro solemne de Walter.

"No has conocido al resto de la familia. Pierce es el hermano mediano. Es tres años más joven que Aytoun. Y luego está David, el menor de los tres".

"Por supuesto".

"Aytoun no habla de ellos, ¿verdad?"

"Sólo le he oído mencionar el nombre de Pierce, y fue en relación con Baronsford".

"Esos papeles que firmó cediendo este lugar no tienen sentido, creo. No ha habido ningún reconocimiento por parte de Pierce. No quiere Baronsford, y creo que se negaría a aceptarlo en cualquier caso".

A Millicent no le importaba quién era dueño de qué. Lo que más le importaba era la familia que había quedado destrozada. "¿Cuánto hace que no se ven?"

"Desde la muerte de Emma", dijo. "Pero sé que se había abierto una brecha entre ellos mucho antes".

Millicent quiso preguntar por qué, pero se contuvo. ¿Qué derecho tenía a cuestionar a Walter? Además, ella misma no era muy buena manteniendo el contacto con sus dos hermanas mayores. Y aún tenía que explicarle a Lyon la razón del distanciamiento de su familia. No, cualquier respuesta a las preguntas sobre sus hermanos -preguntas que le estaban haciendo un agujero en la lengua- tenía que venir de su marido.

Empezaron a caminar lentamente por el borde de los acantilados. "¿Qué crees que le pasó a Emma? ¿Se resbaló y cayó?"

"No. Creo que la empujaron".

Millicent se volvió bruscamente hacia Truscott. "¿Por quién?"

Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

"No crees que Lyon lo hizo, ¿verdad?"

"Yo no. Él ya la había soportado durante dos años. Estaba decidido a soportar la maldición en que se había convertido su matrimonio".

Millicent no dijo nada, tratando de asimilar la sorprendente revelación de Truscott.

"Emma creció escalando estas colinas y acantilados. Todos nadábamos en ese río en verano. Su familia -ella era una Douglas- es vecina al este de Baronsford. Desde que era una niña, pasó todo su tiempo aquí. Creo que incluso entonces estaba planeando su asedio del lugar. En cualquier caso, conocía cada borde resbaladizo y cada roca suelta tan bien como conocía a los chicos de Pennington". Volvió a encogerse de hombros con naturalidad. "A pesar del mal tiempo de aquella mañana, no creo que pudiera haber perdido un paso".

"Pero Lyon cayó. ¿Por qué no ella?"

"Bajaba a rescatarla, o eso creía", argumentó Truscott. "Te quedas mirando ahí abajo y ves los ojos de alguien mirándote desde el fondo, y eso puede desconcertarte. Yo también la vi ahí abajo. Creo que la caída de Lyon fue un accidente, pero no la de Emma".

"Pero ambos estaban juntos en estos acantilados. Si alguien hubiera empujado a Emma, ¿no lo habría visto él?"

Walter la miró con simpatía. "No te ha dicho nada, ¿verdad?"

"Le ha costado mucho recuperarse de sus lesiones. No hace mucho que ha vuelto a ser él mismo. Pero por muy curiosa que sea, nunca sacaría a relucir nada que pudiera retrasar su

recuperación".

"Eres una buena mujer. Desinteresada... puedo verlo. Después de todo lo que ha pasado, ya era hora". Levantó la cara al aire, como si olfateara el viento. "Te diré esto porque sé que no me lo pedirás y porque también sé lo imposible que puede parecer ahora mismo llenar los zapatos de Emma en Baronsford".

Era imposible, pensó Millicent.

"Ya lo he mencionado antes". El rostro melancólico de Truscott se volvió hacia ella. "Emma había estado planeando ser la Condesa Aytoun, gobernar Baronsford, desde que era una jovencita. Se casó con Lyon no por amor a él, sino por amor a su título. Él era quien heredaría todo. Y fue esto lo que provocó las disputas entre los hermanos".

Esperó un instante antes de volver la mirada hacia las colinas de enfrente.

"Era salvaje, hermosa e indómita. A su manera, cada uno de los chicos Pennington estaba cautivado por ella. Cada uno de ellos quería cambiarla o protegerla. Por supuesto, siempre supimos que Lyon sería el ganador. O el perdedor".

Millicent dejó a un lado sus preguntas. Se concentró en cada palabra que decía Truscott.

"Después de mí, David era el más cercano en edad a Emma. De niños eran inseparables. A medida que crecían, ella se convirtió en la encarnación misma de lo que una mujer debía ser en la mente de él. De los tres, creo que él fue el que siempre estuvo enamorado de ella. Pero, por supuesto, sabía que no podía tenerla".

Empezó a caminar de nuevo, llevando a Millicent a un lado, lejos del borde.

"Luego estaba Pierce. Siempre fue del tipo protector. Un héroe nato, ese Pierce. Se preocupó por ella desde que podía caminar. La cuidó a través de todo lo salvaje. En cierto modo, creo que consideraba a Emma como una hermana. Era su responsabilidad enseñarle y guiarla. Tenía grandes esperanzas, pero Emma era obstinada, por decir lo menos. Nunca pudo ser domada".

Walter pateó un guijarro con la punta de la bota y Millicent lo vio rodar por los escarpados acantilados y rebotar en lo alto de las rocas antes de desaparecer en las aguas del caudaloso río.

"Por supuesto, Aytoun era el que tenía más expectativas y más que perder. Sin embargo, lo intentó. Hizo todo lo posible para hacerla feliz en su papel de condesa. Y ella se ajustó a lo que se esperaba, supongo, pero sólo en apariencia". Miró de reojo a Millicent. "¿Sabes por qué Aytoun era llamado 'Señor del Escándalo' entre los miembros de la *tonelada*?".

"¿Por su temperamento? ¿Sus duelos?"

Walter Truscott asintió. "Duelos para proteger la reputación de su esposa. Para salvar lo que pudo de su honor. Todos esos hombres con los que luchó, cada uno de ellos, supuestamente habían tenido una relación con Emma".

"¿Pero era cierto?", desafió. "Los rumores tienen una manera de empezar sin justificación".

"¿Quién puede decirlo?", dijo vagamente. "A Emma le gustaba jugar con los hombres. Nunca se sabía si decía la verdad o mentía sólo para conseguir una reacción. Fuera lo que fuese, le encantaba llamar la atención". Hizo una pausa, frunciendo el ceño. "Pero también era tan ambiciosa como salvaje. Y convertirse en la señora de Baronsford, por muy grandioso que le pareciera antes de casarse, no fue suficiente una vez que lo consiguió".

Millicent miró hacia atrás en dirección a Baronsford. Incluso a esta distancia, era inmenso.

"Pero, sobre todo, quería controlar a Aytoun. Pero no sabía cómo hacerlo, así que empezó el peligroso juego de aprovecharse de sus celos. Pronto descubrió que no podía manipularlo fácilmente. Cuanto más coqueteaba, más reservado se volvía él. En muy poco tiempo, Emma se convirtió en una carga de la que él era responsable, pero hasta ahí. Nada de afecto".

La conversación que ella y Lyon habían tenido en la cama la noche anterior volvió a

Millicent. De un modo perverso, eso era lo que ella también quería de su matrimonio. No controlar a su marido -y nunca utilizando los métodos que Emma había empleado-, pero Millicent también quería saber con certeza que ella le importaba. Que era la única mujer que él quería.

"Uno de los defectos imperdonables de Emma, sin embargo", continuó, "fue su insistencia en enfrentar a los miembros de esta familia entre sí. Sabía lo mucho que David y Pierce se preocupaban por ella, así que desde el principio de su matrimonio, los utilizó como medio para irritar a Aytoun. Las quejas que tenía no se las hacía llegar a su marido, sino a sus hermanos. Si algo la disgustaba, acudía a uno de ellos. Por supuesto, la culpa de cada problema era de Aytoun".

"¿Estaban tan ciegos?" preguntó Millicent apasionadamente. "¿No podían ver lo que estaba haciendo?"

"Llevaba demasiados años formando parte de esta familia como para que dudaran de ella".

"¿Y la viuda? Ella debe haber visto a través de ella? "

"Para cuando se dio cuenta de lo que pasaba, no le quedaban muchas opciones. Emma ya era la esposa de Aytoun. La respuesta de la viuda al problema fue simplemente mantenerse alejada y dejar que su hijo resolviera sus propias dificultades."

"¿Qué pasó el día del accidente?"

"Todos habían sido invitados a Baronsford para el cumpleaños de la viuda. Emma lo había planeado, lo que lo hacía muy sospechoso para empezar, ya que no tenía la mejor de las relaciones con su suegra. Pero aún así, todos vinieron. Incluso la parte de la familia de Emma había sido invitada".

Truscott se detuvo de nuevo y se volvió para mirar las rocas. No muy lejos, Millicent podía ver el tramo de playa pedregosa en el recodo del río.

"La mañana de la fiesta, mientras la mayoría había salido de caza, Aytoun y Emma discutieron. No sé por qué ni quién empezó. Y, para ser sincero, en aquel momento ni siquiera me pareció extraño, pues a menudo se peleaban cuando estaban juntos. Pero entonces, antes de que nos diéramos cuenta, Emma había huido a pie, y Pierce y Aytoun estaban gruñéndose el uno al otro en los jardines." Se volvió hacia ella. "No sé qué se dijeron ni por qué Aytoun dejó atrás a Pierce, pero de pronto corría tras su esposa, viniendo en esta dirección. Pierce se quedó aquí sólo unos instantes, y luego él también se fue hacia el río. Siguió a Aytoun y los encontró a los dos allí abajo".

Millicent miró hacia donde señalaba Walter y se estremeció.

"Estás seguro cuando dices que alguien la empujó".

"Lo estoy."

"¿Pero por qué?" Buscó la mirada oscura de Truscott.

"Porque muchos habían llegado a odiarla".

"Jonás me dijo que el cantero estaba terminando la primera sección del muro del río en la Arboleda", dijo Amina. "¿Pasa algo, Vi?"

"No pasa nada. Gracias". Envolviéndose los hombros con su desgastado chal, Violet se apresuró a salir por la puerta trasera de la cocina y avanzó por el sendero hacia la línea de árboles.

Vi reconoció inmediatamente el rostro del hombre que había visitado a la anciana lady Aytoun. Era el mismo hombre con el que se había cruzado en las escaleras aquella noche en la

posada de St. Albans. El mismo que subía a recibir a Ned a su habitación. Sólo para asegurarse de que tenía el nombre correcto, Violet había preguntado a la señora Page por el invitado de la viuda. El ama de llaves dijo que era el abogado de Jasper Hyde, un tal Sr. Platt de Londres. Vi sabía que Jasper Hyde era el canalla que había intentado arruinar a su amante antes de que se casara con su señoría, pero ahora la conexión con Ned la ponía furiosa.

La señora Page también le dijo que Platt había encontrado su pareja en la reunión con la viuda y que ya no había nada de qué preocuparse.

Violet se había sentido demasiado avergonzada para admitir ante el ama de llaves que había visto al abogado reunirse en secreto con Ned en St. Albans. No se le ocurría ninguna forma de hacérselo saber sin tener que explicar lo que ella misma estaba haciendo en aquella taberna.

El demonio traicionero, mentiroso y tramposo.

La amenaza de Jasper Hyde no estaba completamente eliminada. Con Ned aquí, metiendo las narices y todo lo que podía en los asuntos de Melbury Hall, no se podía decir que no estuviera sentado y esperando una oportunidad para causar verdaderos problemas.

Cuando llegó a los árboles, Violet se recogió el dobladillo de la falda y echó a correr. Ahora que tenía la cabeza bien puesta, recordaba con una claridad que la mareaba todas las preguntas que Ned solía hacerle sobre Melbury Hall. Su único consuelo era que no recordaba haber dicho nunca nada que pudiera haber causado dificultades a su ama.

En un recodo del camino, se topó con el mismísimo diablo. Ned Cranch extendió la mano para sostenerla.

"¿Cuál es la prisa, lassie? ¿Ansiosa por verme?"

Se sacudió la mano y se mantuvo firme, negándose a dejarse intimidar. "Se acabó, Ned. Tus verdaderos colores se están mostrando".

"Esa es buena, viniendo de una puta como tú". Su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido. "Pero, ¿qué quieres decir con eso, me gustaría saber?"

"Todo el mundo lo ha descubierto", mintió. "Todo el mundo sabe que estás siendo pagado por Jasper Hyde. La razón de que estés aquí es espiar a Lady Aytoun y Melbury Hall".

"No conozco a ningún Jasper, sea cual sea su nombre".

"¿Es así? ¿Entonces por qué vi a su abogado Platt entrar en tu habitación en St. Albans? Recuerdas la noche".

La mirada de Ned se entrecerró y la agarró del brazo. "¿Les vas a contar lo nuestro? Sobre cómo te hiciste la zorra por un hombre casado para..."

"Ya se lo he dicho", respondió ella, zafándose de su brazo. "Y mientras hablamos, el Sr. Gibbs tiene a algunos de los novios viniendo hacia aquí buscándote. Probablemente sólo tenga que llamarles para que vengan corriendo".

"Eres una bruja mentirosa."

"Cree lo que quieras". Poniendo cara de satisfacción, Violet empezó a retroceder. "Quédate ahí y espera a que vengan a por ti, Ned. Me encantaría ver cómo te dan la paliza que te mereces".

Aquella noche, cuando Jonás subió a la casa quejándose de que el albañil desapareciera a mediodía y dejara un trabajo a medias, Violet respiró más tranquila. Ned Cranch se había marchado a toda prisa.

Ahora su única esperanza era que se mantuviera alejado.

Capítulo Veintiocho

SUS VIAJES a las fincas vecinas habían añadido horas a su día. Era mucho más tarde de lo que Lyon había previsto, pero no podía evitarse.

En cuanto colocaron su silla en el vestíbulo, Lyon preguntó por Millicent.

"No, milord", dijo la Sra. MacAlister. "Aún no se ha retirado. Está en la biblioteca. Esperándote".

"¿No se encuentra mal?", preguntó, tratando de no parecer ansioso mientras los criados le ayudaban a quitarse el sombrero, los guantes y la capa.

"Ella no lo admitiría, estoy pensando. Pero parece cansada". La señora MacAlister le lanzó una mirada que rayaba en el reproche. "Su señoría se ha esforzado mucho hoy. Mucho más de lo necesario. Esta mañana, un pequeño bocado de desayuno. Luego se va con el Sr. Truscott. Esperaba encontrarte en el pueblo. Para cuando llegó, ya os habíais ido de aquí para allá".

"Sí, Walter me dijo que ella había decidido quedarse en el pueblo cuando cabalgó para reunirse conmigo en casa de lord Dumfries". Miró atentamente al ama de llaves, sorprendido por su inesperada preocupación por Millicent.

"Bueno, él habría hecho mejor en traerla a casa, si me preguntas." El ama de llaves sonaba francamente perturbada. "La condición de la gente de paso la alteró. Su señoría se quedó allí mucho más tiempo del que debería. Y luego cabalgó a lo largo del río. Encontró más vagabundos reunidos en los campamentos de allí abajo, donde permitís a los gitanos acampar en verano. También pasó un tiempo allí".

Mientras los criados se preparaban para levantar su silla, la señora MacAlister continuó. "Intenté decírselo, milord. Como señora de Baronsford, le dije, está muy por encima de involucrarse personalmente en las necesidades de los vagabundos de paso."

"Puedo imaginarme su respuesta a eso".

"No veo cómo podría, milord", dijo la señora MacAlister con una nota de orgullo. "Pero mi nueva ama dijo que aunque fuera la mismísima reina, nunca daría la espalda a los necesitados".

El Sr. Campbell carraspeó nerviosamente, llamando la atención de Lyon. "Su señoría me preguntó por el número de dormitorios en Baronsford".

"¿Es así?"

"Sí, milord. Y cómo se sentiría su señoría al llenarlos de *invitados"*.

"¿Invitados?" preguntó Lyon, deteniéndose un momento antes de echarse a reír.

Puso el libro cerrado en la estantería. Volvió a bajarlo. Lo sujetó bajo un brazo y luego lo apretó contra su pecho. Volvió a dejarlo en la estantería.

Millicent luchó por mantener la compostura mientras los criados intentaban acomodar a Lyon en el sofá. Las horas que habían pasado separados le parecieron meses y, desde el primer momento en que Lyon entró en la habitación, sintió que su placer al verla coincidía con lo que ella sentía por él.

"Esto es mucho mejor. Nunca he estado tan cansado de esa maldita silla como hoy".

Los sirvientes aún no habían salido de la habitación, pero Millicent no pudo contenerse más. Se sentó en el sofá junto a él y lo abrazó. Él la estrechó contra su pecho antes de apartarse ligeramente y sonreírle a la cara.

"Yo también te he echado de menos". Besó sus labios con tanta ternura que Millicent se derritió contra él. La puerta de la biblioteca se cerró suavemente tras los criados. Pasó algún tiempo antes de que él se apartara, y aún más antes de que Millicent se sintiera flotar de vuelta a la tierra.

"Siento haberme ido antes de que llegaras al pueblo esta mañana".

Sacudió la cabeza. "Necesitaba algo de tiempo para establecerme y orientarme".

"Tengo entendido que hiciste eso y más".

Su mano derecha le acarició la cara. Millicent acurrucó la mejilla en su contacto, todavía sorprendida por la rapidez con que recuperaba el movimiento en la mano y el brazo. "Puede que haya decepcionado a la señora MacAlister con mi falta de sofisticación".

¿"Decepcionada"? Te la has ganado por completo. Ahí fuera, en el hall de entrada, la mujer me ha dirigido más palabras de las que normalmente habría usado en un año".

"Me alegro. Creo que nos llevaremos muy bien. Es muy capaz y bastante eficiente, y a pesar de sus maneras cortantes, es una mujer muy cálida."

"Pues debo decirle que es usted la primera señora de Baronsford que ha notado esa cualidad en ella. No tenía mucha paciencia con Emma, que la habría despedido una docena de veces si yo no me hubiera negado a permitirlo. Y en cuanto a mi madre, sus temperamentos eran demasiado parecidos como para que nadie adivinara que pudieran soportarse la una a la otra."

"Se quedó, sin embargo, así que supongo que tu madre debe haber apreciado sus esfuerzos".

"Supongo que es cierto". Lyon le acarició la mejilla. "Ya que te llevas tan bien con la Sra. MacAlister, probablemente no te importará lo que voy a pedirte".

"¿Es doloroso?"

"Mucho". Se acomodó con un suspiro cansado. "Tenemos que dar una fiesta, muy pronto. Quiero invitar a todos los terratenientes y miembros de la gentilidad en un radio de una hora de Baronsford".

"¿Cómo de grande sería ese grupo?"

"Unos cien. Quizás algunos más".

Millicent también se recostó pesadamente. "Eso es muy doloroso."

"¿Y he mencionado que tenemos que hacerlo pronto?"

Asintió tímidamente, tratando de borrar de su mente la imagen de sí misma en una sala llena de gente distinguida donde nadie notaba su presencia.

"Campbell me dijo que preguntabas por el número de habitaciones en Baronsford."

Millicent miró a Lyon y sonrió. "Sí, lo estaba".

"Este es el motivo de la fiesta".

"¿Para comparar el tamaño de castillos y casas señoriales?", bromeó.

"Aún mejor. Les llenaremos la barriga mientras les avergonzamos para que no echen a sus inquilinos. También intentaremos que algunos de ellos ofrezcan plazas a algunas de las familias vagabundas. Hoy he intentado hacerlo visitando algunas de las fincas vecinas. Pero es demasiado

difícil presionarles uno por uno. El señor Fulano de Tal está en Londres. Y al barón Fulano de Tal sólo le interesaba saber de usted". Agitó una mano con impaciencia. "Tenemos que traerlos a todos aquí y tratar de convencerlos de una vez".

"Con este tipo de agenda, ¿crees que aparecerá alguien en la fiesta?".

"Creo que vendrán *todos*".

"¿Por qué?"

"Están todos fuera de sí de curiosidad por la nueva condesa. Y..." Señaló una silla. "Más de uno de estos malditos aprovechará la oportunidad de mirarme por encima del hombro".

"Primero los veré arder en el infierno. Haré arreglos para que te lleven en un pedestal de tres metros de altura".

"¡Qué lenguaje!", dijo riendo y atrayéndola más hacia él. "¿Significa esto que organizarás la fiesta?"

"Absolutamente. Tenemos que hacer algo por esos desgraciados".

Lyon volvió a besarla, y Millicent sintió el deseo e incluso el amor en su abrazo. El cansancio desapareció. Se sintió querida.

"Sé que sólo ha sido tu segundo día en Baronsford, pero pensé que deberías saber que has causado una gran impresión". Sus dedos apartaron suavemente un mechón suelto de su cara. "Y aunque dices que no tienes aspiraciones con respecto a este lugar, la gente de aquí ya te respeta. Ya ven tu entrañable preocupación por todos".

Millicent recordó lo que Truscott le había dicho hoy sobre que Emma quería más a Baronsford que a Lyon. Imaginó el dolor que debió de sufrir Lyon.

"Le pedí a Walter que me llevara hoy a los acantilados que dan al río. Necesitaba ver el lugar donde caíste. El lugar donde perdiste a Emma".

"Quieres decir donde murió".

A Millicent no le pasó desapercibida la dureza de su tono. "Un hombre sabio me habló una vez de este camino que ambos recorrimos antes. Me dijo que teníamos que hacerlo mejor la segunda vez".

"¿Un hombre sabio, dices?"

"Sí. Mi marido. El terriblemente sabio Lord Aytoun. ¿Has oído hablar de él?"

"Ah, sí. El Señor del Escándalo".

Se apoyó en él y trazó las duras líneas alrededor de su boca con la punta de un dedo. "No quiero secretos entre nosotros, Lyon. No quiero que nada quede sin decir. Ni suposiciones ni malentendidos. Sólo la verdad".

"Truscott te habló de Emma."

"Y la relación de tus hermanos con ella", dijo en voz baja. "Había tanto que yo no sabía, y todavía hay tanto sobre mí y mi pasado que tú tampoco sabes. Y hoy, después de salir del pueblo y cabalgar por la orilla del río, me he encontrado con tanta gente que ha sido expulsada de sus hogares. Familias que casi han perdido la esperanza. Y pensé en nosotros dos y en cómo se nos ha dado una segunda oportunidad de ser felices, y en lo mucho que quiero conseguirlo."

Millicent dejó que sus esperanzas aumentaran cuando el brazo de Lyon la rodeó con fuerza. Acomodó la cabeza bajo su barbilla.

"Estar allí abajo también me hizo darme cuenta de que Emma no es la criatura sobrenatural que yo había imaginado que era. Ahora, sabiendo más sobre ella, me doy cuenta de que era simplemente una mujer de carne y hueso, un ser humano con todas las virtudes y defectos que todos tenemos. Sabiendo eso, me di cuenta de que podría sobrevivir a este camino y quizás incluso marcar la diferencia mientras lo recorro. Pero, al mismo tiempo, reconozco lo importante

que es para mí contarles también todo lo que pueda sobre mí".

La sensación de su brazo alrededor de ella le dio a Millicent la fuerza que necesitaba para continuar.

"Fui prácticamente entregada a Wentworth a la edad de veintitrés años por falta de una oferta matrimonial mejor. Mi tío, que había sido mi tutor, estaba demasiado aterrorizado por la vergüenza y el gasto de tener una solterona en sus manos para siempre. Así que tuve que irme. No importaba quién fuera. No importaba la mala reputación o carácter del hombre". Dejó escapar un suspiro tembloroso, decidida a no guardarse nada. "Seguí casada con él durante cinco años, aunque todavía me parece un milagro haber sobrevivido tanto tiempo. Para mi marido, yo no era más que una propiedad, como sus tierras, sus plantaciones de azúcar, sus trabajadores africanos, sus caballos, sus perros, sus ovejas y su ganado. Y consideraba que tenía derecho a abusar de nosotros y a talarnos a su antojo".

Millicent sintió la tensión en el cuerpo de Lyon a medida que su ira crecía, pero continuó hablando. "Durante aquellos años -cuando estaba en Melbury Hall y no intentando esconderme de él en Londres- formé una especie de vínculo con muchos de los trabajadores negros que Wentworth tenía como esclavos. Durante ese tiempo también tuve la suerte de entablar amistad con el reverendo y la señora Trimble y con el señor Cunningham, el maestro de la escuela de Knebworth Village. Estas buenas personas, con el apoyo de nuestro vecino lord Stanmore, intentaban mejorar las condiciones de Melbury Hall que los esclavos de allí se veían obligados a soportar."

Se apartó del pecho de Lyon y trató de contener el nudo que se le hacía en la garganta. "Aunque Wentworth no tenía nada que temer, mi amistad con el señor Cunningham se convirtió en un tema muy delicado con él. Se negaba a ver que la compasión de aquel hombre era el motivo de su visita a Melbury Hall. Prefería creer que éramos amantes. *No* lo éramos, aunque creo que al final el Sr. Cunningham confundió su compasión por mí con amor."

"Millicent..."

"Hay más cosas que necesito contarte sobre Cunningham, pero déjame decirte primero algo más. Wentworth creía que era su derecho como amo usarme como le pareciera. En pocas palabras, me encontró con un niño. Solía decir que era su derecho "tocar como quiera y castigar como me parezca". Prefería castigar, y una vez me pegó tan severamente que estuve confinada en cama durante semanas. También perdí al niño".

Ella negó con la cabeza cuando él trató de atraerla de nuevo a sus brazos.

"Déjame terminar. Necesito contártelo todo". Parpadeó para contener las lágrimas. "Después de perder ese bebé, me perdí en mi propio dolor durante meses. Al mismo tiempo sabía que estaba agotando mi valor para Wentworth. Era sólo cuestión de tiempo que me matara. Ya lo había hecho antes".

Miró a Lyon a la cara. Su furia estaba apenas contenida.

"La familia de la primera esposa de Wentworth poseía varias plantaciones en Jamaica. Allí es donde él hizo una pequeña fortuna, pero justo antes de que decidiera volver a Inglaterra, ella murió... misteriosamente. Wentworth me dijo, durante un momento de jactancia ebria, que *ella* había agotado su valor".

Millicent movió la mano sobre los dedos de Lyon. "Luego vino el verano anterior. Me encontré accidentalmente con una vieja amiga del colegio en Knebworth Village. Era Rebecca. Llevaba diez años en las colonias americanas".

Millicent recordaba aquellos días en que se reunía a escondidas con Rebecca en el Grove o en la iglesia del pueblo.

"Ella me ayudó a darme cuenta de que tenía que encontrar una forma de salir de ese matrimonio, antes de acabar como la primera esposa de Wentworth. Incluso llegamos a planear una huida a Filadelfia o a algún lugar de las colonias. Pero un día, antes de que pudiéramos poner en marcha nuestro plan, Wentworth montó en cólera cuando lord Stanmore se llevó a uno de los niños esclavos que había sido gravemente maltratado por el alguacil. Fue entonces cuando todo se desató".

"Estás temblando". Lyon le rodeó los hombros con el brazo mientras Millicent se obligaba a continuar.

"Era junio. Habíamos escondido a Violet en la Arboleda para protegerla de Wentworth y su lascivia. Envié a Jonah al pueblo una noche para pedirle al Sr. Cunningham que viniera al amanecer para llevarse a Violet. Y así lo hizo. Pero Wentworth y su alguacil, un bruto llamado Mickleby, aparecieron y afirmaron que era yo quien huía con la maestra esa mañana. Wentworth disparó y mató al Sr. Cunningham".

La mano de Lyon la acarició suavemente. "¿Y Wentworth fue asesinado por Stanmore?"

Esa fue la explicación pública, pero Millicent quería que él supiera la verdad. "Después de matar a Cunningham, Wentworth enloqueció. Quería asesinar a todos los que me importaban... antes de matarme a mí. Decidió empezar con Jonah". Ella tomó la mano de Lyon y lo miró a la cara. "Nadie lo sabe, pero Moses mató a Wentworth esa mañana. Stanmore llegó justo a tiempo para salvar la vida de Moses. Para evitar que Moses tuviera que enfrentarse a la ley por matar a un hombre blanco, y para evitarme a mí el escándalo que podría seguir, Stanmore asumió la responsabilidad de todo. No sé cuánto le contó al magistrado de lo que realmente sucedió, pero nunca se le hicieron preguntas después".

"Sabía que me gustaba Stanmore, pero ¿qué pasa con el alguacil?"

"Mientras se preparaba para matar a Moisés, murió por la espada de Stanmore."

"¿Quién más lo sabe?" preguntó Lyon, preocupado.

"Sólo los pocos africanos que estaban en el Grove esa mañana. Y Rebecca y Stanmore. Y creo que Violet se enteró más tarde por una de las mujeres que la habían estado escondiendo". Ella le cogió la mano. "Estás preocupada".

"Por la vida de Moisés", dijo solemnemente. "Si la verdad de ese día llega a oídos equivocados, su vida no valdrá nada".

"Pero nadie lo sabrá nunca", dijo, decidida. "Wentworth habría matado a mucha gente esa mañana, incluyéndome a mí, si no fuera por la valentía de Moses. Me salvó la vida. Usted lo conoce. Qué gentil es. Y nadie que estuviera allí le traicionaría jamás".

Las sombras parpadeaban en las paredes de la sala de servicio, y Gibbs estaba sentado ante el fuego, mirando fijamente las llamas mortecinas. La casa estaba en silencio, las puertas aseguradas y Moses estaba haciendo su ronda de vigilancia, pero el Highlander no podía deshacerse de la sensación que lo atormentaba.

Un recuerdo le atormentaba. Un recuerdo de su infancia.

Sólo tenía unos cinco años, pero ya entonces sabía que algo trascendental estaba ocurriendo. Algo que cambiaría su mundo. Él, su madre y su hermana estaban sentados frente al fuego en su casa de campo en la ladera de la colina. Su padre y sus hermanos mayores habían partido unas semanas antes para unirse al Príncipe Carlos en su lucha contra los Hannover. Mientras esperaban esa noche, oyeron los gritos de las mujeres de la cañada y él supo que su padre y sus hermanos no volverían.

Esa misma sensación le perseguía ahora, y a Gibbs no le gustaba nada.

Mary Page entró en el vestíbulo como un ángel, guardando su trocito de paraíso. Se daba cuenta de que se estaba encariñando con él. Y por primera vez en su vida, el sentimiento era mutuo.

"Venga a sentarse conmigo, Sra. Page. Ha estado de pie todo el día".

Apagó una vela y colocó una pila de platos sobre la mesa antes de sentarse a su lado. Sus ojos eran cálidos cuando recorrieron su rostro. "Parece tan preocupado como me siento yo, señor Gibbs".

Le cogió la mano y ella dejó que entrelazara sus dedos con los suyos. "Dime qué te preocupa".

"No sé lo que está pasando, pero algo va mal. Y no me lo estoy imaginando. Toda la casa lo está sintiendo". Miró el vestíbulo vacío. "Violet no ha comido nada hoy, y la he visto mirar la carretera por la ventana una docena de veces. Ohenewaa se ha quedado en su habitación y cada vez que pasaba por delante de su puerta la oía cantar sus canciones africanas. Y luego una de las sirvientas dijo que creía haber visto a Ned Cranch a la sombra del bosque, asomándose a la casa con un hacha en la mano".

"Eso suena un poco exagerado", dijo Gibbs. "El cantero no sólo dejó su trabajo aquí; también se fue de su habitación en la posada".

"¿Qué crees que le ha pasado?"

"Tal vez se enteró de que su mujer tenía un hijo. Lo que no entiendo es por qué no vino a cobrar el trabajo que había hecho. Tal vez esté planeando volver, aunque no sé por qué se fue sin avisarnos".

"¿Lo ve, Sr. Gibbs?" Mary lo miró a los ojos. "Todo el mundo se está comportando de forma extraña, y simplemente no hay explicación".

Le pasó el dedo suavemente por la palma de la mano. "Sabes que todas estas imaginaciones podrían ser el resultado de tener a Lord y Lady Aytoun lejos. Por lo que tú mismo me has dicho, la señora no es de las que pasan tiempo fuera de Melbury Hall. Y hace diez años que no me separo de su señoría".

"¿Realmente cree que eso es todo, Sr. Gibbs? ¿Cree que nos estamos preocupando por nada?"

La forma en que los grandes ojos de Mary observaban el movimiento de su dedo, la manera inocente en que el rubor había subido por sus mejillas, Gibbs no pudo evitar inclinarse y darle un beso en la frente.

"No lo sé, Mary. Pero puedo decirte que me siento mejor teniéndote a mi lado".

"Lo mismo digo, Angus", dijo ella en voz baja, acercándose a su lado.

Pero mientras los dos se sentaban y miraban fijamente el fuego, su sensación de presentimiento no se desvaneció fácilmente.

"No pretendía preocuparte tanto con lo que te dije antes sobre la muerte de Wentworth", susurró Millicent contra el oído de Lyon, enroscando un brazo alrededor de su pecho. "Lo siento. Ahora no puedes dormir, ¿verdad?".

Su cabeza se giró hacia ella sobre la almohada. "No es eso lo que no me deja dormir. He estado pensando en lo que Truscott te dijo sobre Emma".

"Fue un error por mi parte pedirle que me llevara allí. Debería haber esperado hasta que estuvieras lista para..."

"No. Me alegro de que hayas ido. Y me alivia que sepas tanto como ella". Su mano acarició suavemente su pelo y su cara. "Lo que me ha estado quitando el sueño es el hecho de que debería contarte el resto, lo que pasó aquel día".

Hasta ese momento Millicent no se había dado cuenta de lo mezclados que estaban sus sentimientos. La posibilidad de que Lyon fuera de algún modo responsable de la muerte de Emma era una razón plausible para su melancolía tras el accidente. Pero ella nunca había querido creerlo.

Millicent miró más allá de su marido, hacia la penumbra de la alcoba. Las llamas ardían lentamente en la chimenea. A pesar de las sombras que los acechaban, pensó, confiaba en este hombre. Qué suerte tenían de tenerse el uno al otro.

"¿Me lo dirás?"

Lyon le cogió la mano y se quedó mirando al techo. "Luchamos. Siempre peleábamos. Todo lo relacionado con Emma y conmigo fue un error desde el principio. Nos llevábamos diez años, pero bien podrían haber sido cien. No nos entendíamos. No hablábamos el mismo idioma. No podíamos comprender las necesidades del otro. Y esto no era culpa de nadie más que mía. Siempre pensé que sabía lo que ella quería. La había visto crecer. Había visto florecer su vivacidad y su belleza. Creía que sólo me quería a mí". Soltó una carcajada amarga. "La arrogancia nos lleva a cometer muchos errores. Ella no me quería a mí. Quería a Baronsford. Y yo estaba completamente ciego a ello".

Millicent deseaba poder facilitarle las cosas de algún modo, pero no se le ocurría cómo.

"Lo que Truscott te dijo sobre nuestros problemas es todo cierto. Cuando ella se volvió irrazonable, yo sólo empeoré. Cuando ella se retraía, yo sospechaba. Como resultado, pasamos la mayor parte de nuestro matrimonio separados. Cuando ella estaba en Londres, Bath o Bristol, yo me aseguraba de estar en Baronsford. Cuando ella venía aquí con sus amigas, yo pasaba el tiempo en las Highlands. Y por muy tonto que fuera, a pesar de todas nuestras dificultades, nuestra burla de matrimonio seguía siendo tolerable mientras Emma no nos deshonrara públicamente."

La mirada de Lyon se volvió hacia Millicent. "Por culpa de Emma, mis hermanos empezaron a odiarme. Pierce, David y yo nos distanciamos cada vez más. Pero eso no era suficiente, así que ella empezó a insinuar aventuras. Y luego cuestionaba mi honor. Mi hombría. Y esperaba que actuara en consecuencia".

"Y lo hiciste."

"Fui una tonta. Creo que esperaba que yo muriera en uno de esos duelos. En lugar de eso, tuvieron que morir tontos aún mayores que yo".

Millicent pensó que era un milagro que Lyon hubiera vivido aquellos tiempos. Apretó los labios contra el corazón de él.

"El día que murió, el día del accidente, debería haber sabido que tramaba algo".

"Pero Walter dijo que todos estaban en Baronsford por el cumpleaños de la viuda."

"Todas nuestras familias estaban aquí, en Baronsford. Más de doscientos invitados llegaban para el baile en honor de mi madre, pero eso era sólo una excusa para tenernos a todos allí", dijo en voz baja. "Ella tenía un anuncio que requería una audiencia digna".

"¿Cuál fue su anuncio?"

Los ojos de Lyon eran duros cuando se volvieron hacia ella. "Ella quería el divorcio".

Millicent sintió que se enfriaba.

"El mayor escándalo que podía crear, y un anuncio público para difundir la noticia. Emma quería tener los oídos comprensivos de todos los que la admiraban y querían cuando anunciara

por qué ya no podía tolerar estar casada conmigo."

Millicent pensó en su propia petición de divorcio a la viuda y a Sir Richard antes de casarse con Lyon. Pero eso había sido en circunstancias muy diferentes.

"¿Qué has hecho?", preguntó.

"Le dije que no, aunque no con tanta calma. Discutimos y ella me dijo que haría lo que quisiera. Iba a hacer el anuncio, y yo podría vivir con el escándalo. Y entonces huyó".

"Y tú fuiste tras ella".

"Al principio no. Me dije a mí mismo que todo esto no era más que otra estratagema. Que estaba jugando conmigo como un soldado de juguete. Que ella nunca haría tal cosa, y yo no iba a morder su anzuelo. Y entonces bajé las escaleras y me encontré con Pierce".

"¿Te convenció de ir tras ella?"

"No exactamente. Estaba enfadado porque había visto a Emma alterada, huyendo en dirección a los acantilados. Empezó a sermonearme otra vez sobre cómo no la trataba bien, y cómo no merecía su amor. Me preguntó cómo podía molestarla tanto, teniendo en cuenta su estado".

"¿Su estado?"

"Pierce me dijo que Emma estaba embarazada. Le dijo que ella y yo íbamos a anunciarlo esa noche".

La ira la invadió.

"Fui tras ella. Salí corriendo detrás de Emma. Pero antes de que pudiera alcanzarla, oí el grito. Cuando llegué, ella estaba en el fondo".

Se frotó la frente con la mano, de un lado a otro. "Cuando empecé a bajar por esas rocas, no buscaba respuestas. Recuerdo que pensé, *no puede estar muerta*".

Se le quedó la voz en la garganta y cerró los ojos. Millicent besó la lágrima que le brotó del rabillo del ojo.

"Lyon, lo siento mucho. Siento mucho por lo que has tenido que pasar".

"Creo que lo que más me dolió de todo fue despertarme mucho después y descubrir que mis hermanos se habían ido. Ellos creían -todavía creen- que yo empujé a Emma por aquel acantilado".

"No puedes saber lo que creen". Tranquilizó a su marido sin conocer a esos otros hombres, sin comprenderlos. "Puede que se hayan marchado por su propia culpa con respecto a tu matrimonio. Habían servido de cuña entre Emma y tú. Tal vez, al marcharse, sólo trataban de sobrellevar su pena".

La mirada de Lyon se fijó en su rostro, y luego apretó la cabeza de ella contra su corazón. "Gracias por confiar en mí".

Ella escuchó su fuerte corazón latiendo bajo su oído. "¿Alguna vez averiguaste si Emma estaba realmente embarazada?"

"Más tarde me dijeron que sí", susurró. "Pero sé que el niño no era mío".

Capítulo Veintinueve

LAS COCINAS de Baronsford eran una combinación de modernidad y antigüedad. La panadería, con sus elegantes hornos nuevos, sus mesas de madera maciza y sus estantes protegidos donde la masa podía subir, ofrecía un agudo contraste con los tres enormes fogones abiertos, con sus espetones de hierro y sus brazos oscilantes. Dentro de aquellos anchos arcos de piedra, durante siglos se habían asado allí carne de cerdo, cordero y ternera exactamente de la misma manera. Incluso ahora, el olor de las gachas de avena salía de los calderos que colgaban sobre el fuego.

"Estoy muy contenta con todo lo que ha elegido, señora MacAlister". Millicent cogió otra hogaza de pan de una de las cocineras y la envolvió en un paño antes de meterla en la cesta.

"No puede ser todo bueno. Es una fiesta importante. Debe haber algo que os disguste".

"Nada de nada". Sonrió agradablemente mientras un criado se llevaba dos de las cestas llenas y las sustituía por otras vacías.

"La selección de los platos de la última cena", insistió el ama de llaves.

"Ámalos".

"El menú de postres".

"Sobresaliente".

"La porcelana".

"Hermoso".

"Los pasteles con la cobertura de bayas frescas".

Millicent lanzó una mirada a la señora MacAlister. "Eso no estaba en el menú del que hablabas esta mañana. ¿Dónde vas a encontrar bayas frescas en marzo?".

"Sólo estaba probando, milady. Sólo para ver si estabais escuchando".

La risa de Millicent hizo que los apretados labios del ama de llaves se crisparan ligeramente.

"No entiendo por qué te cuesta tanto creer lo encantada que estoy con los preparativos que has hecho para esta gran fiesta. Confío en su criterio. Me sorprendes con tu minuciosidad. Es usted muy buena. Es usted increíblemente buena, Sra. MacAlister".

El ama de llaves sacudió uno de los paños y se lo entregó, listo para la siguiente hogaza de pan. Millicent lo consideró una ofrenda de paz.

"Y usted es demasiado buena, milady", dijo finalmente la señora MacAlister. "Hacía unos años que no veíamos a nuestra señora en las cocinas".

Antes de que Millicent pudiera responder al cumplido, la señora MacAlister cogió el pan de la cocinera y empezó a envolverlo ella misma.

"Pero esto es algo que podemos hacer, milady. Preparar cestas de comida para los vagabundos. Y nuestra señora puede pasar una horita con la modista. La mujer fue traída de Edimburgo ayer".

"No pedí modista".

"Lo sé", dijo la mujer, con un brillo malvado en los ojos. "Su señoría me dio instrucciones. Dijo que me ocupara de su guardarropa. Y así estoy".

"Pero..."

"'Confío en su criterio'", dijo el ama de llaves, imitando el acento inglés de Millicent. "'Me asombra... Es usted asombrosamente buena, señora MacAlister'. Ahora, ¿debo confiar en sus palabras o no, milady?".

"Verrra bien, Sra. MacAlister," dijo Millicent, imitando el burr del ama de llaves. "Me tenéis ahí, así es".

Mientras era conducida por su propia criada, Millicent se alegró al oír unas risas sorprendidas detrás de ella.

Jasper Hyde se paseaba por las habitaciones que había tomado en la posada de High Street, en St. Los grandes ventanales de la habitación delantera daban a la vieja torre del reloj y, a cada minuto que pasaba, el propietario de la plantación se impacientaba más. Cuando Harry hizo entrar a Ned Cranch una hora y media más tarde de lo previsto, estaba dispuesto a disparar al maldito albañil y apuntó su pistola al pecho del hombre para dejar clara su opinión.

"Para obtener todas las respuestas que quería, señor Hyde, no había forma de que pudiera volver antes", explicó Ned a la defensiva, haciendo caso omiso de la pistola. "Pero os alegrará saber que lo he averiguado todo".

"Empieza a hablar", espetó Hyde, "antes de que te haga un agujero".

El cantero no parecía asustado. "No podemos ir por el camino a Melbury Hall, arrebatársela y seguir alegremente nuestro camino".

"¿Por qué no? Estabas dispuesto a hacerlo solo. ¿Ahora dices que no se puede hacer con media docena de hombres?"

"Sí, puede". Ned habló con calma. "Pero ahora tenemos que hacerlo de otra manera. Las cosas han cambiado desde que el conde y su esposa se fueron a Escocia. He estado vigilando el lugar, y lo que veo es que la mujer negra ya no se aventura en el bosque. E incluso cuando sale, siempre hay un puñado de negros a su alrededor. Es como si supieran que alguien va tras ella. Creo que se han enterado y quieren protegerla".

"Un puñado de esclavos no es rival para los degolladores a sueldo que hemos contratado, Sr. Cranch".

"Tal vez, señor. O tal vez no". Ned sacudió la cabeza y entró en la habitación. "Estoy pensando que estos esclavos liberados no son como a los que está acostumbrado en su plantación, señor Hyde. Estos han saboreado la libertad, por lo que están obligados a ser feroces en la protección de los suyos. También hay otra cosa a considerar aquí. El camino que sale de Melbury Hall pasa cerca de Solgrave y atraviesa Knebworth Village. Cualquier ataque abierto a Melbury Hall y enviarán a alguien a través del bosque a la finca vecina o al pueblo. Nos encontraremos atrapados, a menos que queráis escalar las colinas de Chiltern".

Hyde se enfureció. "Entonces, ¿qué demonios propones?"

"Tenemos que hacer una distracción". El albañil engreído tuvo el valor de sentarse en una silla. "Creo que deberías ir a buscar a tus hombres y traerlos de vuelta a St. Albans. Podemos reunirnos todos junto a los ladrillos en la taberna donde me hospedo. Mientras tanto, hablaré con mi muchacha en Knebworth Village y arreglaré la forma de llevarme a Melbury Hall la noche en que estéis listos."

"Me dijiste que tenías a tus *mujeres* en la propia casa".

"Así es. Tengo un par de ellos en la cuerda, señor". Sacudió la cabeza. "Pero los sirvientes de esa casa son un grupo extraño. Son demasiado leales a su ama para que pueda confiar en ellos en una situación como ésta."

El razonamiento del hombre era sólido. "¿Qué planeas hacer una vez que estés dentro?"

La mirada del cantero era confiada. "Así es como yo lo veo. Nos reunimos en la taberna y les explico a tus hombres el terreno. Luego nos separamos y nos reunimos en la Arboleda. Es un grupo de cabañas vacías en el bosque, detrás de la mansión. Mientras tanto, hago que mi chica me esconda en su carro y me lleve a Melbury Hall. Una vez allí, me escabullo y prendo fuego en los establos. Ahora, con todo el alboroto del fuego, seguro que todo el mundo sale de la casa. Probablemente habrá gente corriendo desde Solgrave y el pueblo para ayudar. Ahí es cuando tus hombres salen. Cogemos a Ohenewaa y seguimos nuestro camino". Ned Cranch sonrió con orgullo. "¿Qué te parece?"

Hyde se acercó a la ventana mientras consideraba el plan. Otro minuto pasaba en la torre del reloj. El tiempo se agotaba y se frotó el pecho.

"Olvide los establos, Sr. Cranch. Queme la casa".

Estaba acurrucada bajo un carro para resguardarse de la lluvia que caía, un pequeño bulto de lana a cuadros con cara de ángel.

Millicent se fijó en ella mientras repartía el contenido de una segunda cesta de comida a una familia de cinco miembros reunida en torno a un humeante fuego. La mirada de la joven revoloteó nerviosa hacia el mozo que llevaba la última cesta.

Millicent cogió la comida del novio y se dirigió hacia el carro.

"Se lo llevará, pero la chica no se comerá nada". Una anciana estaba de pie a la cabeza de una vaca vieja todavía enjaezada al carro. "Ya está acaparando media hogaza de pan de la cesta que nos disteis ayer. Cree que su hijo nacerá con una dentadura completa".

Millicent se agachó en el barro profundo junto a la rueda de carro y le tendió la cesta a la niña. "No es mucho, pero podrías llevarte algo de este pan, queso y carne seca".

Un brazo delgado salió tímidamente de entre los pliegues de lana. Una mano fría rozó la de Millicent. Mientras la muchacha cogía un poco de queso, Millicent vislumbró brevemente el vientre hinchado de la joven.

"Estás cerca del momento de tener a tu bebé, ¿no?"

La chica tiró de la comida bajo su chal a cuadros.

"¿Por qué no vienes a la casa conmigo?", animó Millicent suavemente. "Este es un lugar duro para traer un niño a este mundo".

Una mirada de terror apareció en los ojos de la muchacha, que se encogió aún más bajo el carro y se dio la vuelta.

"No saldrá", llamó la anciana desde su hoguera.

Millicent se levantó de mala gana y se volvió hacia la mujer que había hablado. "¿Es tu pariente?"

"No, no es pariente mía ni de nadie de por aquí. Pero he compartido mi carro con ella desde que la encontré en el camino de Glasgow".

"¿Sabes si tiene familia a la que ir?"

"Ella no va a ninguna parte, mamá. No tiene familia, te lo aseguro". La mujer miró hacia el carro. "Lo único que dice la pobre criatura es que se llama Jo. No sé si es una niña de las hadas o

si la han echado a causa del niño que lleva dentro. Creo que no hay hombre al que vaya, ni marido que haya dejado atrás. Al menos, nunca mencionó a ninguno".

"Me gustaría llevarla conmigo a Baronsford. Al menos tendrá a su hija en una habitación seca con un fuego para calentarla. ¿Le preguntarás si quiere venir conmigo?"

"Entiende todo lo que le dices, mamá, pero no me escuchará mejor que a ti". La anciana señaló debajo del carro. "Mírala. La tonta criatura está aterrorizada sólo con que se lo pidas".

Millicent buscó a Jo y descubrió que la joven se había arrastrado lejos de ella. Se había tapado con la tela escocesa.

"Si vinieras, quizá se sentiría segura".

La anciana negó con la cabeza. "No me moveré de aquí, mamá. Cuando el río baje y esta gente se mude, necesito estar aquí. No, no necesito una habitación seca por un día". Se ciñó más el chal de lana y se acercó al humeante fuego. Millicent se obligó a ser fuerte, pero el nudo en la garganta no le permitía respirar. Miró una vez más a la joven futura madre.

Millicent había ignorado las señales, pero estaba segura de que estaba embarazada. Al mirar a la asustada mujer, la diferencia entre ellas era aplastante. Jo, con pocas esperanzas de futuro para sí misma o para su hijo, se aferraba con firmeza a trozos de pan rotos bajo un carro en medio de la lluvia. Y Millicent, con un marido y un hogar, retrasaba el momento de contárselo a Lyon sólo porque deseaba encontrar el momento perfecto.

El novio le tocó el brazo. "Su señoría está aquí, milady."

Millicent levantó la vista de la orilla del río y vio el carruaje de Lyon detenido detrás del que la había traído hasta aquí. Levantando los bordes de su manto embarrado, avanzó penosamente por el suelo resbaladizo hacia su marido.

Al acercarse, Peter Howitt bajó inmediatamente del carruaje y se apresuró a ayudar a Millicent a subir la embarrada pendiente.

"¿Hay algo que pueda hacer por usted, milady?", preguntó el joven con impaciencia.

"Le agradecería que se encargara de llevar estas cestas vacías a las cocinas. Hay que llenarlas y traerlas de vuelta, con más mantas también".

"Me ocuparé de ello inmediatamente".

Al acercarse a la puerta del carruaje, Millicent echó un vistazo a la mano tendida de Lyon antes de que se le saltaran las lágrimas. Él tiró de ella y la abrazó. La puerta del carruaje se cerró tras ellos, y ella sollozó contra su manto, perdida en su angustia por la miseria del exterior.

"Ciertamente no es la hermosa Escocia de la que oyes hablar, ¿verdad, mi amor?"

"Es tan triste, Lyon." Lloró. "A esta gente la han despojado de todo. Lo que les espera al final del camino tampoco parece ser nada. Les han arrancado a sus parientes, sus tierras, sus hogares. Y aún así, son tan orgullosos".

Lyon la estrechó contra su pecho y le besó el pelo. "Este es un pueblo fuerte, mi amor. Provienen de gentes que sobrevivieron al duro cortejo del rey Enrique y sus incursores ingleses. Han luchado contra saqueadores y ejércitos merodeadores y traiciones de todo tipo. Ahora estas gentes han sido expulsadas por la misma gente que ha engordado con su trabajo. Pero son fuertes y orgullosos, como tú dices. Y con un poco de ayuda de compasivos como tú, también sobrevivirán a esto".

Le levantó la cara y le quitó las lágrimas. "Pero no puedes dejarte derrumbar así cada vez que vengas aquí. Esta gente también necesita que seas fuerte. Yo te necesito".

Millicent le besó, sabiendo en ese momento que nunca había amado a nadie ni a nada como amaba a ese hombre.

El carruaje rodó suavemente hacia la casa. Cuando él rompió el beso, ella aún no podía evitar

que las lágrimas cayeran.

"Había algo más".

Asintió y cerró los ojos para bloquear la imagen de la joven bajo el carro. Pero no desaparecía.

"Hay una mujer joven por ahí sin marido, sin parientes. Está a punto de tener un bebé".

"Podrías haberla traído de vuelta a Baronsford."

Millicent negó con la cabeza. "Lo he intentado. No vendrá. Pero es tan triste. ¿Por qué tiene que ser así? Esta gente, estos terratenientes, expulsando a su gente. Son sus propios compatriotas. ¿Cómo podemos infligir este tipo de injusticia a otro ser humano?".

Lyon le levantó la barbilla y le tocó la cara. Le brillaron los ojos.

"Faltan sólo tres días para la fiesta. Es nuestra mejor oportunidad para llegar a esos terratenientes. No podemos cambiar la opinión de cada uno de ellos, como tampoco podemos salvar a todos los pobres vagabundos de ahí fuera. Pero lo intentaremos. Tú y yo juntos haremos todo lo posible para cambiar las cosas".

Capítulo Treinta

"YA ES BASTANTE malo que todos los miembros de esta casa hayan estado caminando sobre cáscaras de huevo durante los últimos días, pero ahora me asignas un protector personal para que me vigile como si yo no supiera comportarme adecuadamente, o vestirme apropiadamente, o estar en el lugar correcto en el momento adecuado". Millicent desvió la mirada de Lyon a su secretaria, que estaba de pie junto a la puerta cerrada del carruaje, esperando a que saliera.

"No tengo tal preocupación. Estás malinterpretando todo esto". Lyon la agarró de la barbilla y le devolvió la mirada. "Y la única razón por la que envío a Howitt es para quitármelo de encima. Está más nervioso porque yo no me comporte bien esta noche que Truscott, Campbell y la señora MacAlister juntos".

"Bueno", replicó ella, "si fueras un caballero agradable, de buen carácter, educado y de voz suave, ninguna de estas personas estaría tan preocupada, ¿verdad?".

Le sonrió. "Deja que los malditos desgraciados se arriesguen. Tú me quieres como soy, y eso es suficiente".

Millicent rodeó el cuello de su marido con los brazos y acercó su rostro al de él. "Tenemos una relación muy peligrosa", susurró. "Sólo dices unas palabras y puedes salirte con la tuya".

"Vuelve antes de tu visita a los vagabundos a lo largo del río, y tú y yo podríamos retirarnos a la biblioteca, o a nuestro dormitorio para descansar por la tarde. Entonces podré trabajar en perfeccionar otros métodos para salirme con la mía".

Su boca le siguió inmediatamente con un beso, y Millicent se perdió en el sabor, la textura y el calor de sus labios y su lengua.

Se apartó un poco para recuperar el aliento. "En cualquier caso, creo que dominas muy bien la técnica".

Metió la mano bajo su capa. "Pero hay algunas otras habilidades en las que todavía necesito trabajar".

Se inclinó hacia él. "Me dijeron que los invitados podrían llegar en cualquier momento a partir de primera hora de la tarde".

"Dejaremos que esa nerviosa bandada de herrerillos de Baronsford entretenga a los malditos intrusos hasta que estemos preparados".

La estrechó más contra él y Millicent saboreó la sensación de sus labios en el cuello. Entonces miró por encima de su hombro y vio a Howitt de pie a una respetuosa distancia del carruaje, moviéndose impacientemente de un pie a otro.

"Creo que su secretaria está ansiosa por que empecemos".

"Recuérdame que despida al sinvergüenza mañana".

"Lo haré".

A Millicent aún le bailaban las estrellas en los ojos cuando bajó del carruaje y se quedó mirando cómo se alejaba en dirección al pueblo. Aún no le había dicho nada de su embarazo, pero la noticia podía esperar hasta después de la fiesta de esta noche. Un segundo carruaje, que había transportado más comida, junto con Howitt y un par de criados, estaba a pocos pasos de distancia.

"Le prometí a la señora MacAlister que la traería de vuelta al mediodía, milady", dijo el joven, que ya había puesto en fila a los criados con cestas de comida para repartir. "Así que tal vez si empezamos en diferentes direcciones y..."

"Eso estaría muy bien. Pero antes de empezar, me explicarás por qué estás tan intranquila". Ella permaneció de pie ante él, negándose a moverse.

"Por qué... no es nada, milady." Él evitaba sus ojos. "Esta inquietud a la que se refiere es sólo uno de mis muchos defectos".

"Alto ahí, Sr. Howitt", le regañó en voz baja. "Toda la casa es una ruina, y usted lo sabe. ¿Han invitado al rey sin decírmelo?"

La mirada del joven se cruzó con la suya, nerviosa.

"Es mucho más fácil tratar conmigo cuando *me dicen* cuál es el problema".

Dejó escapar un suspiro agitado. "La verdad es, mamá, que la última vez que Baronsford preparó una reunión de esta magnitud fue el día... bueno, el día del accidente".

Millicent debería haberlo adivinado. Con Lyon herido y Emma muerta, no había razón para celebrar después de aquel terrible día. Y más de un miembro de la casa de Baronsford probablemente se sentía un poco supersticioso.

"A pesar de los trágicos sucesos de aquel día", prosiguió el secretario, "muchos de los invitados que se alojaron aquella noche se comportaron de forma poco cortés".

"¿Susurrando sobre lo que había pasado?"

"Hablar abiertamente de escándalo", dijo Howitt rotundamente. "Por eso estamos todos decididos a que esta noche sea perfecta. Con su permiso, entendemos y apoyamos lo que usted y su señoría están tratando de hacer. Al mismo tiempo, nos gustaría demostrar a esta gente que Baronsford no ha sufrido por la muerte de la anterior condesa. Nos gustaría mostrarles que, desde su llegada, nos va incluso mejor que antes. Nos gustaría que estos invitados vieran lo afortunados que somos de tenerte".

"Me siento honrada, Sr. Howitt, por sus palabras". Millicent luchó contra las lágrimas y trató de calmar sus emociones. "Todos haremos lo que podamos. Entonces, vámonos. Cumpliremos nuestra misión aquí y regresaremos a Baronsford con tiempo suficiente para prepararnos. Volveremos antes de que nos esperen".

Al volverse hacia el río fangoso, Millicent nunca imaginó que tan pronto después de pronunciar aquellas palabras olvidaría la hora, el día y los invitados. Su lapsus de memoria se produjo justo cuando encontró el carro de la anciana y preguntó por la niña Jo.

El corpulento y embrollado conde de Dumfries se había encargado de presentarse mucho antes que los demás en Baronsford. Después de dos horas encerrado con él en la biblioteca, escuchando sus lloriqueos, Lyon estaba dispuesto a coger su pistola favorita y dispararle directamente entre sus ojos negros y achinados. Pero se contuvo, no quería estropear la preciosa alfombra persa de la biblioteca.

Aunque él era en gran parte responsable de gran parte del problema en las Fronteras, argumentó malhumorado que si Lyon hablaba esta noche a favor de la protección de la tierra y

sus arrendatarios, entonces sería injustamente presentado como un villano ante sus iguales.

Justo cuando Lyon estaba a punto de decirle al conde que era un gordo y parlanchín gusano de la harina, Walter Truscott apareció en la puerta. El resto de los invitados empezaban a llegar y lord Aytoun aún tenía que arreglarse. Sin embargo, se sorprendió cuando su primo siguió a los criados que lo llevaban a su camerino.

"¿Qué pasa, Walter?", preguntó.

"Millicent aún no ha regresado."

"Howitt está con ella."

"Creo que sí. No hemos visto señales del carruaje ni de los sirvientes ni de ellos dos".

"¿Enviaste a alguien a la orilla del río?"

"Hace una hora. Todavía no hay noticias", dijo con el ceño fruncido. "Yo mismo estoy bajando ahora mismo. No quiero que te preocupes por nada. La traeré de vuelta. Se habrá distraído y habrá perdido la noción del tiempo".

"Vete", espetó Lyon. "Necesito saber que está a salvo. No me importa una paja que los popinjays pavoneándose vengan aquí esta noche. Sólo me importa *ella*, Walter. Trae a mi mujer de vuelta".

El médico que Millicent había enviado a buscar a Howitt a Melrose había llegado demasiado tarde. Jo había muerto con su pequeña hija envuelta en tartán en un brazo mientras con la otra mano sujetaba la de Millicent.

La multitud se quedó mirando. Nadie susurró una palabra y la mayoría se limitó a sacudir la cabeza y darse la vuelta. Millicent no intentó pronunciar ninguna palabra de consuelo. Era un mundo duro, y ellos lo sabían bien.

A partir de las pocas palabras susurradas que la moribunda Jo había pronunciado antes de morir, Millicent se hizo una idea de lo que le había ocurrido a la joven. Era una historia de sufrimiento. Una historia de traición.

Se sintió aliviada cuando llegó Truscott. Sabía qué hacer y se encargó de los preparativos.

Después de lo que le pareció toda una vida, Millicent se encontró de pie en la orilla fangosa del río, sosteniendo al bebé dormido bajo su manto, mientras su gente envolvía el cuerpo de Jo y lo llevaba a la iglesia del pueblo.

La anciana que había compartido su carro con Jo estaba junto a Millicent. "¿Llevarás al niño?"

"Creo que eso sería lo mejor".

"Sí. Parte de esa chica vive a través de su hijo. La escuché. Lo que te susurró sobre su vida. Tal vez algún día la pequeña encuentre justicia para su madre".

Quizás algún día. Pero no por mucho tiempo.

"¿Te quedarás con nosotros? Vuelve a Baronsford. Puedes estar allí y vigilarla mientras crece".

La anciana negó con la cabeza. "No, pero gracias. Puede que vuelva, sin embargo, para ver cómo te ha ido con ella".

"Siempre eres bienvenida", susurró Millicent.

Observó el rostro solemne de Truscott mientras bajaba la colina. Sabía que era hora de irse.

En el carruaje, Millicent se echó la capa hacia atrás y contempló el pálido rostro del bebé. Admiró sus manos pequeñas y apretadas. Haría lo correcto con la niña. Lyon y ella la querrían y la criarían como si fuera suya.

Millicent acurrucó el precioso bulto contra su pecho. Había tantas cosas que tenía que contarle a su marido, sobre el nuevo miembro de la familia y sobre el otro que crecía dentro de ella. No podía esperar a que todo el mundo se fuera esta noche.

"Por el número de carruajes, caballos y mozos en el patio y junto a los establos", dijo Howitt, mirando por la ventana del carruaje a través de la luz menguante de la tarde, "parece que casi todo el mundo ha llegado".

Truscott frunció el ceño. "Podemos llevar el carruaje hasta la entrada lateral si lo deseas. Nadie tiene que saber que has vuelto hasta que puedas vestirte".

"No", dijo Millicent. "Iremos por la entrada principal".

Ella esperaba una discusión, pero él la sorprendió transmitiendo inmediatamente sus deseos a los novios.

"Y todo el mundo esperaba desesperadamente evitar otro escándalo", le dijo a Howitt.

Walter Truscott se inclinó hacia ella y le tocó la mano. "No debería preocuparme demasiado por eso, milady. Haga lo que quiera, y que vean lo que su avaricia está haciendo a gente inocente".

El carruaje se detuvo ante la impresionante entrada de Baronsford. Truscott bajó y ayudó a Millicent a bajar del carruaje. Podía oír los murmullos incluso antes de llegar a las puertas abiertas. Unos cuantos recién llegados se encontraban en el interior, despojándose de capas y sombreros caros. Millicent se miró la capa manchada de barro y las botas llenas de suciedad.

"Puedo encontrar el camino desde aquí", le dijo a Truscott antes de subir los escalones.

Cuando Millicent entró en la casa ante las reverencias de los sorprendidos lacayos, no se presentó. En su lugar, un silencio inmediato se apoderó de los que estaban reunidos en el vestíbulo. Luego, como una ola gigante, los murmullos se extendieron a las demás habitaciones, al gran salón, a los salones y a la sala de baile. Entonces, como la calma que precede a la tormenta, se hizo de nuevo el silencio. Incluso los músicos del salón de baile dejaron de tocar.

Millicent se detuvo en la base de la gran escalera curva y miró el lugar donde había colgado el retrato de Emma. Luego se volvió y se movió entre la multitud de invitados que se separaban, buscando a su marido.

Oyó su voz y entonces, justo al entrar por las puertas del gran salón, Millicent vio a Lyon. Era más apuesto que cualquier otro hombre que hubiera visto en su vida. Se detuvo a una docena de pasos de donde él estaba sentado.

"Estaba en el campamento de vagabundos junto al río. Al menos cincuenta familias más, con todas sus escasas pertenencias apiladas en pequeños carros o a la espalda, llegaron al pueblo. Hay hambre, enfermedad, pero de alguna manera conservan su orgullo. No tienen nada más".

A Millicent le tembló la voz, pero siguió hablando como si no hubiera nadie más. Sólo hablaba con Lyon.

"Me retrasé en regresar. Hoy hemos perdido a una joven". Sacudió la cabeza. "No, en realidad era poco más que una niña. Sin un hogar, sin ninguno de sus parientes a su lado, sin nadie que la quisiera o la conociera para ayudarla, murió en un tramo de barro en la orilla del río dando a luz a esta hermosa niña."

Apartó suavemente la capa para mostrar al pequeño bebé que llevaba en brazos.

"Por eso llegué tarde. Espero que lo entiendas".

Millicent echó la capa sobre el bebé dormido y, sin mirar atrás, salió por el vestíbulo y subió las escaleras.

Cuando Millicent llegó a lo alto de la escalinata, todo su cuerpo temblaba. Podía oír las voces de los invitados y todos empezaron a hablar a la vez. Los criados, apresurados, cerraron las

puertas de su alcoba tras ella, mientras los sollozos empezaban a sacudir su cuerpo en oleadas.

No sabía en qué estaba pensando. Había hecho el ridículo ante todos los que le importaban. La Sra. MacAlister se apresuró a entrar en la habitación justo detrás de ella.

"Yo me ocuparé de este ángel, milady. Debes cambiarte". El ama de llaves cogió suavemente al bebé. Sus suaves palabras y sus amables maneras hicieron que Millicent llorara aún más.

Las manos de los criados tiraban de su ropa, la desvestían, la bañaban y la volvían a vestir, le cepillaban el pelo. Millicent lo soportaba todo aturdida. Se preguntó cómo se las estaría arreglando Lyon con la vergüenza del comportamiento de su nueva esposa. ¿Cómo iba a explicárselo a aquella gente?

Espero que lo entiendas. Se estremeció.

El vestido que le habían puesto tenía hilos de plata entretejidos en la tela. Millicent se sentó y observó cómo unas hábiles manos trataban frenéticamente de arreglarle el pelo.

"Una de las mujeres de la cocina está amamantando a su bebé de dos meses", explicó la señora MacAlister. "Creo que esta pequeñita se está despertando. Ella también buscará algo de comida".

Millicent asintió agradecida al ama de llaves y vio a la mujer desaparecer por la puerta. Todos los tirones y arreglos se detuvieron de repente y todos se apartaron. Millicent miró por el espejo a la mujer que le resultaba extrañamente familiar.

Millicent se levantó lentamente. La idea de salir de esta habitación y bajar aquellos escalones le aterraba.

Llamaron a la puerta y alguien abrió.

Se hizo el silencio en la habitación y Millicent se volvió para ver quién estaba en la puerta.

Era Lyon, de pie en la puerta abierta.

Se le cortó la respiración. Las lágrimas se agolparon en sus ojos, nublándole la vista, y alargó una mano hacia él justo cuando sintió que la habitación a su alrededor empezaba a girar.

Dos criados cogieron a Millicent justo cuando se le doblaban las rodillas. Cuando recobró el sentido, la habían llevado a un sofá y Lyon estaba a su lado, gruñendo órdenes a todo el mundo. Sorbió el vino que le llevaban a los labios.

"Estoy bien". Ella tomó su mano y, a pesar de sus objeciones, se puso de pie. "Estás *de pie*. Tú..."

"Quería sorprenderte; nunca pensé asustarte así, mi amor". La rodeó con sus brazos, atrayéndola contra él.

"¿Cómo? ¿Cuándo?" Las lágrimas no paraban. "Esto debe ser un sueño".

"No es un sueño. Te lo explicaré todo más tarde".

Millicent recordó a los invitados. Recordó la importancia de la reunión. Al mismo tiempo, no podía dejar de pensar en sus piernas sosteniéndole. Lo sujetó con fuerza, temiendo que se cayera, pero en ese momento la inestable era ella. Respiró hondo. "Deberíamos estar abajo".

"¿Estás seguro de que te sientes mejor?"

"Yo soy. Sí que lo estoy". Se secó las lágrimas y le cogió del brazo. Estaba preparada.

Capítulo Treinta Y Uno

HACE TAN SÓLO QUINCE DÍAS, Millicent habría considerado esta noche como un sueño prestado. Sin embargo, toda una vida de dudas se había esfumado cuando, orgullosa, se encontraba junto a su marido en el salón de baile de Baronsford, hablando de todo, desde política hasta las condiciones de vida de los vagabundos, pasando por lo que podría hacerse para mejorar su situación.

A veces, Millicent se sorprendía a sí misma. Aquí estaba, hablando con tanta pasión. No le importaba si las miradas que la observaban eran críticas o aprobatorias. Estaba contenta con lo que era y con su aspecto. Sin embargo, lo que más le importaba era que la persona más importante de la sala, Lyon, estuviera abiertamente orgullosa de ella. Por primera vez en su vida, se sintió completa.

El conde de Dumfries -el primer invitado en llegar, según Lyon- no se marchó hasta que el resto de los invitados se retiraron o se fueron a casa. Mientras su carruaje se alejaba de la puerta, Millicent se hundió contra el pecho de su marido.

"Estuviste magnífica", le susurró al oído, rodeándola con sus brazos.

"Y *tú* estás de pie". Ella le miró con asombro. "Todavía no me lo puedo creer. De pie".

Lyon no había podido subir las escaleras. Cuando apareció en el salón de baile, de pie junto a su esposa, poco después de subir tras ella, se corrió la voz con asombrosa rapidez entre los invitados reunidos. Millicent había visto a muchos mirar como si estuvieran presenciando un acontecimiento milagroso. Otros miraban en silencio con asombro. Muchos de los empleados de la casa de Baronsford se acercaron también para admirar la recuperación de su laird.

"Y no olvides los pasos que yo también di".

Millicent le abrazó con fuerza, luchando contra las lágrimas. "Nunca lo olvidaré. Pero, ¿cuánto tiempo llevas ocultándome esto?".

"La sensibilidad en mis miembros ha ido volviendo lentamente, y estaba buscando la oportunidad adecuada en la que pudiera compartir contigo algo significativo". Le quitó una lágrima de la mejilla. "Viéndote esta noche venir aquí con esa cría en brazos y enfrentarte a esos lobos tan valientemente, no pude esperar más. Me enseñaste, me mostraste, que este tenía que ser el momento".

"Te quiero, Lyon." Ella le besó. "Nunca olvidaré esta noche."

Cuando se apartó, le vio apoyarse pesadamente en el bastón que sostenía. Rápidamente hizo señas a los criados de Lyon para que trajeran su silla.

"No me vas a volver a meter en eso".

"Sólo lo usaremos para manejar las escaleras por un tiempo". Bajó la voz. "Esta es la forma más rápida de llevarte arriba y a nuestro dormitorio".

"En ese caso", dijo, con una sonrisa malvada dibujándose en su rostro. "Hay otras cosas sobre mi recuperación que estoy deseando enseñarte".

Millicent se sonrojó ante sus sugerentes palabras.

Will y John colocaron la silla detrás de Lyon. Le entregó el bastón a Millicent y se sentó sin ayuda de los criados. "¿Cuándo podré conocer al nuevo miembro de nuestra familia?".

Esta vez Millicent no pudo contener las lágrimas. Él lo comprendió. Sin que ella se lo pidiera, Lyon sabía que criarían al niño como si fuera suyo. Se adelantó a su silla mientras subían los escalones. "La he visto una vez esta noche. Estaba comiendo y durmiendo. Le pediré a la Sra. MacAlister que nos la traiga si está despierta".

Asintió con la cabeza. "¿Le has puesto nombre?"

"Pensé que tal vez debería llamarse Josephine. Su madre se llamaba Jo".

"Es un nombre precioso".

Cuando llegaron a sus apartamentos, Millicent se dirigió a su propio vestidor, donde Bess la esperaba para prepararla para ir a la cama. La señora MacAlister le dijo que el niño estaba dormido y que sería mejor esperar a mañana para que su señoría lo viera. Millicent regresó a su alcoba y se encontró con que los criados se habían ido y Lyon ya estaba en la cama. Le habían comunicado la recomendación del ama de llaves.

"Supongo que deberíamos disfrutar de esta noche de sueño, ya que me imagino que pasaremos algunas noches en vela con un bairn en casa".

"¿Te importa?"

Se rió y le tendió una mano en señal de invitación. "Llevo toda una vida esperando esto".

"¿De verdad?" Millicent se quitó la bata y se metió en la cama. "¿Lo dices en serio? ¿Quieres un hijo nuestro?".

"Una casa llena de ellos. Y tampoco me importa cómo los consigamos". La acercó a él. "Lo que más me dolió durante los años que estuve casado con Emma fue estar separado de mi familia. Me sentía aislado, solo. Después del accidente en el acantilado, me di cuenta de que mis hermanos habían cortado los últimos lazos que nos unían. Se habían alejado de mí, y eso me hirió profundamente". Su mano le acarició la cara. "He hecho el voto de reparar esa ruptura, si me lo permiten".

"Eso es bueno".

"Pero eso es sólo una pequeña parte de lo que sueño para el futuro".

"¿Con qué más sueñas?", preguntó.

"De hacerte feliz. Te amo, y prometo hacer todo lo posible para compensar toda la tristeza de tu pasado".

"Ya lo has hecho, amor".

Le metió los dedos en el pelo y le acercó la boca. Disfrutó de su tierno contacto y sintió que su cuerpo cobraba vida. Le quitó el camisón y Millicent le miró a la cara.

"Cuando mencionaste la casa llena de niños..." Su voz se entrecorta.

"Lo decía en serio. No importa cómo los consigamos", repitió. "No quiero que te preocupes por herederos y otras tonterías por el estilo. Hay niños hambrientos y huérfanos entre los pobres. Hay quienes necesitan un hogar y vagan esta noche por las calles de Londres. Hay hijos de africanos que han sido robados de sus hogares y necesitan familias. No tendremos problemas para llenar nuestra casa, creo".

Le puso un dedo en los labios. "Y también está el que crece dentro de mí ahora. ¿Crees que podríamos criar a éste entre todos los demás?".

Tardó un momento en asimilar sus palabras, pero entonces fue él quien se sintió embargado

por la emoción. Sus dedos se enredaron en su pelo.

"¿Lo dices en serio? ¿Ahora mismo?" Le temblaba la voz. "¿Estás embarazada de nuestro hijo ahora?"

Millicent asintió y se secó la lágrima que resbalaba por su mejilla. "Sí, mi amor. Una parte de nosotros dos está creciendo dentro de mí ahora mismo".

"Esta noche, cuando te mareaste, debí suponer que había algo más que excitación. ¡Nuestro hijo!" Le levantó la barbilla. "Pero, ¿cómo te encuentras? No comes bien. No descansas lo suficiente. Los médicos. Tenemos que encontrar uno bueno que te cuide. Pero... ¡Ohenewaa! Ella puede..."

"Basta", regañó Millicent con una sonrisa. "No me fastidies así".

"Haré lo que deseo. Tengo la intención de cuidar perfectamente de mi mujer y mi hijo". Lyon la hizo rodar sobre la cama hasta que quedó debajo de él. "Espera, esta podría no ser una buena posición para ti, soportando todo mi peso."

Millicent le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él hacia ella.

"Te diré lo que es bueno para mí", dijo ella, haciéndole callar con un beso.

Capítulo Treinta Y Dos

VIOLET PIDIÓ al novio que esperara con el carro junto a las tiendas que dan a la plaza del mercado de Knebworth Village y subió la colina hacia la rectoría. De un brazo colgaba la cesta de bollería de la señora Page para la señora Trimble. En el otro, llevaba un fajo de periódicos londinenses que le habían dicho que debía dejar al nuevo maestro de escuela.

El cielo de la mañana prometía estar despejado, y el humo de los fuegos del desayuno y el fragante olor del pan cociéndose en algún lugar le olían a doméstico y a bueno. Al pasar junto a la herrería y la caballeriza, Vi se sobresaltó al ver a una mujer que saltó hacia ella desde detrás de un carro y la agarró del brazo. Violet apartó inmediatamente el brazo y dio un paso atrás al reconocerla.

"No te atrevas a hablarme".

"Por favor, tengo algo importante que deciros."

Violet dio un paso hacia el centro de la calle, apartándose de ella. La última vez que había visto a aquella desgraciada había sido en la cama de Ned Cranch, en la posada.

"Por favor, Violet", suplicó la chica. "Sé que te llamas Violet y que trabajas en el Ayuntamiento".

Volvió a cogerle el brazo, pero Violeta se lo quitó de encima. "Aléjate de mí, te digo".

"Está volviendo", siseó, mirando alrededor nerviosamente. "Y piensa hacer algo perverso en Melbury Hall".

La advertencia cortó la ira de Violet. Dio unos pasos más hacia la rectoría antes de detenerse y mirar por encima del hombro. La joven estaba de pie junto a un carruaje en el patio de la caballeriza. Estaba observando a Violet.

Mirando hacia arriba y hacia abajo por la calle a las pocas personas que se movían, Violet retrocedió hasta la miserable criatura.

"Si estás mintiendo, te juro que...". Las palabras se marchitaron en la lengua de Violet cuando la joven se quitó el chal que llevaba alrededor del cuello, mostrando a Vi los moratones negros y morados que tenía allí.

"Era mejor conmigo que con vosotros. Al menos la gente no las verá a menos que yo misma las muestre". Volvió a cubrir las marcas. "Casi me ahoga hasta la muerte, el bastardo. Sólo me estaba usando. Usándonos".

Vi no quería sentir ninguna simpatía hacia la mujer, pero no pudo evitarlo. La culpa era de Ned. Eran sólo dos tontos que cayeron víctimas de su encanto. *¿Cuántos más había?* pensó. "¿Por qué te hizo esto?"

"Porque quería saber por qué quería que le llevara a Melbury Hall". La voz de la joven tembló. "Dijo que no era asunto mío. Y si no hacía lo que él quería y mantenía mi boca cerrada,

me mataría".

"¿Cuándo va a volver?" Violet preguntó.

"Esta noche". Los ojos de la muchacha volvieron a recorrer la calle. "Me ha dicho que volverá antes de la cena y que coja el carro de mi padre. Dice que lo esconda bajo una lona en la parte de atrás con las barras de hierro y los barriles de tachuelas que llevo de la herrería de mi padre a la mansión cada quince días más o menos. Quiere llegar a tu casa al anochecer, para escabullirse cuando lleguemos y que nadie lo vea. No está tramando nada bueno. Lo sé. Pero no sé qué hacer al respecto".

"¿Sabes dónde está ahora?"

"St. Albans". Creo que se está quedando en la taberna a la que siempre va. La que está cerca de los aserraderos".

Violet miró calle arriba y vio la carreta de Solgrave que todas las mañanas llevaba leche a St. Conocía al conductor. Empujó la cesta y los montones de periódicos a las manos de la mujer y rápidamente le dio instrucciones sobre qué hacer con ellos. "Cuando termines, dile al mozo que espera junto a las tiendas que he tenido que ir a St. Albans. Dile que tengan cuidado con los problemas esta noche".

"No puedo decirles nada sobre Ned. Me matará".

"Sólo dile al hombre lo que te dije y deja el nombre de Ned fuera de esto. Yo me encargaré del cantero. Asegúrate de decirles que tengan cuidado con los problemas que se les avecinan".

Sin decir nada más, Violet se apresuró a alcanzar la carreta que rodaba por la calle del pueblo.

Al mediodía del último día de viaje, Lyon tendió la mano para ayudar a su esposa a subir a la chaise. Después de detenerse en una posada para calentarse, había entregado de mala gana a la niña, Josephine, a la niñera que iba detrás en el carruaje.

"He desarraigado a todo el mundo", dijo de nuevo. "Y tan poco después de nuestra llegada a Baronsford".

"No lo hicisteis. Habíamos planeado estar fuera sólo quince días". La atrajo junto a él en el asiento. "Hemos hecho todo lo que podíamos hacer en Baronsford... por ahora."

"Walter Truscott me dijo antes de irnos que el ánimo entre los inquilinos ha mejorado mucho. Dice que incluso parece haber progresos en algunas de las otras fincas".

Lyon entrelazó sus dedos. "Desgraciadamente, todo esto podría acabar abruptamente cuando algún otro terrateniente decida limpiar sus tierras. La confianza de la gente es frágil. Con razón".

La voz de Millicent era vacilante. "Truscott también me dijo que debería animarte a ponerte en contacto con tu hermano Pierce. Desde que firmaste esos documentos hace unos meses, existe la posibilidad de que él decida ir en contra de tus deseos y vender las propiedades... o incluso desbrozar el terreno él mismo."

"Pierce nunca le haría eso a Baronsford", respondió Lyon con seguridad. "Pero necesito llegar a él. Sólo desearía que este primer intento de comunicarme con él no tuviera que ver con el asunto de las tierras y la herencia."

Lyon tenía que pensar seriamente cómo acercarse a su hermano. No le importaba nada recuperar las propiedades. Lo último que quería era que Pierce se limitara a devolverle un documento firmado, dándolo todo por perdido. Más importante aún, Lyon quería recuperar a su hermano.

Millicent le dio un beso en la mandíbula apretada y él le sonrió.

"Harás lo correcto", dijo. "Tengo fe en ti".

Violeta se quedó en un rincón oscuro de la taberna y le observó.

El local estaba repleto de hombres, y un violinista ambulante estaba sentado en un taburete en un rincón, tocando febrilmente una giga con su maltrecho sombrero, del que asomaban implorantes un par de aburridas monedas de cobre. Los hombres de la sala cantaban y reían a carcajadas mientras dos albañiles borrachos bailaban en círculo, empujando a los que estaban cerca y recibiendo empujones a cambio.

Ned tenía una mano alrededor de un vaso de cerveza y el otro brazo alrededor de una muchacha pechugona. Mientras lo observaba, Vi se dio cuenta de que no le parecía tan guapo. Sus facciones eran gruesas, sus miembros pesados y sus movimientos espasmódicos. Sus ojos brillaban por la bebida.

Se suponía que regresaría a Knebworth Village en un par de horas. La pregunta de qué estaba tramando la carcomía.

Cuando la atención de Ned se dirigió a la puerta de la abarrotada sala de la taberna, Violet miró a la media docena de hombres de aspecto rudo que entraron todos juntos. Detrás de ellos vio al empleado de Jasper Hyde, el mismo que había sido enviado a Melbury Hall varias veces. Se echó hacia atrás cuando vio entrar a un caballero moreno detrás del empleado. Tenía que ser Jasper Hyde, decidió. Apoyándose en su bastón, el hombre indicó al grupo que se acercara a un rincón, donde Ned se les unió.

Violet se acercó, manteniéndose en las sombras a lo largo de la pared. Podía oír fragmentos de la conversación por encima del barullo de la habitación.

"Quedaos todos en la Arboleda hasta que veáis las llamas procedentes de la casa", ladró Ned. "Harry y el maestro saben lo que buscamos. En cuanto os la indiquen, cogedla y salid de nuevo hacia el bosque. No usaremos ningún camino para salir de allí".

El miedo se apoderó del estómago de Violet mientras Ned seguía hablando. Iban a robar a Ohenewaa, e iban a quemar Melbury Hall para hacerlo. Violet se apartó de la pared, sin saber cómo detenerlos, pero sabiendo que tenía que intentarlo.

El ruido en la habitación era cada vez mayor. Entraba más gente. Violet ni siquiera podía oírse a sí misma. Ned parecía haber terminado de hablar y los hombres pedían cerveza y hablaban entre ellos. Violet le dijo algo a Jasper Hyde e hizo un gesto hacia el techo. Sin embargo, cuando Ned se levantó para marcharse, una muchacha ansiosa se agarró a su brazo.

Violet se dio cuenta de que subía a su habitación. Las escaleras. Recordaba vívidamente el oscuro pasillo. Su mirada buscó en la habitación y se detuvo en un hombre estirado en un maltrecho asiento cerca de ella. A pesar del alboroto, roncaba con la boca abierta. La hoja de su cuchillo brillaba junto a su mano.

Caminó hacia él con decisión. El hombre no se inmutó cuando ella cogió el cuchillo y lo escondió bajo su capa.

Violet miró por encima del hombro y vio que Ned había conseguido deshacerse de la mujer. Se dirigía hacia la puerta que conducía a las escaleras y Hyde daba órdenes a su empleado y a los demás hombres. Abriéndose paso a través de la abarrotada sala, se apresuró a salir por delante del albañil.

El estrecho pasillo al pie de la escalera estaba oscuro, a excepción de una pequeña luz que entraba desde la taberna. Violet se movió entre las sombras y esperó. Sus dedos aferraron el mango del cuchillo. El corpulento cuerpo de Ned se abrió paso a través de la luz. Se dirigió hacia

los escalones y Violet salió.

"Ned".

Se giró, y su expresión de sorpresa dio paso rápidamente a la ira. "¿Qué demonios haces aquí? ¿Siguiéndome otra vez? ¿No tienes bastante, tonto? Bueno, he terminado contigo".

"Esto no se trata de mí, Ned." Ella se acercó. "No puedes destruir Melbury Hall. La vida de demasiadas personas depende de ese lugar".

"¡Ja!"

"Tengo un poco de dinero, Ned. Si es por eso que estás haciendo esto, te lo daré todo".

La comprensión hizo que sus ojos brillaran en la oscuridad. "Lárgate, zorra. Lo que yo voy a ganar con este trabajo, tú no puedes soñar con ganarlo en tu vida".

"Quiere a Ohenewaa. Está loco si cree que es una bruja. Todo eso es mentira. No arruines tantas vidas por una tontería".

"¿Qué me importa? Es una esclava asquerosa". Se alzaba sobre ella, y entonces su rostro cambió al ocurrírsele un pensamiento. "Y tú eres una puta codiciosa. Has venido aquí porque quieres tu parte, ¿no? Oíste que estoy usando a mi otra mujer para que me ayude, y no te gusta que no te lo haya pedido".

"No. Estoy aquí para evitar que hagas lo incorrecto. De hacer daño a la gente buena. No puedes..."

Violet hizo una mueca de dolor cuando Ned la agarró de la capa y del pelo y la zarandeó. "Creo que te gustan esos esclavos, especialmente ese estúpido, Moses. Por eso quieres salvarlos. Puta asquerosa. Reconócelo. Te gusta la idea de dejarlos..."

Con todas sus fuerzas, le clavó el cuchillo en el pecho. La mano de él sobre su pelo se tensó. Él retrocedió un paso, tropezando mientras la arrastraba con él.

"El diablo..."

"*Eres* el diablo", le siseó en la cara. "Y sí, elijo sus vidas por encima de la tuya. E incluso sobre la mía".

Vi tiró del cuchillo hacia arriba y él volvió a tropezar, cayendo de espaldas contra una pared pero llevándose a Violet con él. Cuando chocó contra la pared, Violet sintió que el cuchillo se hundía más. Sus ojos se volvieron vidriosos y sus rodillas se doblaron bajo su peso. Cuando Ned se hundió lentamente en el suelo, Violet cayó con él. Pequeñas burbujas de sangre aparecieron en la comisura de su boca y su respiración se detuvo con un solo estremecimiento. Violet le soltó el pelo.

"Móntalo bien, muchacha". Un borracho se echó a reír y le dio una palmada a Vi en un lado de la cabeza mientras pasaba a trompicones por el estrecho pasillo y empezaba a subir las escaleras.

Los dedos de Violet se desenrollaron de la empuñadura del cuchillo. Cuando se levantó de su regazo, vio la mancha oscura de la sangre en la parte delantera de la bata de Ned. Dio un paso atrás y miró fijamente al hombre que una vez creyó amar, al padre del niño que crecía dentro de ella. Violet se ciñó la capa con fuerza y se adentró en la alegre conmoción de la taberna.

Había gente alrededor, pero sus caras estaban borrosas. Había matado a un hombre. Los lamentos de su cabeza taparon la música y los gritos. Salió de la taberna y se dirigió a la calle.

El aire era fresco y limpio, y mientras subía por la calle, su mente se aclaró de repente. No había manera de que pudiera volver a Melbury Hall a tiempo. Les había advertido. Había hecho lo que había podido.

Su único camino ahora la llevaba lejos de aquí. Tenía que ir a un lugar lo suficientemente lejos para no avergonzar a su madre y a su abuela. O vergüenza a Melbury Hall. La idea de

dejarlas, de no volver a verlas, le atravesó el corazón con una flecha de acero caliente. Pero no tenía elección. No podía avergonzarlas.

En otra posada, justo al final del callejón de High Street, el carruaje del correo diario se preparaba para salir de St. Albans. El conductor estaba subiendo y la yunta de caballos resoplaba y zapateaba impaciente en el aire frío. Vi se detuvo y contó su dinero. Diez chelines y unos peniques.

Era suficiente para alejarla de St. Albans, al menos. Y cuando el carruaje no la llevara más lejos, caminaría desde allí todo lo que le permitieran sus piernas.

Capítulo Treinta Y Tres

"SIEMPRE ME QUEJO de la gente que llega de improviso a Melbury Hall, y aquí he hecho lo mismo contigo", dijo Millicent a modo de disculpa al ama de llaves.

La Sra. Page y Gibbs llevaban dos horas corriendo de un lado a otro y habían conseguido acomodar a todos los nuevos que habían venido de Baronsford. "Empezamos un par de días antes de lo que habíamos planeado y nunca enviamos a un jinete por delante para avisarles".

La Sra. Page miró con adoración al bebé en brazos de Millicent. "Usted trae esta clase de alegría a la casa, milady, ¿y cree que nos importaría un ejército de invitados? En absoluto. ¿Puedo coger a la pequeña?"

Entregó a la durmiente Jo al ama de llaves. Este fue el mismo tipo de reacción que había recibido de todo el mundo. La viuda, Ohenewaa, Amina, incluso Gibbs. Hasta el momento, Sir Richard había sido excluido de sostener al bebé, ya que había sido secuestrado en la biblioteca, discutiendo algunos asuntos de negocios con su marido. "Por cierto, ¿dónde está Violet?"

"Fue al pueblo esta mañana a hacer un recado y luego se escapó a St. Albans".

"¿Para ver a su madre y a su abuela?"

"No lo creo, milady". Una mirada ansiosa cruzó el rostro de la señora Page. "El mozo de cuadra con el que fue al pueblo esta mañana nos llevó un mensaje sobre problemas que se avecinaban. Dijo que Violet fue a St. Albans a ver a Ned Cranch".

"¿El cantero?"

"Sí, el cantero desaparecido. Se fue en mitad de su trabajo justo después de que usted y su señoría fueran a Escocia. El Sr. Gibbs puede contarle todo lo demás al respecto. Pero ha habido algunas cosas extrañas con ese hombre... y me temo que Violet está involucrada con él".

"¿Cómo?" Millicent preguntó preocupada. "Es un hombre casado, ¿no?"

"Puede ser, milady, pero no creo que nuestra Violeta supiera nada de eso cuando empezó a cortejarla".

"¿Cuándo fue esto?"

Millicent apenas podía creer lo que estaba oyendo cuando la señora Page continuó contándole que, ya en Navidad, Ned Cranch había estado cortejando a Violet en cada oportunidad que se le presentaba.

"Violet tampoco se ha sentido bien", susurró la mujer. "Sólo estoy adivinando, pero empiezo a pensar que podría haberse metido en problemas".

Millicent recordó el moratón en la cara de la joven y su incapacidad para retener la comida. "¿Cuidarías del bebé mientras voy a hablar con el Sr. Gibbs? Quiero que alguien vaya a St. Albans a por ella".

"Por supuesto, milady".

Todo el mundo comete errores en la vida. Pero después de coger la mano de Jo y ver morir a la joven madre tras el parto, Millicent no iba a permitir que otra joven se perdiera en el mundo. Sabía que Violet no iría a casa de su madre. Ella no querría traer la desgracia a su puerta.

No, Millicent tenía que llevarla de vuelta a Melbury Hall.

Jasper Hyde se dio cuenta de que los londinenses estaban inquietos. Formaban un círculo a cierta distancia de él, apoyados en sus garrotes y lanzándole rápidas miradas mientras murmuraban entre ellos. Ya había caído la noche. A través de los árboles, habían visto que varios carruajes y jinetes acababan de llegar a la sala.

A medida que pasaban las horas, el peligro de que un vigilante o unos perros descubrieran su escondite era cada vez más probable. Y seguía sin haber rastro de Ned Cranch.

"Maldito fanfarrón cobarde", maldijo Jasper Hyde en voz baja.

"Creía que había salido de la taberna antes que nosotros", se quejó Harry al oído.

La última vez que Hyde había visto al cantero, éste subía a su habitación. Sensaciones de quemazón y un dolor opresivo llenaban la cavidad de su pecho, y Jasper Hyde pensó en una docena de maneras diferentes en que haría sufrir al cantero si no aparecía pronto.

Hyde había pensado en quedarse en St. Albans y dejar que aquellos a quienes había pagado tan generosamente terminaran el trabajo. Pero la persistente sensación de que algo podía salir mal -que, como en tantos otros casos recientes, su maldita suerte podría volverse contra él- le había persuadido de venir. Ahora, al menos, estaba satisfecho con aquella decisión. Llevaría esto a cabo sin importar el peligro. Le pasara lo que le pasara a Cranch.

Uno de los hombres que había enviado a espiar la casa volvió corriendo. "Ni rastro de él. Y no hay señales de ningún carro que venga del pueblo. Pero no pude entrar en los establos, por si el cabeza de roca pudiera estar escondido allí".

"¿Algún lugar cerca de la casa para esconderse?" Hyde preguntó.

"Ahí está el establo, pero he visto a un par de mozos de cuadra cuidando aún de los caballos. Y los carruajes están enfrente. Pronto los traerán. Hay jardines en la parte trasera de la casa y junto a la puerta de los criados".

El dolor era cada vez más agudo y Hyde sabía que le quedaba poco tiempo. Reunió a los hombres. "Ustedes dos vayan al frente y vigilen allí. Vosotros cuatro venid conmigo a la parte trasera de la mansión. Harry, prende fuego a estas cabañas".

El empleado miró a su alrededor, al círculo de edificios decrépitos.

"Una vez aquí, ve a la parte trasera de los establos y préndeles fuego también".

"Ahora sí", dijo uno de los hombres con una sonrisa. "Venimos por acción".

Con la pistola en una mano, Hyde tuvo que apoyar todo su peso en el bastón para seguir el ritmo de los demás que avanzaban por el bosque. Le costaba respirar. El cansancio le atenazaba el pecho. Un dolor en la cabeza le nublaba la vista a medida que se acercaban a la casa. De repente, vio una sombra que corría delante de ellos en el bosque. Pero al volver a mirar, no vio nada. Su mente le estaba jugando una mala pasada.

"Lo ha hecho el cabroncete", dijo uno de sus hombres por encima del hombro. El crepitar y el chisporroteo de las llamas se oían elevarse desde la Arboleda a través del bosque invernal. Hyde trató de apresurarse para seguir el ritmo de los demás. En algún lugar más adelante se oían los gritos de advertencia sobre el incendio.

El dolor volvió a apuñalarle en el pecho. Vio la sombra pasar más cerca de su izquierda. Se dio cuenta de quién era. Pero no podía ser.

"Tano", susurró.

"¿Dijiste algo?" El hombre más cercano a él se dio la vuelta.

"No, adelante. Estate atento a una vieja negra cuando salgan de la casa". La mente de Hyde estaba dando paso a extraños pensamientos. Incontrolablemente, estaba cruzando la gran división de muchos años. Recordaba una noche como ésta. Era un niño, corriendo descalzo con su amigo por el prado que había sobre los cañaverales. Con Tano.

El linde del bosque se extendía ante ellos. Más gritos provenían de las cercanías de los establos. Harry también había llegado hasta allí.

El dolor en el pecho y la cabeza era insoportable, pero siguió adelante. Se oyó un crujido entre los árboles a su derecha. Levantó la pistola y se giró bruscamente. Estaba allí, tan claro como el agua. Tano estaba colgado con grilletes, abandonado a su suerte. Sus ojos oscuros estaban abiertos y acusadores.

Hyde retrocedió e intentó correr, pero le pesaban demasiado los pies y cayó de rodillas. Uno de los hombres de Londres se detuvo junto a él.

"¡Maldito seas, Ohenewaa!", maldijo en la noche, sacudiéndose la mano del hombre. Se levantó, agarrándose el pecho con una mano.

A través de la franja de árboles que quedaba, pudo ver a la gente saliendo de la casa. Los criados corrían en todas direcciones y gritaban. Los caballos, liberados de sus establos, corrían enloquecidos.

Hyde se detuvo junto al borde de los árboles y contempló el caos. Tano, llamado así por un río sagrado de las tierras occidentales de los Ashanti, era dos años más joven que Jasper en edad. Le dieron el nombre cristiano de Thomas, pero se llamaba Tano. Desde que eran niños, había superado a Jasper en tamaño, fuerza y valor. Pero nada de eso importaba, porque él era negro y Jasper blanco. Tano era un esclavo y Jasper algún día sería su amo. Pero por muchas cosas que los diferenciaban, había otras que los hacían iguales. De niños pensaban igual, soñaban igual, se toleraban... y aunque nadie hablaba de ello, compartían el mismo padre.

"No veo a ninguna anciana", dijo uno de los hombres al oído de Hyde.

"Encuentra la forma de llegar a la casa sin ser visto. Préndele fuego, y ella tendrá que..." Sus palabras se interrumpieron.

Entre el humo y el caos, Jasper Hyde vio a Ohenewaa caminando hacia ellos. No había duda. Los había visto, pero seguía acercándose.

Tras la muerte de su padre, Rufus, Tano se había vuelto más abiertamente rebelde. Con cada problema en las dependencias de los esclavos, Jasper había visto pruebas de la implicación de Tano. Sólo podía mirar hacia otro lado hasta cierto punto. Pero incluso después de que Jasper comenzara a castigarlo por sus transgresiones, el esclavo se había vuelto más fuerte.

El dolor de su pecho se extendía. Le temblaban las manos, pero Hyde soltó el bastón y rodeó la pistola con los dedos.

El año pasado, durante uno de los levantamientos de esclavos, Hyde había llegado al final de su paciencia. Uno de sus alguaciles había sido asesinado. Otros tres hombres blancos habían resultado heridos. Más de dos docenas de esclavos habían escapado a los bosques occidentales de la isla. Era todo lo que podía soportar. Ordenó que colgaran a Tano.

Ohenewaa siguió caminando hacia él. Tan cerca, podía ver los ojos de la mujer parpadeando furiosamente en la oscuridad. Salió del bosque y levantó la pistola hasta apuntar directamente a su corazón. Tano había muerto, y ella le había maldecido**.**

"Debes morir, bruja."

Una mujer gritó desde algún lugar a su derecha y giró la cabeza. Por el rabillo del ojo, vio a

alguien a su lado. Tano. Y en ese momento sintió que el dolor le estallaba en el pecho, al tiempo que oía el chasquido de una pistola disparando.

Millicent vio a Jasper Hyde arrodillarse y se volvió para ver a Lyon bajando el arma. Media docena de mozos corrieron junto a ella hacia un grupo de hombres que se retiraba. A su izquierda, Moses tenía agarrado por el cuello al empleado de Hyde y Gibbs bajaba corriendo de los establos. Volvió su atención hacia Ohenewaa y la vio agachada sobre el cuerpo ensangrentado de Jasper Hyde.

Millicent corrió hacia ella y se arrodilló junto a la anciana. Lyon se acercó y apartó de una patada la pistola de Hyde.

Hyde respiraba con dificultad. Sus ojos estaban abiertos, pero había un agujero en su pecho cerca de su corazón. "Él está aquí. Quiere llevarme con él".

Ohenewaa se sentó en silencio.

"No puedo soportar el dolor. El calor del hierro candente... está abrasando mi pecho. ¿Los oyes? ¿El sonido de las cadenas?" Una lágrima escapó de los ojos del hombre. "Me has maldecido, mujer."

"Esta es la maldición de Tano."

"Libérame", susurró, las palabras apenas escapaban de sus labios. "Por favor... déjame vivir... ayúdame".

Puso una mano sobre la herida abierta en su corazón. "Es demasiado tarde".

"Entonces... perdóname". Los ojos de Hyde miraron al espacio. "Por favor, Tano ... perdóname."

Millicent vio caer una lágrima del rostro de Ohenewaa sobre su pecho. La mano de la anciana se extendió sobre la cabeza del moribundo. "Él perdona. Ahora vete".

Hyde dejó de respirar y sus ojos se vidriaron. La anciana cerró los párpados y tocó la frente del hombre. Millicent se sentó a su lado hasta que Ohenewaa se volvió hacia ella.

"¿Quién era Tano?" preguntó Millicent.

"Mi hijo", dijo, mirando al muerto. "Tano era mi hijo".

Epílogo

"Deberías escribir una carta a tus hijos".

La viuda miró por encima de sus gafas. "Pensé que habías dicho que no te involucrarías en mis problemas".

"Yo no". Ohenewaa dejó la cesta con la nueva vegetación en el banco de piedra que había a su lado y miró con odio a su amiga. "Pero debes saber que te considero una mujer testaruda".

"¿Y eso por qué?"

"Tienes el poder de poner fin a todos los problemas entre estos tres chicos".

"No son niños, sino hombres. Empezaron su desacuerdo y deben terminarlo".

"Estás indefenso... y ciego, también... y testarudo. Y si no haces algo para ayudar a tu hijo con sus hermanos..."

"¿Me hechizarás?"

"No conozco ningún hechizo".

"Entonces enséñame a hacer otra magia".

Los ojos oscuros de Ohenewaa se entrecerraron. "No es que sepa nada de artes oscuras, pero aunque tuviera esos conocimientos, nunca *te* los confiaría".

"¿Y si prometo hacer algo bueno con él?".

"¿Como qué?"

La viuda se encogió de hombros. "Quizá lo use para encontrar esposas perfectas para Pierce y David, como hice con Lyon. Olvídate de las cartas. El matrimonio es la forma de traerlos de nuevo a la familia".

"Subestimas tu astucia, anciana. Y el duro trabajo de Sir Richard. Tú lograste todo esto antes sin magia".

"Pero me estoy haciendo viejo, y mis días están contados. Y soy débil".

"Puedes guardar esa charla ociosa para tu familia. No funciona conmigo. Sé que no te pasa nada".

"Sigo creyendo que sabes de esas artes oscuras. Sólo eres una bruja vieja e intratable y me lo ocultas sólo para ser rencorosa".

"Y creo que deberías tomar menos rapé por la mañana. Ahora, empieza con pequeños pasos. Escribe una carta a Pierce y haz que la entreguen a la misma hora que la de Lyon. Luego tienes que empezar a trabajar en tu hijo menor. ¿Cómo se llama?"

"David". Quizás. Lo pensaré".

La viuda respiró profundamente el fragante aire primaveral. Admiró las flores que brotaban de la tierra en cada rincón del jardín. La señora Page y Gibbs fingían estar mirando atentamente un rosal en el extremo inferior del jardín, pero ella sabía que no era así. Gibbs seguía siendo tan

brusco como siempre, pero había un cierto resorte juvenil que había empezado a aparecer recientemente en su paso. Era amor, no cabía duda.

La mirada de la viuda se fijó en dos jóvenes sirvientas que sacudían la ropa blanca junto a la casa.

"¿Ha habido más noticias de Violet?" Ohenewaa preguntó.

"No, no la encontraron en St. Albans. Millicent todavía está disgustada por ello".

"Al menos no se escapó con el albañil".

"En efecto, pero qué innoble destino tuvo, ser asesinado por un borracho en una taberna".

"Se lo merecía", declaró Ohenewaa.

De nuevo ambas mujeres callaron, contentas de observar las actividades de la gente que iba y venía por la mansión. Lyon y Millicent caminaban por el sendero del jardín. Él seguía usando el bastón, pero sus piernas estaban cada día más fuertes. Ella llevaba al bebé en brazos.

"Tal vez la traigan aquí para que podamos retenerla", dijo Ohenewaa, con una nota de esperanza en la voz.

"Ese bebé es una dama perfecta. Y hasta me gusta el nombre Josephine".

"José fue el profeta vendido como esclavo, ¿no es así?"

"Lo era."

Ohenewaa asintió con satisfacción. "Será un reto cuando llegue su propio bebé este otoño. Dos bebés en casa".

"Para eso nos tienen. Para ayudarles".

"¿Piensas quedarte tanto tiempo?"

"Lo estoy... si tú lo estás". La viuda se rió y vio cómo Ohenewaa fruncía el ceño.

Millicent oyó las risas y miró por encima del hombro a la viuda y a Ohenewaa. Las dos mujeres estaban enzarzadas en una de sus disputas cotidianas.

"Puede que les mate admitirlo, pero realmente se gustan", dijo Lyon, siguiendo la dirección de su mirada. Dejó el bastón a un lado y se sentó en un banco de piedra cercano. "¿Puedo cogerla ahora?"

Sonrió y le entregó el bebé antes de sentarse junto a ellos. Las golondrinas habían vuelto, y varias revoloteaban y se abalanzaban sobre las chimeneas. Miró hacia el camino que salía de la Arboleda, donde habían vivido los esclavos. Después del incendio habían derribado lo que quedaba de las cabañas. Ya habían empezado a construir nuevas cabañas en terrenos más altos. Los daños sufridos por los establos habían sido menores, y las reparaciones ya se habían llevado a cabo.

La vida estaba cambiando, pensó Millicent. Aparecían capullos de flores y hojas en los árboles. Los campos eran cada vez más verdes y los narcisos asomaban la cabeza por los muros y los caminos. Risas, felicidad y satisfacción les rodeaban. Melbury Hall volvía a estar viva.

Volvió a mirar a su marido.

La cabecita de Josefina estaba acurrucada contra su pecho. Su gran mano acariciaba suavemente la espalda del bebé. Sus ojos azules se cruzaron con los de ella.

"El año que viene por estas fechas, tendré a dos de ellos acurrucados aquí".

"¿Quién habría imaginado algo así?", susurró, sonriendo ante la encarnación de su propio sueño.

Gracias por leer *Borrowed Dreams*, Libro Uno de la serie Scottish Dreams.
Siga la acción leyendo *Sueños capturados*, la siguiente entrega de esta apasionante trilogía.

Gracias por leer *Sueños Prestados*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o escribe una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor... y se agradece mucho.

Busca ***Sueños Capturados,*** el emocionante segundo libro de la trilogía Sueños Escoceses. Conoce a Pierce Pennington y Portia Edwards, dos personas con secretos en un mundo de cambios revolucionarios....

EL CAPITÁN

De día, Pierce Pennington es uno de los comerciantes más respetados y exitosos de Boston. Por la noche, se convierte en el infame capitán MacHeath, que contrabandea armas por mar bajo la oscuridad en nombre de la libertad...

EL CAPTIVO

Portia Edwards hará lo que sea para encontrar a la familia que nunca conoció. Toda su vida pensó que era huérfana. Entonces descubre que su madre no sólo está viva, sino que se encuentra aquí, en Boston, cautiva del propio abuelo de Portia. Necesitará algo más que un poco de ayuda para llevar a su madre a Inglaterra...

EL CAPRICE

Pero pedir ayuda es algo que a Portia nunca le ha resultado fácil. Por eso, incluso cuando se cuela en el baile de máscaras de su abuelo y se encuentra con la oportunidad perfecta para pedir ayuda al apuesto Pennington, su obstinado orgullo se interpone en su camino. A Pennington nada le gustaría más que olvidarse de esta joven orgullosa, pero se da cuenta de que no puede dejar de pensar en la noche en que la conoció en un jardín...

Nota del autor

Como sabéis, *Sueños Prestados* es el primero de una trilogía de libros sobre los hombres de Baronsford. Mientras Pierce y David buscan sus propias vidas en *Sueños Capturados* y *Sueños del Destino*, los dos hermanos se ven inevitablemente arrastrados de vuelta a su hogar, donde el misterio del asesinato de Emma espera ser resuelto.

Millicent Gregory Wentworth fue presentada por primera vez a nuestros lectores en *La Promesa*, donde Rebecca Neville y el conde de Stanmore forjaron un futuro juntos. Esperamos que el cambio operado en Millicent desde que la conocimos en *La promesa* os haya proporcionado un viaje satisfactorio a todos.

Como en todas nuestras novelas, en este libro hemos intentado describir un lugar y una época de manera que se mezclen lo real y lo imaginario de forma entretenida. El tema de la esclavitud en Inglaterra y en las islas azucareras de las Indias Occidentales ya lo habíamos tratado en obras anteriores. Esperábamos dar a nuestros lectores otra visión, a través de los ojos de Ohenewaa, del trauma que sufrieron inocentes a lo largo de siglos de injusticia. Muchos autores contribuyeron, sin saberlo, a nuestro relato de la trata de esclavos a través de sus obras. Queremos dar las gracias a James Pope-Hennessy por su obra *Sins of the Fathers: The Atlantic Slave Traders*, y a Marcus Wood por su *Blind Memory: Visual Representations of Slavery in England and* America.

Las Highland Clearances sólo se abordan en este libro. En las siguientes historias sobre los hombres y mujeres de Baronsford, disfrutaremos juntos de más de la historia de Escocia a medida que se desarrolla.

Como muchos de ustedes saben, hemos estado muy ocupados creando un vasto mundo interconectado de historias que abarcan siglos, desde las Highlands medievales hasta la Inglaterra y Escocia georgianas, de la Regencia y victorianas. La próxima generación de Penningtons tiene sus propias historias, empezando por la emocionante novela de Regencia, *Romance con el Escocés*.

Por último, si le interesa la intriga romántica con una vuelta de tuerca, no deje de buscar *Jane Austen No Puede Casarse* y el apasionante relato *Bórrame.*

Como autores, nos encantan los comentarios. Escribimos nuestras historias para nuestros lectores, y nos encantaría saber de ti. Estamos en constante aprendizaje, así que ayúdenos a escribir historias que apreciará y recomendará a sus amigos. Inscríbete para recibir noticias y actualizaciones y síguenos en BookBub.

Como siempre, si te gustó *Sueños Prestados*, por favor deja una reseña en línea, y no te pierdas

el próximo libro de esta serie, *Sueños Capturados*.

Otras Obras de May McGoldrick

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

A Midsummer Wedding *(novella)*

The Thistle and the Rose

Macpherson Brothers Trilogy

Angel of Skye (Book 1)

Heart of Gold (Book 2)

Beauty of the Mist (Book 3)

Macpherson Trilogy (Box Set)

The Intended

Flame

Tess and the Highlander

Highland Treasure Trilogy

The Dreamer (Book 1)

The Enchantress (Book 2)

The Firebrand (Book 3)

Highland Treasure Trilogy Box Set

Scottish Relic Trilogy

Much Ado About Highlanders (Book 1)

Taming the Highlander (Book 2)

Tempest in the Highlands (Book 3)

Scottish Relic Trilogy Box Set

Love and Mayhem

18th Century Novels

Secret Vows

The Promise (Pennington Family)

The Rebel

Secret Vows Box Set

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

Borrowed Dreams (Book 1)

Captured Dreams (Book 2)

Dreams of Destiny (Book 3)

Scottish Dream Trilogy Box Set

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

Romancing the Scot

It Happened in the Highlands

Sweet Home Highland Christmas *(novella)*

Sleepless in Scotland

Dearest Millie *(novella)*

How to Ditch a Duke *(novella)*

A Prince in the Pantry *(novella)*

Royal Highlander Series

Highland Crown

Highland Jewel

Highland Sword

Ghost of the Thames

Contemporary Romance & Fantasy

Jane Austen CANNOT Marry

Erase Me

Tropical Kiss

Aquarian

Thanksgiving in Connecticut

Made in Heaven

NONFICTION

Marriage of Minds: Collaborative Writing

Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

Trust Me Once

Twice Burned

Triple Threat

Fourth Victim

Five in a Row

Silent Waters

Cross Wired

The Janus Effect

The Puppet Master

Blind Eye

Road Kill

Mercy (novella)

When the Mirror Cracks

Omid's Shadow

Erase Me

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

High Country Justice

Bullets and Silver

The Winter Road

Silver Trail Christmas

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.